



Nelson Algren

Un paseo por el lado salvaje

Lectulandia

En un pueblo de mala muerte de Texas, en el Profundo Sur y en plena Gran Depresión, Dove Linkhorn crece inocente y desamparado sin siquiera asistir a la escuela porque su padre, que se gana la vida limpiando pozos negros y lanzando desquiciadas prédicas antipapistas a sus paisanos, la considera una pérdida de tiempo y una influencia corruptora. Educado entre los vagabundos que se desplazan como polizones en los trenes de mercancías a la búsqueda de trabajo, Dove acabará convertido también en vagabundo para salir adelante. Buen chico, con sentido del humor, enamorado y lo suficientemente pícaro para sobrevivir, persigue su sueño en un mundo poblado de blancos y negros analfabetos, timadores, borrachos, macarras y prostitutas. En ese ambiente violento, desolado y sórdido, donde pese a todo perviven casi en secreto el amor y la lealtad, Dove perderá algo más que la inocencia.

A partir de personajes inolvidables como Dove, su amiga Kitty Twist una adolescente tan curtida que ya está de vuelta de todo u otras mujeres como Hallie una prostituta que le enseña a leer, este libro se pregunta, en palabras del propio Algren, “por qué a menudo los perdedores se convierten en mejores seres humanos que aquellos que nunca han estado perdidos en su vida. Por qué los hombres que han sufrido en manos de otros hombres son los que creen en la humanidad; mientras que aquellos cuya tarea ha sido simplemente adquirir y tomarlo todo sin dar nada son los que más la desprecian”.

Considerada como una de las grandes novelas americanas, *Un paseo por el lado salvaje* sigue interpelando a los lectores de hoy, pues como escribió Russell Banks, “Algren dijo la verdad al poder allí donde se topó con él [...] Y escribió de forma brillante, especialmente en este libro, para mí su mejor obra”.

**Lectulandia**

Nelson Algren

# **Un paseo por el lado salvaje**

ePub r1.1  
Titivillus 30.10.15

Título original: *A Walk on the Wild Side*

Nelson Algren, 1956

Traducción: Vicente Campos

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Elizabeth Ingersoll

UNO

—No es más que un pobre infeliz que se quedó solo —dijo de Fitz Linkhorn el más comprensivo—, perder a su mujer fue lo que le volvió loco.

—Ese hombre es el espíritu de la contradicción encarnado —dijo el menos comprensivo—: si lo arrojaras al río flotaría contracorriente.

Fitz no sabía dar nombre a lo que le había amargado la vida. Pero sentía que cada amanecer lo embaucaba para que se despertara y cada anochecer lo engatusaba para que conciliara el sueño. La sensación de que lo habían engañado, sí, de que lo habían engañado, ni más ni menos. Nadie sabía quiénes ni por qué.

Sólo se sabía que todo se había perdido. Perdido hacía mucho, en un país más frío. Perdido una y otra vez por sucesivas generaciones desde entonces. Él intentaba retener esa sensación entre los dedos, a veces como un ansia ancestral, siempre como una herida secreta. Estaba ahí, bastaba que un hombre la pusiera a la luz para verla, tan palpable como la sangre que corría por sus venas. Alguien situado a sus espaldas le hacía volverse contra sí mismo hasta que su fuerza se tornaba en debilidad. Hombres más débiles, cargados de flaquezas mundanas, habían salido adelante mejor que Linkhorn. Él contemplaba el mundo con ojos en los que la envidia ardía lentamente.

—No voy a ser la puta de nadie —decía, aunque nadie lo hubiera acusado de tal cosa.

Metro ochenta y cinco de desgarrados músculos flácidos, procedía de una raza con tendencia a arrastrar los pies; de ese clan de cuellilargos del que surgen Calhoun y Jackson. Gentes como Jesse James y Jeff Davis. Como Lincoln. Hombres solitarios de los bosques, enjutos y cetrinos, que nunca poseyeron tierras, ni menos aún en los arenales ni en Hooverville, ahora que la época de los bosques había pasado.<sup>[1]</sup>

Los blancos los llamaban «basura blanca» y los negros «blanquitos pobres». Desde que la primera roca había emergido sobre las aguas en movimiento no había habido un solo príncipe en la rama de los Fitzs del clan de los Linkhorn.

Reyes ya caídos en el olvido los habían echado de las tierras que cultivaban en aquel país más frío. Aquellas cosechas eran ahora yermas arenas marinas. Y en las cuevas de las orillas se mecían los huesos de los viejos reyes.

Pero cada rey, antes de que se deshicieran de él, había tenido la cautela de dejar en manos dignas de confianza la responsabilidad de engañar a todos los Linkhorn. Que los agitadores no levanten cabeza, era el grito.

Duques y barones, lords y terratenientes, comerciantes de ciudad, la Iglesia y el Estado, grandes y pequeños propietarios de tierras, todos habían formado un frente unido confabulados para llevar a cabo la tarea. Cuando un Linkhorn finalmente pudo escapar, huyendo de su esclavitud escocesa hacia el nuevo mundo promisorio, la noticia le precedió: vigilen a un chico indómito, que no pertenece a ningún clan decente, capaz de cualquier cosa, siempre va armado. Prefiere pelear a trabajar, beber a pelear, perseguir mujeres a darle al alcohol o a los puños: puede intentar las tres cosas a la vez.

El primer Linkhorn libre puso el pie en la costa de Virginia, por entonces el Viejo Dominio, y fue rápidamente sometido con mano firme a la esclavitud de los aparceros, obligado a trabajar la tierra a cambio de una parte de la cosecha. A veces el reparto no parecía muy justo.

A lo largo de los viejos veranos aromatizados de tabaco de Virginia, los Linkhorn habían cosechado poco y repartido todavía menos. Mientras existiera todo un continente lleno de caza para aprovecharlo, no iban a cultivar la tierra de nadie durante mucho tiempo.

Jóvenes empecinados de deseos caprichosos, nunca desearon sin embargo ni esclavos ni tierra. El hombre más listo era el que podía burlarse de quien poseyera mil acres, aunque él no tuviera más que una cabaña y una jarra. Burns<sup>[2]</sup> era su poeta.

Granjeros sin esclavos, aunque habían visto cómo el terrateniente, en cuanto tenía unos negros, ponía los pies en alto sobre la baranda de su pulcro porche blanco y dejaba que el mundo siguiera girando. Mientras, los Linkhorn apoyaban sus estrechas espaldas en las tablas de sus chabolas, levantaban la jarra y dejaban también que el mundo girase. Burns seguía siendo su poeta.

Reacios siempre a trabajar con las manos, las plantaciones los fueron empujando hacia el interior de los montes Ozarks del sur. Allí permanecieron ocultos tanto tiempo, repitiendo «Maldecimos vuestras dos casas»<sup>[3]</sup>, que el esconderse acabó convirtiéndose en una forma de vida para ellos. «Es la guerra particular del señor Linkhorn. Nosotros no lo consideramos uno de los nuestros», consideraban sus vecinos.

Más adelante visitaron la ciudad con la suficiente frecuencia para darse cuenta de que las fábricas de algodón no eran más que una nueva versión de las plantaciones: los derechos del amo sobre los trabajadores se habían transferido íntegros de la plantación a la fábrica. Entre los rigurosos inviernos y las gélidas primaveras del sur, los Linkhorn siguieron camino hasta las Cookson Hills.

Sesenta años después de Appomattox<sup>[4]</sup>, un Linkhorn se presentó en el mediodía fragante de azahar del valle de Río Grande diciendo todavía «Que os den a todos, ¿quién tiene la jarra?». Si aquella semana se hubiera celebrado una Convención Internacional de Basura Blanca, Fitz habría sido elegido su presidente.

El algodón crecía, la fruta también, el petróleo brotó a chorro un año y luego se secó. Antes de que se secara, Fitz trabajó un año como capataz, ganó mucho dinero y encontró novia. Una chica que se había creído lo bastante dura para él.

El algodón dejó de crecer, la fruta, también: el petróleo había estropeado el suelo. Se convirtió en un país de cosecha única, y la cosecha era polvo. Quince años acabaron con la chica, que ya había tragado petróleo de más.

Aquellos años habían empezado con naranjas y amor, hasta que el polvo arrastró el amor por el Golfo, junto a las naranjas. Dejando a Fitz sin un céntimo, como siempre, pero con menos amor que nunca. A medida que transcurrían los años treinta, él se dedicó a trotar por la ciudad, con una manguera alquilada, achicando pozos



negros.

Y no se tomaba a mal el que lo saludaran, con las botas hasta las caderas chorreando, con un:

—¿Qué hay, predicador?

Algunos de los vecinos del pueblo no saludaban al viudo ni de ésa ni de ninguna otra manera. Era demasiado imprevisible. Unas veces no le ofendían las mofas de uno y otras le daba la espalda al que le abordaba con un afable «¿Qué tal, amigo?». En un pueblo donde casi todos bailaban, blasfemaban y jugaban, la única diversión que le quedaba a Fitz era amargar a los demás.

Estaba contra el baile moderno, contra la moda moderna, contra el juego, los cigarrillos y el pecado. Predicó que la larga sequía de 1930 era el medio al que había recurrido Dios para poner fin a tales costumbres. Pero cuando vio que la sequía se prolongaba y no caía ni una gota de lluvia, cambió de opinión y dijo que debía de ser obra del papa.

Se decía asimismo que estaba contra la fornicación. Aunque, bien pensado, también se decía que estaba contra el whisky de maíz.

Los sábados por la noche se echaba una antigua levita negra sobre sus harapos; una levita con un bolsillo bajo el corte del faldón para guardar el botellín marrón que llamaba su «Matademonio». Verlo erguido en los escalones del juzgado mientras denunciaba al clero católico romano era un espectáculo que atraía habitualmente tanto a burlones como a creyentes convencidos, los unos tan descalzos como los otros. Porque, aun borracho como una cuba o arruinado como un mendigo, Fitz era capaz de largar de religión con la fruición de un cerdo ante un cubo de gachas.

A veces, una chica se detenía un momento entre los hombres, fingiendo que le interesaba La Palabra. Pero el hambre tiene un olor más reseco que el del amor y ella seguía su camino deseando estar en cualquier otra parte, pero lejos.

En Arroyo, el Día del Señor era para muchos el sábado; pero para Fitz lo eran también todas las noches de la semana.

—«Y cuando quisieron vino»<sup>[5]</sup> —le soltó a un bromista que quería saber qué era el bulto que se le veía en la cadera bajo la levita—, «la madre de Jesús le dijo: “Dadles vino”.» Satanás no le pidió cuentas del vino a la madre de Jesús, y no creo que me las pida a mí por media pinta de matarratas.

—¿Y entonces qué hace que envíen a la gente al fuego del infierno? —quiso saber al instante un creyente.

—A uno no lo «envían» al fuego del infierno —le tranquilizó Fitz—, porque uno ya nace justo en medio de sus llamas. Dios ha tendido una valla bien clara alrededor del infierno. ¡Así ningún pecador puede salir! ¡El pecador no puede excavar por debajo! ¡Es demasiado profunda! ¡El pecador no puede colarse por el medio! ¡No puede saltarla! ¡Está *elestrificada*!

—¿Y cómo saliste tú? —preguntó en voz baja el burlón. Estaba a horcajadas sobre el cañón del pueblo, y el rostro y la figura quedaban entre sombras, como los de

un artillero que ha perdido tanto la batalla como la causa por la que luchaba.

—Ah, la trepé —explicó Fitz y se lanzó al tema como si lo trepara también—, ah, trepé al alambre más bajo porque es el del AMOR. Y trepé al segundo alambre porque ése es el de la MISERICORDIA. Y trepé al tercero porque ha sido el del SUFRIMIENTO.

—... creía que habías dicho que la valla estaba *elestrificada* —le recordó el artillero, pero Fitz estaba demasiado concentrado trepando para escucharlo:

—Ah, y por fin trepé al alambre más alto, el de SU MÁS PRECIOSA SANGRE. ¡Hermanos! ¡Hermanas! ¡Subid el alambre del AMOR. Subid el de la MISERICORDIA! Subid el del SUFRIMIENTO y preparaos... para saltar el alambre de la SANGRE.

—Pues mira por dónde, yo estaba pensando más o menos lo mismo —comentó el artillero y a continuación escupió. Fitz no le hizo el menor caso.

—Sé que algunos de vosotros, chicos, habéis recorrido un largo camino con la esperanza de que os salve y os lleve al Palacio Celestial —admitió—. Ésa era mi intención. Pero ahora que os he visto las caras, he cambiado de opinión. Chicos, no sabéis cuánto lo siento, pero el Señor no quiere una pandilla de desgraciados muertos de hambre paseando por las Calles de Oro. Al Señor no le molestan los pecadores, pero no puede soportar las ratas. ¡Y yo me condenaría si asumiera esa responsabilidad!... —Y abiertamente dio un desafiante trago a su botellín.

Tanto los escépticos como los creyentes lanzaron vítores..., el viejo estaba calentándose.

—¡Dele fuerte, predicador! ¡Bébaselo! ¡No sea la puta de nadie!

Fitz chasqueó los labios, envolvió el botellín en un sucio pañuelo y se lo guardó en el bolsillo oculto.

—Y ahora háblanos de la Tentación, padre —le pidió el hombre del cañón intentando que Fitz se concentrara en el papa.

—Sólo puedo decirte esto de la Tentación, Byron Linkhorn —respondió directamente el viejo—: en la reunión de esta noche hay supuestos cristianos que votaron por el papa el año veintiocho<sup>[6]</sup>. ¿Creéis acaso que el Señor no se acuerda de lo que pasó hace unos años?

Fitz podía perdonar a un hombre el que fumara marihuana, pero no que votara a Al Smith. Otros que habían votado por el papa en 1928 guardaron silencio, dejando que Byron cargara con todo el peso de la culpa. Aquel silencio implicaba que había sido Byron quien había frustrado las esperanzas de todos de alcanzar la Nueva Jerusalén. Ahora ninguno podía ir ya.

—Díganos a los demás cómo salvarnos —suplicó un hipócrita.

—O cuéntanos lo que te pasó el día en que te caíste en el pozo negro —intervino Byron.

Fitz no soportaba al papa, pero Byron no soportaba a Fitz.

—Los designios del Señor son inescrutables, eso sí es seguro —el viejo encontró

el tono—, por ejemplo: ¿quién diría que la lamentable criatura encaramada a la propiedad del condado es mi hijo?

—Ahora llega la parte que yo he venido a escuchar —dijo alguien que hundió los dedos de los pies descalzos en la tierra regocijándose por adelantado—. Aquí es cuando el cabezón borracho empieza a calentarse la boca de verdad.

—... una criatura que ya no pertenece a este mundo. —Fitz dio esperanzas a toda la creación—. Lo que el Señor da, el Señor quita, y cuanto antes se lleve a este gato de algalia, el aire de por aquí será mucho más respirable para los seres humanos. Tiene los pulmones estropeados, la cabeza débil, el corazón reseco como una hoja de otoño. Poco falta para que el hilo quebradizo de su vida se rompa. Le envidio porque sus sufrimientos están a punto de acabar.

El hombre que estaba encima del cañón intentó replicar, pero se atragantó con una tos tan ronca que todas las caras se volvieron hacia la suya. Como si estuviera muerto, decían aquellas miradas frías, pero nadie derramó una lágrima.

Apretándose los labios con un pañuelo grande, Byron se bajó cautelosamente. La voz cavernosa de su padre, acompañada de otra docena de voces igual de cavernosas, empezó a cantar un himno que todos conocían. El himno se elevó, con sus disonancias, en un coro que acalló toda discusión.

Oh dulce aparición de la muerte,  
ninguna visión sobre la tierra es tan bella;  
ni todos los alegres desfiles que vemos  
pueden compararse a un cadáver...<sup>[7]</sup>

Y el himno siguió los pasos de Byron por la calle, cerniéndose sangriento sobre él un largo trecho del camino.

Los vecinos habían acudido a ver cómo alguien salía derrotado. El que fuera el mismo pobre idiota todas las semanas no les decepcionaba. Una noche de sábado sí y la otra también, siempre era Byron el señalado. Entre su tos, el gentío y su padre, él siempre perdía. ¿Qué tenía el chico que mereciera tal desaprobación colectiva?, ¿era sólo que la mera repetición del triste espectáculo ya bastaba?

Byron, al principio de su vida, había sido más valiente que la mayoría: eso era lo que había que desaprobar.

Y entonces Fitz saltó —literalmente, saltó—, dando palmas por encima de la cabeza, gritando a voz en cuello y en tono triunfal:

Tal como soy, aunque agobiado  
por muchos conflictos y muchas dudas,  
por batallas y miedos en mi interior y también afuera,  
¡Cordero de Dios, voy!, ¡voy!  
¡Tal como soy! ¡Tal como soy!<sup>[8]</sup>

—... en el nombre de Jesús, venid ahora tal como sois. —Y acabado el sermón, bajó brincando los peldaños para echarse un trago de las botellas de los demás y también recibir sus elogios, burlones o sinceros.

—¡Eh, predicador, dé ejemplo! ¡Venga tal como es!

Fitz avanzaba zigzagueando. Pero bajo su mirada velada brillaba la satisfacción de la victoria. El Señor perdonaría a quien tan bien había defendido su arca.

—Predicador —le dijo uno—, le ha hecho mucho bien a mi corazón esta noche. Me ha reconfortado de verdad. La semana que viene traeré a los pequeños, también necesitan que los reconforten. Pero mi mujer ya no tiene cura. No ha sido la misma desde que la rechazó el Todopoderoso.

—No deberías haberla recogido. —Fitz recordó una ocasión en la que uno de sus oyentes había fallecido delante de él—. Deberías haberla dejado donde Jesús la arrojó. ¿Cómo anda?

—Mejor, gracias por preguntar. Tenemos un trabajillo para usted cuando se pase por donde vivimos.

A Fitz no le molestaban esas chapuzas. Si las letrinas protestantes se alinearan a ambos lados del camino hacia la Ciudad de Oro Puro, por Dios que él se abriría paso a paladas hasta la Salvación. Pero antes de aceptar dinero de violadores papistas prefería ir en la dirección opuesta. Él no era la puta de nadie.

Él, ferviente luterano, creía que la Santa Sede participaba en una conspiración internacional contra la raza anglosajona en general y contra los Linkhorn en particular.

¡Papistas! ¡Violadores...!

Dove Linkhorn era incapaz de recordar una sola ocasión, un lugar ni una persona, gato doméstico o perro callejero que hubiera buscado su afecto. Pero a veces, en lo más profundo de un sueño inquieto, había tenido la fugaz impresión de que una mujer de cabello dorado y rojizo le había acariciado la mano y huido más allá de una puerta con cortinas.

Una puerta que no tenía cortina desde hacía ya muchos años. Una habitación que más parecía una covacha, tan inclinada que la cabecera de la cama tocaba el techo.

El anticuado armazón de cama que llamaban «cuja»: «Era la cuja de mamá, y todo lo demás también era suyo»; lo demás eran el colchón relleno de vainas y hollejos, la colcha de retales y dos fundas de almohadas cuadradas. La funda de la izquierda llevaba bordada la leyenda «Me dormí y soñé que la vida era Belleza»; la de la derecha, otra que rezaba «Me desperté y comprendí que la vida era Deber». Con frecuencia, mientras dormía, la cabeza de Dove reposaba justo en medio de ambas.

Tanto daba lo que pusiera en ellas. Aunque ya había cumplido los dieciséis, no sabía leer ni sus almohadas ni la leyenda cubierta de hollín de detrás de la cocina:

CRISTO  
es el jefe de esta casa  
EL INVITADO INVISIBLE  
en todas las comidas  
EL QUE ESCUCHA SILENCIOSO  
todas las conversaciones

Fitz lo había sacado de la escuela como protesta por la contratación de un director católico. Pero nadie había cuestionado su protesta. Nadie del Consejo de Educación había acudido a reclamar al chico. De hecho, en Arroyo ni siquiera existía un Consejo de Educación.

Si uno quería que sus hijos aprendieran, los mandaba a la escuela. Si ellos querían aprender, iban. Si ni uno ni ellos lo querían, iban a trabajar.

No había trabajo, así que iban al cine. Dove todavía no había visto ninguna película, pero pensaba verla muy pronto. Cuando John Barrymore y Marian Marsh llegaron a Arroyo como Svengali y Trilby, le pidió a Byron que le pagara la entrada.

—¿Y si se abate la eternidad cuando estás en el territorio del diablo?, ¿qué oportunidad tendrías? —preguntó Byron, burlándose así de padre y hermano a la vez, y de paso librándose de reconocer que no tenía un céntimo.

Dove tampoco había ido a ningún baile todavía. Pero se quedaba en la puerta del salón y miraba y marcaba el compás, como los demás:

Tómala por la mano de azucena blanca,  
guíala como a una paloma,  
que baile el trigo agorgojado  
hasta que se olvide de su religión.<sup>[9]</sup>

Mucho después de que se hubiera acostado esa noche, la luz del candil lo mantenía despierto. La lámpara se había confeccionado sujetando una mecha de trapo a una piedra colocada dentro de una vasija rellena con lo que hubiera quedado en la sartén después de preparar el tocino matinal. Byron la llamaba «lámpara guarra». Pero Fitz se limitaba a decir «enciende la mugre» y se daba por contento.

Bajo su incesante parpadeo, Dove veía a aquel par de locos discutiendo sin parar otra vez, ambos borrachos como cubas. Él permanecía estirado, moviendo los labios para articular las palabras más largas que podía captar: «Corrupción», «Generaciones», «Holocausto», «Ofrenda de paz», «Ofrenda de pecado». A veces hasta frases completas: «¿Qué ira es ésta de tan gran furor?»<sup>[10]</sup>, «¡Ojalá fuera por la mañana! Por el miedo de tu corazón que te amedrentará, y por lo que verán tus ojos».  
<sup>[11]</sup>

—Ya no puedo discutir más contigo —cedía Byron a medida que la mecha se iba apagando—, me encuentro demasiado mal.

—Que te encuentras mal... eso es otra manera de decir que tu alma está

corrompida —le dijo Fitz.

—¿Y cómo te encuentras tú estos días, papi? —preguntó Byron.

—Bien y satisfecho —respondió el viejo.

Hasta Dove sabía que el viejo mentía.

Los del pueblo, tanto mejicanos como anglos, sabían que el predicador había perdido la cabeza y que Byron fumaba más hierba de la que debería un enfermo del pulmón. «He nacido para fumar hierba», alardeaba él, «puede que muera pobre, pero no atado.» Sin embargo, ¿qué pensar de Dove, con su pelo que no era ni rubio ni rojo y aquellas cejas tan claras que casi no se veían? «¿A ti no te parece que al chico le falta un hervor?», le preguntaba un escéptico a otro.

Si el chico se compraba un rollo de tabaco se apoyaba en la puerta de la tienda y se pasaba la mañana entera mascando y escupiendo. Si se le preguntaba qué estaba haciendo, respondía: «pues aquí, apoyado y soñando», y se apartaba apenas unos centímetros a un lado para dejar paso. Pero a veces sufría una especie de ataque, una poderosa fuerza le asaltaba como una oleada y él corría sin motivo dando gritos sin propósito aparente.

—El chico está creciendo —explicaba Fitz con inquietud.

Y en la mente de Dove también crecía algo. Una luz repentina destellaba dentro de su cerebro iluminando la tierra y el cielo: un vulgar arbusto se transformaba en una esplendorosa manifestación de la belleza; un pájaro en una rama oscilante, en una maravilla..., pero al momento la luz se desvanecía poco a poco, como una cortina gris que cayera lentamente. Eran momentos irrecuperables.

Un día de marzo vio en una colina un solitario árbol joven, inclinado bajo el viento, recortado ante un sólido muro de cielo azul, y le dio la impresión de que nunca lo había visto y que desaparecería en cuanto se diera la vuelta. Más adelante, miraría muchas veces al mismo brote esbelto, pero nunca le pareció distinguirlo tan claramente.

A veces, veía a su hermano Byron en esos extraños atisbos deslumbrantes. En un momento dado, el inútil de su hermano andaba trajinando por la cocina, ocupado en sus inútiles quehaceres, y al instante era un completo desconocido, haciendo no se sabía qué. Veía entonces una imagen de Byron, pero no en movimiento, sino rígida, tensada por la vida, pero fija como la muerte. En años posteriores, Dove nunca oiría el prolongado estruendo de los trenes de pasajeros al cruzar un puente en la oscuridad pero captaba un breve atisbo de un alba humeante a través de una puerta abierta; nunca oiría el pitido de vapor blanco de la locomotora en la noche, pero veía a Byron estirado, con la boca abierta como los muertos, las punteras marrones de las botas señalando hacia arriba en un catre desecho en un rincón. No obstante, nunca llegó a saber, en toda su vida, quién era en realidad Byron.

Otro misterio era la buganvilla. Crecía bajo un armazón de bicicleta clavado en lo

alto de la pared de la cabaña que daba al norte: ¿a quién se le habría ocurrido clavar una bicicleta, que había perdido la rueda delantera y cuyo cuadro había oxidado la lluvia, contra una pared de tablillas? Nadie se lo supo explicar, pero tampoco nadie la bajó de allí. La buganvilla se estiraba por aquellos radios inservibles. Casi tocaba las barras del manillar, que estaba boca abajo. La buganvilla anhelaba ocultarlo todo con sus hojas. La planta parecía medio dormida por la mañana temprano, pero se revolvía inquieta a medida que atardecía. A veces un viento cargado de polvo la hacía estremecer como si unas manos sucias la zarandeasen con rudeza. Y cuando el sol, justo encima, le daba de lleno, la planta entera se doblaba como dolorida.

La casa misma daba la impresión de que una ráfaga de viento pudiera echarla abajo.

El suelo era de tierra. Las cortinas, de sacos de guano. La tubería de la cocina entraba por un agujero de la pared. Detrás de la cabaña se elevaba un risco tan antiguo como América.

Una noche, una lluvia fina asentaba el polvo de la puerta del patio. Dove oía el repiqueteo de las gotas. Y también la respiración pesada del sueño de dos borrachos cansados una vez más de beber para nada.

Bajó la luz del humeante candil. En el patio, habían salido las estrellas mejicanas, los perros mejicanos ladraban. Alguien cantaba «*Poy Pooey poy*» con una voz tan aguda que parecía querer burlarse de los perros. Dove acariciaba su planta con los ojos cerrados para sentir mejor las hojas. Bajo los dedos la sentía florecer.

Por la mañana la bicicleta estaba tirada en el polvo y la buganvilla crecía a su alrededor. Nadie reparó siquiera en que Dove la había descolgado. Ni siquiera él mismo sabía muy bien por qué.

A medida que la primavera mágica de 1930 moría en una sequía interminable, la vida de Dove se iba desecando también día a día. Hasta que, poseído de una nebulosa nostalgia, se lanzaba arrastrando cansinamente los pies por un camino sin salida que hacía mucho había llevado a los hombres al oeste. Ahora tan sólo conducía a los solares llenos de latas donde los vagabundos se bajaban del ferrocarril de Santa Fe.

Años antes, un furgón de mercancías se desenganchó del tren, se precipitó colina abajo y quedó volcado sobre un costado en el chaparral. Semienterrado ahora en arena, destrozado y desmontado, sólo resistía su desnudo armazón de hierro y unas cuantas planchas de madera que proyectaban una exigua sombra los días en que ésta era tan preciosa como el agua. Siempre había un par de vagabundos descansando a su sombra.

Un día, Dove se pasó por allí, impulsado por la curiosidad, buscando no sabía qué, y vio a un hombre con unos pantalones caquis y una camisa desgarrada tumbado boca arriba con una botella en la mano. Cuando se acercó vio que era su hermano y se quedó examinándole: un desconocido hundido en la arena, como el furgón destrozado y desmontado. Había visto a menudo a Byron borracho en casa, pero descubrirlo tumbado allí, donde podía verlo todo el mundo, le hizo empalidecer de

vergüenza.

Pero vio chicos que no eran mayores que él mismo pasándose una botella. Calentaban café en latas abiertas y comían judías que se llevaban a la boca clavándolas con una ramita; liaban cigarrillos con una sola mano y alardeaban de las veces que habían estado en prisión.

Condenas duras y menos duras, encerrados todo el tiempo entre cuatro paredes o saliendo a los campos de trabajo; condenas en prisiones federales y estatales; en calabozos municipales y del condado; breves y largas, llevaderas y a la espera de juicio, en cárceles grandes, pequeñas y medianas, trabajando para fábricas o para reducir condena..., «te matan a trabajar».

En cárceles donde la comida era intragable, como sucedía en la mayoría de las trenas del condado, los hombres, según había oído Dove, se compraban su propia comida cobrándole a cada recién llegado cuanto llevara encima al entrar. Si el nuevo no tenía dinero, pagaba con sus zapatos. Si se presentaba sin un céntimo y descalzo, los demás reclusos le daban tantas patadas en el trasero como el anómalo tribunal decretara por el delito de irrumpir en la cárcel sin el consentimiento de los reclusos. Aun así, descalzo o herrado, hombre o ratón, siempre compartía la comida comprada fuera de la prisión.

Oyó hablar de una cárcel en el sur de Louisiana donde los presos habían acumulado una fortuna de más de doscientos dólares e invitaban a cenar al celador y al sheriff una vez a la semana. Y también supo que en la cárcel del condado de Grayson los presos publicaban un semanario llamado la *Crossbar Gazette*.

Se enteró de que en Laredo, las celdas se alineaban todas a un lado. Al violento jefe de los guardias de Huntsville le llamaban Tom *el Llorica*. En Hillsboro, en Missouri, los presos tenían colchones y hasta sábanas.

También hablaban de la buena suerte: a uno lo habían acogido una vez en casa de un sacerdote durante dos meses; otro se había tropezado con una chica borracha en un vagón de ganado; un tercero había encontrado una chaqueta nueva colgada en un vagón frigorífico al que se había subido una noche en Carrizozo.

Dove se enteró de que Beaumont era duro. Que Greensboro, en un sitio que se llamaba *Calina* del Norte, era un pueblecito de mierda donde podían putearte. Que Broykin, justo debajo, era todavía peor. Pero que el peor pueblo de todos era cualquiera de los de Georgia. Si te pillaban pasando por allí ya te podías dar por encadenado. Pero te pagaban quince centavos a la semana y te daban un rollo de tabaco de mascar los domingos. «Pues eso no parece tan malo», pensó Dove Linkhorn.

—Mantente lejos de Waycross —le advirtió un viejo vagabundo—, a no ser que quieras tirarte un año deslomándote en un campo. —Y empezó a golpear una lata marcando el compás a la vez que cantaba:

No crié a mi hijo para que fuera un soldado,



lo eduqué para que fuera mi orgullo y alegría.<sup>[12]</sup>

El este de Texas era duro, más que el valle del Río Grande, lo único que pedían ahí los ferroviarios era que uno se apeara por el lado opuesto a la estación. Alabama podía atravesarse sin problemas siempre que uno no saliera a pasear por las vías como un turista y saludase al sheriff. Y ni acercarse al Alabama & Western Pacific.

Los matones de la línea A. & W.P. tenían la costumbre de hacerte bajar en un depósito de agua en mitad de un desierto llamado Chehawee y uno tenía que caminar ochenta kilómetros para llegar a Montgomery. Pero apoquinando un billete de cinco, a toca teja, te dejaban seguir.

Cuídate de pasar por un pueblo de Mississippi llamado Flomaton, porque es el de Binga *el Alas*. Una noche golpeó con la pistola a dos vagabundos, que se revolvieron y lo arrojaron bajo las ruedas. Y así fue como perdió el ala derecha. Ya era un mal bicho antes, pero se hizo todavía peor desde entonces.

Evita Marsh City, es la ciudad de Hank Pugh. Evita Greeneville, es el territorio de Buck Bryan. Buck recorre las vías disfrazado de vagabundo, y el único modo de reconocerlo es por su enorme sombrero flexible con tres orificios en la copa. Y por el tamaño de la porra de goma que lleva en la mano.

Lo mejor que puedes hacer es quedarte quieto y esperar. No hay manera de escapar. Le gusta jugar con el trozo de goma en la mano, pero todavía más el Colt que lleva en la cadera. Así que tápate los ojos y escucha el *swisshh*. Tiene ayudantes que recorren ambos lados de la vía. Que Dios te ayude si echas a correr y que te ayude también si les haces frente. Que Dios te ayude si no llevas un céntimo encima y más todavía si eres negro.

Evita Lima, eso está en Ohio. Y cuidado con Springfield, en Missouri. Evita Denver y Denver Jack Duncan. Evita Tulsa. Evita Tucson. Evita Joplin. Evita Chicago. Evita Fort Wayne... Evita St Paul... Evita St Joe... y cuidado con... cuidado con... cuidado con...

Dove vio a un tullido atrapado como un conejo en el resplandor de los grandes faros de cabecera, que volvía los ojos cegados al maquinista, quien le decía agitando los brazos: «Sigue, no te pares...».

De sus penosos esfuerzos por mantenerse limpios, simplemente por mantenerse limpios, Dove nunca los oyó hablar. Pero iban siempre mugrientos y suplicaban jabón y agua. En cuanto había calmado la sed, el vagabundo se ponía a lavar su única camisa. En todos los postes de las vallas de cualquier cruce de vías se veían tendidas camisas descoloridas, tanto al sol como si llovía. Cuidaban como tesoros peines, espejos de bolsillo y cepillos de dientes, que llevaban en una cuerda colgada del cuello.

Distinguía a los trabajadores de las ferias y a los peones de los circos porque sacaban el dinero de bolsitas de cuero donde lo llevaban escondido, que se cerraban con una cuerda, como las de tabaco.

Una vez vio a un viejo trabajador encanecido que enseñaba a sus colegas un guante de mujer, de esos largos y negros que las *stripteasers* lanzaban a las primeras filas. Mientras pasaba de mano en mano, cada hombre lo olisqueaba y juraba que todavía olía el perfume en él. Al final, el dueño se lo guardó en el bolsillo como si se sintiera secretamente aliviado por no haber tenido que pelearse con nadie para recuperarlo.

Y alguien habló de un chico al que habían encontrado desangrándose hasta morir en un solar vacío en algún lugar de las vías.

Dove percibió la culpa inquieta que recorría a todos, igual que se habían pasado el guante perfumado; la sensación dio una vuelta completa al corro de hombres sin hogar.

Su hogar eran diez mil depósitos de agua; su hogar eran los corros de pobres rodeados de latas. Su hogar estaba en todas las profundidades anárquicas donde los furgones de mercancías de color búfalo hacían su última parada en el oeste.

Él veía arder sus hogueras nocturnas, arder contra el frío del corazón sin hogar, y sentía que también él había ido al oeste. Que el viaje no había servido de nada, pero que aun así volvería.

Sí, alguien les había engañado.

—Me está entrando la fatiga de la noche —se dijo y regresó al olor penetrante de la col rizada fría en un cuenco encima de unos fogones cubiertos de grasa. Los trapos de cocina colgaban de un festón bajo que iba del tiro de la tubería de la cocina hasta una alcayata que había sobre el fregadero. El fregadero era un abrevadero de hojalata recuperado de un vertedero. Lleno hasta arriba de cazuelas y platos sin fregar. No tenía grifo.

El grifo estaba afuera y servía también a las chabolas que se levantaban a ambos lados de la de los Linkhorn. Estas tres chozas, construidas con tablillas de pino verde puestas en vertical tan reseca y arrugadas que dejaban resquicios por donde penetraban la lluvia y el viento, conformaban una especie de Álamo chabolista en medio de la ciudad mejicana. Los hombres eran morenos, como Fitz y Byron, o tendían a cierta palidez, como Dove. Las mujeres perdían el color, se notaba que echaban en falta la vida en los bosques. Davy Crockett se había ido para siempre.

Los viejos bosques habían dado forma a sus manos, acostubrándolas a las culatas de las armas, jamás a recoger algodón. No soportaban el trabajo en la fábrica y tampoco sabían comprar ni vender. Ni la colina ni la llanura les atraían. Habían perdido todo interés en ellas y Crockett no volvería.

Eran hombres asilvestrados, hombres de los bosques que se habían quedado sin bosque, los últimos hombres que nunca recogerían algodón. Las plantaciones y las fábricas los ahuyentaban como a los conejos cuando se siega un campo. Despreciaban la fábrica y la ciudad y preferían los vaqueros marrones antes que los azules.

Y durante toda la noche, por aquella carretera sin iluminar, a veces en voz baja, a veces chillando, Dove oía una música ajena. En sus salones humeantes y sin iluminar,

los mejicanos cantaban y se sentían bien.

*Tres moricas tan lozanas  
más lindas que toledanas  
iban a coger manzanas a Jaén.  
Axa, Fátima, Marien.*

*Dixayles quien sois, señoras,  
de mi alma robadoras,  
cristianas de ramas moras de Jaén.  
Axa, Fátima, Marien.\* [13]*

Los mejicanos no tenían bosques antiguos que llorar.

El viejo camino al oeste, las viejas pistas: la de las carretas y la del ganado, perdidas en kilómetros y más kilómetros de chaparrales y mezquitas. Todo desaparecido y recubierto por cactus secos. Las viejas esperanzas, las descabelladas esperanzas, tanto el orgullo como la paciencia, en vano. Todo el amor que habían tenido en el pasado por aquella tierra parda había sido arrastrado como polvo del fondo del chaparral.

El camino al oeste ahora sólo conducía a un local donde servían chiles, un lugar oscuro, bajo y destartado en lo que en el pasado había sido el gran, blanco y alegre Hotel Davy Crockett.

Detrás del cristal del local, el reflejo de una luz, doble y borroso, ardía como el fantasma duplicado de la gran lámpara de araña que en mejores tiempos había iluminado un vestíbulo inmenso como un salón de baile en el mar. Su resplandor de cientos de cristales había brillado toda la noche como una luz que nunca se atenuaría. Sobre el brandy, y sobre las copas de brandy y de vino.

«Baile con luz eléctrica»... el letrero había hecho hervir la sangre de muchos en el viejo Davy Crockett de los sábados por la noche. Los chicos indómitos de los pozos de petróleo, que llevaban aquellos grandes pañuelos rojos y verdes, iban a emborrachar allí a sus chicas no menos indómitas, chicas que eran capaces de beberse la luna.

La vieja luna azteca del Rio Grande, embozada hasta sus ojos de proscrita con una piel de búfalo, que había visto a los chicos indómitos de los pozos gastando su oro a manos llenas como si soplaran la espuma de una cerveza a lo largo de la barra con espejo, mientras sonaba la pianola:

A veces vivo en el campo;  
a veces, en la ciudad...

Y un guitarrista de Arkansas tocaba para todos, bebedores y bailarines, perforadores de roca dura, capataces o jugadores, tanto daba. Todos bebiendo,

bailando y jugando bajo luz eléctrica de verdad:

A veces se me ocurre la gran idea  
de tirarme al río y ahogarme...<sup>[14]</sup>

Un tañido invariable que en el pasado había estremecido los muelles de una cama del piso de arriba, bajo el cuerpo de una chica indómita, que no llevaba puesto más que una horquilla de plata en el cabello rojizo y dorado, y medias de malla negra.

Fitz ya era un hombre con treinta años cumplidos aquel 1909, pero aun así seguía siendo un joven asilvestrado. En cuanto ponía el pie en la ciudad, siempre iba en busca de las chicas malas. Hasta que una noche se sentó en la cama de aquella pelirroja, a cuyos labios llevó lo poco que quedaba de la botella de whisky. Con los ojos cerrados para impedir el paso de la luz, ella bebió hasta la última gota sin levantar una sola vez su cabeza rojiza y dorada. Le había quemado la garganta por dentro y por fuera, pero luego la boca de él le había sabido todavía más dulce. Ella se había resistido con denuedo, mientras la carne de él, empujando hasta el fondo, arremetía con más denuedo todavía. Hasta que la habitación entera empezó a dar vueltas bajo aquella luz, inmovilizándolos a ambos con los corazones pegados.

Mientras la luna que nunca se extinguiría se asomaba y se posaba en el brandy, la horquilla de plata y el vino.

Y en todas las habitaciones, tanto de la planta baja como del piso de arriba, tanto de camas grandes como de camas estrechas, las luces habían resplandecido con más brillo.

Sobre el mármol, el fulgor de los espejos y el vino.

Hasta los jugadores de dados habían empezado a gritar desesperadamente por algo más que haber perdido una partida, y la rueda de la ruleta había girado como si cada vuelta fuera la última; y la pianola empezó a sonar con una cadencia que parecía anunciar que toda esperanza se había desvanecido...

A veces se me ocurre la gran idea  
de tirarme al río y ahogarme...

Y siguiendo el compás, el hombre en movimiento arremetía rápido entre aquellos muslos de mallas negras, respirando el aliento de ella mientras ella aspiraba el suyo, y la chica gimió separando los labios; el rollo de la pianola de abajo se soltó, la música se interrumpió, sustituida por el rechinar del mecanismo que seguía girando. Los párpados de ella aletearon en los estertores de la pasión... nunca le había pasado antes. Fitz notó el parpadeo en su mejilla. El rollo de la pianola seguía susurrando su interminable chirrido; a él tampoco nunca se le había estremecido tanto el corazón.

Y la luna que nunca se extinguiría menguó hasta quedarse en un resplandor mortecino de una lámpara de gas. Todos, bebedores y bailarines, capataces y jugadores, se habían ido.

Fuera, en los arenales y las dagas españolas, entre los guisantes del chaparral y los mezquiales, donde bajo el espino acecha el lagarto cornudo, el perro de las praderas dormía en su madriguera. Los huesos blancos se descoloraban al sol. Antes de que la música cesara; antes de que los bailes terminaran.

Y una ligera brisa se levantó como si buscara algo en círculos, preguntando: «¿Dónde han ido esos amantes antes de que terminara el baile?».

Todo estaba bien. Habían respirado del aliento del otro. Todo estaba bien: habían bebido de los labios del otro.

Todo estaba bien, porque lo que era polvo, en vida había sido amado.

Fitz se había casado con su chica indómita, que al final resultó no serlo tanto. Le dio dos hijos. Y desde su muerte, él sólo había vuelto una vez a la parte de la ciudad donde se levantaba todavía el Davy Crockett.

Y no había encontrado más que ventanas tapadas con tablas en el piso de arriba y en el de abajo, un salón mal iluminado donde servían chile. Cuyo nombre estaba pintado en el cristal:

## LA FE EN DIOS

*Bien venidos, todos ustedes\**

La ciudad, que había nacido con un baile bajo la luz eléctrica, agonizaba ahora bajo el resplandor de las lámparas de parafina. El tiempo había retrocedido en aquel pequeño pueblo perdido.

Llegados a 1930, el viejo camino al oeste ya no conducía a otro sitio que a la sombra de un depósito de agua donde viejos vagabundos exprimían sterno<sup>[15]</sup> a través de pañuelos hechos jirones y dejaban pequeños recuerdos de su paso como zapatillas de suelas desgastadas, camisetas planchadas por el viento hasta quemarlas o botellines vacíos con la etiqueta *White Swan Gin — Bottled in Chicago*.

Con sus caras arrugadas o tersas, greñudos o calvos, pálidos o rubicundos, enjutos o robustos, abrasados por el sol o mustios por los chaparrones, uno por uno cruzaban la puerta de La Fe en Dios. Esperaban, pasándose una gorra de una mano a la otra, entre la *jukebox* y un helecho que crecía en una maceta, hasta que las mujeres mejicanas habían servido a los clientes de pago. Luego recibían los últimos posos fríos de la olla de café, pastel de piña de día y medio antes y una pastilla de jabón American Family.

Si querían algo más, tenían que venir durante el día y ganárselo trabajando. Calvos o descalzos, viejos o jóvenes, todos prometían con seriedad, incluso con gratitud, presentarse a las siete de la mañana en punto.

Y sin excepción, a las siete de la mañana se les veía a todos alejándose tan deprisa como se lo permitía un mercancías de la South Pacific. Dejaban pasar los mercancías con destino al este si se esperaba alguno que se dirigiera al oeste. Todavía buscaban el antiguo camino a casa.

Pero ese antiguo camino no era ahora más que un trecho de paseo quebrado, como tantos que uno se topa al final de cualquier pueblo americano cualquier sábado por la tarde. Donde trozos de asfalto yacían arrancados por el viento, la arena y las obras públicas inconclusas. Y un rótulo que solía decir: DESVÍO DE CAMIONES.

Donde las margaritas crecían de la arena y una herrumbrosa lata de cerveza con dos agujeros pinchados en la tapa esperan la Resurrección o la llegada de un nuevo proyecto de urbanización.

El viejo camino a casa que conducía, finalmente, tan sólo hasta una trémula llama de gas sobre un rótulo en el final mismo de la carretera:

## HA LLEGADO A ARROYO

Pobl. 955

Una estadística que no incluía a la mujer mejicana cuya residencia se encontraba justo al otro lado del límite de la población, en el lugar exacto que le permitía no tener que pagar impuestos locales. Cuyo propio camino a casa, once de cada doce meses, la llevaba a subir un tramo de escaleras destartadas hasta una habitación custodiada tan sólo por la Virgen María.

Terasina Vidavarrí dormía dentro de una doble ruina: la del naufragio de sus propias esperanzas y la de lo que quedaba del Hotel Crockett. El último huésped se había ido hace mucho, y a ambos lados del largo vestíbulo sin alfombras, las puertas, como la puerta de su alma, estaban selladas con tablas.

Pero a veces, cuando dormía, oía sonar una pianola. Las puertas tapiadas se abrían, el espacio se iluminaba con la luz que brilla en los sueños, mostrando a hombres que tomaban a mujeres en todas las camas hasta que ella se despertaba. Y entonces veía una luna llena que salía con un anhelo propio.

«Es una suerte amar, sea cuando sea, porque así tienes a alguien por quien vivir», pensaba Terasina, «pero si no estás enamorado también es una suerte, porque entonces no tienes ningún problema.»

La verdad era que ella había tentado poco la suerte. Su primer y único amante le había causado tal pavor que desde entonces no había corrido más riesgos.

Huérfana sin familia, doncella en hoteles que servían a los turistas americanos en Mérida, en el viejo Yucatán, Terasina, a los dieciséis años, se había comprometido con un hombre de mediana edad, un calvo de Florida de origen hispano.

En su juventud subteniente del ejército, en su madurez, florista, tanto por vocación como por pasatiempo, ganador de premios en exposiciones florales, exportador de lirios. Antiguo libertino de labios húmedos con una gorra de la Legión Americana: del raro espécimen de planta que era en realidad su florista, la chica no tuvo ni la menor idea hasta la noche de bodas.

Ella acababa de despertarse de un sueño ligero. Junto a la cama, una lamparita

emitía un resplandor de un naranja intenso. Oyó al ex subteniente trajinando por el cuarto de baño y le sorprendió que llevara allí dentro mucho rato. Lo llamó por su nombre. No hubo respuesta.

Estaba mirando hacia la puerta cuando él salió de golpe, completamente desnudo, salvo por un casco y un bastón que portaba como si fuera un rifle: «*Ein! Svei! Drei! ¿Qué? ¿Te asusta un soldado?*». El impulso de reírse se heló rápido en la garganta de Terasina, pues el rostro de su marido era una máscara que no admitía risas. Marchó al paso de la oca al lado de la cama, hasta completar tres vueltas, luego se cuadró bajo una luz que parecía bañada en una bruma sofocante. Y con desdén le colocó el bastón entre los ojos.

—¿Qué? ¿Te asusta un soldado?

En ese momento ella se dio cuenta de que era totalmente lampiño.

Para las humillaciones que siguieron, Terasina todavía no tenía palabras. Pero en cierto momento le advirtió:

—¡Voy a gritar!

La sombra del bastón se abatió sobre la sábana. Ella había mordido la almohada.

Y una fragancia de colonia, como en una pesadilla bañada en lilas, había inundado la habitación, primero muy intensa, luego débil.

Hasta que llegó el alba y él se hubo vaciado por fin de todo, salvo de la repugnancia que se producía a sí mismo. Demasiado cansado para llorar, se quedó tumbado en la cama, babeando, mientras el olor de lila se extinguía lentamente, como en una barbería a medianoche.

Dos días después, la chica se había mirado en un espejo: el flequillo de su pelo negro azulado se había vuelto, en un pequeño tramo triangular, del blanco de la nieve reciente.

Su hombre de Florida había regresado a sus lechos de flores y al chico negro que le ayudaba a cultivarlas.

Ahora, diez años más tarde, las únicas flores de Terasina eran grandes malvalocas de tallos velludos que crecían en el corral. Y en sus sueños aparecían criaturas mucho más extrañas.

Se veía esperando en un gran corral umbrío con un camisón transparente, esperando a un joven cuyo cabello, muy largo, se agitaba sobre su cara como una crin, y que olía a sal y sudor. Un semental hecho de luz de luna, encabritándose frente ella entre relinchos, despertando una vez más todas las esperanzas de Terasina. Entonces el olor a sal y sudor se volvía asqueroso, y ella se despertaba con la sensación de que un olor a barbería se filtraba entre las tablas de las puertas. Debilitada por la desilusión, se vestía en el frío sagrado y se confesaba a sí misma, como una monja, para sentirse orgullosa de nuevo. Y luego se preparaba para hacer de camarera en la planta baja, sirviendo a la fraternidad del camión, la camioneta y el autobús, bajo un rótulo que rezaba:

Pastel <i>a la mode</i> ...	10
Pastel <i>a la mode</i> con helado...	15
Lonches y sanguiches	
	25 y 35

Y cuando se quedaba sin lechuga, la sustituía con col.

—Los mejicanos son una gente encantadora —gustaba de decir uno de esos zopencos engréidos que lucía una insignia en la gorra—, y, si me permite añadirlo, señora, es usted muy guapa.

—Ustedes también son un encanto —le prometía Terasina al señor Insignias.

Desde hacía ya diez años, esta mujer herida con mechones como ráfagas de nieve había estado sirviendo a peones, fogoneros, detectives de ferrocarriles, guardafrenos, vagabundos, turistas, maquinistas, revisores y conductores de camiones.

*Antojitos mejicanos\** se leía en el dorso del menú, pero ella no se había dado un sólo antojo en esos diez años.

*Abierto hasta las 12 de las noche — EMPUJE:\** la puerta invitaba a los clientes a empujarla y a quedarse hasta tarde. Pero ella misma permanecía cerrada a cal y canto, a todas horas.

—Usted debe de tener alguna relación con los trenes —intentó uno—, porque nunca había visto un furgón de cola tan bien enganchado.

—Me recuerda a Dolores del Río —le informó otro con el camión ya en marcha. ¿Le importaría a la señora que él abriera una pequeña cuenta bancaria a su nombre para impedir que su esposa se lo gastara todo en whisky? ¿Le molestaría a la señora que la nombrara beneficiaria en un testamento? ¿O acompañarle en un viaje de prueba en un camión nuevo hasta Matamoros el fin de semana?

Le maravillaban los camioneros cuya vanidad no conocía límite de velocidad. El conductor pasaba tanto tiempo sentado encima de tanta potencia contenida que al poco acababa creyéndose que la fuerza del motor era la suya propia. Cuidado, voy a meter la primera. Cuando él quería saber qué tipo de calefacción tenía ella arriba, ella respondía: «La misma que abajo». Bueno, era sólo una pregunta, porque resultaba que tenía un colega que vendía estufas de petróleo. *Gracias,\** pero no, muy amable por su parte, ya tenía una estufa arriba así que ¿para qué querría otra? ¿Para qué tener algo que no iba a usar?

¿Y era suyo todo lo que se veía o llevaba rellenos?

—Dios ha sido generoso —respondió y dejó que sus senos se hinchieran de orgullo. Pero permitió que le hiciera cosquillas en la palma cuando recogió el cambio de su mano, le dedicó una amplia y blanca sonrisa y él le dejó veinticinco centavos por las molestias.

El pequeño restaurante atraía a los conductores porque estaba al final de una



carretera larga y estrecha. Siempre había algún monstruo del asfalto dando marcha atrás y girando entre el surtidor de gasolina y el mezquital.

El único ser con pantalones del contorno que le caía bien a ella era el harapiento chico sin cejas y de cabello rojizo que se había presentado un día con una hoja de las tiras cómicas del periódico dominical en la mano.

—No sé cómo las letras hacen palabras —le dijo a ella—, así que le agradecería mucho que me citara éstas para mí, señora.

Al principio, no había entendido por qué había recurrido precisamente a ella. Entonces se dio cuenta de que le daba vergüenza pedírselo a cualquier otro. Y así Terasina había ido revisando las imágenes sección por sección hasta que ella misma se atascó en una palabra. En ese momento fue cuando sacó uno de los dos libros que poseía: *Cómo escribir mejores cartas comerciales*. Pero antes de que pudieran aclarar nada con el libro, un conductor con una rueda pinchada paró delante y el chico harapiento corrió a ver qué podía sacar.

A veces lo veía dar vueltas a un camión con un trote de perro anhelante, un hombro más alto que el otro, y una llave inglesa para ruedas en la mano. Otras veces sólo veía dos grandes pies sucios sobresaliendo de debajo de un camión, con los dedos separados y en tensión por si no le había dado tiempo de acabar el trabajo cuando el conductor estuviera preparado para salir. ¿Qué era lo que le mantenía siempre en tal estado de ansiedad?

O sencillamente se quedaba apoyado en el rótulo de latón —SE ARREGLAN PINCHAZOS— que miraba hacia cualquier lado girando al albur del viento que procedía del chaparral. Y allí, junto al rótulo, podía quedarse inmóvil, tan solitario como si las llantas hubieran pasado de moda, saboreando cada calada de su cigarrillo liado por él mismo.

—¿Cuánto te debo, Red? —oyó ella que preguntaba un camionero, utilizando el apelativo con el que muchos se dirigían a él por el color de su pelo, y el pelirrojo respondió:

—Tabaco para liar y café ya me va bien, señor.

Por su voz, ella supo que el chico necesitaba algo más que tabaco y café. «Está muerto de hambre», supuso Terasina.

Según parecía, él creía que el dinero también estaba pasando de moda. Café y una bolsa de Bull Durham eran su tarifa por una hora de sudoroso y agotador trabajo al sol. Enfurecía a Terasina, que sabía diferenciar un billete de diez dólares de cinco centavos mejicanos a cada lado del río, el ver cómo hombres mayores se aprovechaban de él.

Al final ella misma le había dicho a un conductor:

—Por el cambio de dos llantas y una batería serán setenta y cinco centavos, por favor.

—El chico dijo un café y una bolsa de tabaco.

—Cambiar dos llantas y una batería, setenta y cinco centavos, por favor, en La Fe

yo pongo el precio.

El conductor dejó las monedas. Terasina no las tocó.

—Y una propina para el chico, por favor.

El camionero sacó una última moneda de diez centavos y se marchó sin decir palabra. Visto como estaba Dolores del Río ese día, creyó más prudente no abrir la boca.

—Quédesele —le dijo Dove cuando ella dejó el dinero al lado de su taza—, por dejarme andar por aquí.

Ella lo metió en la caja registradora al instante, ¡tang!

—Muy bien, ahí lo tienes.

Setenta y cinco centavos de crédito..., él lo entendió.

Tras pensárselo bien, eligió unos *sesos lampreados*,\* sesos rebozados en huevo. Ella le trajo el plato, una ración digna de un obrero.

Lo único que vio Terasina, durante el rato que siguió, fueron sus grandes orejas gruesas sobresaliendo como asas. Y lo único que oyó fue el golpeteo, como un tambor tribal, del cuchillo y el tenedor contra el plato.

—... y pan de maíz, señora. Puedo comer pan de maíz hasta que el mundo deje de girar.

Y al minuto:

—Tomaré también un cuenco de chile, por favor, señora.

—¿*Segundos*?\* —preguntó ella cuando acabó el chile.

Una solitaria judía se le había enganchado en la comisura del labio.

—*Sí, señora*.\*

Y bajo los ojos sin cejas ardía el recuerdo de hambres ancestrales: de nuevo redobló rápido el tambor de la tribu.

—¿Quieres algo más? —preguntó ella en voz baja—, ¿unos *chicharrones*?\*

—Ya casi no me cabe más —reconoció él por fin—, pero a lo mejor podría con un trozo de ese pastel de sabores variados.

Ella le sirvió el pastel y café. Al acabar, el chico se encorvó tanto para llevar los labios al platillo que la espalda le sobresalía como el lomo de una ballena emergiendo a la superficie, y así sorbió ruidosamente hasta la última gota.

Por lo que pudo contar, él le debía ahora ochenta centavos. Le dio una escoba.

Él la cogió y la arrastró cansinamente, con el hombro derecho todavía más alto que el izquierdo, hasta la puerta. Entonces, encendido por el chile más picante al norte de Chihuahua, salió corriendo desde el porche delantero hasta el trasero, se metió detrás del mostrador y subió las escaleras. Le barrió la habitación como si la estuviera preparando para unos servicios religiosos, luego barrió las escaleras levantando tal nube de polvo que ella subió corriendo con una lata para echar un poco de agua.

Él fregó platos, frotó cubiertos y cazuelas hasta sacarles brillo y parcheó una tela metálica en un abrir y cerrar de ojos. Luego anunció sus victorias desde la cocina:

—¡Uno! ¡Dos!\* —Estaba matando moscas con la *Police Gazette*.

—Vale, vale, muy bien —ella intentó calmarlo un poco—, todo está perfecto.

Luego, en el silencio tranquilo que se abate a media tarde en todos los restaurantes de Chile, se sentaron juntos con *Cómo escribir mejores cartas comerciales*.

—Mira, así es cómo las letras forman palabras —le dijo ella—. La primera letra es la «A». —Hizo que se levantara y señalara la A—. Muy bien, ahora la «B».

Como un niño enseñaba a otro.

Cuando él hubo mostrado avances con ambas letras, ella se cansó de repente del juego y encontró otro: cómo activar la pequeña llave de detrás de la caja de monedas de la *jukebox* para ponerla en marcha sin tener que meter un centavo. Le salió bien y sonó «Meet Me Tonight in Dreamland»; como ella misma, las canciones de la máquina se dividían a partes iguales en americanas y mejicanas.

La siguiente canción, «Cuando sale la luna», la eligió ella. Dove no se cansaba de escucharla. Ella añadió un poco de tequila a una Coca-Cola y le preguntó cómo los anglos podían beberse aquel líquido pegajoso sin echarle algo. La respuesta de Dove fue darle la razón añadiendo otro chorrito. Él empezó a moverse, cambiando de pie de apoyo como un osito feliz que nunca hubiera sido feliz hasta entonces...

*I'd like to live in Dreamland*

*With a girl like you* <sup>[16]</sup>

Hacía tanto tiempo que ella no se había sentido alegre que la regocijaba profundamente ver la alegría ajena. Estaba claro que el chico era un rarito, pero ciertamente no un florista. Olía a sudor y a sal. Ningún lirio le había perfumado.

—Me gusta ver bailar a los hombres. —Su propia voz la sorprendió, y ella volvió a manipular la *jukebox* para que sonaran canciones mejicanas.

*Adiós, mi corazón\**

Cada vez que la máquina gritaba «*corazón*» a Terasina le entraba hipo. La tercera vez que pasó cogió la mano de Dove, se tapó con ella la nariz y la boca y le animó a que apretara. «*Empuja*»\*, le ordenó para que aplicara el remedio mejicano para quitar el hipo. Con un brazo alrededor de los hombros para sujetarla, él apretó tan fuerte que ella empezó a ahogarse y tuvo que soltarla.

—La muerte no es buen remedio para el hipo —le informó ella.

Ella prefería el baile al hipo o a la muerte. Su mayor alegría era oír el rumor confuso de voces humanas, entre ellas las de niños, voces oídas al otro lado de una pared donde unos extraños celebran una fiesta de cumpleaños; y sin saber a quién está escuchando pues nunca podrá entrar allí.

Una vez oyó a un joven padre pidiendo perdón y vio a la joven madre respondiendo simplemente con el gesto de amamantar a su único hijo. Ese recuerdo

tensaba todavía los pezones oscuros de Terasina, sus propios pechos blancos y doloridos.

—En Jesús está mi paz —le decía al espejo en su pequeña habitación—, «*en tristes horas de tentación, en Jesús tengo paz*»\*. Y el espejo le devolvía la mirada como si dijera: me parece que alguien miente.

Y por extraño que parezca para ser una persona tan devota, en sus sueños no buscaba ni la paz ni a Jesús. En ellos se veía en algún lugar de México, en pleno mediodía, con todas las persianas bajadas. En umbrales lánguidos, soñaban lánguidos sueños perros mejicanos.

Todos dormían en la ciudad, salvo uno cuya mano se apoyaba en el pomo de su puerta como si llevara horas allí.

—Hace mucho calor en la calle —se quejaba el oyente al otro lado de la pared con una voz muy acostumbrada a mentir—, ¿podría darme un poco de agua?

—Aquí sólo puede beber Jesús —le prohibía ella y se despertaba con una sensación de sequedad atascándole la garganta. Afuera, un viento cargado de lluvia convertía en espejos todas las zanjas. Vio las verdaderas estrellas caminando cogidas de la mano por los adoquines hasta el final del pueblo. Y luego desandar el camino, como amantes que volvieran a casa.

De repente la taza que tenía en la mano le pareció muy vacía, tiró el agua al suelo, la llenó de tequila hasta que la desbordó.

Y bebió, con manos temblorosas y la espalda vuelta a la pared para que no la viera la Virgen María.

Después de los *sesos lampreados*,\* el café y los pitillos dejaron a Dove tan insatisfecho como las tiras cómicas dominicales después de haber visto un libro.

Así que cuando se hubo marchado el último camionero del día, Terasina abrió su segundo libro para el chico.

En él, Dove vio un príncipe chino volando, cargando sin dificultad a la espalda a un chico de cabello muy rubio con una pluma verde clavada en el sombrero; una princesa encantada en una cáscara de nuez que flotaba sobre una hoja, encogida de miedo ante una gigantesca rana mugidora que repetía: «“Croac, croac, croac”, era lo único que sabía decir su hijo»; un hombrecito con la ropa remendada que conducía un rebaño de vacas mientras fumaba una pipa de barro; y renos, Santa Claus, bailarines, duendes, patos, mandarines, ángeles, castillos, teteras y árboles casi tan viejos como la tierra.

Pero el que atrapó completamente el interés de Dove fue el resuelto soldadito de plomo que llevaba valientemente al hombro su mosquete, pese a que sólo tenía una pierna. <sup>[17]</sup>

Lo habían hecho el último, cuando no quedaba suficiente plomo para acabarlo. Pero se mantenía tan bien en pie sobre su única pierna como los demás sobre dos.

Dove imaginó al instante que, de todo el ejército, éste sería el soldado que llegaría a ver más mundo, viviría las más fantásticas aventuras y al final conquistaría a la amada que todos los demás deseaban.

Y el resuelto soldadito no tenía que buscar su amor muy lejos: era una bailarina de papel vestida con la gasa más leve y llevaba una cinta azul sobre los hombros prendida con una lentejuela tan grande como su cara. Estaba de puntillas sobre un pie, estirando ambos brazos hacia el soldado de manera que, hasta donde él veía, ella también tenía sólo una pierna. Eso hacía que el soldadito se sintiese más cercano a ella, pero inquietaba a Dove. Un error tan terrible como ése sólo podía traer problemas. Pero el soldado se había decidido y se tumbó cuan largo era tras una caja de rapé, de manera que cuando volvieron a guardar a los demás soldaditos en su caja y la gente de la casa se acostó, él seguía mirando a la bailarina.

—Y entonces dieron las doce y ¡pop! saltó por los aires la tapa de la caja de rapé, pero dentro no había rapé. ¡Qué va! Dentro estaba un duendecillo negro, como en una especie de caja sorpresa.

—«Soldadito de plomo», dijo el duende, «ten la bondad de no mirarme.» Pero el soldadito fingió que no lo oía.

—«¡Ah! Espera a mañana y verás», le amenazó el duende.

Como había supuesto Dove, los problemas estaban al caer. La mañana siguiente, mientras hacía guardia en el alféizar de una ventana, el duende lo tiró de un soplido y el soldado cayó boca abajo desde la tercera planta y aterrizó clavando la bayoneta entre dos adoquines. La gente pasaba sin verlo y algunos casi le pisaban. Empezó a llover con ganas, y cuando la lluvia terminó, las cunetas se desbordaron y dos niños lo encontraron, hicieron un barquito de papel, colocaron al soldado en medio y allá navegó hasta entrar en un largo túnel de madera que estaba tan a oscuras como su propia caja.

La corriente bajaba cada vez con más fuerza, el barquito de papel empezó a hacer agua y se hundió bajo su peso. Un pez se tragó al soldado que, sin embargo, mantuvo su mosquete al hombro con tanta valentía como siempre hasta que un destello como un relámpago resquebrajó la oscuridad y alguien gritó: «¡Un soldadito de plomo!». Habían pescado al pez, lo habían llevado al mercado, vendido y depositado en una cocina, donde la cocinera lo abrió en canal con un enorme cuchillo. Cogió el soldadito con dos dedos y lo llevó al salón, donde todos quisieron ver al maravilloso hombrecito que había viajado hasta tan lejos. Lo colocaron de pie sobre la mesa y — ¡maravilla de las maravillas!—, estaban los mismos niños, los mismos juguetes en la mesa y, en el medio, rodeada de una especie de resplandor, ¡su bailarina de puntillas! ¡Había vuelto a casa!

El soldadito se conmovió tanto, sobre todo al ver a su amada, que a punto estuvo de derramar lágrimas de plomo de alegría. Pero eso no habría sido muy propio de un soldado. Así que miró fijamente hacia delante, con un leve escorzo, como se le devuelve la mirada a un oficial; ella, en cambio, sí le miraba directamente. En ese

momento, uno de los niños cogió al soldadito y, sin venir a cuento, lo arrojó al fuego, donde murió, cumpliendo su deber, mirando hacia delante pero sin fijarse en nadie.

Dove se puso en pie de un salto y cerró el libro con tanta fuerza que atrapó el pulgar de Terasina.

—¡Basta!\*

Ya estaba harto de cuentos de hadas. Según parecía, no le había gustado ese final. Corrió a la *jukebox*, la puso en marcha y empezó a bailar como si quisiera olvidar el triste final del soldado en cuanto empezó a sonar:

*All of me*

*Why not take all of me*<sup>[18]</sup>

Levantando un pie y luego el otro, empezó una lenta oscilación de la cabeza, con los brazos colgando sueltos en un baile en el que, como vio la mujer, se mezclaban el deseo y la desesperación.

—¡Vean al rey de los elefantes! —le animó Terasina, que se puso a aplaudir sólo para disimular su inquietud. Había algo en aquel baile que no estaba bien, pero no habría sabido decir concretamente qué.

Él se puso las manos en las caderas y, sonriendo obscenamente, con sudor en los labios y la respiración acelerada, invitó a todas las mujeres en un movimiento tan purificado por la lujuria que Terasina sintió que sus propios muslos se separaban. Una mirada entre angustiada y vergonzosa le dio un tono gris al rostro del chico, que se dejó caer en la mesa y hundió la cabeza entre las manos. Ella vio que le temblaban los hombros mientras la música se desvanecía a su alrededor.

Cuando ella le tocó el hombro, él le dedicó una sonrisa tan rebotante de sufrimiento que le conmovió el corazón como la súplica de un animal.

Terasina juntó los dedos de la mano izquierda, todos menos el pulgar, y espolvoreó sal sobre el tendón tenso y lo lamió con su lengua rápida y pequeña.

—Tienes que buscarte novia —le dijo ella como si la sal la hubiera hecho repentinamente sabia. Y le ofreció la sal que quedaba en su mano, para que él se volviera tan sabio como ella.

Él tomó un pellizco, la puso en su lengua, pensó un momento y por fin dijo:

—No hay ni una chica en todo este valle de locos que merezca una segunda mirada. —Luego, tragándose finalmente la sal, tuvo una ingeniosa ocurrencia tardía —: salvo usted, claro, señora.

—Bueno —ella fingió que no había oído el comentario—, es verdad que aquí las cosas no van muy bien. Pero si este pequeño rincón del mundo tuviera de todo, chicas bonitas y también buenas cosechas, los malvados vendrían de las peores regiones del mundo trayendo consigo sus hijas feas. Y entonces las cosas serían todavía peor que ahora. Así que, bien mirado, no está mal que las cosas no vayan tan bien.

Esa noche Terasina durmió poco. Entre el sueño y la vigilia veía la sonrisa

rebosante de sufrimiento.

Una semana antes de Navidad, ella le dio la llave de La Fe para que se ocupara del local y lo vigilara hasta que volviera. Ella no siempre podía ir a su tierra cuando sentía el corazón inquieto. Pero ese año la turbación llegó en Navidad proporcionándole una piadosa excusa.

Durante la sequía de 1930, cuando se contaban hasta los centavos de los viejos amigos, los comerciantes lanzaban saludos beatíficos desde todas las puertas de las tiendas de los pueblos, y sonreían, sonreían sin parar. Pero cuando la sequía pasó y los turistas que se dirigían a Matamoros empezaron a demorarse otra vez unas horas entre la tienda de recuerdos y la oficina de correos, los tenderos estaban demasiado ocupados para sonreír. El negocio era el negocio y el tiempo se convirtió en dinero.

Los hombres descalzos y los chicos con petos se entretenían alrededor del Buick de algún turista, comentándose las ventajas del vehículo entre sí con tal solemnidad que parecía que los tiempos de ir a pie de un lado a otro eran ya historia para todos. Si a alguien se le hubiera ocurrido dejar escapar un poco de aire de las llantas se lo habrían impedido, porque el coche parecía suyo. Soñaban con recorrer muchas millas por galón de gasolina, sin mellar los guardabarros, unos viajes placenteros y sin pinchazos.

Sabían que procedían del lado equivocado de una ciudad que sólo tenía dos lados, el malo y el peor, así que había que mostrar respeto a los forasteros con calderilla. Y si las mujeres que llegaban en los coches con matrículas del este parecían más orgullosas de lo normal, eso sólo era comentado en español, un idioma cortés.

A ese rincón dejado de la mano de Dios, la Depresión llevó una especie de modesta prosperidad, con la apertura de un centro de auxilio social y un asistente social, lo que hizo que una docena de espaldas mojadas regresaran a este lado de la frontera vadeando el río.

—Más boniatos fritos para los demás —dijeron sus viejos amigos a los que tanto les daba la suerte que corrieran.

Una tarde desapacible, paseando por Main Street, Dove se fijó que el farmacéutico que holgazaneaba delante de su tienda tenía una cara que decía: «No te pares aquí, Inútil. El negocio es el negocio».

El Inútil no se paró, porque el negocio *era* el negocio.

El Inútil nunca se paraba hasta que le decían que se apartara a un lado y se quedara quieto. Entonces se apartaba y se quedaba quieto hasta que se le decía que se moviera. Hiciera el tiempo que hiciese, para Dove era siempre una única estación en la que se movía o se quedaba inmóvil, como si estuviera de más.

En las escaleras del juzgado, Fitz se hacía el loco para la misma pandilla de muertos de hambre con cabeza de cactus para quienes siempre interpretaba ese papel. Byron estaba apoyado en el cañón como si esa noche se sintiera demasiado cansado

para subirse.

—Predicador —preguntó un inadapado con pinta de pasar hambre, encorvado como si cargara con una mochila—, ¿es correcto que la esposa de un hombre se corte el pelo a lo *garçon*?

—Lee el Deuteronomio —le prometió Fitz—, ahí encontrarás la respuesta.

—Pero a mí no me parece que esté mal —la voz de la esposa desafió al Deuteronomio.

La mirada de Fitz la buscó.

—Mujer, ¿te has arrodillado alguna vez y le has preguntado a Dios si estaba mal?

—No, nunca, predicador.

—Cuando lo hagas, Él te lo dirá. Si Él quisiera que una mujer se cortara así el pelo, haría también que se afeitara, ¿no?

No pareció que hubiera respuesta a esa pregunta.

—¿A qué velocidad viajan los ángeles? —Fue la siguiente pregunta de su audiencia que Fitz tuvo que aclarar. Ésa era fácil.

—A ver, un ángel puede salir a las seis de la mañana de Nueva Jerusalén, viajar por toda la tierra y estar de vuelta en casa, donde el león yace con el cordero, a las seis de la tarde. ¡El cielo al alcance de la mano! ¡Donde ni la polilla ni la herrumbre corrompen! ¡Donde los ladrones no entran en las casas ni roban! ¡Sin enfermedades! ¡Sin dolor! ¡Y un millar de años son como un único día!

—¿Por qué tiene tanta prisa para estar de vuelta en casa a las seis?

Fitz no hizo caso a Byron.

—¡Hay un bálsamo en Galaad! Sin coronas fúnebres en las puertas, ¡y las puertas son todas de oro puro! ¡De oro puro! —El viejo recapacitó un momento—. Pero no, no contéis con eso, nadie va a ser tan tonto para tomar a un puñado de ladrones de gallinas como vosotros por ángeles. No, mis lamentables amigos, lo que tenéis reservado no es una Nueva Jerusalén.

—El viejo fuego del infierno nos espera, predicador —dijo un creyente con un tono tal que pareció que no veía llegar el momento.

—¡El fuego del infierno es demasiado bueno para nosotros! —añadió alguien tratando de ganarse el favor del predicador para ver si caía un trago de su Matademonios.

—¡Nosotros no queremos el fuego del infierno!

Exageraban todo. Porque sabían que Fitz ponía la Ciudad de Oro Puro a su alcance sólo por el placer de arrebatársela de nuevo.

Y de hecho, les importaba un comino cualquier ciudad de oro. La desolación, aquí y ahora, ése era su pan de cada día. Un azufre abrasador, la tortura eterna y un equívoco crujido desde los cuartos traseros de la mala suerte era lo que codiciaban. Aunque nunca se creyeron de verdad su promesa del Paraíso al Alcance de la Mano, nada tenían por más cierto que el fuego del infierno. Y correspondía a Fitz conducirlos hasta su chirriante borde. El predicador sabía dónde estaba lo bueno.



Con la pasión de alguien que ya ha estado allí y ha regresado, Fitz los acercaba cada vez más hacia el inefable filo...

—Penas in-concebibles os aguardan a todos —decía, repartiendo su palabra santa, como un Santa Claus que sólo llevara horrores en su saco, recalcando cada sílaba para hacer el infierno tan inminente que los oyentes no veían el momento de ocupar su puesto en el espetón—. ¡Penas in-concebibles! ¡Condenación in-terminable! ¡Atroces visitantes! ¡Invadidos por un ejército! ¡Un ejército de leprosos! ¡Doscientos millones de jinetes lanzando llamas! ¡Un río de sangre y carne quemada de kilómetros de largo! ¡Siete meses sólo para enterrar a los muertos! ¡Un ejército que ya llega! ¡Un ejército de leprosos!

—¡El Ejército de Gedeón! —dijo un idiota, completamente arrebatado. Oh, les encantaban esos leprosos a caballo así que ni sabían de parte de quién ponerse. Tampoco importaba: ninguna causa parecía demasiado desquiciada siempre y cuando la acción fuera rápida y el campo estuviera ensangrentado. Arrastrados, así se veían, arrastrados en la enorme soledad de sus vidas hasta las puertas mismas de la ciudad dorada, para que luego los arrastraran de vuelta a las llanuras en llamas de la Condenación. Un movimiento tan rápido que no les dejaba un momento para tomar aliento y mirar a su interior. Mirar dentro de sus propios corazones, tan oscuros y vacíos como simples corazones.

—¡Las madres devorarán la carne de sus recién nacidos! ¡Una era de agitación como nunca se ha visto desde el principio de los tiempos!

»¡Piedras de granizo grandes como bloques de hielo! ¡Torrentes de fuego sangriento! ¡Fuentes y ríos transformados en sangre espumeante! ¡El Paso enterrado en lava incandescente! Y ahora, vosotros, pequeños desgraciados, vais a comprenderlo.

—¿Qué me dice de Nueva York? —Alguna gente no quería ir a ningún sitio sola.

—¡Quedará sepultada bajo una lluvia de sapos! ¡Sapos tan grandes como gatos, sepultada hasta la torre más alta de Wall Street!

Era el turno de Wall Street.

—¡Todas las islas saltarán por los aires y no se encontrarán ni sus ruinas! ¡Volar o morir! ¡Cuántos adoran a Jehová tendrán que recibir la marca de la bestia o morir! Paredes de ladrillo y muros de acero se desmoronarán bajo piedras de granizo ¡de veinticinco kilos cada una!

Ni siquiera Byron sabía de dónde sacaba las cifras.

—Papistas violadores, los agentes diabólicos ya están entre nosotros, preparados para tomar la Casa Blanca. ¡Una persona real es la imagen manifiesta de Satán...!: ¡El papa de Wall Street!

Algunos miraron con suspicacia a Byron. Los ojos de Fitz siguieron aquellas miradas, y el movimiento provocó que la multitud entera empezase a cantar a gritos con una sola voz, como en trance:

Con solemne gozo contemplo  
un cadáver, cuando el espíritu se ha ido:  
enamorado del hermoso barro  
y anhelando yacer en su lugar.

Byron no soportaba cantar himnos y para él aquél era el más espantoso de todos.

Este barro ya no está afligido  
por la enfermedad ni estremecido por el dolor;  
la guerra en los miembros ha acabado  
y nunca más lo incordiarán.<sup>[19]</sup>

—Oh Dios —respondió Byron como un grito—, oh, Dios que desdeñas a los descalzos, olvídate de nuestro pan de cada día pero ¡apresura tu venganza! ¡Date prisa! ¡Date prisa!

—¿De qué lado está ahora? —preguntó alguien.

Pero antes de que nadie pudiera aventurar una respuesta, Byron se había dado la vuelta y se había perdido en la oscuridad. La voz de su padre lo persiguió.

—Amigos, creía que cuando os hablé, hace nada, de la invasión de leproso y de piedras de granizo que pesaban veinticinco kilos y de una caballería de doscientos millones de jinetes lanzando llamas y de una lluvia de sapos grandes como gatos y de madres devorando a sus recién nacidos y de vientos derribando muros de ladrillo y acero y de un río de sangre ardiente que llegaba hasta las bridas de los caballos, que os encaminabais hacia algunos problemillas. Ahora os digo que vuestros verdaderos problemas no empezarán hasta que acojáis al Anticristo en vuestros pellejos de pecadores.

»Ya está propagando el Anticristo, la doctrina de la evolución, la paternidad universal de Dios y la hermandad del hombre. Ya se están armando los sindicatos de trabajadores de Wall Street para ayudarle, preparándose para el día en que ningún hombre podrá ganarse el pan con el sudor de su frente a no ser que lleve grabada la marca de la bestia (A-F-L)<sup>[20]</sup> en el cuerpo. Tampoco le dejarán comprar ni vender. Los sindicatos de la ciudad os dicen... ¡que los chinos son vuestros hermanos! ¡Y los árabes! ¡Y los mejicas!

»Venís a nosotros y nos decís que las grandes ciudades están a favor del patrón oro, replicamos que las grandes ciudades se levantan sobre nuestras inmensas y fértiles praderas. Quemad vuestras ciudades y dejad en paz nuestras granjas, y vuestras ciudades volverán a surgir como por arte de magia, pero si destruís nuestras granjas, la hierba crecerá en las calles de todas las ciudades del país. No deberíais ceñir a la frente del trabajador esa corona de espinas ¡no deberíais crucificar a la humanidad en una cruz de oro! —Se puso en pie de un salto y bajó las escaleras ladrando como un gibón:

¡La cruz! ¡La cruz!  
¡La cruz manchada de sangre!  
¡La sagrada cruz que veo!  
¡Oh, la sangre! ¡La preciosa sangre  
que Jesús ha derramado por mí!  
Sobre esa cruz de sangre carmesí  
veo ahora mi fe.<sup>[21]</sup>

»¡Oh! ¡Mirad allí! ¡Acercándose por las calles de oro! ¡Veo una muchedumbre bañada en sangre con túnicas blancas!

Una docena de cabezas se dieron rápidamente la vuelta para mirar sólo Dios sabe qué, pero lo único que vieron fue a Dove Linkhorn, con pinta de perdido. Como si deseara que el pobre pirado de su padre bajara de las escaleras del juzgado. Cuando las miradas de la multitud se fijaron en él, se dio la vuelta para seguir a su hermano y perderse en la oscuridad.

Pasó por delante del pequeño cine donde Thomas Meighan protagonizaba *Young Sinners*. Pero se detuvo delante del escaparate de la tienda de recuerdos para admirar los pequeños artículos expuestos allí, falsificaciones que se pretendían confeccionadas con piel de bisonte y grabadas con hierro de marcar.

Allí donde la sonrisa se alarga un poco más,  
allí donde el apretón de manos es un poco más fuerte  
ahí es donde empieza el oeste.<sup>[22]</sup>

Byron le había leído esas palabras hacía mucho. Por toda la ciudad había rótulos y carteles, leyendas, advertencias e invitaciones que Dove se sabía de memoria. Ahora, como diversión, movía los labios según recordaba el texto, de manera que cualquier transeúnte tenía la impresión de que de hecho estaba leyendo. Incluso fruncía el ceño de vez en cuando para fingir que se había topado con una palabra que resultaba difícil incluso para un chico educado como él.

Los transeúntes prestaban poca atención al desgraciado cuyo pelo le caía sobre los ojos. Así que se paraba bajo la ventana con barrotes de la vieja cárcel. Los presos, al menos, sí tenían tiempo para él.

Pero el único que estaba en la cárcel esa noche, con los dedos aferrados con tanta fuerza a los barrotes que se le habían quedado blancos, era Riley *Ojo de Pollo*, un indio al que le habían arrancado los ojos en una pelea años antes. Llevaba el pelo largo, al estilo de los pioneros, recogido con una horquilla a la espalda. Su cráneo ahuecado asomaba entre los hierros, intentando respirar el aire de la noche que ya nunca vería. Dove se fijó en un destello de luz sobre la horquilla.

—¿Me has traído tabaco? —preguntó Riley.

Dove recogió una piedra del suelo, la metió en la bolsa de Bull Durham como lastre y miró a su alrededor por si venía el *sheriff*. Al viejo le ponía furioso la

costumbre de sus vecinos de lanzar bolsas con esto o lo otro, cualquier cosa, incluso uvas, a través de los barrotes, porque eso le obligaba a subir pesadamente un empinado tramo de escaleras para registrar al preso.

—Échese atrás, Pollo —le dijo Dove a Riley. Luego arrojó el tabaco. Oyó que la piedra golpeaba el suelo con un leve estrépito. El cráneo reapareció.

—Gracias, hijo.

—¿Qué ha pasado esta vez, Riley?

—Lo mismo de siempre. Me negué a hacerle el amor a mi esposa cuando se puso enferma. ¿Por qué clase de hombre me toman?

—¿Qué enfermedad tiene, Riley?

—Pareces un chico bien criado. Ya sabes cómo son las mujeres. ¿No sería una mala bestia el hombre que se acostara con su mujer esos días del mes?

—Supongo que sí —conjeturó vagamente Dove.

En realidad, no sabía cómo eran las mujeres.

—Pues eso, si yo la tomara contra su voluntad, si le pegara, si la atormentara, eso sería una razón para detenerme. Si hiciera algo así yo mismo me entregaría, me rendiría.

—A las mujeres no se les pega, jefe.

—Yo no le pegué, es lo que te estoy explicando. No le haría daño a mi cerda, mucho menos se lo iba a hacer a mi mujer.

—No se les pega a ninguna de las dos, jefe. Tampoco al animal.

—Me alegro que lo entiendas. Pero supón que lo hubiera hecho. Supón que estaba pateando a mi puerca y que el *sheriff* apareció casualmente por allí. ¿Crees que se entrometería?

—Creo que tendría que hacerlo.

—Pues, no. ¿Y sabes por qué? Porque la puerca es mía y puedo hacer con ella lo que me venga en gana. Él no es quién para decirme cómo tengo que tratarla igual que no es quién para decirle a un barbero cómo debe cortar el pelo. Así que, ¿por qué tiene que meterse si ni siquiera la estoy pateando, sino que sólo soy tierno con ella hasta que mi esposa se ponga bien? ¿Qué le voy a hacer si mi mujer se pone todavía más celosa de lo habitual esos días del mes? Uno da un poco de cariño y le tratan como a un monstruo.

—Usted no es ningún monstruo, jefe —Dove no lo dijo con mucho convencimiento—, pero ahora tengo que irme a trabajar. Soy el encargado de mantenimiento en el hotel que hay en la carretera. Pásese cuando salga. Le pediré a mi cocinera que le prepare algo.

Dove dejó al conmovedor monstruo fumando a gusto contra los barrotes.

—Un hombre muy educado —se dijo el encargado de mantenimiento, que se sentía aún más satisfecho con la impresión que él mismo había causado.

Tuvo que caminar con cuidado salvando las zanjas y baches que la gente del pueblo llamaba «agujeros del amor» porque se suponía que, en los tiempos de

caballos de tiro y calesas, arrojaban a los amantes a los brazos de sus amados.

Pasó por delante de la destartalada iglesia para negros donde la docena de negros del pueblo se reunían a rezar y los escuchó cantar:

Un momento, silencio. Oh, callad,  
alguien me llama.  
Silencio, oh, callad,  
alguien me llama.<sup>[23]</sup>

Era el momento antes de que las ranas empiecen a croar, cuando las mujeres y los mejicanos se tapan la boca con chales para evitar la humedad nocturna. En el crepúsculo de azul polvoriento, las ventanas tapiadas con tablas de La Fe se asomaban tan ciegas como Riley. La escalera destartalada, las paredes desgastadas por el viento, las puertas desgastadas por la arena que daban a un salón desolado, todo le recordaba a Terasina.

Terasina Vidavarri.

La escarcha llamaba a la ventana. Aunque ella no le había pedido que se acordara, él encendía el altar de su virgen todas las noches. A su luz ponía también en marcha la ruidosa estufa. Luego se encendía un pequeño cigarrillo de la marihuana casera de Byron e inhalaba una larga y desafiante calada.

—¡Viejo predicador loco, deprisa! ¡Poco tiempo te queda para arrepentirte! ¡Toda la vida escupiendo al cielo!, si me hubieras llevado a la escuela en lugar de dedicarte a jugar a ser Dios para una pandilla de idiotas, yo sabría leer y escribir esta noche.

A cada calada se elevaba una pulgada del suelo.

—Tal como soy, tal como soy...: no eres más que un memo. —De repente, con el pitillo colgado de los labios, se santiguó e hizo una genuflexión, aunque sus rodillas no rozaron el suelo.

—A ver si sacas esto con tu manguera, viejo —le dijo a Fitz—, hazte ese favor, infierno y azufre.

Ahí estaba, al lado de la cama de Terasina, de su cama misma. Hacía poco ella había yacido ahí, inquieta o soñando, y pronto volvería a yacer y soñar ahí.

Entre el resplandor blanco de la lámpara de queroseno y el amarillo parpadeante de la virgen, miró las palabras del cuento que se titulaba «Por qué un buen hombre siempre tiene razón», que se sabía de memoria:

*«Siempre de mal en peor ¡y siempre alegre! Merece la pena el dinero que vale.»*

La punta del estrecho pitillo danzaba como una diminuta bailarina en la oscuridad. Pasó a la página en la que el Viento de Levante, vestido como un chino, le decía al príncipe que se agarrara fuerte porque si no se caería.

*«—Oh, ¿así que vienes de ese lado? —dijo la madre—, yo creía que habías*

*estado en el Jardín del Edén.*

*»—Para allí parto mañana —dijo el Viento de Levante—. Mañana hará cien años que no paso por el Edén. Acabo de llegar de China, donde bailé alrededor de una torre de porcelana hasta que todas las campanas sonaron. Los funcionarios eran azotados por las calles. Las varas de bambú se rompían sobre los hombros y ellos gritaban: “Muchas gracias, padre y benefactor” pero no lo pensaban. Y yo seguí tocando las campanas y cantando “¡sing, sang, su!”.»*

Le llegó una fragancia oriental. Dejó el libro y siguió el rastro que le señalaba su nariz, olisqueando como un conejo, hasta el cajón de una cómoda.

Una blusa de gasa, una combinación blanca deshilachada en el dobladillo y unos sujetadores, como los atuendos de una orden sagrada. Dove los palpó con esa especial reverencia de los hombres que han vivido completamente aparte de las mujeres. Bajo esas ropas, se le ocurrió como quien descubre un misterio, la señora caminaba desnuda. La idea le debilitó tanto que tuvo que sentarse al borde de la cama con la combinación flácida sobre sus rodillas mientras la acariciaba como si fuera la carne de la ausente. En la punta con forma de pezón del sujetador negro olió el olor especial de la dueña, como a perfume Cuir de Russie.

Allí se había ajustado su pecho, ¡que debía de ser todavía más suave! Comprobó la textura de la tela contra su mejilla curtida.

Señora, déjeme tocar su corazón desnudo.

Un anhelo que no podía ser más profundo le tensó el estómago y se arrimó la combinación al pecho. Frotándose con la almohada en el punto donde había reposado la cabeza de ella, sus extremidades se convulsionaron y una oleada mareante le dejó tan flácido como la combinación. Sudoroso y vacío de pasión, culpable y desgastado, el chico yació un buen rato con los ojos cerrados. Nunca le había pasado nada parecido despierto.

«Es una maría muy buena», pensó Dove.

Y se durmió roncando.

Soñó que se deslizaba suavemente en un tiovivo de feria como una vez había visto hacer a cuatro monitos. Atados firmemente en los coches de juguete, cada uno con una gorra de jockey a juego con el color de su vehículo, uno rojo, uno verde, uno amarillo y el otro azul; mientras a su alrededor la gente se apiñaba e inclinaba sobre la barandilla, se tocó la visera de su propia gorra para asegurarse de que no saldría volando por los aires cuando empezara la carrera...

¡Tal como soy! ¡Tal como soy!<sup>[24]</sup>

... estalló alegremente la música.

Ahora perdía terreno, ahora lo recuperaba, ahora casi se ponía el primero. Oh: ¡Deprisa! ¡Deprisa! Del rostro vociferante de su padre vio surgir el cráneo sin ojos de Riley... el tiovivo del sueño se inclinó hacia arriba, los raíles se fueron a un lado y se

salieron por debajo.

—¡Señora!\* ¡Sálveme de Riley!

Se encontró sentado en el medio del suelo, con la almohada todavía aferrada a su pecho. Sobre él la virgen brillaba luminosa. A su lado, la estufa apenas ardía. Por la oscura carretera, los negros predecían y predecían:

Oh, silencio, una mañana

la muerte se deslizó a hurtadillas en la habitación... [25]

Dentro del fuego, los ojos de Terasina lo salvaron de Riley mientras el tiovivo del sueño dejaba de girar con el mismo sueño.

—Anoche vino el viejo. —Así fue como saludó Fitz una mañana a la helada que había caído por la noche. Los tejados de Hooverville estaban blancos y no había nada que quemar salvo cajas de uvas y aun éstas escaseaban.

El único grifo se congeló, pero una pareja mejicana dos casas más abajo en la misma calle permitía generosamente que los vecinos usaran su pozo. Los rumores de que iba a llegar un tren carbonero corrieron de puerta en puerta como las noticias de una boda vuelan en junio. Verdadero o falso consolaba contarlos: todo el mundo volvería a entrar en calor pronto.

Dove y otro chico llamado Jehova fueron a las vías con un palo de tendedero y un saco. Medio centenar de hombres, mujeres y niños se apiñaban junto al depósito de agua. Había carretillas y cajas por todas partes. Una chica mejicana sostenía, en un pliegue de un chal amarillo, una muñeca *kewpie* pegada a su pecho. Los flecos polvorientos del chal, que caían hasta más abajo de los tobillos, habían acumulado suficiente hollín para encender solos un fuego. La *kewpie* y la niña llevaban un cochecito de muñecas vacío con las ruedas torcidas.

—Tu bebé se va a resfriar —se burló Dove, pero ella se limitó a devolverle una mirada de implacable animadversión.

—Responde cuando se te habla —le reprochó Jehova, pero no consiguió más respuesta que Dove—. No es más que una espalda mojada asustada —la disculpó Jehova ante Dove cuando los vagones se acercaron rechinando hasta frenar entre chirridos y la máquina empezó a cargar agua.

Seleccionaron un vagón para ellos solos, Jehova se subió encima de la pila de carbón y alineó sobre el saliente de hierro que recorre el borde los trozos más grandes que podía levantar con ambas manos. Ninguno de los dos sabía por qué tenía que hacerse así, salvo que los otros modos eran demasiado fáciles. Dove estaba abajo con el palo. El problema no sólo radicaba en recoger los trozos más grandes en el menor tiempo posible sino en impedir que los vecinos se los arrebataran.

Jehova acababa de llenar el saliente cuando los vagones se pusieron en marcha. Y

se bajó justo a tiempo para abrir el saco al final del furgón. El primer trozo, golpeando el palo que sostenía Dove, cayó al saco. Uno por uno, le siguieron los demás sin que se les escapara ninguno.

Mientras caían, Dove le preguntó a Jehova, que estaba encima:

—¿Y si fueran boniatos? —No recibió respuesta así que se preguntó: ¿Y si fueran cebollas? Al pensar en salsa de cebolla, la boca se le hizo agua: bastaba que Dove Linkhorn se enterara de dónde robar cebollas y Byron haría la salsa. Se oyó un griterío: un policía de paisano había bajado a la vía. Ellos se lanzaron por el terraplén cargando el saco entre los dos. En la zanja al fondo, yacía un cochecito de muñecas, boca arriba, con las ruedas todavía girando en sentidos inversos. A unos metros alguien había tirado un chal amarillo. Se removía. Entonces el amarillo empezó a teñirse de negro.

—Las ruedas del tren atraparon el carrito, pero ella no quiso soltarlo —oyó que comentaba alguien.

—Esperad al sacerdote —dijo otro con un tono tal que Dove supuso que, cuando llegara, el sacerdote sería capaz de explicar con palabras sencillas cómo era posible que una niña tan pequeña quisiera tanto a una muñeca que no la asustaran ni siquiera las ruedas de un tren de mercancías.

La última semana de enero estaba en la leñera de La Fe calentando un huevo entre las manos, en recuerdo de las gallinas de los veranos pasados, cuando oyó que alguien intentaba abrir la puerta principal. Su corazón salió corriendo de la leñera antes que su cuerpo, y sus rodillas harapientas corrieron detrás.

Terasina.

Llevaba unos largos guantes negros y se parecía tanto a las inalcanzables turistas de Nueva York que él se quedó paralizado, descalzo y retraído.

Ella esbozó su amplia sonrisa blanca. Olía como la luz del sol mejicano y le dio un beso rápido en la mejilla cuando se acercó. Él le tendió el huevo y, a modo de gracias, dijo:

—Una niña murió.

—Ya me lo contarás más tarde —le dijo ella, y él subió las viejas escaleras desgastadas por los pasos humanos, cargando su maleta que también había sufrido lo suyo. En la puerta de su habitación, él se apartó y ella entró delante.

Él había bajado las persianas y las había sujetado con fuerza. La habitación olía a oscuridad, jabón y paz. La boca del chico la besó de lleno en los labios, una boca infantil: ella sintió la profunda calidez de todo su ser en esa boca. Hasta que el beso se hizo el de un hombre, le apartó los labios y fluyó dentro de ella. Le hizo arquear la columna y su corazón se embriagó. La punta de la lengua de Terasina jugueteó con la del chico hasta que él se la cedió; con los ojos cerrados, ella tiró suavemente. Las fuerzas la abandonaban a la par que las de él se redoblaban hasta que la mano que la sostenía fue lo único que le impedía desmoronarse. La otra mano se metió entre sus muslos posesivamente y ella sintió su tacto tan suave que se abrió en gesto de



gratitud. Pero de repente las persianas estaban demasiado cerradas para mostrar cualquier gratitud, se sintió arañada hasta el dolor mientras los labios del chico recorrían su cuello y notó el roce de la cama en la espalda. Se retorció debajo, liberándose de su presión, y se inclinó para buscar aliento contra la cama, la parte delantera de la falda se le había enganchado en el cinturón. La vergüenza se mezcló con la rabia. Se alisó la falda.

Él dio un paso hacia ella y ella le enseñó las uñas, para ver si se atrevía de nuevo. En la oscuridad, las uñas centelleaban como pequeños cuchillos forjados especialmente para utilizarlos contra los ojos de los hombres. Él se apartó el pelo de la frente y esbozó una débil sonrisa.

—Búscate otro trabajo —le dijo ella.

Él se dio la vuelta, avergonzado y vacilante, como en una niebla.

—Creo que hay que arreglar la calefacción —dijo.

Al minuto, ella oyó que la gran estufa empezaba a rugir. Cada vez que él no sabía qué hacer consigo mismo, la encendía, como si encenderla fuera barato. Ella esperó hasta que oyó cerrarse la puerta abajo.

Desde la ventana, lo vio alejarse arrastrando los pies, ahí iba, el chico que ahora sería hombre si ella fuera una mujer, perdiendo el paso por el camino quebrado y, cada vez que tropezaba, a ella le asaltaban las dudas. «No es culpa mía.» Terasina se protegía.

Pero en las alturas, a la luz sin viento, una bandada de pelícanos volaba en una noria horizontal hacia el Golfo: el pájaro de cola sustituía al de cabeza a la manera de los pelícanos, en un ciclo eternamente cambiante, hacia un mar inútil.

«Bueno, es normal, un hombre se entristece cuando una mujer se ríe de él», le pasó a ella por la cabeza, y sintió una punzada de remordimiento. ¿Dónde iba a encontrar un pobre tonto como aquél a otra chica?

Esa noche, antes de acostarse, mientras el ventisquero de nieve en el cabello de Terasina reposaba a la luz soñadora de la estufa de leña, se arrodilló y confesó todos sus pecados. Una mujer de treinta años con un chico de dieciséis..., intentó sentirse avergonzada, pero la verdad es que la dominaba un extraño alborozo. Y alborozada apoyó la cabeza en la cama, como si quisiera escuchar mejor, desde alguna lejana plaza, una música anticuada que sonaba débil traída por el viento desde un mar antiguo.

Las chicas paseaban cogidas de la mano y los chicos, que daban vueltas en dirección contraria, las miraban. Ella misma caminaba un poco apartada de los demás, como correspondería a alguien más afortunado y no a una persona más solitaria que cualquier otra. Vio que la seguía una especie de desdichada perra mestiza que buscaba a su dueño, arrastrando la correa llena de polvo. Tenía el rabo roto, como si la hubieran atropellado; la gente se reía por el modo en que el hueso

roto oscilaba de un lado a otro, invitando a los machos. Se pasaba el día corriendo por los callejones, del alba al anochecer, escondiéndose jadeante en los rincones donde dejaban los cubos de basura o en cualquier sombra que pudiera ocultarla; pero el olor que desprendía acababa delatándola siempre y tenía que salir corriendo con sus frágiles patas otra vez.

Jadeando en busca de protección, la perra se tendió exhausta a los pies de Terasina, tenía sangre en los cuartos traseros y apenas veía.

—No os riáis de que otros la persigan —la defendió Terasina ante aquellos que se atrevían a burlarse—, ella es la que manda, la que decide a qué jugarán los perros, y ahora está sedienta después de tanto corretear; eso es todo.

»¿A qué jugamos ahora? —preguntó para enseñarle que no era ninguna vergüenza ser la que manda—; si no fueras tan fea te llevaría conmigo a casa.

(Pero ¡cómo jadeaba en aquel calor sin aire!)

Estaba tan flaca que la carne rojiza asomaba a través de la piel, y al pasar la mano acariciándole el lomo sintió como si se le fundiera con esa carne. Lo que rozaba su mano no era con toda seguridad una perra.

—¡No es mía! —le explicaba a todos—, ¡no ha parado de seguirme! —Y se despertó, todavía arrodillada, con la luz parpadeando en todas las paredes y retorciéndose las manos.

—¿Le hincho las llantas, señor? —Terasina oyó a Dove, despierto y espabilado, temprano en el trabajo a la mañana siguiente, como si nada hubiera pasado entre ellos. Ella lo miraba allá abajo, presionando la manguera a la válvula. Él llevaba vaqueros limpios, el pelo peinado con raya y alisado, y la cara frotada hasta el punto que brillaba. Alrededor del cuello lucía con orgullo un pañuelo verde limpio, ¡hasta se había lavado los tobillos! ¿Creería que lo había despedido por falta de limpieza?

Cuando entró a por el café, ella no tuvo el coraje de decirle que le había dicho en serio que se marchara. Se dio cuenta de que no serviría de nada. Seguiría presentándose a trabajar.

Pero sí podía ponerle las cosas difíciles. Antes de que encendiera la cocina y la estufa, le encargó que fregara los platos de la noche anterior. No bien había acabado de limpiar el fregadero, le azuzó porque se acababa el café en la olla. Cómo se las había podido arreglar ella sin él, se preguntaba Dove; hasta la misma Terasina también empezó a preguntárselo. Él se había subido a una silla para llenar la gran cafetera de filtro de cromo cuando ella inclinó una escoba hacia él.

—El suelo necesita un buen barrido.

—Oh, me la ataré al culo —respondió él en voz muy baja—, así podré barrer y fregar las paredes a la vez.

—¿Me has dicho algo?

—Una niña murió.

Ella lo miró sin saber qué decir y le dio la espalda. Él se sentía mejor tras haberse burlado, pero burlarse de Terasina no le calmaba.

Antes del mediodía, dos vagabundos asilvestrados la entretuvieron un rato. Uno era una especie de oso mejicano, un típico pachuco<sup>[26]</sup>, con sus patillas y todo, que apareció cogido del brazo de un sueco de aspecto patibulario que lo doblaba en altura y le triplicaba en edad.

—Nos hemos pasado para desearle buena suerte en este nuevo local —el joven felicitó a Terasina en español—, nuestra familia ha comido con la suya muchas veces en tiempos pasados, en mejores tiempos.

—El local no es nuevo —le respondió ella en la misma lengua—. Llevo diez años aquí y no tengo familia.

—Le presento a mi padre —él cambió al inglés—. Acaban de ofrecerle el empleo de representante regional de una empresa en Dallas y sólo necesita el dinero del billete para llegar hasta allí. Sería muy amable por su parte dejarle un dólar cincuenta centavos. Si no se los devuelve por correo dentro de dos días, yo mismo me encargaré de reembolsárselos; déjeselos, por los viejos tiempos, los tiempos mejores.

—Habla inglés como es debido, hijoputa —oyó Dove susurrar al padre.

—Debería avergonzarse, no se le habla así a un guapo chico hispano de tan buena familia —se burló Terasina del pachuco y les sirvió dos tazas de café, por los viejos tiempos.

El padre se abalanzó a por el café, pero el pachuco era más orgulloso.

—Nos iremos a otra parte, padre —decidió por ambos, levantó al sueco, que se quejó, y lo arrastró hasta la puerta.

En cuanto se fueron, Terasina se puso a confeccionar un nuevo rótulo, llevándose el lápiz a la lengua, tardó casi una hora entera en acabarlo y luego lo colgó en un asa de la cafetera:

No se recalienta. No se regalan chorritos.

«¿Qué significa eso?», quiso preguntar Dove después de que ella se lo leyera en voz alta como si se explicara por sí solo. Pero estando las cosas como estaban entre ellos, no se atrevió a preguntarlo y se limitó a sentarse y darle vueltas.

—¿Cobras por estar sentado? —le preguntó ella, y él se puso de pie de un salto.

Simón, el repartidor de pasteles, llegó a tiempo para pagar por un trozo de su propia mercancía.

—Admiro a las mujeres latinas —reconoció con una mancha de chocolate en la barbilla, porque Simón siempre pedía el producto más caro—, y estoy pensando en casarme y establecerme.

El comentario no mereció ninguna respuesta de Terasina, así que probó por el lado erudito.

—Soy del tipo intelectual —le confió—. Un ejemplo: ¿sabes que los indios no

reaccionan a los detectores de mentiras?

—A lo mejor los indios no mienten.

—Tienes respuesta para todo. Pues respóndeme a esto: ¿sabías que los navajos comen saltamontes?

Ella fingió un leve asombro:

—Me cuesta imaginármelo.

—Pues también te explicaré por qué, si es que quieres saberlo...

—¿Por qué?

—Porque tienen una cultura diferente. Ni más ni menos.

—Tú también los comerías si la tuvieras —le dijo Terasina poniéndole delante un sándwich de lechuga con tomate en el que había sustituido la lechuga por ensalada de col, zanahoria y mayonesa.

—¿Me lo calientas? —empujó su taza medio vacía de café—, ¿le echas un chorrito de más? —Terasina señaló el nuevo aviso; él se dio cuenta demasiado tarde de que llenar la taza de nuevo le costaría otros cinco centavos.

—¿Qué pretendes? —preguntó—, ¿ser la mujer más rica del cementerio?

Aun así le hizo cosquillas en la palma de la mano al marcharse, el simplón pastelero.

Esos reyes del camión y el tráiler no eran precisamente sementales hechos de luz de luna. Eran mastuerzos cuyos vicios se desbordaban tan fácilmente como el café en los platillos de las tazas. Patéticos engañabobos, glotones, bebedores, mascadores de rapé, grandes pecadores por lo que contaban, aunque inclinar la máquina del millón era en realidad su mayor delito. Sus conquistas eran muchas, según se encargaban de hacer saber. Su eterno problema era cómo sobrellevar la envidia de sus amantes. Pero cuando ella fingió ante uno que aquel viaje de fin de semana a Matamoros que le proponía sonaba de verdad interesante, él cambió de planes. Al final no era a Matamoros, sino sólo hasta Brownsville. Y no durante un fin de semana sino sólo un viaje de ida y vuelta el mismo día. Y, naturalmente, él tendría que llevar también a su familia.

El único hombre que había conocido en diez años cuyos halagos le resultaron difíciles de resistir, porque no eran baladronadas, fue Dove. En sus ojos, ella veía devoción.

—¿Es eso pastel de chocolate fresco? —preguntó él como si pensara que era crema de plátano.

Ella dio un golpe en la mesa con una pastilla de jabón Bon Ami.

—A ver qué te parece este pastel.

Él se fue a limpiar las ventanas: sin amor, sin zapatos, sin pastel de chocolate. Cuando acabó las ventanas ella le dio un matamoscas, pero no había pensado que él llevaría la cuenta en voz alta.

—*¡Una!\** —le informó desde la cocina—. *¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!* —Mentía; por el silbido del vuelo del matamoscas ella sabía que no le estaba dando a ninguna. Pero

escuchaba cómo se multiplicaban sus triunfos a medida que subía la alta escalera—  
¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! —Llegaron a *nueve* arriba, *diez* lo llevó hasta la puerta del  
dormitorio, *once* le acercó a la cama, con *doce* lo oyó golpeándose la cabeza,  
fingiendo que perseguía una mosca verde inexistente dando vueltas y más vueltas  
alrededor de la cama. Él fintaba en la ficticia persecución, ella lo oyó girar los pies en  
una representación dramática de un hombre que engañaba a una mosca en pleno  
vuelo, luego saltó encima de la cama y abatió el matamoscas como si quisiera  
clavarlo en el suelo. Siguió el silencio.

Un silencio en el que a ella le dominó el deseo de cruzar los tobillos por detrás de  
la espalda del chico sobre aquella dura cama. Apoyó la cabeza entre las manos, casi  
asqueada por esa ansia natural del cuerpo y el alma que le habían enseñado que era  
pecado mortal.

—*En Jesús tengo paz\** —intentó quitarse de la cabeza la cama dura rezando.

«No se recalienta», advertía el rótulo a sus espaldas. «No se regalan chorritos.»

Mientras tanto, en la cama Dove la esperaba.

Por fin bajó la escalera haciendo oscilar el matamoscas en gesto de desconsuelo,  
lo colgó en su sitio y empujó la puerta para salir.

—Ahora te daré un pastel —dijo ella intentando que volviera.

Él escupió a través de los dientes para quitarse el polvo de la boca y se fue.

Se fue con el crepúsculo plateado, bajo un cielo en el que ya no quedaban  
pelícanos.

Terasina no prestó atención a su amiga de la pared esa noche. No estaba la noche  
para vírgenes, eso era todo.

Encerrada por dentro y por fuera, sola en la oscuridad cerrada, oía un pequeño  
reloj que decía «asco, asco, asco»; un remilgado relojito tan solo como ella,  
anhelando que la manecilla del segundero completara la vuelta y diera la larga y  
sedosa embestida que podría aliviar su soledad. Esperando la mano acariciante que  
colmaría el manantial de sus deseos insatisfechos.

Qué demoníaco reloj: su tic tac resonaba como si los minutos pasados yaciendo  
castamente a solas fueran el único pecado verdadero.

Aspiró hondo en aquellas horas silenciosas, sin ruido alguno, sin una ráfaga de  
viento, sin el canto de un grillo. Sólo un reloj que ofrecía coartadas para que se  
aprovechara de un chico al que doblaba la edad.

Hasta que el mismo silencio se compadeció y el sueño se apoderó de ella durante  
un rato.

Ataviada con un vestido de noche de amplio escote en la espalda, de un azul  
oscuro con lentejuelas verdes, pero con unas asquerosas manchas de chocolate, ella  
preguntó a un elegante caballero de escasa estatura, jorobado, que vestía corbata y  
frac negros:

—¿Por dónde se va a la iglesia...? Hoy quiero hacerme monja.

—Soy un gran admirador de las monjas —le aseguró el pequeño caballero

elegante y se inclinó un poco más—, de hecho, mi padre era obispo de Sevilla. Nuestra familia conoce bien a la suya, señora.

—Señor —respondió ella con respeto—, mi familia y la suya descienden de Cortés. Tal vez usted llegó a conocer a mi padre.

—Claro. Era un chulo tullido de Puebla.

—En nuestra familia siempre ha habido algún chulo con clase —le informó ella con orgullo.

—Y en la nuestra siempre ha habido alguna furcia con clase —alardeó él por su parte, con modestia—. Tal vez se acuerde usted de mi madre.

—¿Cómo olvidar a aquella regia dama que se encargaba de las mesas de billar donde se podía dormir por el precio de tres partidas?, ¿cómo está?

Pero antes de que se enterara de cómo le iban las cosas a la regia dama, el sueño se desvaneció sin que le hubiera dado tiempo siquiera de saber por dónde se iba a la iglesia.

La mañana siguiente, ella estaba sentada, vestida sólo con su combinación de encaje negro, al borde de la cama, cuando Dove entró, con los brazos cargados de leña como excusa, sin molestarse en llamar.

—Echa las puertas abajo —le dijo ella—, para lo que las usas ya no nos hacen falta.

Él esquivó su mirada, pero ella la clavó en el chico: vio que la mano que sostenía la cerilla temblaba ligeramente, esperando que prendiera la llama. Cuando se encendió, la luz ondeante floreció en su rostro de campesino.

Entonces, en las entrañas de Terasina, emergió un imperioso impulso: era inútil enfrentarse al fuego.

—Tú, acércate —le ordenó, y él se acercó y se quedó firme ante ella, como un soldado al que hubiera llamado un oficial. Miraba más allá de los hombros de Terasina, a algo que había fuera, preparado para recibir cualquier orden. Sometiéndose tan completamente que ella se lo tomó como una dulce venganza.

Ella empujó astutamente la maleta con los dedos de los pies hasta que tocó los del chico.

—¿Por qué te quedas ahí pasmado? ¿Es que esperas que te condecere para parecer valiente?

—Nunca he estado en ningún ejército, señora.

—¿Por qué no?, ¿te da miedo ser soldado?

—No me da miedo. Pero nunca me lo han pedido.

—Ya veo. Sólo te da miedo Terasina.

—Yo la respeto mucho a usted, señora.

—Pues entonces sí que has cambiado desde ayer. Ayer tu mano no me respetó...

—Con un gesto brusco tomó las dos manos del chico en las suyas, puso las palmas boca arriba y las soltó en fingida consternación—. ¡Vaya! Son las mismas. Sólo que un día más sucias. ¿Por qué me decepcionas siempre?

La puertecilla de la estufa se abrió y lanzó una llamarada de color naranja sobre la cara del chico, que se iluminó. Aquella cara tan joven pero a la vez tan vieja.

—No quería decepcionarla, señora. —Y en el brazo que él colocó a su alrededor, ella percibió una ternura apremiante.

—¿Qué va a hacer una mujer con un hombre tan guapo? —Entonces esperó, temiendo que a él le diera por disculparse y lo estropeará todo.

Pero en vez de eso, le bajó los tirantes de los hombros como si le hubiera comprado él la combinación, la desnudó hasta la cintura y la atrajo hacia sí. Entonces levantó uno de sus pechos para examinarlo: un melón marrón con punta rosácea. Aparentemente satisfecho con ese pecho, lo dejó en su sitio y estudió el otro.

—Es igual —le aseguró ella—, ¿puedo hacer algo más por ti, inútil hombre guapo?

Como respuesta, el Inútil apretó sus pechos en gesto de aprobación.

—Están en su sitio —dijo él.

Luego la caricia de sus labios humedeció los ojos de Terasina mientras las manos de Dove la sobaban sin grosería. El beso se alargó, un beso inacabable. Hasta que los ojos de la mujer, que el deseo había oscurecido, se iluminaron de repente anegados en una dicha eléctrica.

Los ceñidos vaqueros de cuero del chico y su combinación de encaje negro se enmarañaron inextricablemente en el suelo.

—*Empuja.\** —Y sus brazos lo atrajeron hacia abajo y hacia dentro. El placer se fue condensando, hasta que ella se convulsionó para aliviarlo. Entonces él aflojó la presión, poco a poco, tan despacio como antes había presionado.

Empezó una especie de abandono controlado que le hizo medio maravillarse medio arrepentirse de todo lo que se había perdido.

—Tan despacio..., no lo sabía, no lo sabía.

Él la llevó hasta el filo del precipicio, y allí la dejó escapar sólo para atraerla otra vez más cerca del borde. Prolongando su placer hasta que rozaba el dolor. Entonces, necesitada de liberarse de una vez, ella lo atrajo con fuerza hacia dentro, golpeó su pecho con ambos puños, y, desde la cima, con la fuerza de una llamarada, cayó sin poder evitarlo en un goce ingrátido liberado de todo placer, de todo dolor.

Y bajó sin parar, en un sueño de caída hacia un lecho donde no vivía nada salvo dos remotas voces en una fosa oceánica de paz, una profundidad sin fondo, de reposo perfecto. Allí donde no se escuchaba más que la respiración lenta y profunda de un hombre y el sollozo agradecido de una mujer.

Hasta que unas manos recorrieron con suavidad su cara y ella se dio cuenta vagamente de que eran sus propios ojos los que alguien intentaba secar. Las lágrimas se los cerraban.

Después del placer, él había sufrido esa intensa punzada de culpabilidad que dura menos que la flacidez de la carne y al instante desaparece; que se pudra.

Las manos de Terasina le recorrieron la espalda para mostrarle que entendía,

aunque la verdad es que no comprendía nada en absoluto. Entonces ella se sumió en la languidez. Terasina Vidavarrí durmió como un bebé.

«No sé qué clase de proezas me deparará el destino», Dove examinó su futuro con calma, «pero lo que sé con seguridad es que he nacido para algo grande.»

Y se puso los vaqueros de cuero ceñidos con aires de vencedor.

El que había nacido para algo grande se estaba atando un delantal a la cintura, preparándose para fregar sartenes y ollas, cuando vio a Byron que venía corriendo descalzo por el polvo. Ciertamente la noticia no había tardado nada en recorrer ese pueblo de mala muerte. Dove tuvo el tiempo justo de robar un *cigarrillo*\* del mostrador de tabaco y encenderlo para darse valor antes de que Byron entrara y mirara alrededor. En la penumbra moteada de luz de esa hora temprana de la mañana, no pudo ver nada.

—Buenos días, Byron —se presentó Dove.

—Buenos días, Dove.

—¿Puedo hacer algo por ti esta mañana?

—Me parece que no. Sólo pasaba por aquí.

—¿Te apetece un café?

—Ando corto de fondos.

Dove sirvió café.

—Paga la casa. ¿Un panecillo dulce?

—Muy amable por tu parte, Dove. Pero que muy amable. Parece que te van muy bien las cosas.

—Voy haciendo.

—¿Qué tal Dolores del Río?

—Cuando he dicho que voy haciendo no me refería a ella. —Dove percibió un fuerte tufo de peligro—, yo sólo trabajo aquí.

—¿Qué edad tiene esa mejicana, Dove?

—Ella dice que tiene veintiuno.

—Pues me parece que ha perdido su cinta métrica de años. ¿Cuánto te paga?

—A ti no te importa.

—No es probable que nuestro querido y pequeño padre lo apruebe.

—No es probable que yo vaya a contárselo.

—Pero sí, y mucho, que se lo cuente yo.

—Yo eso lo consideraría poco amistoso.

—Bueno, entonces seamos amistosos.

—¿También quieres un puro, Byron?

A Byron se le escapó su tosecita seca. Negó con la cabeza, aunque la mera invitación le había cosquilleado placenteramente en la garganta. Se llevó el pañuelo a la boca, señaló la caja registradora y levantó un único dedo.



Dove lo miró fijamente. Byron chasqueó los dedos.

—¡Pronto! ¡Pronto!\*

Dove se apresuró a obedecer, esperando que la caja registradora hiciera el tintineo más silencioso posible. Había billetes y monedas de plata. Cogió cuatro monedas de veinticinco centavos y las sopesó un instante como si quisiera cambiar de opinión.

La palma extendida y abierta de Byron se acercó por encima del mostrador. Las monedas cayeron una por una.

Sólo cuando Byron cerró de golpe la puerta de tela metálica, Dove se dio cuenta de que la caja seguía abierta.

Ella se despertó despacio, sintiéndose como no se había sentido desde hacía años. Un sol grande y blanco dibujaba un mosaico mejicano en el suelo.

Le agradeció perezosamente al sol tomarse todas esas molestias. Sentía que había estado enferma y que el sol la había curado. Muy amable por su parte.

Pero ¿quién había dado aquel portazo?

Entonces vio un pequeño pañuelo negro de encaje español todavía húmedo por sus propias lágrimas. Retornó el recuerdo, como malas noticias traídas por un extraño. Noticias de una injusticia que ya no podría repararse. Y se vio convulsionándose en una cama bestial, la cama que había olido a jabón y castidad olía ahora sólo a lujuria. Recogió el pijama del suelo tan delicadamente como si estuviera contaminado.

Y entonces la caja registradora se cerró ruidosamente de golpe.

Recompuso sus rasgos y se arregló el pelo, se vistió sin prisa y bajó con la intención de cerciorarse de que nada había cambiado con respecto al día anterior; aunque una rabia que ardía despacio la agitaba a cada paso que daba.

Dove parecía creer que se habían producido varios cambios. Daba sorbos a una taza de café con el aspecto de un idiota en plena ensoñación, encantado y satisfecho. La colilla de un cigarrillo ardía en su boca con tanta suficiencia como si lo hubiera pagado.

—Ven aquí ahora, tú —le dijo desde la caja registradora—. Quiero enseñarte algo *divertaido*. —Su inglés nunca tenía acento español, salvo cuando estaba bajo tensión emocional; él debía de haberlo tomado ya como una advertencia—. Una cosa *divertaida*... ¡mira!

Señalaba un billete de peso.

—¿Ves? Está hecho por una empresa americana. ¡México tiene que recurrir a los gringos para que le hagan su dinero!

Él asintió pensativamente. No le pareció bastante, así que se acercó un paso más, balanceando cuidadosamente su café.

—Pero no pasa nada —le tranquilizó ella—, porque los mejicanos hacen el dinero para los chinos. —Y con un gesto brusco hacia arriba de la palma de la mano hizo saltar por los aires el café y el platillo; él se quedó petrificado, goteando el líquido marrón de los ojos a la barbilla, con la boca desencajada, sin café que llevarse ya a

los labios. El platillo y la taza se rompieron a sus pies.

Aferrando el tirante de su mono con un puño y agarrando la culera de los vaqueros con el otro, ella le empujó con tal rapidez que los dedos de los pies del chico apenas rozaron un par de veces el suelo durante el trayecto, y con un único empujón a dos manos lo echó tambaleándose al polvo donde lo había encontrado.

Dove se puso a gatas en la carretera, como si buscara algo que se le hubiera perdido. Le costó levantarse y se quitó el polvo despacio. Miró la figura de Terasina cruzada por rayas de sol detrás de la puerta de tela metálica ya cerrada.

—Te lo dije una vez —le recordó—: vete. Te lo digo ahora: Vete. Vete. Vete.

Ella vio cómo se perdía de vista.

Entonces toda su rabia se desecó y murió.

Dejándola convertida en sólo una pequeña mujer agobiada, con una media caída bajo un letrero que decía:

*Bien venidos, todos ustedes.\**

Dove se pasó la mitad de esa noche escuchando a Byron y Fitz discutiendo si el mundo se movía o estaba inmóvil.

—Fíjate en una mariposa —insistía el viejo—, en cómo revolotea siempre sobre la tierra encima del mismo solar. Si la tierra se moviera, la mariposa se posaría en el patio de al lado, ¿no?

—Esa mariposa tiene más seso que tú, viejo —replicó Byron—. Ella sabe que el mundo es redondo, y eso es saber bastante más que tú. Así que se mueve lo bastante rápido para mantenerse a la altura del solar. A ti puede parecerte que sólo está aleteando, pero lo que hace es mantenerse al paso de la tierra.

—¿Has lanzado alguna vez una pelota al aire y la has recogido al caer?

—Claro.

—Entonces el sentido común te dirá que si la tierra se moviera te encontrarías muy lejos para atraparla cuando cayera, ¿no? Pero claro, no me digas ahora que la pelota también sabe que la tierra se mueve. —El viejo tenía la victoria al alcance.

—Por el amor de Dios, cuando dicen que la tierra se mueve eso no significa que vaya a setenta kilómetros por hora, viejo —se quejó Byron.

—¿Y qué impediría que fuera a setenta? —preguntó Fitz con sequedad—, si es redonda como afirmas, debería ir cada vez más rápido, como una bola de nieve colina abajo. Yo te digo que la razón por la que no se mueve es la misma por la que no es redonda: tiene ángulos que impiden que se mueva. Te lo demostraré con el libro.

Dove lo oyó manosear la ajada Biblia, intentando encontrar el pasaje que demostraba que tenía razón.

—No te molestes, viejo —Byron sonaba cansado—, sé lo que buscas: «y los vientos soplaron desde los cuatro ángulos de la tierra»<sup>[27]</sup>... pero ¿cómo va a tener ángulos algo redondo? Anda, duérmete, viejo loco.

Apagaron la luz. Dove escuchó al viejo acostarse en su catre. En tanto el mundo fuera plano, él dormiría bien encima. Sólo los mundos redondos le quitaban el sueño a Fitz.

Tan bajo como si se lo hubiera estado guardando, Byron preguntó:

—¿Qué día de la Creación dijo Dios «Hágase la luz y la luz se hizo»?

—El primero, claro —respondió Fitz con satisfacción.

Dove oyó un leve silencio que recorría la habitación y volvía al punto de origen. Byron tenía un buen sentido del ritmo.

—¿Y cuándo creó Él las dos grandes luces, la mayor para regir el día y la menor para regir la noche?

—El cuarto, claro.

—Piénsalo bien, viejo —Byron se puso de lado. Él dormía mejor sobre una estrella redondeada.

Dove oyó al viejo pensárselo; dando vueltas y echando pestes. Mientras, Byron dormía el sueño de los justos, roncando suavemente.

Dove se alegró de que Byron hubiera ganado por una vez. Pero, personalmente, tanto le daba que el planeta tuviera forma de *pretzel*. Tenía cuestiones más apremiantes que resolver.

—Primero juega conmigo y al momento, sin darme cuenta, me veo de patitas en la calle. Podía habérmelo evitado.

Bueno, no era él el tipo de persona que anda dando vueltas ante la puerta por la que le han echado. Ella tendría que mandar a buscarlo si quería que volviera a trabajar. Eso estaba claro.

Tanto daba, no hay ley que impida a un hombre pasear por una vía pública.

Ráfagas de polvo se levantaban a su espalda la siguiente mañana temprano, y un viento ansioso olisqueaba por delante de él como un sabueso de patas doloridas, de la farola de gas al poste telefónico, de un lado de la carretera al otro. Hasta que llegó a la farola que se inclinaba hacia La Fe tanto como La Fe se inclinaba hacia ella. Allí el viento se alejó de repente doblando la esquina para entrar en el patio y abandonó a Dove por completo.

Él tampoco sabía de ninguna ley que prohibiera que un hombre doblara la esquina y se acercara a un destartado restaurante de Chile.

Terasina le daba la espalda. Sus pendientes centelleaban verdes contra el blanco de la cal, como un aviso de una primavera temprana. Combinaciones y ligeros, amarillos y rosas, aleteaban a su alrededor como invitaciones al amor por la mañana. La intensa luz de la mañana perfilaba sus muslos en toda su plenitud y anchura.

Como era previsible, ella tendía el camisón de la noche anterior. Él observó cómo el viento lo manoseaba y vio que la prenda se alejaba un poco del viento, como una chica evitando a un amante celoso. Un viento que no podía dejar así las cosas, que

tenía que retorcerlas para sentirse a gusto.

Calzada con sandalias, irguiéndose de puntillas para alcanzar el punto más alto de la cuerda del tendedero, estiró sus brazos morenos sin mangas y sus muslos se juntaron apretándose con fuerza.

Como él los había apretado con su mano grande, cuando su otra mano había servido de almohada a su cabeza.

Cabeza que él no volvería a acunar. Escupió al otro lado de la valla y vio que la saliva se estrangulaba sobre una espina.

Mira quién está aireando sus trapos sucios.

Por el rabillo del ojo, Terasina lo vio inclinándose. Un vagabundo más que venía a mirar. Pues que mirara. Si te va bien para la salud, a mí no me hace ningún daño. Yo no te he mandado llamar.

Ganó un concurso de belleza de espaldas mojadas hace cuarenta años y todavía se cree la Reina de Mayo.

Ya te irás cuando quieras.

Deja que la gente la vea. Se cree que tiene mucho que enseñar porque vende judías rancias fritas. No sería ninguna sorpresa que los vecinos la echaran a patadas al otro lado del río una de estas noches.

Si voy a ser puta, lo seré para mi propia gente.

Pachucas más guapas que ésta le tirarían los tejos con miraditas en Dallas o Houston cualquiera de estos días. «Déjame gastar mi dinero en ti, chicarrón», es lo que le pedirían. Y el chicarrón ni siquiera tendría que perder su tiempo con pachucas. Saldría con una gringa esbelta y de ojos azules que estaría sólo por él y le prepararía auténticas comidas americanas. Bien sabía Dios que no habría *frijoles*\* en esa casa. Y ella sabría hablar inglés como es debido e iría a una iglesia cristiana y llevaría tanta ropa puesta que los transeúntes no podrían ni imaginarse cómo estaba hecha entre los tobillos y el ombligo. En Houston. ¿O era en Dallas?

—Hoy no hay trabajo. —Ella se quitó la pinza de la boca para decírselo.

—He encontrado un empleo mejor.

—¿Ah sí? Me alegro.

—Y no es en este pueblucho de mala muerte.

—¿Y en qué pueblucho es?

—Dallas, claro.

—¿Y qué vas a hacer allí, en Dallas?

—Lo leerás en el periódico.

—Pues traes el periódico y lo leo, así tú te enteras también de qué vas a hacer allí.

—No cuesta nada reírse de las debilidades de los demás. Te devolveré el dólar que tomé prestado.

—No me debes nada, me basta con que te largues —le dijo y se inclinó, esbelta en la cintura y ancha en los hombros, subiéndose la falda hasta detrás de las rodillas.

Ella no lo oyó acercarse hasta que sus manos le aferraron la cintura, entonces se

dio la vuelta como una gata acorralada y le clavó la pinza en los dientes. Él se balanceó como si le hubiera alcanzado un disparo.

—¿Segundos?\* —preguntó Terasina amablemente.

Él retrocedió sacudiendo la cabeza y escupiendo astillas. No, no le apetecía un segundo plato de pinzas. Se tocó asustado la sangre que le caía por la barbilla, y ella extendió el pequeño pañuelo de encaje negro.

Él negó con la cabeza.

—Guárdate tu harapo.

—Es lo único que puedo hacer por ti hoy. —Había dictado sentencia.

—Tampoco has hecho nada tan especial por mí ningún otro día —le dijo él, secándose la boca con el dorso de la mano—, pero a ti bien que te gustó lo que yo te hice.

El rostro de ella no mostró el menor signo de recordar.

—Era bueno, te gustaba, fue lo que dijiste —le recordó él con fingida cortesía—. Despacio, dijiste, te gustaba despacio. —Y le echó la mano en la nuca. Ella le hincó los dientes en la palma, él sintió cómo se hundían hasta el hueso, pero la obligó, sin que ella dejar de morderle, a arrodillarse.

—Hoy será más rápido —le aseguró—, tengo un poco de prisa.

Entre el verde primaveral y el amarillo solar, la ropa se agitaba a su alrededor. Los pañuelos de lunares aleteaban como en un baile. Pero el camión se apartó y una media colgó oscura como un sudario. Hasta que ella se echó de lado, con la cabeza entre las manos, y el vestido levantado por detrás, hasta la caderas. La parte delantera estaba desgarrada hasta la cintura. Un viento a ras de tierra se detuvo lo suficiente para levantar un puñado de polvo y siguió adelante. Aquello había acabado.

Dove recogió el pañuelo y se secó la barbilla. Meneó un diente delantero de abajo. Tan sólo estaba un poco suelto. El mercancías de mediodía tocó el silbato a más de tres kilómetros.

Como un hombre que caminara por el agua se fue arrastrando los pies hacia el depósito de agua de la compañía South Pacific. El mercancías aullaba como un sioux que ha visto muchas películas del oeste.

Se ocultó hasta que los vagones empezaron a pasar.

Las primeras estrellas salieron temprano aquella noche para ver cómo le iba a Dove Linkhorn. E inmediatamente se dieron cuenta de que era un tipo que ya no toleraba bromas de nadie. Los que creían que el chico parecía tonto cambiaron de opinión cuando empezaron a padecer su genio. «Un tipo muy duro», coincidieron los planetas hasta que Dove cerró las puertas a aquellas estrellas cotillas.

Amontonó paja para hacerse un colchón, dobló un pañuelo a modo de almohada y estiró una página amarillenta de un rotograbado por encima, hasta la barbilla, como sábana. ¿Texas?, ¿quién la necesitaba ya?, ahí te quedas.

Y durmió sin remordimientos.

Sólo una vez, aferrándose el estómago, mientras el vagón se balanceaba y su vaivén le hacía ir y venir entre pesadillas y sueños, sollozó un poco.

Cuando se despertó, los vagones rechinaban como una alarma de hierro, y el alba zarandeaba a los descamisados y a los perezosos, a los tullidos y a los descalzos, desde debajo de las barras de frenos y por las vías. Abandonaban veloces los vagones frigoríficos, se encaramaban a gatas a los enganches, descendían harapientos por las escaleras, y así, los heridos y rezagados de la batalla se encaminaban cojeando, trastabillándose y renqueando hacia el puesto de asistencia social más cercano.

—Mucha gente de bien ha salido a ver el país —Dove intentó mantener el paso—, no creía que hubiera tanta gente de viaje a estas alturas del año.

Y siguió a los demás durante medio kilómetro, hasta unos graneros medio derruidos que podrían haber acogido a la caballería federal cuando perseguía a Pancho Villa.

Y lo cierto era que para eso habían servido. Aunque hacía muchos años que los caballos habían desaparecido con Villa, tanto los rebeldes como los conformistas. Huellas de cascos hundidas en el polvo hacía décadas y también de jinetes descabalgados, tanto capitanes como soldados rasos, todos igual. En salas, que se iluminaban todavía con gas, yacían algunos durmiendo la borrachera y otros agonizando, todos descabalgados hacía mucho. Muertos o moribundos, borrachos o descarrilados, capitanes o soldados rasos, todos igual.

La tierra entera parecía tan deshecha como la cama de un hotel barato.

—La gente parece un poco tocada por aquí —comentó Dove, sintiéndose un poco tocado él mismo también. Una advertencia rotulada en un letrero le hizo detenerse como se detendría un sordomudo ante los labios moviéndose en silencio de un extraño.

—¿Qué dice el letrero, señor? —Abordó a alguien que no le llegaba ni al hombro, dándole unos golpecitos al fedora con el que se cubría, por encima de una desvaída camisa de leñador a cuadros.

—Dice que esto es un refugio de la ciudad. —Un ladrido zorruno salió de un rostro que parecía el de un terrier, un rostro que no era femenino ni masculino, aunque la voz era inequívocamente de chica—. Dice que comáis aquí todo lo que queráis y se lo agradecáis a los ciudadanos de San Anton en vuestras oraciones... —

calló un momento para que otros lo agradecieran—, pero manteneos lejos de la ciudad o esos mismos ciudadanos os mandarán a patadas a la peor chirona de Texas.

—¿Dice todo eso, hermana?

—También dice que los Pringados con Pies Sucios ni se acerquen a los trenes que no estén en marcha, pringado. Dice que más te vale imitar lo que veas que hacen los más listos. Así que pega tu culo de atontado a mis talones y haz lo que yo haga. No des un solo paso si no lo he dado yo antes. Y no me llames hermana, llámame hermano.

—¿Te crees uno de los tipos listos y que yo soy un simple imbécil? —A Dove no le hacía gracia la idea.

El hermano alzó un dedo de advertencia.

—Tengo una chaqueta; tú, no. Tengo una camisa; tú, no. Tengo zapatos; tú, no; pero los dos buscamos lo mismo, comida. Yo comí anoche y he comido esta mañana, y tú, no, desde sabe Dios cuándo. Ahora dime, ¿quién es el más listo, tú o yo?

La harapienta cola avanzó un harapiiento centímetro.

—Eres tan listo que das pena —concluyó Dove—. Pero dime sólo una cosa: ¿sabes si tienen pudín de hígado en la cocina de ahí delante?

—No sólo tienen pudín de hígado. También boniatos en almíbar, jamón de Virginia y hasta carne de zarigüeya.

—Las viandas yanquis son un poco fuertes para mi sangre. —Dove se sintió obligado a mostrar su desagrado. El hermano levantó la vista para ver si se estaba burlando de él.

Pero la mandíbula del boquiabierto Dove colgaba tan desgarbadamente desde mejillas cavernosas, el pelo que le incordia los ojos llevaba tanto tiempo sin cortar y hasta los ojos eran tan sombríos, que resultaba difícil creer que nadie pudiera bromear en ese estado.

—Deberías haberte quedado en el hospital hasta que te cortaran el pelo —le aconsejó ella.

—Apuesto a que si te quitaras ese sombrero al tuyo tampoco le vendría mal un buen repaso —respondió Dove. Sintió una mano amistosa en el hombro.

—Ah, seguro que todos vosotros venís de la vieja Texas, ¿verdad que sí? —Dove se apartó el pelo de los ojos para ver si era alguien a quien conocía, olvidándose por un instante de que no conocía a nadie. Un sargento de los marines lo examinaba sonriente.

—¿Yo? No, señor —le corrigió Dove con orgullo—. Soy del condado de Rio Grande.

—Taylor 'n Halsted, encantado de conocerte —la terrier se presentó con tal seguridad en sí misma que el uniformado tuvo que hablar por encima del fedora para reclutar a Dove.

—¿Qué te parecerían tres comidas como es debido al día, pelirrojo? ¿Una oportunidad para ver los trópicos, perseguir a Sandino, defender tu patria, conseguir

un par de zapatos y una pensión dentro de unos años? —Le guiñó el ojo a Dove tan visiblemente que éste, sintiéndose obligado, le devolvió el guiño—. Y no te digo lo que les gusta a esas chicas sudamericanas este uniforme.

—Parece un puesto estupendo, señor —dijo Dove—. Me gusta sobre todo la parte esa de defender mi país. Pero primero tengo que conseguir un bocado.

—Creo que serías un buen soldado, hijo. —El sargento hablaba con confianza—. No tienes ningún defecto físico, ¿verdad que no?

—Échele otra mirada a ese bizqueo, coronel —le recomendó la chica disfrazada.

—Ser bizco no es ningún defecto —explicó el sargento con autoridad—, es más bien lo que llamamos un estorbo. Le pondremos unas gafas al chaval para corregírselo. A las hispanas les gustan los soldados con gafas.

—Mírele los dientes.

Sin que nadie se lo pidiera, Dove abrió la boca y el sargento metió un pulgar grande y sucio que le aplastó la lengua.

—Dentro de seis meses, al desgraciado no le quedará ni un diente sano —la chica parecía segura de lo que decía—; cogerá una úlcera tropical.

—Bueno, tampoco lo queremos para que muerda a Sandino. —El sargento ya había librado a Dove de una tarea.

—Pues ahora tengo uno un poco suelto —acertó a decir Dove, que tuvo que apartar el pulgar un momento levantándolo con dos dedos—, se mueve. —Y volvió a soltar el pulgar con la esperanza de que el sargento se lo moviera también.

—De esto ya se ocupará el dentista del ejército. —El sargento apartó el puño de la cara de Dove—. Vas a ser un marine cojonudo. No me sorprendería que atrapasas en persona a Sandino. Ya puedes cerrar la boca.

Sacó un pequeño cuaderno y un lápiz.

—Dime, ¿tienes alguna otra tara, hijo?

Dove se ruborizó. Ahora llegaba lo de que no sabía leer ni escribir.

—Creo que tengo algo que también podrá corregirse con el tiempo —respondió evasivamente para que no se enterara la gente que lo rodeaba.

—Pero no es nada grave, ¿verdad que no? —El suboficial le dio un codazo—. ¿No habrás pillado nada de las chicas del pueblo?

El sargento no se quitaba a las chicas de la cabeza, eso estaba claro.

—En el segundo ataque que tuvo anoche después de cenar echó unos espumarajos, ¿no será nada grave? —preguntó la amiga de Dove con indiferencia.

—¿Tiene ataques? —El marine se puso un poco nervioso. No quería perder un novato, pero tampoco reclutar a un imbécil.

—No he tenido ningún ataque en mi puta vida —se defendió testarudamente Dove—. No le haga caso a nada que diga mi hermano de aquí, capitán, está celoso porque crecí más que él. Ni siquiera soy propenso a los ataques.

—Buen chico —le felicitó el sargento—, te juro, vas a ser un soldado de primera. Dime una cosa, es una pregunta de rutina, nada personal: si un enemigo que violara a



los prisioneros te hubiera atrapado a ti con tu hermana y tu madre y uno de los tres tuviera que quedarse atrás, ¿a quién elegirías?

—¿Qué te parecen las señoritas? —El hermano le dio un codazo a Dove que casi lo tumba.

—¿Quieres callarte? —El sargento se volvió hacia la chica.

—No tengo ni hermanas ni madre, capitán. —A Dove le pareció la respuesta más segura.

—Pues imagina que las tienes.

—Tendría que ser la hermana —oyó un susurro de la terrier.

—Tendría que ser la hermana —repitió Dove esperanzado.

—Te he dicho que te calles. —El sargento amenazó al fedora y volvió a concentrarse en Dove—. Digámoslo de este modo: tu unidad de cien soldados está rodeada por sanguinarios bandidos nicaragüenses, pero puedes salvarlos a todos sacrificando tu propia vida. ¿Qué sería más importante para ti?, ¿las vidas de noventa y nueve hombres o la tuya propia?

Dove no necesitó ninguna ayuda para responder eso.

—La mía, claro —respondió risueño.

Dove se entristeció un poco al ver que el sargento negaba con la cabeza y se marchaba.

—¿No era la respuesta correcta? —quiso saber Dove.

—Era la respuesta correcta —le tranquilizó ella—, ¿cómo te sientes, Red?

—Bastante débil —confesó Dove. El olor de sopa caliente repicaba en su estómago como una campana.

—A ver, ¿qué te he dicho hace un rato, Red?

—Se me olvidó, amigo.

—Te dije que no hicieras nada que no me vieras hacer antes. ¿Me has visto pedirle al sargento de reclutamiento Patillas un traje nuevo? ¿Me has visto enseñarle los dientes? ¿Me has visto ponerme firme para que me tallen y me den un rifle?

—Nadie te lo pidió —recordó Dove.

—Pues todavía puedes pedirle que vuelva... y pasarte el resto de tu vida haciendo instrucción en el país de las bananas en lugar de viajar en trenes de pasajeros y dormir a la sombra. Yo no te lo voy a impedir.

En ese instante, alguien le pasó a Dove un cuenco con algo humeando y cualquier intención de hacerse soldado se esfumó hacia los cielos con el vapor.

Cuando acabó, levantó la vista y vio que su amiga apenas había probado la comida. La chica empujó el cuenco hacia él.

—Gracias, hermana. —La chica le miró fijamente—. Quiero decir, hermano —se corrigió.

—Algún día también me agradecerás que te haya mantenido lejos de los cuarteles.

Un tipo con pinta de chiflado y mirada perdida, con un delantal grasiento, puso un

trozo de papel entre ellos tan manchado de huellas que Dove pensó que quería tomar las suyas.

—Dadme un par de nombres falsos, chicos —les aconsejó.

—No íbamos a darte los verdaderos —le dijo la chica.

—Tenemos que llevar la cuenta de cuántas comidas servimos —se disculpó el hombre—. Los ciudadanos tienen derecho a saber en qué se gasta su dinero.

—Mi ignorante amigo aquí sentado repitió tres veces... ¿Qué dirán de eso los ciudadanos?

—Pues entonces ya habéis acabado de comer —dijo el chiflado, que seguidamente les conminó—: ahora tenéis que salir y echarme una mano con la leña, se necesita leña para cocer todo el pan de maíz que os zampáis, ya lo sabéis.

—Quiere que talemos un árbol —le explicó ella a Dove.

—Un tipo muy amable, y a mí no me importa trabajar —añadió Dove, al que no le molestaba la perspectiva de hacer algo.

—A mí tampoco me importa un poco de trabajo, si es ligero —admitió ella.

Un corro de media docena de vagabundos sentados con las piernas cruzadas alrededor de un saco de judías donado por la beneficencia les pareció un lugar donde el trabajo sería lo bastante ligero. Con una sartén y un cubo entre ellos, Dove y su hermano empezaron a cribar judías con los dedos. Bichos, piedrecitas, trozos de loza vieja, juncos y corchos de cerveza iban al cubo, y las judías a la sartén. Dado que era su propia cena lo que preparaban, limpiaban con cierto cuidado. Dove encontró un ágata astillada y se la guardó como un tesoro azul.

—Todo el mundo tiene que comer. Todo el mundo tiene que morir —dijo un griego canoso sentado con las piernas cruzadas, como si fuera una gran noticia.

Un hombre escuchimizado, sentado junto a Dove, chilló alegremente en su oído:

—Soy el tipo más pequeño de aquí, y el más viejo. No me sorprendería ser también el más listo. Y desde luego, sé que soy el más espabilado.

Dove fijó la mirada en las manos de su amiga. Trabajaba con suma delicadeza para cribar hasta el guijarro más pequeño, pero aun así iba mucho más rápido que él.

—Una vez cultivé la mayor cosecha de estas judías jamás vista en el norte de Michigan —alardeó un tipo de cara rubicunda con una zamarra deshilachada—. La verdad es que fue la mayor cosecha no sólo del norte sino de todo el estado. Y lo hice sin ayuda, que lo sepáis. Me cocinaba yo mismo las comidas. Hacía mi colada. Me preparaba mis conservas. No tenía mujer. No la necesitaba. No contraté ningún peón. No lo quería. La mayor granja cooperativa del estado, seguramente la mayor del país, estaba justo al lado de la mía. Cincuenta hombres sanos trabajando día y noche con tractores y todas las herramientas agrícolas que conoce el hombre moderno. Cuatro profesores que estudiaban sus tierras. Lo único que yo tenía era un viejo arado que había hecho mi abuelo con un pino que él mismo había talado y con hierro que había forjado después de extraerlo de una veta que él mismo había excavado. Yo recogí una cosecha que era casi el doble que la suya, un poco más del doble, a decir verdad. Y ni

tenía un jornalero. No lo necesitaba. No tenía esposa. No la quería.

—Creo que el sol no estorbaba a nadie —comentó Dove.

En cuanto acabaron con un saco, el chiflado les arrojó otro de alubias blancas, y por alguna razón éstas levantaron el ánimo de todos los presentes, casi como si les hubiera traído un saco de cerezas y les hubiera dicho que comieran las que quisieran.

Poco después, el encargado se acercó con una cesta de tomates y les ofreció. Todos cogieron uno o dos salvo Dove.

—Yo no comería manzanas del amor —le advirtió a su amiga—, es una fruta venenosa.

La morosa tarde fue escurriéndose entre sus dedos cada vez más deprisa. La gran sala se oscureció y llenó de humedad; aquellos hombres heridos iban y venían. El grueso muslo de Dove presionó el esbelto de su amiga y él sintió que le devolvía levemente la presión. Sus dedos se rozaron un instante sobre el saco.

—¿Os parecen duros los tiempos que corren? —preguntó el granjero de Michigan—, pues comparados con otros tiempos que he vivido, son jauja. Pensadlo un poco, estamos justo en el medio de la época de mayor prosperidad que se ha visto en este país. ¡Miradnos, aquí, hartándonos hasta reventar de pan de maíz y judías!

—Eso es verdad —coincidió Dove—, comemos tanto que sólo el esfuerzo de digerir la comida ya nos deja en los huesos.

—Bueno —prosiguió el granjero—, cuando yo era niño en el norte de Michigan no sabíamos que existiera más comida en el mundo que leche desnatada y cebollas silvestres. Bebíamos agua del río, comíamos hojas de acedera y nos considerábamos más afortunados que la mayoría. Mi madre tenía una pensión muy importante, en la que sólo servía esas dos vituallas, la pensión más grande en esa parte del estado. No supe lo que era un lavabo hasta los diecisiete años. Sabía que había letrinas pero nunca había visto ninguna. Ni tampoco una bomba de pozo. Ya era un hombre hecho y derecho cuando probé por primera vez un helado.

—Mi familia casi sólo se alimentaba de chirimoyas —coincidió Dove—. Era muy difícil salir adelante cuando no se daban bien las chirimoyas y el viento dejaba de soplar.

—Nunca olvidaré el invierno de 1917 —seguía el granjero—. La nieve era más profunda que el mismo mundo. Los lobos mataron a mis cabras, los halcones se llevaron las gallinas, los bandidos quemaron mi granero y mi madre huyó con un predicador. A punto estuve de dejar la granja e irme a trabajar a otro sitio.

Las caras que los rodeaban parecían platos de hojalata en un estante. Desprendían un leve olor, como a desinfectante con algo de humo. Todos ellos, tanto los que habían estado encerrados como los despedidos de campos y fábricas, en 1931 vivían entre el humo de pequeñas hogueras de leña al aire libre y el olor a desinfectante de las cárceles.

—Soy el más viejo y el más pequeño —se presentaba el feliz ratón a cada recién llegado—. Y también el más espabilado. No me sorprendería que fuera el más

cachondo. ¿Cómo es posible que sea el primero en todo?

—Eres el último limpiando judías —le dijo Dove.

—Pero fui el primero que votó a Hoover —le espetó el viejo ahora más como una juvenil rata que como un ratón envejecido—, y el primero también en admitir que se equivocó.

—Hoover es un gran hombre —al granjero de Michigan no le cabía duda—, lo que pasa es que es un adelantado a su tiempo. El Partido Republicano entero va por delante de su tiempo.

—Yo sobreviví a Hoover —convino alguien más—. Eso me hizo fuerte. Ahora puedo sobrevivir a cualquier cosa.

El chiflado de la cocina vino tocando un silbato. Todas las manos dejaron de trabajar al instante. Dove saltó con cuidado por encima del saco.

Cuando llegó al comedor, el encargado se había encasquetado una gorra grasienta para dirigir el tráfico. Los mejicanos a la derecha. Los negros a la izquierda. Pero a Dove lo hizo pasar directamente al fondo, donde los blancos americanos comían en el grupo más numeroso de todos.

—A mi padre no le habría gustado esta manera de tratarnos —se dio cuenta Dove—, mezclados así católicos y protestantes.

—¿Dónde está la mesa de los rebeldes del sur? —preguntó su amiga al llegar.

—Coge el ascensor, yanqui —le indicó el chiflado.

A Dove le dieron un trozo de pan de maíz con melaza y un montón de judías apiladas tan ordenadamente que parecía que las habían contado una por una. Cuando pensó en cuántas había limpiado, calculó que, desde el punto de vista del porcentaje, salía perjudicado.

—Todo el mundo recibe siempre más que yo —se quejó y la chica volvió a empujar su propio plato hacia él.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? —preguntó Dove.

—Porque quiero que tú seas amable conmigo —le respondió ella con tal franqueza que él sintió que a lo mejor le estaba haciendo un favor y rebañó hasta la última miga.

—Todo el mundo tiene que comer —se lamentaba alguien—, todo el mundo tiene que morir.

Dove apenas había acabado el tercer plato cuando oyeron silbar al tren de Houston.

—Larguémonos de aquí antes de que ese idiota nos haga talar el árbol —le apremió la chica—. Y métete eso en el bolsillo, Red.

Dove se guardó el pan de maíz en los vaqueros y salieron corriendo.

La mayoría de los vagones estaban vacíos y pasaban traqueteando demasiado rápido para arriesgarse. Esperaron, tumbados boca abajo sobre el terraplén junto a la vía, hasta que empezaron a pasar los vagones de mineral, cuyas escalerillas colgaban más bajas por fuera.

Dove los vio venir.

—Está oscuro como un túnel y van muy rápido —le advirtió a ella.

—Es el último que va a Houston hasta mañana por la noche —respondió la chica —. ¿Vienes?

Nada más subirse a horcajadas en el vagón, Dove vio que sus costados eran meros toboganes que se inclinaban sin obstáculo hacia los raíles. Ella saltó por encima de él con un grito de victoria y Dove apenas pudo agarrarla de la cintura cuando la chica no encontró suelo en que apoyarse. Ella tiraba de él hacia abajo, pero él, con la mano libre, se aferró al reborde de hierro y se mantuvo ahí.

Sólo se mantuvo. Luego se quedó paralizado como la muerte sin fondo sobre el hierro.

No era lo bastante fuerte para tirar de ella hacia arriba. Tampoco podía soltarla. La chica se agarraba con las dos manos a su muñeca, y su peso parecía que iba a arrancarle las costillas del costado, vio claro que si ella caía, le arrastraría también a él. Las ruedas centelleaban lanzando chispas verdes en la oscuridad, oía los guijarros que repiqueteaban contra los zapatos de ella en medio del estruendo. Su mano derecha ya no se agarraba al hierro, era el hierro el que le agarraba la mano.

La carita asustada de la chica, iluminada un breve instante, intentaba decirle unas últimas palabras ininteligibles. Dove mordió el tirante del mono de ella con su gran dentadura saliente y tiró hacia arriba, el cuello se le tensó hacia atrás hasta que ella puso los dedos en el costado del vagón y se encaramó al borde. Él la tranquilizó aunque su propio brazo temblaba hasta el hombro.

Estaba recubierta de hollín, el miedo le había hundido los ojos. Cuando el mercancías paró en un apartadero para dejar paso a un tren de pasajeros, él la bajó.

—Dice que ni se acerquen a los trenes que no estén en marcha —le recordó él. Los temblores de la chica se transformaron entonces en una débil risa.

Apoyaron las espaldas en un montón de coque, a cubierto del viento. Allí ella dejó que la risa diera paso a los sollozos.

—¿Qué te pasa, amiga?

—Corre —le dijo la chica, poniéndose trabajosamente en pie. Dove le echó un brazo alrededor de los hombros.

—Pero ¿dónde vas? —La hizo sentarse.

—Corre.

—Más vale que llores —le sugirió él.

A ella le resultó tan fácil que se dejó ir un buen rato, como un niño.

—¿A qué viene tanto llorar? —le preguntó Dove por fin.

—He perdido mi chaqueta —se acordó entonces ella.

—Si la hubieras llevado puesta...

—Ya lo sé... —Ella le dejó claro que sabía dónde estaría si hubiera llevado algo que él no hubiera podido agarrar con los dientes.

Su respiración empezó a ralentizarse, hasta que el hollín y el sueño sellaron sus

ojos.

En el sueño, su rostro parecía furtivo pero inocente, como el de alguien que ya ha sido castigado por un crimen que todavía no ha podido cometer por no haber crecido lo suficiente. Cuando creciera para cometerlo, descubriría cuál era el delito.

Dormida, apretaba la mano de Dove. Él puso la otra mano entre sus rodillas y luego la fue subiendo hasta llegar a la entrepierna y la dejó allí.

Ella se agitó y él apartó la mano.

—Déjala ahí —le dijo ella—, eso te lo debo.

Faroles y linternas pasaban y volvían a pasar por los raíles, proyectando sombras en las puertas de los furgones. A los ferroviarios no les importaba cuántos subían una vez que el maquinista había tocado el pitido de advertencia; pero les desquiciaba ver a los vagabundos holgazaneando por los vagones como turistas cuando un tren no estaba en marcha.

—Me llamo Kitty Twist —le dijo la chica a Dove—, no es mi nombre verdadero, claro. Es el que me pusieron en El Hogar. Tengo diecisiete, casi dieciocho, y me he fugado de cinco casas de acogida. Seguiré huyendo hasta que cumpla dieciocho. Entonces me casaré con un buen carterista y sentaré cabeza.

—Más vale que le eche un vistazo a este bicho —le dijo Dove con inquietud y se fue por la vía, inspeccionando los vagones desde el asidero a la escalera del estribo. Cuando se dio por contento la llamó con un silbido, la ayudó a subir al vagón que había elegido y cerró la puerta. Brilló un rayo, que bailaba dentro cada vez que el largo vagón se estremecía y cambiaba de vía.

—Red —le dijo ella a oscuras cuando el vagón empezó a rodar por fin—, pon las manos debajo de mi trasero porque estas tablas me lo están despellejando.

Con aquellas dos manos amortiguando los estragos de la madera en su trasero, Kitty Twist se retorció cómodamente hasta que entró en calor. No parecía importarle que el apretado trasero de Dove se helara.

—Te amo, nena —le dijo él porque supuso que debía decir algo así tras salvarle la vida—. Te compraré juguetes y flores bonitas. Aprenderé un oficio y te cuidaré.

Él sintió sus pequeños labios fríos y su pequeña boca fría, y sus manitas frías que lo aferraban avariciosas.

—Papi, nunca tendrás que trabajar —le dijo Kitty Twist a Dove—. Yo trabajaré lo que haga falta y te daré todo el dinero.

A oscuras, él no sabía si ella sonreía con complicidad.

—La gente más pobre es la que más te ayuda —le dijo Kitty la mañana siguiente después de que dejaran la máquina y los vagones al cuidado de los ferroviarios—. Elige la primera chabola sin pintar que veas.

Ella siguió a Dove a un patio lleno de basura y esperó mientras él llamaba a la puerta de una chabola del color del hollín. Una esposa del color del hollín salió a la llamada.

—Mí hermano se ha caído, señora —suplicó Dove—, ¿le dejaría frotarse en su

bomba?

—¿Qué ha dicho? —la mujer miró a Kitty para que la ayudara.

—Quiere saber si puedo lavarme en su casa.

—Entra, anda —invitó la mujer a Kitty, abriendo del todo la puerta.

Dove esperó en el patio canturreando en voz baja:

Un momento, silencio. Oh, callad,  
alguien me llama.

Hasta que Kitty salió bien restregada y reluciente, con una tirita en la mejilla y media pastilla de jabón Ivory en la mano.

—Los viejos no se lo tragaron —le informó Kitty—; me llamaban «hermana», me metieron en la bañera, me frotaron la espalda e hicieron que me lavara entre los dedos de los pies, mira. —Descubrió sus blancos tobillos—. Y ¿quieres creértelo? Ella me cantaba todo el rato.

—¿Y qué cantaba?

—No muerdas la mano que te da de comer.

—No son como tú y como yo —le explicó Dove—, son gente sencilla. Pero yo también podría soportar que me dieran un buen baño.

—Ya te lavarás en la ciudad —le prometió Kitty—. Mira: sé lanzar como un tío. —Y lanzó el jabón Ivory al otro lado de las vías.

—No está mal el tiro para una chica —tuvo que conceder Dove.

—Un pedazo de lanzamiento para una chica. Walter Johnson nunca lanzó tan bien. Soy una chica de las grandes ligas de béisbol de una ciudad importante.

—Yo nunca he visto ninguna ciudad grande de verdad —reconoció Dove—, llena de las maravillas de las tiendas. ¿Las hay en Houston?

—Sí, las hay, pero tendrás que ir a comprar solo. Si me ven por la calles del centro, mañana estaré en El Hogar. Me buscan, chaval.

—Yo me ocuparé de que los agentes de la ley no te pillen, Kitty —le prometió Dove.

—Pues yo me ocuparé de que tengas zapatos y una camisa, Red —le devolvió el favor—, te vestiré de lo más elegante.

—Pues yo te compraré un vestido de seda roja con una banda bordada y pendientes dorados.

—Red, lo que intento decir es que, si quieres, haré la calle para ti.

—Yo también la haré —prometió él.

«Dios mío», pensó la chica, «se cree que voy a dedicarme a vender puerta a puerta. Voy a tener que pulirlo hasta dejarlo liso.»

Aunque Kitty Twist nunca había hecho la calle, conocía el oficio por mujeres de más edad con las que había estado encerrada, y había huido con la idea de dedicarse al negocio por su cuenta.

En una calle lateral, un letrero los atrajo: «Sociedad de voluntarios para la ayuda a

los presos».

—La tarifa habitual aquí son veinticinco centavos —les dijo el ex preso en la recepción—, pero si andáis cortos de fondos os alojaré a los dos por el mismo precio. ¿Juntáis veinticinco centavos entre los dos?

—¿Y qué incluye el alojamiento? —Kitty tenía curiosidad.

—Una comida, un catre, una ducha por cabeza.

El ex convicto se embolsó el cuarto de dólar y le siguieron a la cocina. Les puso delante dos cuencos de ensalada de col, zanahoria, cebolla y mayonesa rancia y dos tazas de achicoria fría.

—Ésta es la comida —les explicó—, todavía tenéis derecho a una ducha y al catre.

—Ve a lavarte ya, Red —le apremió Kitty en cuanto probó el supuesto café—. Por aquí se están quedando sin agua del pozo.

Había un viejo bajo el chorro dejando que el agua le entrara y saliera del ombligo mientras no le quitaba ojo a un tipo enjuto y con pinta de rapaz que estaba agachado sobre sus ropas. El buitre acababa de examinar los harapos del viejo y ahuecaba las manos a la luz; luego apartó el bulto de ropa de una patada sin dejar de mirarse las palmas. Había pillado algo.

—*¡Etraordinario!* —El viejo parecía saber qué era—. *¡Etraordinario!*

El cazador de piojos se frotó las manos bajo el agua.

—Los que no mueren aplastados se ahogan —dijo con un regocijo bárbaro.

Entonces se cernió sobre Dove cuando éste se desvestía.

La ducha era fría, pero había un jabón marrón fuerte. Cuando le rozó el borde de la boca le escoció el moratón del labio, pero se restregó hasta que los dedos se le entumecieron. El agua salía cada vez más fría.

El cazador de piojos devolvió la ropa a Dove con aire decepcionado. Dove le pidió una gorra y tras revolver un poco le ofreció un ajado y requemado sombrero de paja. Al menos, mantendría el carbón a raya, sin que le manchara el pelo, y al sol lejos de sus ojos. No tuvo el valor de pedir unos zapatos.

Luego, mientras caminaban por una calle ancha y tranquila, la pareja pasó por delante de persianas cerradas y cortinas corridas. Aunque era media tarde todos parecían dormir. Llegaron a un parque infantil donde no había ningún niño jugando.

—¡La escuela ha terminado! —dijo Dove gritando y se encaminó al columpio más cercano. Con las piernas separadas, hizo que se balanceara hasta lo más alto. La cara asexuada de Kitty lo miraba desde abajo. Cada vez que él pasaba por su lado, le decía:

—No tenemos tiempo para tonterías, Red.

Saltó del columpio y se puso a correr trastabillándose. Ella esperó a ver qué hacía a continuación.

Las anillas: vueltas y más vueltas, los dedos de los pies arañaban el suelo, el pelo sobre sus ojos y en su boca en un grito:



—¡Mírame! ¡Mírame!

—Nunca había visto nada igual. —Ella optó por mirarle un rato.

—¿Y esto?

Dove se había colgado de las anillas por las rodillas, boca abajo, el sombrero se le había caído y su pelo rozaba las cenizas y la arena.

—Ya me avisarás cuando te canses, Red. Puedo esperar todo el día.

Pero la infancia del chico acababa de empezar y tardaría en cansarse.

—¡Agárrame cuando baje! —la avisó desde lo alto de un tobogán. Y ella, el arrendajo sin alas de callejón y patio trasero, tuvo que situarse a los pies del tobogán, más que nada para evitar que se partiera el cuello, mientras él se tiraba boca abajo. Luego él la tomó de la mano y tiró de ella hacia el balancín.

—Pártete la espalda o revientate el culo. —Kitty Twist ya había tenido bastante—. Yo me voy para Nueva Orleans.

Dove se sentó en el inútil balancín: un chico en un subibaja sin nadie con quien subir ni bajar. Y observó cómo su único amigo salía por la puerta del parque. La pequeña marginada sin tetas que recorría el mundo inmisericorde para ajustar las cuentas con cuanto había sobre él.

«Se comporta como si fuera ella la que me ha hecho un favor dejándome que le salve la vida», pensó Dove, «pues que se vaya.»

Se impulsó hasta lo alto del columpio. Dio una vuelta, todavía más rápido que antes, en las anillas. Luego subió al tobogán más alto del parque. Cuando llegó arriba, respiraba fuerte y, por raro que parezca, se le habían pasado las ganas de deslizarse. Se tiró por fin, pero sólo porque era el único modo de volver al suelo. Tambaleándose solitario, corrió tras cualquiera que impidiera que se quedara solo otra vez. Y así dejó su infancia en la parte de arriba del tobogán, aunque ni de lejos hubiera alcanzado todavía la madurez.

No veía a Kitty por ninguna parte. No había nadie en la calle abrasada por el sol. A Dove le entraron ganas de volver corriendo a casa.

—Aquí tienes tu sombrero. —Ella salió tan silenciosamente de las sombras que él supo que le había estado observando—. Todavía no estoy segura de que seas sincero, Red —le dijo como para calmar sus suspicacias.

—Si yo no te pido que me lo demuestres tú —le dijo él pensativamente—, entonces tú no tienes derecho a pedirme pruebas.

—Tendré cuidado a partir de ahora —le dijo Kitty, siempre cautelosa. Pero él ya se había abstraído, ella se dio cuenta, contemplando maravillado las casas que se alineaban a ambos lados de aquella avenida, cada una con sus caminos privados que llegaban hasta las puertas.

—¿Cuánta gente crees que vive en esa casa sólo? —preguntó señalando una.

—No vive nadie —le informó ella—, el letrero dice: EN VENTA.

Después, Dove se reparó en que había muchos letreros como ése en casas cuya pintura empezaba a descascarillarse. Las hierbas crecían en los senderos vigilados por

robles que en el pasado habían guardado los caminos indios.

En un pequeño parque de las afueras encontraron una hilera de tiendas adormiladas en las que ya no se comerciaba con nada. Kitty le llevó cogido del brazo a dar un paseo tranquilo por un lado de aquella ciudad semimuerta y casi hasta el otro.

—¿Tienes parientes por aquí? —le preguntó Dove por el modo en que se demoraba en algunos sitios.

—Ni familia ni perro que me ladre —le aseguró ella, y lo llevó hasta delante de un escaparate donde había serrín esparcido. Mientras miraban, un conejo de aspecto mohoso brincó desde una esquina, recorrió el escaparate hasta la mitad y volvió a su casa en el rincón. Kitty dejó que Dove fuera a inspeccionar el patio de detrás de la tienda.

—Volveremos a echar un vistazo dentro cuando anochezca —le informó ella—. Me hará falta un pequeño impulso. No te preocupes, no hay peor mal bicho de mi tamaño y edad en este oficio.

—Pues en ese oficio no puedo ayudarte, hermana —le respondió Dove—, a mí me van más los negocios a la luz del día. Como en uno de esos grandes barcos blancos que he visto en un dibujo, de los que hay en *Nuarleans*.

—¿En dónde?

—Lo vi en un libro. Un libro con estampas.

—Me refería al sitio.

—*Nuarleans*.

Kitty se lo pensó. Incluso entonces no acabó de creérselo.

—¿Por un casual no estarás hablando de Nueva Orleans?

—Eso es lo que he dicho: *Nuarleans*.

—Ya. Y cuando llegues allí entrarás en el despacho del encargado de enrolar marineros así como vas ahora, sin camisa, descalzo, pidiendo a gritos un buen corte de pelo y le preguntarás si necesita un capitán, ¿es eso?

—No pretendía ser capitán —le dijo Dove—. Me conformaría con ser un simple marinero. Pero no me veo ni siquiera intentándolo sin estar un poco más presentable.

—¿Qué número calzas, Red?

—No llevo zapatos, voy descalzo.

Ella estudió los pies, con los que él seguía triscando de un lado a otro del camino.

—El trece y medio —calculó ella.

—Eso se acerca mucho —coincidió Dove.

—Se acerca... ¿a qué?

—A catorce.

—Conmigo puedes dejar de hacerte el tonto ya —le advirtió Kitty Twist—. Te he calado.

En el barrio de chabolas mejicano de Houston, aquel 31 de junio se levantaba un edificio de aspecto cochambroso de tres plantas, con un nombre:

H  
O  
T  
E  
L

Eso era todo, el hotel Hotel.

—Nunca he dormido en un rascacielos —Dove alzó la mirada—. ¿Cuánto cuesta aquí?

—Treinta y cinco centavos por cabeza —le informó Kitty—, y en algunos sitios aún más.

—En ese caso —decidió Dove—, tendremos que buscar un sitio más barato.

—Pero desayunaremos aquí.

—¿Qué dan?

—Bollos de la misión y café solo.

—Entonces hemos ido demasiado al norte.

Kitty procuró dejarlo pasar, pero la tentación era demasiada.

—¿Por qué lo dices, Red?

—Cuando la gente deja de servir pudin de hígado de desayuno, todo el mundo sabe que está demasiado al norte.

—Y no me sorprende nada —coincidió Kitty que, apoyándose en el brazo de Dove, se quitó una de las zapatillas un momento, volvió a ponérsela y soltó el brazo.

—Vaya, mira por dónde. Fíjate en lo que acabo de encontrar en mi zapato, Red.

Tenía un billete de cinco dólares doblado en la mano.

—Eso es pura suerte, hermana. ¿Cómo ha llegado ahí?

Ella le dio un codazo cómplice.

—¿No te había dicho que la gente de color es la más amable? ¿Por qué todos creen que la caja de cerillas de su cocina es el banco First National?

—Nunca habría llamado a aquella puerta si hubiera sabido qué te traías entre manos —le dijo Dove.

—Por eso no te lo dije.

—No está bien robar a la gente que es amable contigo, Kitty. Haz a los demás lo que te hagan a ti.

—También intentaré acordarme de eso... —Le hizo dar la vuelta—. A ver, Red, ¿sabes cómo te sentarán un par de zapatos de tres dólares y una camisa de dos? La gente te llamará predicador, ni más ni menos. —Le cogió del brazo y le hizo entrar en

el vestíbulo. «Y no serás el primer pringado de pueblo que se convierta en un chulo de ciudad», pensó para sí.

—Mi padre *era* una especie de predicador —le dijo él—, de la especie que te hace tirar tu Biblia por la ventana.

Se apartó un poco mientras ella hablaba con el recepcionista, y se miró de lado en el largo espejo del vestíbulo. Al menos en eso, ella tenía razón: tenía que cambiar de pinta y una ropa nueva sería de gran ayuda.

—El único cuento para dormir que me contó mi vieja en toda mi vida empezaba y acababa con «Me dejas fría» —recordó Kitty Twist—. Eso era lo que decía cuando estaba sobria. Cuando me separaron de ella y me llevaron a un reformatorio, me comporté como un pequeño monstruo. Estaba furiosa porque yo no había robado nada, como los demás niños. Mojaba la cama y una matrona se chivó y tuve que dormir en la Habitación de la Mofeta. Es el dormitorio con colchones de goma para los que mojan las camas. Tenía ocho años. Les daba miedo que cuando cumpliera diez acabara inundándolos.

»Entonces fue cuando mamá dejó de beber para que les quedara claro que iba en serio al decir que me quería de vuelta. Se llevó un montón de ex borrachos para que la apoyaran así que tuve que irme. “Todo por mi niña”, así lo decía ella.

»“Si es así, puedes volver a darle a la botella cuando quieras”, le dije yo, “porque ahora tú me dejas fría.” Para mi madre no había término medio, en su manual de vida alguien tenía que ganar y alguien tenía que perder. Así que cuando volvió a pegarle a la botella, el golpe se oyó a kilómetros de distancia.

»Yo lo tenía claro, si iba a cumplir otra condena que fuera por algo que yo hubiera hecho, no a cuenta de nadie. Me atraparon cuando cruzaba un puente. Si hubiera llegado a la otra orilla otro gallo habría cantado. Habría salido de Illinois.

»Con catorce años cumplidos había vuelto con niños a los que les sacaba una cabeza de altura. Mojé la cama la primera noche. Imagínate: ¡catorce años y de vuelta adonde había estado cuando tenía ocho! Me di cuenta de que no avanzaba.

Se arremangó la manga derecha. Tenía un tatuaje desde el hombro hasta la muñeca.

—También llevo tatuajes en las piernas. Me los hice yo sola con agujas sencillas y tinta normal. Me pasé treinta y dos días a solas con el oso así que me puse a trabajar sobre mi propio cuerpo para no volverme más loca todavía. Quería hacer algo que ellos nunca pudieran deshacer. Que nadie pudiera deshacer. Ahora daría cualquier cosa por librarme de los malditos dibujos. Pero al menos así demostré a los demás que yo no era ninguna rata.

»¿Has visto alguna vez a cuatro tiarrones corpulentos agarrando a una chica sobre una mesa mientras un quinto la azota? Fue lo que me hicieron con un cinturón de cuero de más de un metro de largo. Tenía una hebilla de plata que todavía no he

podido olvidar. ¡Y cómo lo alargaban! Contaba hasta diez entre los correazos. Cien azotes, recibí el máximo castigo que les permitían. Y no derramé ni una sola lágrima. Eso les enseñó que no era una llorica.

»¿Por qué lo hicieron? Pues porque atasqué el retrete con algodón, por eso. ¿Por qué lo hice? Y yo qué sé. Siempre hago cosas sin saber por qué. A lo mejor sólo quería dar la nota, ser alguien. ¿Sabes cómo puedes ser alguien? Te sientas en tu habitación como un muerto viviente, así. Ellos te quitan todo. No te dejan nada que leer, ni siquiera un envoltorio de caramelos. Tampoco puedes escribir cartas. Te dan media taza de cereales secos para desayunar, dos rebanadas de pan rancio y un trozo de mortadela para comer y media taza de caldo aguado para cenar. Así es como llegas a ser alguien.

»Hice una amiga. Una mofeta que ensuciaba la cama, como yo. Una negrita sordomuda, que se pasaba el día revolcándose por el suelo y contando con los dedos. Aunque podría haberme escapado, me quedé allí, por ella. Era mi amiga. Cuando se la llevaron a no sé qué clase de hospital ya no tenía razones para seguir allí dentro. La siguiente vez que llegué a aquel puente, tomé el tranvía. Y tú, ¿cuánto tiempo llevas fugado?

—Las cosas se pusieron un poco feas por casa —reconoció Dove—, así que me largué con viento fresco.

Ella no lo entendió bien.

—Robar es cojonudo. A mí me gusta. Meterse en un sitio vacío cuando está a oscuras y llevarte lo que quieras, eso es el no va más. Es tan divertido que no puedes parar. ¿Y sabes qué es mejor aún, Red? Cuando apuntas con una pistola a los mayores y ves cómo se vienen abajo y balbucean delante de tus narices. Eso sí es lo mejor. ¿Cuánto tiempo has dicho que llevas fugado?

Dove no respondió porque, a su manera, ya estaba en fuga. Pasádoselo en grande por el Bulevar de los Sueños. Ella lo observó con curiosidad. Cuando dormía, su boca daba la impresión de que acabaran de insultarlo. Kitty no podía saber que en esos momentos estaba en los peldaños del juzgado vestido con el frac de Fitz, dirigiendo el canto:

Con solemne gozo contemplo  
un cadáver, cuando el espíritu se ha ido...

Mientras una figura con la cara entre sombras, a horcajadas sobre un cañón, se balanceaba con solemne alegría.

Llorar y sufrir es mi sino  
mientras siga condenado a esta prisión en la que respiro... [28]

Una prisión que cobraba diez centavos por entrar a ver un cadáver del que el espíritu había volado de verdad. Kitty Twist, con guantes negros hasta los codos,

vendía entradas al otro lado del muro. Se habían hecho ricos y famosos viajando de ciudad en ciudad pero ella se reía demasiado, y su risa acabó por despertarle. Porque ella se había enroscado a su cuerpo y ya era demasiado tarde para soltarse.

—Estoy tan avergonzada —le dijo ella más tarde—. ¿Cómo se te ocurrió obligarme a hacer tal cosa? —En sus ojos se veían lágrimas vidriosas.

—No sé, me he dejado llevar —dijo Dove.

—Prométeme que nunca volverás a jugarme esa trampa sibilina.

—Te lo prometo.

—Entonces, te perdono.

—Eres muy buena conmigo. Muy buena. Pero hay una cosa que no entiendo.

—¿El qué, Red?

—¿Qué es estar a solas con el oso?

—Es que te encierren incomunicada.

Y agotados por el perdón y las buenas obras, durmieron hasta que el día se tiñó de luz.

—A ver cómo silbas, Red.

Dove emitió un chiflido débil y agudo. Kitty esperó.

—No me sale mejor —tuvo que admitir él.

Ella se llevó dos dedos a los labios y soltó un silbido resonante y grave.

—Cuando silbo fuerte puedes oírlo a dos manzanas, y si lo oyes significa que lo dejes todo, que viene la poli.

Él estaba nervioso, cambiándose de pie de apoyo a cada momento, en el patio trasero sin iluminar.

—¿Qué pasa, Red?, ¿tienes miedo?

—Miedo de pisar cristales, sólo eso.

Ella encendió una linterna barata.

—Sigue la luz.

Dove la siguió.

—Si alguien pregunta, estamos buscando al primo Jim —explicó ella.

—No tengo ningún primo que se llame así —creyó encontrar una escapatoria a la situación—, en realidad, no tengo ningún primo. Nos vemos luego.

Ella le enganchó del cinturón y tiró de él hasta la puerta trasera de una tienda. Kitty llamó con tanto ímpetu que Dove quiso poner los pies en polvorosa al instante. Pero la mano que lo agarraba de la cintura lo mantenía inmobilizado. Él esperaba que ella no percibiera sus temblores. Ella volvió a llamar. Pero todo seguía cerrado a cal y canto.

—Hazme un escalón.

Formó un estribo con las manos y la alzó hasta que ella se agarró con fuerza al montante abierto; luego se encaramó y entró.

Se dejó caer tan suavemente al otro lado que, aunque Dove escuchaba, no la oyó aterrizar. Luego la puerta se abrió silenciosamente y él sintió que le ponía la linterna en la mano. ¿Cómo había llegado a situarse detrás de él?

—Derecho a la registradora —ella tomó el mando—, yo te cubro. —Y le dio un empujón hacia delante que le llevó hasta la caja, que era exactamente del mismo modelo que la registradora Ohmer que había abierto para su hermano. Así que le dio un buen golpe y el costado entero se cayó. Metió la mano por un lado, agarró un puñado de algo que parecía papel. A sus pies, un gato casero se despertó y dio un salto. Dove se cayó del susto, haciendo añicos la linterna y, estando de rodillas, sintió unas alas que le cepillaban el pelo: el tonto del gato se había subido hasta la mitad de la pared intentando arañar a un bicho que parecía un búho. Mientras agarraba los billetes en un caos de plumas y garras vio que el pájaro aleteaba, de pared a pared, hacia la puerta abierta. Sus alas pasaron justo por encima del gato y Dove fue tras ellos tambaleándose justo cuando Kitty empezaba a silbar.

Bajo la luz de la entrada al callejón, vio a una pequeña figura forcejeando con otra que la doblaba en corpulencia.

—La gente tiene ganas de marcha esta noche —se maravilló.

La puerta de entrada era su única vía de escape. Avanzó despacio hasta que estaba casi junto a la pareja enzarzada, entonces se abalanzó hacia la puerta, eludió una mano inmensa que quiso agarrarlo y corrió libre hasta la calle abierta.

Saltó una valla y se sumió en la oscuridad, luego saltó otra y avanzó pegado a lo largo de una pared, con sus grandes pies cada uno por su lado, hasta que dio con un solar cubierto de hierba.

Aparte del canto de un grillo adormilado no se oía ningún otro sonido que rivalizara con los latidos de su corazón.

—No ha estado mal —se felicitó a sí mismo, sin aliento—, me he largado tan rápido que no sé si he corrido o he volado.

Su mano había agarrado con tal fuerza los billetes que tuvo que restregársela para que le circulara la sangre de nuevo. Luego se los metió en el bolsillo de los vaqueros. No era momento para entretenerse contándolos, lo que necesitaba era unas vías de tren.

Si Dove tenía un instinto desarrollado, ése era el de los conejos: deslizarse a escondidas y sigiloso hasta salir de la ciudad. Fue en esta y aquella dirección hasta que las estrellas verdes y rojas de una torre de señales le condujeron finalmente hasta el terraplén de unas vías.

—¿Por dónde se va a la línea del South Pacific, señor? —le gritó a una linterna que oscilaba en la oscuridad.

La luz apuntó hacia arriba.

—Ahora estás caminando por sus vías —le aseguró la linterna—, pero ni te acerques a los trenes que no están en marcha.

Dove apoyó la espalda en un poste telefónico y se meneó un poco el diente suelto,

pero no se le acababa de caer. Y mientras lo meneaba le pareció que el poste en el que se apoyaba estaba en medio de las vías. Los faros de un tren se acercaban a ciento cincuenta por hora, pero no le entró ninguna prisa, llevaba días acercándose. Siguió durmiendo.

El estruendo metálico de unos furgones a una docena de metros lo despertó por fin. Vía adelante, un pequeño furgón rojo de cola traqueteaba y oscilaba como si fuera el último vagón de un tren de juguete.

Dove agarró el fajo de billetes con la mano para asegurarse de que no se le cayera, y se encaramó al interior de una penumbra oscilante.

—¿Hay alguien aquí?

Ni una palabra, sólo el suelo que crujía.

—Buen negocio, Linkhorn —se congratuló—, te has conseguido un vagón privado y vaya si te lo mereces. —Cerró la puerta y se dio la vuelta. A veces había ladrones en esos trenes.

El día y la noche que siguieron los conservaría en la memoria nublados en una especie de borroso recuerdo. De lo único que se acordaba con claridad era de que, al abrir la puerta la mañana siguiente, se encontró con un velo de bruma tan azul que desvaía las siluetas de casas, árboles y colinas. Y a medida que la mañana se entibiaba, el enorme mundo azul entero empezó a humear débilmente.

Louisiana.

Durante la larga tarde, las nubes se amontonaron; pero sobre el paisaje seguía el pálido velo cambiante.

Una verdadera bruma de las tierras del sur en la que uno ve lo que desee ver. Una bruma que se filtra detrás de los ojos y confiere apariencia de realidad a sueños y deseos.

—Supongo que aprenderé a tocar la guitarra —soñaba apoyado en la puerta del furgón—. E iré por ahí tocando una guitarra, eso es lo que atrae a las chicas bonitas.

Louisiana.

Vio a un Dove más alto, con pantalones relucientes, montando a horcajadas un semental blanco como la nieve, tocando una guitarra con una mano y refrenando al semental con la otra, cantando y haciendo cabriolas al entrar en Nueva Orleans.

Louisiana.

Sus dedos se deslizaban por cuerdas invisibles.

Temerario, valiente e impávido  
estaba el joven Brennan en la ciénaga...<sup>[29]</sup>

Dove frenó un poco para que la gente lo viera mejor.

Deseos y esperanzas en un sueño de humo azul mientras el gran tren rodaba y su cabeza se adormecía en un sueño ligero. Nada más que tranquilidad y buen tiempo.



Dove se pasó soñando todo aquel día de humo azul hasta que salieron las estrellas lechosas.

Más tarde, mientras yacía tumbado boca abajo en el techo del vagón y el tren recargaba agua en el desierto, se creyó invisible mientras los focos y las linternas de los ferroviarios inspeccionaban enganches y ruedas. Pero cuando el tren arrancó, alguien le gritó riéndose:

—Quédate tumbado o métete dentro, hijo.

Así que se quedó tumbado, aplastado contra el techo, mientras el tren se introducía en una negrura rugiente en la que el techo del túnel le arañaba la espalda. Los vapores de carbón se amontonaban encima de él. Se tapó la boca y la nariz con el pañuelo y se agarró con la mano a un saliente de madera. Lo único que impedía que se desmayara era la esperanza de que ningún túnel era eterno.

Pero ése se lo pareció. Cuando el aire le golpeó de nuevo, sus sentidos ya vacilaban. A lo largo de casi la mitad del trayecto por aquel mierdoso estado no paró de escupir polvo de carbón.

Dove sabía que seguía vivo gracias a un matón de ferrocarril, pero había muchos otros a los que no tenía tanto que agradecer. Ésos no entraban en los vagones durante el día, cuando había muchos vagabundos, sino que pasaban rápida y discretamente, como si los vagones estuvieran vacíos. Pero por las noches sacaban a cuatro o cinco desdichados y los molían a palos.

Un mediodía, un poli armado metió la nariz por la puerta de un furgón:

—¡Salid de ahí, uno por uno!

Nadie se movió. Todos sabían que el primero que saliera acabaría cubierto de sangre, mientras los siguientes tal vez se librarán sin un rasguño.

—He dicho: «¡Salid!», ¿es que no me oís?

Nadie se movió.

—Por Dios que si no salís, entraremos nosotros.

El silencio le envalentonó.

—¿Sabes una cosa? —se volvió con fingido aburrimiento hacia alguien que estaba a sus espaldas—, estoy tan cansado de patear culos que me parece que voy a empezar a romper crismas.

En cuanto lo dijo, alguien saltó para ser el primero: los ayudantes se abalanzaron sobre él, mientras los demás vagabundos se dispersaban. Tres matones golpeando con culatas de fusil a un solo vagabundo desarmado era la medida habitual de la valentía del matón de ferrocarril. Ningún hombre con el valor suficiente para ir tras otros con sólo un arma para hacer frente a unos puños desnudos podía ser vigilante de ferrocarril: uno tenía que contar al menos con un par de armas más de su parte para estar a la altura de una vocación en la que la ferocidad delataba una cobardía innata.

A veces, los guardias hacían bajar a todo el mundo de un tren, los llevaban a la ciudad, les tomaban las huellas dactilares y los fotografiaban, luego los soltaban con la advertencia: «Ahora os tenemos fichados. Si volvéis a pasar por aquí os

mandaremos a la granja de trabajos forzados». Y así los sin techo eran expulsados de una ciudad tras otra, hasta que casi todas las ciudades que se le ocurrían a uno habían avisado a todos de lo que les pasaría si volvían por allí.

Una tarde, Dove se encontró con otros cuatro vagabundos junto a un arroyo. Unos que habían pasado por allí antes habían dejado un letrero pidiendo a los que vinieran más tarde que dejaran el arroyo tan limpio como lo habían encontrado. Además, alguien había dejado un par de zapatos casi nuevos para que Dove los encontrara. Le iban tan bien que parecían hechos a medida para él.

Un par de chicos prepararon un guiso. Dove se tumbó desnudo en el arroyo, mientras fumaba un cigarrillo y olía la comida. Era su primer momento de tranquilidad desde que había salido de Arroyo.

No vio a los agentes hasta que oyó los disparos. Uno le hizo seis agujeros a la olla del guiso, que se derramó humeante sobre el fuego mientras los vagabundos huían. La cabeza de Dove asomaba por encima del agua como la de un pato sentado. Salió empapado y acobardado.

El juego entonces consistió en ver cuánto tardaba un vagabundo en vestirse mientras le pegaban con porras por ambos lados. Recibió un porrazo por la camisa, dos por los pantalones, y se habría librado de alguno más si hubiera tenido el sentido común de salir corriendo. Pero en medio de los golpes tuvo que sentarse e intentar ajustarse los zapatos, lo que le supuso recibir tantos porrazos que al final tuvo que irse corriendo sin ellos.

Cuando se apeó en los depósitos ferroviarios de Algiers, en la orilla frente a Nueva Orleans, todavía le dolía la cabeza.

Se quitó la costra superficial de sangre y el hollín de la cara en una bomba de agua. Le ofreció una moneda de cinco centavos al cobrador del transbordador, pero el hombre hizo un gesto con el pulgar que decía, anda, pasa, hijo:

—La dama te lo ha pagado.

Dove vio a una mujer de mediana edad que había subido a la embarcación delante de él. Se acercó a ella, con la moneda todavía en la mano.

—Yo pagaré lo mío, pero gracias por su amabilidad, señora —le dijo y dejó la moneda en la palma de su mano. Ella se puso roja como un tomate, pero Dove se sintió mejor.

Cuando el barco entró en el muelle y un marinero lanzó un cabo de cuerda para atar el buque a tierra, Dove corrió y le ayudó a amarrarla. Pero lo único que consiguió a cambio de sus molestias fue un irritado:

—Ya me ocupo yo, hijo.

Y así fue cómo Dove llegó por fin a la ciudad que siempre parece estar meciéndose en un eterno vaivén. Mecida por sus ríos, por sus trenes, entre la sirena de los barcos y la campana de los trenes, pasa sus horas como si oscilara en un balancín.

La ciudad del sándwich de «pobre muchacho»<sup>[30]</sup> y de la achicoria, donde el ajo

cuelga en ristras y los camioneros duermen en sus camiones; donde los carteros llevan casco y la gente quema velas rojas toda la noche en largas lámparas anticuadas.

La ciudad donde las negras cantaban:

Papi, no quiero tu dinero,  
sólo quiero tu agujón.<sup>[31]</sup>

Y los pianistas se lamentaban en pianos desgastados:

Por la mañana temprano antes del día  
es cuando mi *blues* suena.<sup>[32]</sup>

En el muelle de Desire Street, Dove entró en el primer sitio que vio donde los mendigos y los vagabundos podían echarse a descansar.

—Tienes pinta de haberte estado peleando con una sierra circular, hijo —le dijo el recepcionista.

—No. Sólo he separado gatos salvajes.

—En ese caso te daré una habitación bonita y tranquila, donde podrás descansar sin que te molesten. Yo también llegué descalzo a la ciudad, tan cándido que parecía transparente.

—Me faltan veinticinco centavos del cambio, señor —comentó Dove sin tocar las monedas—, me parece que ha cometido un pequeño error.

El recepcionista soltó la moneda que ocultaba en la palma de la mano.

—Llevarás zapatos antes que yo —se rió—. Escaleras arriba, la primera habitación a la derecha.

Entre la primera y la décima puertas a la derecha no había la menor diferencia. Todas carecían de llave.

El techo era de tela metálica de gallinero. Y, por el olor, las gallinas no debían de andar muy lejos. Pero la cama era justamente lo que un vagabundo cansado necesitaba.

Dove durmió el anochecer polvoriento y la noche febril. Y toda la noche, los barcos del río no pararon de tocar las sirenas.

En algún momento oyó a una mujer, que sonaba como si estuviera sola en una esquina, le contaba a todo el mundo:

No tuve a nadie que me enseñara a diferenciar el bien del mal  
ni que me dijera «chica, no vales para nada...»  
y ahora mi mamá se ha ido.<sup>[33]</sup>

Bajo la tela metálica, a cada lado de su habitación, otros huéspedes nocturnos de a diez centavos dormían sus sueños baratos. Hasta que las cien harpas de la mañana

tañeron en cuerdas de luz plateada.

Por la larga calle sin sombras, un vendedor ambulante de helados de colores tocaba un arcoíris de campanillas de hojalata. Un campanillazo por cada sabor, mientras avanzaba tintineando. Cada sabor confeccionado con agua, vendido con una melodía de hojalata.

Venid vagabundos, venid mendigos, a dos centavos la melodía.

Lanzando miradas esporádicas a la tela metálica para comprobar que nadie le observaba, Dove se ponía cada billete delante de los ojos, memorizaba la cantidad y la sumaba a la del anterior. Y estiraba cada uno cuidadosamente, con la esperanza de que hubiera dos pegados.

Cuando llegó a cuarenta, un billete suelto seguía sobre la cama. Así que empezó de nuevo sumando también el niño extraviado. Y sólo se dio por satisfecho cuando se supo dueño de los cuarenta y un dólares que había contado otra vez.

Por fin había un Linkhorn rico.

Los bebedores de sterno viejo y los nómadas con hatillo hacían que el aire matinal de la pensión de mala muerte se enturbiara con su aliento fétido. Pero él era un Linkhorn, en un cuarto sólo para él. No tenía ni camisa ni zapatos, pero sí contemplaba con alegría la perspectiva de un mundo lleno de camisas y zapatos. Un diente suelto era poca desgracia para despertarse siendo Dove Linkhorn.

Le fastidiaba, claro, lo de aquella pequeña tonta que no había sido lo bastante lista para evitar que la pillaran. Las chicas así no deberían meterse en líos hasta saber bien qué se hacían.

—Espero que esto le sirva de lección para que siga el buen camino antes de que sea demasiado tarde —deseó—; la chica no estaba hecha para esta vida, al contrario que nosotros, los que somos delincuentes por una inclinación más natural.

Un pequeño pañuelo, desgarrado limpiamente por la mitad y ahora teñido del gris del hollín, se le cayó del bolsillo al suelo. Cuando le quitó el hollín vio que era negro y que en sus buenos tiempos había tenido encajes. Percibió cierta rigidez en los pliegues. Y sintió una sombría aprensión al pensar que tal vez siempre hacía daño a aquellos que más quería.

Intuyó que le quedaban por vivir muchas aflicciones, unas breves, otras lentas, algunas meramente fugaces, pero que una de ellas nunca le abandonaría.

—Espero no haberle hecho mucho daño, señora —explicó—. Justo cuando me estaba preparando para ayudarla y decirle que no quería hacer lo que hice, ese idiota de maquinista tocó el silbato y tuve que irme a toda prisa.

Pero la luz se extendía pegada como un sudario de segunda mano sobre la pared manchada de culpa: ella le había dado un pañuelo y él se había limpiado la boca con el dorso de la mano.

—Le pediré a alguien que me escriba una carta —se prometió—, para decirle que siento lo que hice.

En la larga calle sin sombra, un arcoíris de campanillas de hojalata se adornó con

dos centavos de aplausos y luego se alejó hacia alguna calle más amplia. La mañana parecía haber acabado.

Un temor acechante se cernía por la escalera oscurecida. La barandilla había sido engrasada con la culpa de otro, y Dove descendió lentamente peldaño tras peldaño alrededor de un hueco resonante, donde los remordimientos de desconocidos enrarecían el aire.

Una vez en la calle se sintió como un preso en libertad condicional, liberado tras haber prometido algo que no podría cumplir jamás.

Dove se olvidó por un rato de todas esas tinieblas de culpabilidad ante la hermosa maravilla de Canal Street y el alboroto, el griterío y las vibraciones de su soleada vitalidad. Marquesinas de teatros, policías montados, una motocicleta roja con un sidecar azul y una máquina de palomitas chisporroteando justo en medio de la calle. El perfume de una mujer le alcanzó de pleno... Oh, ¡mírale las piernas moviéndose por debajo del vestido! ¡Y ahí viene otra! Encontró la sombra de un toldo y se apoyó allí en el poste de una barbería hasta que sus sentidos se calmaron.

«¿Por qué me comporto tan sospechosamente?», se quejó para sí..., un hombre con cuarenta dólares no tiene que rebajarse ante nadie. Vaya, un hombre que tenía tanto dinero iba camino de convertirse en capitán.

Un capitán de carguero de plátanos o algodón, un capitán de cacahuetes o de palomitas, de café o de whisky o de licor de maíz..., aunque, claro, nadie llegaba a ser capitán de nada tan fácilmente. Primero tenías que ayudar a los que ya eran capitanes a cargar su café y a freír su maíz, a conducir sus negras locomotoras o a pilotar sus grandes barcos blancos. Ni siquiera un capitán podía hacerlo todo solo. «También podría ser dentista», pensó, «o médico tampoco está mal porque puede cortar y rajar y tiene permiso para hacerlo.»

Empiezas a los pies de la escalera, poco a poco, y cuando alguien quiere adelantarte, le das una patada en la cara..., así que más le valdría conseguir un par de botas impermeables, y pronto. Aunque, claro, no había mucho peligro de que nadie fuera tan estúpido como para intentar jugársela a un Linkhorn...

—Y también sé contar bastante bien —pensó dedicarse a la contabilidad o trabajar en un banco—, pero tengo el pequeño defecto de que no paso de la letra be. —No obstante, hizo un cumplido repaso de sus diversas capacidades—: Tengo una cabeza muy dura. Creo que un hombre con una cabeza como la mía podría, con el tiempo, meter una cuña hasta debajo de la misma Creación.

En el escaparate, el barbero señalaba algo con una botella de tónico capilar en la mano. Dove sonrió para ver si el hombre quería hacer amigos. Cuando el tipo se dirigió a la puerta con unas tijeras en la mano, Dove vio que no era así y se encaminó arrastrando los pies de vuelta a Canal Street.

Compró dos polos de colores, uno naranja y otro verde, a un vendedor ambulante que llevaba gafas de sol, al que dio una moneda mejicana. Como era de esperar, recibió un centavo americano a cambio. «Buen negocio, Linkhorn», se felicitó,

«cuando se trata de timar estoy mucho más avanzado que la be. Tengo que agenciarme un monedero de calderilla para estas pequeñas operaciones.»

Siguió a un tranvía de St. Charles Street hasta Lee Circle. Allí, con una mano manchada de verde y la otra de naranja, empujó a un viejo con un pie vendado sentado en un banco para hacer sitio a sus propios grandes pies. El viejo se fue apuñalando el pavimento con su bastón.

«El tullido se ha cabreado por algo», pensó Dove. «Bueno, me pregunto quién sería ese capitán», y con los ojos entornados contempló perplejo una escultura heroica, «debe de ser alguien de la guerra de Rebelión», concluyó por fin.

Un calvo con un traje sucio y un cuello redondo a lo Hoover se acercó al banco de Dove con aire acobardado.

—No soy un mendigo —explicó—, en realidad, trabajo en el servicio diplomático. Me han reservado un puesto en Washington y cuando llegue allí dormiré en los mejores hoteles, claro. Pero esta noche tendré que dormir en la calle a menos que alguien como tú me preste quince centavos.

Le enseñó a Dove su tarjeta, manchada de amarillo en los márgenes. Dove fingió leerla y le impresionó tanto que le dio una moneda de cinco centavos.

—Porque es por el bien del país —explicó.

El tranvía de St. Charles Street giraba alrededor de la plaza.

—Algún día me subiré —se prometió.

Una chica gringa con una gorra blanca de marinero y un bolso colgado del hombro entró bajo la sombra proyectada por el pie del general Lee y se detuvo para mirar directamente a Dove. Él miró hacia atrás por encima del hombro pero no vio a nadie que la esperara. Ella le lanzó un beso:

—¿Y bien?

Dove se puso de pie, se inclinó por la cintura con la mano sobre el corazón, casi barriendo el suelo con su sombrero de paja.

—¿Cómo le va, señora?

La chica se alejó sin volver la mirada.

Tanto daba. Cuando consiguiera una buena guitarra y aprendiera un par de viejas canciones ya se cobraría su parte de diversión.

Y caminó tranquilamente y sin que lo vieran, por delante de hombres hundidos y otros que se hundían: drogotas, negratas, tipos extravagantes y de miradas retorcidas; jovencitas, reinonas y putas raídas. Pedigüeños ulcerosos tullidos y cancerosos, vendedores ambulantes de lápices tuberculosos, borrachos tambaleantes. Gatos viejos y enfermos de todas partes que maullaban al pasar.

Todo iba bien en el mundo.

Hasta que se vislumbró a sí mismo en un escaparate y vio que, bien pensado, no todo iba tan bien. No era extraño que aquella chica se hubiera espantado.

¿Quién había visto nunca a un capitán descalzo de un carguero de nada?

Desde el embarcadero de Barracks Street hasta Bienville, de dique seco a dique seco, los transatlánticos se amontonaban como ballenas arruinadas, con sus grandes cascos blancos herrumbrándose. La ciudad entera estaba en dique seco.

Y por encima de todo el paisaje urbano, en una neblina con tonos café de mejores tiempos, uno todavía olía la fragancia marrón del café. Las paredes de los almacenes, como los cascos de los barcos, estaban manchados de café. Y hasta las tablas de los embarcaderos tenían restos incrustados de la sustancia. Bajo las tablas, sacos ancestrales se pudrían en las idas y venidas de la marea.

La ciudad entera estaba en dique seco, el país entero empeñado, pero lo peor de la Depresión, según anunció un ministro de Trabajo, había pasado por fin. La firme postura del presidente sobre los salarios había impedido una caída aún peor, añadió el ministro, «los negocios están volviendo».

—Nadie pasa hambre —dijo Hoover *el Gordito*, limpiándose la grasa de pollo de la pequeña barbilla redonda. Un hombre que tenía lo que había que tener no necesitaba que el gobierno le buscara trabajo. Eso lo volvería perezoso. Hasta podría enfermar y todo. Que los pobres dependieran de sí mismos, que el gobierno ya ayudaría a los ricos, la vieja guardia estaba de vuelta. Hoover manoseaba el pollo en su propia olla. «Yo lo hice», dijo Hoover *el Gordito*.

Y en todos esos kilómetros de muelles y embarcaderos, el único barco que todavía surcaba las aguas era un carguero, de bandera argentina, que llevaba el orgulloso nombre español de Shichi-Fukujin.

Ni en sus ensoñaciones más atolondradas, Dove se había atrevido a soñar con nada tan inmenso. Lo único que era capaz de hacer era contemplarlo boquiabierto mientras las aguas batían contra el casco; él, un hombrecito, miraba desde abajo a un hombrecito que a su vez le miraba desde arriba.

El que miraba desde arriba le hizo gestos para que subiera. En cuanto llegó a la cubierta, Dove vio que necesitaban su ayuda. Para empezar, los marineros eran demasiado pequeños para pilotar nada tan grande. Además, tenían los ojos demasiado pequeños para diferenciar entre un faro y un muelle hasta encontrárselos delante de las narices y entonces sería demasiado tarde.

Su amigo, el que le había llamado con gestos, empezó a hablar en algo que no era inglés ni español y señaló hacia la chimenea con una brocha. Dove nunca había visto una brocha tan grande ni una chimenea tan alta. Pero si hacía falta, sería capaz de que aquel viejo trasto pareciera como nuevo.

Alargó la mano para coger la brocha, pero el hombrecito la retuvo, y señaló a una ventana en el muelle a la altura de la cubierta:

—Jefe.

—Esperadme —avisó Dove a la tripulación. Bajó por la pasarela hasta el almacén y subió por una escalera en espiral. Por una puerta abierta vio una fotografía enmarcada de un transatlántico que ocupaba la mitad de la pared. Debajo, el encargado del dique seco se sentaba soñando que era rico.

—Los periódicos... —El hombre alargó la mano que recogía periódicos sin levantar la mirada.

—No soy el repartidor de periódicos —explicó Dove.

El hombre alzó la vista y al instante deseó no haberlo hecho. Ante él tenía algo que llevaba encasquetado un sombrero de explorador sacado de un mostrador de baratijas, vaqueros de jornalero, gafas de sol, un reloj de dólar que emitía un tic tac tan ruidoso como el del abuelo, y zapatos de color mantequilla.

—¿Es usted el jefe aquí? —preguntó Dove—, busco trabajo en un barco.

—Lo que hace falta es un capitán, hijo —le dijo el capataz.

—No creo que sirva todavía para capitán —dijo Dove como compromiso—, me daría por contento limpiando la cubierta... o si, por casualidad —añadió astutamente—, tuvieran una chimenea que necesitara una mano de pintura me gustaría probar.

—Te hacen falta documentos que certifiquen que eres un marinero sano.

—Más sano que la mayoría —insistió Dove—. Me pague lo que me pague le estaré muy agradecido, hasta el fin de los tiempos. Y además como muy poco, añadiré.

—Hijo, ¿no estarás queriendo decir que trabajarías como esquirolo, verdad?

—Señor, cocinaré, maldeciré, remendaré sus calcetines, alimentaré los motores y le cazaré una maldita ballena con las manos desnudas. Y si quiere que esquirolee, pues haré lo que haga falta. Porque quiero aprender el oficio de marinero y soy tan fuerte como cuatro.

—¿Sabes que hay un sindicato de marineros? —Le concedió a Dove el beneficio de una duda seria.

—Señor, soy un chico cristiano y no me trago las ideas de yanquis. Ponga mi nombre en la lista de la comida del barco y usted será mi capitán, yo sólo su trabajador. Dígame lo que sea que quiera que haga y me ocuparé porque soy fuerte como un toro. Si no cumplo lo que a sus ojos es un buen trabajo puede desembarcarme en la primera escala. ¿No le parece justo?

—Muy justo, hijo. Si más chicos estuvieran dispuestos a trabajar a cambio de nada tantos más millonarios habría.

—Así también lo creo yo, señor. Uno tiene que trabajar por nada porque, si no, nunca se hará rico, eso es de cajón.

—Mira —el capataz le puso una mano fraternal sobre el hombro—, me gustó tu cara en cuanto entraste. ¿Te importaría quitarte las gafas para que te la vea mejor?

Dove se quitó las gafas de golpe y con igual brusquedad se puso firme.

—También me gustó el modo en que entraste —le aseguró a Dove—, sin molestarte en llamar.

—Me pareció que usted no hacía nada.

—Y qué decir del modo tan inteligente en que te vendiste.

—Creo que estuve a la altura —admitió con humildad Dove.

—Sí, estás a la altura de algo —dijo pensativo el capataz—, pero no sabría de



qué.

La altura que estaba comprobando en realidad el capataz era la chimenea que se veía a través de la ventana, que se alzaba veinte metros del suelo del muelle; y la escalofriante escala salarial impuesta por el sindicato, que se elevaba cada medio metro a partir de los ocho. Una jornada de ocho horas a dos setenta y cinco por hora durante diez días..., el capataz calculó mentalmente cuánto podía anotar en los libros.

—Te pagaré un pavo cincuenta la hora por pintar esa chimenea, hijo.

Dove volvió a toda prisa por la pasarela, volando como un kiwi, un pájaro que no había nacido para volar. Oyó que el capataz gritaba desde la ventana a la cubierta:

—¡Poned a éste en la guindola, chicos!

Cuando llegó a la cubierta las rasquetas, brochas y disolvente estaban ya preparados. Dove saltó directamente a la guindola y gritó:

—¡Arriba, con ganas, amigos!

Al momento miró hacia abajo y se encontró a casi seis metros de la cubierta.

—¡Ya vale, chicos! —gritó alegremente hacia abajo—. Empezaré aquí y pintaré hacia arriba. —Pero la cadena siguió subiendo.

¿Quién habría imaginado que ahí arriba soplaría esa agradable brisa mientras que los demás sudaban abajo con el calor? Estaba a punto de volver a mirarles, pero la guindola empezó a mecerse como una cuna y cambió de opinión.

Arriba y más arriba. Por encima de él se inclinaba la chimenea con desconchones de óxido; abajo, el río se ladeaba extrañamente. Las manecillas de su reloj se torcían de una manera extraña, pero parecían marcar las 10.55. Bueno, dentro de cinco minutos tendría todas sus herramientas preparadas, así que podría empezar a trabajar a la hora en punto. Un jornal entero por un día de trabajo, así era como se prosperaba en el mundo.

—¡Empiezo, amigos! —gritó por el lado—, ¡empiezo! —Eso les demostraría que no era ningún cobarde.

Algo tiró de la silla y creyó entender que el capataz había cambiado de idea, ahora podía bajarle en cualquier momento. Dove lanzó con resolución una cuerda alrededor de la chimenea y la ató con todas sus fuerzas. Por Dios, aquel hombre le había hecho subir hasta allí, no iba a bajarlo sin que se hubiera ganado su jornal.

Una vez atada, la silla se afianzó y también Dove. No tanto como para ponerse de pie pero sí lo bastante como para destapar la lata de pintura. En cuanto quitó la tapa, el viento ladeó la silla y el óleo contenido se le derramó por encima. Se quitó la pintura como bien pudo de los vaqueros.

—Menos mal que no me ha manchado los zapatos —optó por mirarlo desde la mejor perspectiva posible.

Era inútil arriesgarse a destrozar sus zapatos del todo con un viento tan traicionero soplando a su alrededor. Volvió a tapar el bote y miró su reloj: pasaban cuatro minutos de las once. Bien sabe Dios que el que un hombre no supiera leer no implicaba que no supiera contar. Hoy ya había ganado diez centavos, ahí es nada.

Fue entonces cuando miró por encima del borde y hacia abajo y vio el círculo de caras sonrientes mirando hacia arriba. Cerró los ojos para no vomitar. Eso no tocaba en el primer día de trabajo.

Cuando su estómago se hubo calmado, recordó algo y encontró al fondo de una bolsa de Bull Durham lo que buscaba: un puñado de marihuana verde claro y un par de papeles de fumar marrones. «No me dijeron que no fumara en el trabajo», argumentó sensatamente. Y a la primera calada sintió que la guindola se elevaba unos centímetros.

«Que suba», pensó, «cuanto más arriba más cobraré.»

Rasqueta, disolvente, cubo y brocha yacían olvidados a sus pies, al igual que, aparentemente, se habían olvidado de él los de abajo. Cuando miró otra vez su reloj eran casi las dos. Dios, cómo volaba el tiempo.

—¡La comida! —gritó por el lado—. ¡Subídmela!

Pero no vio a nadie escalando por los aparejos con una mano, mientras en la otra sostenía una bandeja, para preguntarle si quería azúcar o nata en el café.

«Esa pandilla de cerdos está comiendo», pensó con amargura, «llenándose como una piara de puercos. Ya me parecieron una tripulación de mierda.»

Dove se sumió en una agradable modorra a lo largo de toda la tarde encaramado allá arriba, y cada vez que se despertaba tenía más hambre.

—¡Manduca! —intentó una vez más que le mandaran comida. Pero lo único que consiguió fue un saludo con la mano de un marinero desde abajo.

—Sé a qué está jugando —informó por fin al capataz a gritos—, quiere matarme de hambre. Pero no lo conseguiré hasta que me gane un jornal entero, amigo. —Y volvió a dormirse.

Eran casi las cinco cuando, acariciado por la brisa, se despertó. Desató la cuerda que le sujetaba. «Menos mal que no he comido», pensó Dove mientras descendía, saltó a la cubierta, pálido y balanceándose. Dos tripulantes tuvieron que sostenerlo, y todos, salvo el capataz, parecían satisfechos con su trabajo.

—Ni un puto centavo, chico —le hizo saber el capataz al instante—. Si vuelves a mencionar el dinero te hago tirar por la borda.

Dove sintió que por fin hacía pie.

—Señor, he subido ahí arriba en su guindola como me pidió. Hicimos un trato.

—Ahora escúchame, hijo. Quiero que te quede claro: yo soy el puto capataz en jefe de este dique seco de mierda. Ni tú ni nadie me vais a decir lo que tengo que hacer. ¿Te ha quedado claro o no? Si quieres, te puedo dar más explicaciones y joderte vivo; me cago en mi madre.

—Un trato, señor.

—Habla con sentido común, chico.

—Ya lo hago, señor, y deje a las madres fuera de esto. He estado ahí arriba seis horas, no le voy a cobrar más porque sé que no lo he hecho muy bien mi primer día de trabajo. Pero desde luego he intentado ganarme mis seis dólares.

El capataz cogió a Dove del brazo, se lo llevó a un lado y le dijo en voz baja:

—Toma esto y desaparece de mi cubierta cagando ostias. —Dove bajó la mirada. Era un billete de dos dólares.

—Tengo que cobrar seis, señor.

—No pienso darte más. —Le cambió el billete por uno de cinco.

—Lo acepto. —Dove lo cogió.

El capataz se acercó cansinamente a la barandilla y se puso a mirar río abajo, hacia el mar.

En el muelle, Dove miró por última vez hacia arriba. El hombrecito le sonreía desde la barandilla. Agitó la brocha hacia él.

—¡Sé puntual para el trabajo mañana, colega! —gritó. Dove le devolvió el saludo con la mano. Un tipo muy amable.

Pero una tristeza persistente le asaltó al alejarse del gran río, sabedor de que ya no zarparía jamás.

Avanzado ese mismo día, al ir a traspasar la puerta del lavabo de hombres de la estación de tren Southern, la descubrió vigilada por un portero negro de pelo cano.

—Perdone, papi. —Dove intentó pasar.

—A ver, cateto, ¿es que tienes sangre de color? —preguntó el papi.

—No va a ser blanca —le dijo Dove.

—No es ningún chiste —le advirtió el viejo negro—. Soy el responsable aquí.

Dove no sabía qué pasaba. Pero sentía que se estaba equivocando. Así que se retiró del LAVABO PARA HOMBRES DE COLOR.

Estaba inclinado sobre la fuente cuando vio que el portero se le acercaba otra vez. El viejo llevaba años soñando con encontrar a alguien como él.

—Tienes sangre de color, no puedes beber esta agua.

—¿Es que no tiene todo el mundo sangre de color, señor? —A esas alturas, Dove sentía verdadera curiosidad.

—Me quieres hacer pasar por tonto haciéndome preguntas tontas —respondió el viejo—, pero sólo tú quedas como un tonto. Chico, si eres blanco, sigue siéndolo. Si eres negro, sigue siéndolo hasta que te mueras. Ahora sal de mi estación y de mi vista.

—De verdad que me asombra —Dove le dio vueltas pensativo—; un cristiano ya no puede ni dar un trago de agua en la ciudad. Parece que mi pobre padre no estaba tan loco como yo pensaba.

Tenía la garganta reseca y entró en la primera puerta en la que vio un cartel de Coca-Cola. Dentro de aquel antro sombrío había más carteles del refresco, pero en los estantes no veía nada más que botellas vacías. Dio unos golpecitos en el mostrador con una moneda.

Apareció una pequeña belleza sin sujetador, una verdadera monada de diecinueve

años, abrió una Coca-Cola con un clavo enganchado al mostrador y dejó que el tirante del hombro se deslizara descubriendo su pecho izquierdo hasta el pezón oscuro. Bajo el pecho llevaba tatuada una única palabra: «whisky».

—¿No hace un tiempo divino? —preguntó Dove.

—Los he visto más divinos —respondió la monada.

—Me parece que me faltan cinco centavos de cambio, señora.

—Me parece que te he devuelto todo el cambio. —Y volvió a subirse el tirante con gesto de aburrimiento.

—¿No cree que puede haber cometido un pequeño error, señora?

—No lo creo en absoluto.

—¿Cuánto vale una paja?

—Sírvelo tú mismo, pueblerino.

—Esto también es curioso —se maravilló Dove, que cogió cuatro pajitas esforzándose por ser justo—; usted es la segunda persona que se ha dado cuenta de que soy de pueblo en la última hora. ¿Cómo lo sabe la gente?

La monada reaccionó con indiferencia. Cuando las pajas ya no le daban ni una gota por más que succionara, dobló cada una con cuidado y puso otra moneda de diez centavos en el mostrador.

Esta vez ella limpió la botella con un trapo del mostrador y metió dentro una única paja. Él se la cogió de las manos con los ojos clavados en el tirante izquierdo.

No se deslizó ni un milímetro.

Pero ella abrió la caja registradora, metió la moneda y la cerró tan rápido que el tirante derecho se cayó, y a él le dio la impresión de que la chica había empujado la máquina con el pezón. Ella se apoyó en la máquina, y el pecho quedó sobre el rótulo NO ESTÁ EN VENTA.

Bajo ese pecho llevaba tatuado «Cerveza». Dove estudió la palabra con toda seriedad.

—¿Le importa si le doy mi opinión, señora? ¿Algo personal? —preguntó él por fin.

—Nada que tú me digas podría ser muy personal.

—Lo que me parece es que se echa demasiado blanco —le dijo de todos modos—, y eso le hace parecer regordeta y debilucha.

La inexpresividad de la mirada de la chica se superó a sí misma. Ni siquiera parpadeó. Se limitó a inclinar la botella para que cayera la última gota, la guardó y volvió a colocarse el tirante en su sitio.

—Señora, no puedo dejar de pensar que algo huele mal aquí.

Ella alzó una ceja pintada para formar la más leve de las preguntas.

—¿No me digas?

—Anoche compré un refresco al otro lado de la estación y sólo me costó cinco centavos.

—Eso es al otro lado de la estación. Allí hacen guerra de precios.

—Espero que no haya muerto nadie —Eso esperaba y puso una tercera moneda de diez en el mostrador.

Esta vez ella abrió la botella, la limpió, introdujo la paja, metió la moneda en la registradora, la cerró y retrocedió, todo en un único movimiento. Pero el tirante no cayó. Dove bebió más despacio.

Nada.

—¿Cuántos refrescos vende en un día, señora?

—Aproximadamente tantos como cuervos hay en una matanza de cerdos. —  
Calculó ella a ojo.

—Vaya, pues son bastantes. —Le pareció a Dove.

—¿Para qué has entrado aquí, caballero?

—Me prohibieron beber en la fuente de agua.

—Pues me parece que estás tirando el dinero.

—¿Y qué? Es mío, ¿no?

—Y mientras hay dinero, sobra para todo —comentó ella—, pero cuando se ha gastado no llega para nada.

—Me han dicho que a veces el dinero ni siquiera llega para nada aunque no se haya gastado, es verdad. Eso dicen al menos. ¿Le parece que mis cuarenta dólares darán para mucho?

—Si te lo gastas sólo en Coca-Colas, no, no sé si me entiendes.

—No del todo. Lo único que sé es que la Coca-Cola sapura bien.

—La Coca-Cola... ¿qué?

—Sapura bien. Pero, ¿y si pongo un dólar aquí encima?

—Prueba.

Dove lo puso y ella lo cogió antes de que rozara el mostrador.

—Ahora veamos si me sigues.

En algún lugar al fondo de aquel estrecho pasillo una chica se reía sin alegría, como quien se ríe de sí misma, y todas las puertas estaban numeradas.

No había luces, ni ventanas, ni ruidos. Dove se quedó envuelto en tinieblas hasta que oyó a alguien cerrando una puerta. Entonces una tenue luz verde surgió en un rincón y vio a la belleza de la cerveza y el whisky desnuda, salvo por las zapatillas, en un resplandor, una chica tan delicada como una cervatilla.

—Nunca vi una chica tan bonita aunque, si me permite, es un poco estrecha de caderas —le dijo—. Me estoy poniendo muy salido. ¿Le pasa a usted también?

Más tarde, con un pie en el suelo para no caerse del estrecho catre, se puso confesional.

—Tengo el estómago hinchado —le dijo.

—La próxima vez bebe whisky —le aconsejó ella y añadió—: chiquito, hace un rato que se te acabó el tiempo. —Luego enganchó los pantalones de Dove con una uña del pie teñida de verde, los lanzó hacia arriba y los dejó caer con delicado desdén en sus rodillas en el mismo momento en que la cartera se deslizaba fuera de un

bolsillo y se desvanecía curiosamente entre las sábanas.

—Señora —afirmó Dove—, usted es la chica más apañada que he conocido jamás.

—¿A qué te refieres? —Ella sonó como si sospechara algo.

—Vaya, lo digo por las uñas de los pies.

—Ya has tenido por lo que has pagado y más —decidió ella como si de repente hubiera optado por no ser amiga suya—, vístete y vete.

—Sólo me he quedado tumbado para pensar cómo disculparme ante usted, señora. Enseguida acabo.

—Disculparte... ¿de qué?

—Bueno, por haberla llamado estrecha de caderas como la he llamado. No había motivo para decir una tontería así. En realidad, como dirían los de los trenes, usted tiene un furgón de cola muy esbelto.

—El lavabo está a la derecha.

—Señora, lo siento mucho, de verdad y por doble que lo siento. Pero es que estoy reventado y tengo que descansar un ratito.

Ella dio la vuelta alrededor de la cama sin hacer ruido y se asomó al pasillo.

—Traeré a un tipo que te hará recobrar las fuerzas de golpe —le prometió.

Ella le daba la espalda, con la mano en el pomo de la puerta, y el bolsillo de sus llamativas medias abultado por la cartera de Dove tan visiblemente que se distinguía la superficie rugosa del cuero a través de la tela transparente, pero él no intentó arrebatársela por la fuerza. En vez de eso metió la punta de un dedo de la mano en la cinta de goma que ceñía la cartera, tensó el brazo igual que le había visto a ella tensar la pierna y así la lanzó hacia arriba tan limpiamente como ella la había sacado de sus pantalones.

La chica notó un leve movimiento a su espalda y se volvió hacia la cama. Allí el gran bobo yacía simulando que dormía, aunque cualquiera se habría dado cuenta con un solo vistazo de que fingía.

—Caballerito, no sé a quién crees que engañas, pero desde luego a mí no —le advirtió por fin y salió al pasillo—. ¡Navajas! ¡Navajas, cariño! ¡Aquí hay uno que quiere verte!

Dove saltó del catre, se embutió en los pantalones y salió por la ventana con los zapatos en la mano.

Dos chicas negras, justo enfrente, de las que esperan a hombres que vienen por la calle —se pasaban la tarde tanteando a los clientes potenciales— parecieron un poco sorprendidas al ver a uno saliendo por la ventana. ¿Cómo debían tomárselo?

Alguien, según parecía, se pasaba la vida pensando formas de hacer las cosas que no se le habían ocurrido a nadie antes.

Las mujeres cuentan con una ventaja sobre los hombres: pueden bajar al infierno y

volver a salir. Lo dice una vieja canción y tiene razón. Pero hay que tener en cuenta excepciones, como el caso de Dove Linkhorn.

Dove sabía bien que había estado bajo tierra. En el momento en que volvió a salir a Canal Street del lado de la estación Southern le pareció que había emergido de algún mundo subterráneo o que el cielo había subido unos centímetros.

Los padres de la ciudad, los Papis Rectos y Virtuosos y todo lo demás —masones, kiwanianos, legionarios, caballeros de esto o de aquello— reconocían entre risas que Nueva Orleans era ideal para las diabluras. Pero de ahí a reconocer que el infierno mismo se extendía por el centro de la ciudad mediaba un abismo. Pues los macarras y las putas son, claro está, una deshonra, y los Papis Virtuosos son antes que nada padres de familia cuyas familias forman parte de su ser tanto como sus propias espaldas.

Pero no muchos de esos papis (virtuosos o no tan virtuosos) se dan por contentos con sólo una espalda. De vez en cuando sienten la necesidad de escapar de su hogar y del amor de la chimenea. Tienen que irse de juerga con marginados, hacer el tonto en cualquier garito, y les gusta que una preciosa fulana les llame por el nombre de pila en presencia de un amigo de fuera de la ciudad. Eso hace que papi vuelva a sentirse un hombre de verdad. Tres tragos de licor de maíz y el zoo entero de tipos de cuellos almidonados —alces, ciervos, hombres de los bosques, leones, búhos del trigésimo tercer grado y ratones de campo del cuadragésimo cuarto<sup>[34]</sup>— empiezan a conspirar contra las leyes que ellos mismos han dictado.

No pasaba nada por tomarse un trago de whisky de tu propia petaca en un taxi, pero estaba prohibido hacerlo en un tranvía. La ley se aplicaba a los que iban en tranvía. Uno no podía llevar licor visible por la calle, pero si tenía un coche propio se saltaba la norma a la torera. Para cada norma tenían un pequeño resquicio legal, que, por pura casualidad, se ajustaba a la satisfacción de sus propias necesidades como ropa hecha a medida. A los que no pintaban nada cuando se dictaban las leyes —macarras, madames y gente así—, les costaba mucho más saltárselas.

Era una traición ancestral que cometían todos los rectos y virtuosos que dicen hacer el bien. Cuando la hora de apertura era la de cierre de los negocios decentes y todos salían de sus madrigueras y se presentaban allí, donde el dinero se pone sobre la mesa, donde todo está menos claro, donde jóvenes putas hambrientas se ofrecen a insatisfechos gatos viejos y aún más viejos sátiros de ojos vidriosos se insinúan a pandilleros; allí, donde se baila sobre las mesas, donde se oyen los gritos del *blues* más genuino, cuando uno tiene todo que ganar y nada que perder, cuando está todo comprado y pagado, entonces, inexorablemente, siempre hay algo que nunca falla: hay algún Papi Virtuoso dirigiendo todo el cotarro.

Y en el cotarro no faltaba de nada: espectáculos sobre el escenario y *peep shows* para mirones, números de feria y monstruos de circo. Y no eran los macarras los dueños de los espectáculos. Ocupaban toda la vieja Perdido Street. Pero no eran los tirados los que controlaban a las rubias emputecidas y a los viejos pervertidos, a

vagabundos, a borrachos y a mártires aficionados. Había peleles y cleptos, pirados y dipsos. Y en aquellas calles, donde la noche era tan luminosa como el día, y el día tan oscuro como la noche, las camisas almidonadas y los virtuosos eran los dueños exclusivos de los espectáculos.

Porque un Papi Virtuoso está debidamente encariñado del dinero, pero no por ello desdeña la diversión. Y así, a las chicas les cobraba el doble los trapitos que lucían y las copas, el alquiler, las multas, el servicio de toallas y demás. Pero antes de que acabara el baile de todas las noches, él se unía a la fiesta.

Más tarde tenía que purgar su culpa para poder dormir con su mujer de nuevo. Ahí era donde entraba el púlpito. Tenía que ser algo oficial para atribuir la responsabilidad a las mujeres. Los predicadores, reformistas, sacerdotes y demás se prestaban de buen grado al juego. Algunas chicas eran sencillamente malas por naturaleza, explicaban. A otras las maleaban los hombres. En ningún caso era jamás culpa de nadie que se beneficiara de los espectáculos. Papi, puedes volver a casa.

El púlpito, la prensa, la policía y los políticos acechaban a las mujeres, forzándolas a ir de garito en garito y de calle en calle, pero nunca, salvo a las enfermas, demasiado lejos del alcance de su verdadero dueño. Papi seguía queriendo una chica guapa y sana a su disposición para el fin de semana y tenía que haber un perro cobrador que se la trajera. Eso era lo que ayudaba a mantener los pulpitos llenos, aumentaba el tiraje de los periódicos, hacía parecer respetables los registros de detenciones y daba a los políticos un historial del que alardear.

Cuando tenemos más casas de las que necesitamos para vivir, más coches de los que podemos conducir, más comida de la que podemos comer, la única manera de hacerse más rico todavía es quitárselo a los que no tienen bastante. Si todo el mundo tuviera lo suficiente, ¿para qué querría yo tener más que suficiente? ¿Para qué sirve una amplia pradera a disposición de todos? Hasta que no se expulsa de ella a los otros, el pasto no adquiere valor real. ¿De qué sirve ser general si no puedes tener más que un soldado? Y ya puestos, ¿para qué sirve un soldado?

Las chicas leían también sobre la última cruzada, pero sus ojos se deslizaban distraídamente sobre las letras. Acabado el último sermón, escrito el último editorial y concluida la última redada, aquellos que habían predicado, escrito y detenido volverían a verlas para pasar un buen rato.

Ésa era la traición ancestral que nadie reconocería.

Pero por encima de la traición, bajo el jolgorio, se cernía, aquel verano sofocante, la sensación de que todo eso era tan triste como un brindis al sol en un país invadido. En las caras estragadas de las jovencitas y en las maquilladas de los chicos en los bares clandestinos flotaba la sensación de una derrota inminente.

Los huesos solitarios del viejo cementerio francés, que habían reposado tranquilos durante décadas, percibieron la desazón y se despertaron para abrirse polvoriento paso a través del ladrillo, la madera y la piedra.

Dove Linkhorn, al pasar por delante de un muro desmoronado, se asomó y vio lo



ásperamente que la muerte trataba a los huesos viejos.

Huesos viejos que la muerte no dejaba reposar en paz. Españoles y franceses, criollos y de Kentucky, huesos de marineros y cazadores, de mujeres honradas y de fulanas, todos blanqueándose bajo el sol del sábado. Todos ellos habían ido al infierno y habían vuelto a salir.

A Dove le dolían sus propios huesos.

—Demasiado correr y saltar —se burló de sí mismo—, y sin sacar nada más que un poco de ropa, un par de zapatos y un reloj de un dólar. Pero las cosas podían ir peor.

Entonces una chica cuyos ojos eran tan diminutos que sólo podían haber salido de una caja de chinchetas le preguntó:

—Chaval, ¿tienes un dólar?

A Dove no le pareció correcto mentirle.

—Tengo un dólar —admitió—, pero no me apetece tontear.

Ella abrió la puerta.

—Entra. Haré que te apetezca.

Diez minutos más tarde, Dove salió con un hambre canina. Vio un letrero con el dibujo de un sándwich de pobre muchacho al final de la manzana, pero antes de llegar otra chica le detuvo haciendo oscilar una puerta de tela metálica a su paso.

—Chaval, ¿tienes un dólar?

—Tengo un dólar, pero lo necesito para comer.

—Puedes comer aquí —le prometió ella. Él entró. No parecía un restaurante.

Diez minutos más tarde, salió, se apoyó un momento en la pared, y luego siguió camino despacio, con la cabeza gacha para pasar de largo ante las demás puertas hasta llegar al rótulo con el pobre muchacho pintado. Pero cuando miró dentro, lo único que vio fue otra chica sin sujetador abriendo una Coca-Cola.

Caminó arrastrando los pies, manzana tras manzana, hasta encontrar el camino hacia la comida más por el olfato que por la vista.

Y así por fin entró en una covacha marina saturada con los olores intensos de langosta y gamba, de caldo de ostras cociéndose a fuego lento, de gumbo en el que flotaban pequeños caracoles. Se sentó en una mesa tan envejecida y llena de cicatrices como el propio viejo mercado francés.

Cuando su vista se acostumbró a la luz de profundidades marinas, distinguió a un negro de la corpulencia del boxeador Primo Carnera, desnudo hasta la cintura y brillando con un sudor de color de hierro, que decapitaba secamente tortugas con plateada precisión.

El problema con las tortugas es que creen que todo se reduce a la lucha, que todo se lo lleva la que pelea por ello. Siempre hay sitio arriba para una más, creen. Y la tortuga más devota de esa extraña fe es la de la especie mordedora. Porque precisamente es esa fe lo que las convierte en mordedoras. Aunque el camino sea empinado y esté cubierto de sangre, no importa en tanto al final se llegue a la cumbre

de la sanguinolenta pirámide.

El oscuro carnicero miró a Dove como si fuera el Doctor Muerte en persona.

El Doctor Muerte, cuyas pacientes iban una por una subiendo una rampa que se estrechaba cada vez más, todas y cada una confiada en un gesto final de misericordia: un indulto de último momento, con la recuperación de todos los derechos civiles, el cuchillo se detendría en medio del aire, un milagro moderno. La muerte estaba bien para ciertas especies, las tortugas de arena y demás, pero no les sentaba a las antiguas y nobles familias marinas de genuino linaje acuático.

El que perdieran la cabeza no significa que perdieran pie. Aún sin testa, sus patas seguían buscando altitudes todavía más sangrientas. No digas que el esfuerzo fue en balde<sup>[35]</sup>, adelante y arriba, era el grito.

Y de hecho, una vez el cuchillo había acabado con ella, levantarse en el mundo se volvía más apremiante que nunca. Sintiendo que el tiempo corría en su contra, hacía todo lo posible por vencer. Hasta que el suelo alrededor de la pirámide se cubría de torrentes negros de sangre, con algunas tortugas boca arriba y otras boca abajo.

Dove percibió que otros ojos miraban la pila creciente: en el suelo, a su lado, una cabeza decapitada de una tortuga marina, tan grande como su propia mano, clavaba una mirada cataléptica a su propio cuerpo que reptaba, se resbalaba y volcaba sobre el remoto montón. No podía ser el cuerpo de otra porque era el único que coincidía con el enorme tamaño de la cabeza que miraba con fe inquebrantable.

Pisando los muñones de un centenar de cuellos sangrantes, pasando por encima de caparazones, dándole una patada a uno aquí y un empujón a otro allá, el cuerpo envió a una docena de escaladoras rivales sobre el precipicio hacia la caída. Dove y la Cabeza observaron juntos si el Cuerpo lo conseguiría.

Impulsada por una fuerza mayor que la de las demás, abalanzándose alegremente sobre madres y huérfanos finalmente llevó sus patas ciegas a la cola de una mordedora roja, se encaramó a su dorso, la apartó de debajo y aterrizó de golpe en el medio de la pila.

Era la Reina de las Tortugas.

La reina agitó sus arrogantes patas en gesto triunfante, «Siempre hay sitio para una más arriba», y en eso, algo le golpeó con fuerza por detrás y su breve reinado acabó. Se deslizó y, resbalando, cayó del montón en una madeja sangrienta y aterrizó sobre el dorso bajo la mesa, pateando frenéticamente como si hiciera señales.

—Queridos amigos y gentes de buen corazón —parecían decir sus movimientos, sintiendo que se apoderaba de ella el último frío—, ¿os quedaréis ahí mientras vuestra vieja amiga muere? Nunca quise nada para mí misma, ni dinero ni lujo ni poder ni seguridad; trabajé por conseguirlo sólo porque aquellos que amaba lo deseaban. (Por supuesto, siempre que estuvieron a mano, los compartía.) ¿Y vais a dejarme morir aquí?

»Es verdad: he comido mucho. Pero era sólo porque tenía que reponer fuerzas para la ordalía sacrificial de mis días. Porque nunca hice daño a sabiendas a mi

prójimo, a menos que se interpusiera en mi camino. Nunca me aproveché de nadie, a menos que me produjera algún beneficio. ¿Podéis permitir que muera una tortuga tan noble?

»Como tortuga, he sido padre dedicado, leal ciudadano, empleado fiel, amable patrón, vecino considerado, asistente asiduo a la iglesia. Por pureza de corazón respeté las leyes de Dios y las de los hombres. Por pureza y por miedo a la cárcel. ¿De verdad podéis quedaros ahí y ver morir a una tortuga tan santa?

»¿Decís que me cegué, hace un momento, cuando machacaba los cuellos de mis hermanas hasta el cartílago? Lo confieso, pero eso fue hace un momento, y ahora he cambiado. ¿Podéis soportar ver morir a una tortuga tan comprensiva?

»Levantadme, levantadme, corazones amables, levantadme para que pueda mirar por última vez la cima de una pila donde en el pasado reiné.

Dicho lo cual, muy lentamente escondió su oscura cola. Las patas quedaron rígidas. Sus forcejeos cesaron para siempre.

La tortuga más sabia había muerto.

En ese momento Bing Crosby sonó en la jukebox cantando «I Aint Got Nobody».

—¿Qué ponemos, chico? —preguntó el camarero.

Dove no vaciló.

—Tomaré sopa de sáballo.

Todavía no sabía que también había sitio para uno más en el fondo.

DOS

En el animado y remoto verano del 31, Nueva Orleans ofrecía oportunidades casi ilimitadas para los jóvenes ambiciosos y de pulcra apariencia dispuestos a empezar desde abajo y abrirse camino ascendiendo peldaño a peldaño por la Escalera del Triunfo. Aquellos que tenían más cabeza empezaban desde arriba y bajaban: era más rápido.

En el animado y remoto verano del 31, algunos estados estaban secos y otros mojados. Russ Columbo cantaba *Please*. Al Capone citaba a Mark Twain y alguien sostenía que, en el mundo de la aviación, las mujeres eran iguales a los hombres. Una mujer se negó a responder a las preguntas de una comisión del Senado y la Legión Americana afirmó que las asambleas legislativas estatales ponían trabas a la venta de productos fabricados por los trabajadores americanos.

Un pastor de Nueva York descubrió que Jerusalén había tenido un peor gobierno que el de Jimmy Walker y dijo que prefería vivir un día con Hoover en el poder antes que con Ezequías.

Los excesos de ese año se debían a un movimiento hacia atrás del péndulo moral, proclamó el reverendo Harry Emerson Fosdick, y añadió que si las cantinas estuvieran todavía abiertas sería aún peor. El presidente pulsó un botón en Washington que encendió un edificio que había costado cincuenta y dos millones de dólares, el más alto jamás levantado por la mano del hombre, en la esquina de la Calle Treinta y Cuatro con la Quinta Avenida en Nueva York. Wallace Beery decía en las pantallas que «Lo que me gusta de mamá es que es mucha mamá», y los precios del algodón tocaron de nuevo fondo.

La Escalera del Triunfo se había invertido: la parte de arriba estaba abajo, y la de abajo, arriba. Los que habían sido líderes, y todavía lucían relojes de oro, iban de puerta en puerta, con las suelas de los zapatos colgando, enseñando fotografías de bebés. Los médicos se dedicaban a vender aclaradores de piel y los capitanes de barco hacían cola buscando trabajo, con la esperanza de que les ofrecieran el cubo y la fregona de un grumete.

Los despachos de las grandes compañías aseguradoras de incendios se convertían en humo, lo que no dejaba de tener su gracia. Cuando el departamento de incendios, cuyos empleados llevaban mucho tiempo sin cobrar, se vaciaba, poco quedaba más que expedientes chamuscados, sillas giratorias en las que nadie volvería a girar, preciosos montones de añicos de cristal esmerilado y todo aquel mobiliario de caoba.

Una caoba que, al final, no había servido de nada a nadie, salvo a los corredores de Bolsa. Luego los corredores empezaron a tirarse desde las azoteas sin mayor consideración hacia quienes pasaban por debajo que la que habían tenido en sus buenos tiempos. Los emperadores de la industria robaban toda la calderilla a la que podían echar mano y hacían una última apuesta. Los abogados se querellaban unos a otros sólo para mantenerse en activo.

Y en todos los manicomios había un pequeño usurero escondido en una celda individual donde no hacía otra cosa que garabatear porcentajes con la uña en la pared,

un día tras otro.

En menos tiempo del que se tarda en decir Dios con la boca abierta, el buscavidas que se ganaba el pan vendiendo puerta a puerta se convirtió en la columna vertebral de la economía americana. Trabajaba para Medias Realsilk o para Aspiradoras Hoover el tiempo justo para agenciarse un par de docenas de medias de seda o una aspiradora de segunda mano, robándola pieza por pieza. También estaban a su alcance la calderilla, el dinero para la leche y demás, dejados al desgaire por estantes o en los alféizares, mientras las amas de casa estudiaban una de sus ofertas. Robar el cambio también se hizo práctica común del buscavidas, y cientos de ellos subsistían gracias a eso una semana sí y otra también.

Sin embargo, como señaló el secretario de la Federación del Trabajo, la economía había dejado de hundirse.

Que los pobres salieran por su cuenta del marasmo y que el gobierno ayudara a los que ya tenían más de lo que podían gastar: ése era el plan. Pero los bancos de los parques aparecían húmedos por la mañana, tanto si llovía como si no; y hasta comer plátanos todos los días acababa cansando.

Pese a todo, los tiempos no eran tan duros como algunos se obstinaban en repetir. En realidad, lo único que había pasado era un retroceso de una prosperidad anormal en los negocios que ahora avanzaban en una pendiente descendente hacia una nueva normalidad y una creciente equiparación de las oportunidades. En poco tiempo, avanzaríamos a toda máquina. Sólo que esta vez cada magnífica oportunidad era justamente tan buena como la siguiente. Lo que se tradujo, simplemente, en que nadie volvió a cobrar.

Sólo los chulos no parecieron percatarse de que el país progresaba cuesta abajo hacia nuevas cotas de normalidad. Ellos llevaban ya algún tiempo descendiendo sin darse siquiera cuenta de que estaban en perfecta sintonía con los tiempos. De repente, se encontraron con más chicas que camas donde meterlas. Veinteañeras apenas que buscaban un *papaíto*, un macarra cualquiera que las acogiera y les dijera dónde acostarse. Los caseros y las caseras se las pasaban a los taxistas y éstos a los chulos. Y fue entonces, entre la prostitución y la prohibición, cuando por fin se abrió una brecha en la antigua línea que separaba los colores.

Los botones negros de los hoteles se habían hecho con el monopolio virtual del reparto del alcohol ilegal y habían descubierto que sus huéspedes blancos varones querían siempre una mujer con la botella o, a veces, una botella con la mujer. Esta tarea de los chicos de los recados acabó evolucionando hacia el proxenetismo. Y al poco, ellos miraban con desprecio a sus propias mujeres. Como el policía negro, el macarrilla negro era más duro con su propia gente que el chulo blanco.

Al chico sólo le hizo falta echar un vistazo para saber que lo que su mamá le había explicado no era cierto: que los blancos «buenos» nunca se comportaban como los negros malos. Porque veía a los hombres y mujeres con los mejores apellidos de la ciudad, los apellidos de los santos y virtuosos, aullando como lobos en las juergas

de los sábados, con las medias colgadas de los pilares de la cama y los pantalones por el suelo; pero sabía que el Papi Virtuoso volvería con su familia, y llegaría el domingo por la mañana y se sentaría en el banco de la iglesia donde estaba grabado el mejor apellido de la ciudad.

Allí, entonces, el negro empezó a perder el miedo a las mujeres blancas. Y él le dio la opción de elegir entre ceder a sus pretensiones o entregarla a la ley. El chico de los recados no sólo se hizo proxeneta, se convirtió en confidente. Los tiempos no eran tan malos, le parecía, como decían los periódicos.

Todo el mundo andaba por ahí trapicheando con una mercancía u otra. Todo el mundo estaba llamando a las puertas de los demás. La ciudad entera salía a vender, nadie se quedaba en casa a comprar. O llamabas a las puertas y cobrabas a comisión o montabas un grupo con memos aún más memos que tú y sacabas tu comisión de las tuyas. Y dado que las tuyas eran puramente teóricas, se seguía que la tuya también lo sería.

Por ejemplo, si uno timaba a un ama de casa para que se suscribiera a la entrega de dos libras de café dos veces por semana durante doce semanas, recibía dos dólares teóricos por perpetrar el timo. Sin embargo, de hecho, la había estafado por nada porque el jefe de equipo se apropiaba del pedido: «la tía cambió de opinión. Ya sabes cómo son las mujeres», le comentaba al que se había pateado la calle.

El jefe de equipo, a su vez, se veía convertido en víctima por el mismo simple mecanismo: a él también le deducían dos dólares de su salario normal diciéndole que la susodicha ama de casa no los había pagado. Para cuando el par de dólares de la mujer pasaban por fin al bolsillo del dueño de la empresa, no quedaba ni un vendedor de ese equipo en la calle que llevara una semana seguida.

Dove Linkhorn, ahora con un traje de sirsaca y una corbata verde marino, estaba en la esquina de Calhoun y Magnolia. Que ese hombre ya no pertenecía a la clase de los que visten vaqueros azules y fuman Bull Durham saltaba a la vista porque fumaba un Picayune. Es más, sólo le faltaba algo que vender para empezar su descenso por la Escalera del Triunfo tan rápido como cualquier chico ambicioso. Y así, cuando vio a varios hombres rodeando a alguien en la calle, corrió todo lo rápido que le permitían sus zapatos de color mantequilla, pensando que alguien había sufrido un ataque.

Pero no era más que un tipo pequeño y regordete con algo brillante en la mano. Dove se abrió paso a codazos para ver qué relucía tanto.

Una cafetera.

Hola, cafetera.

Una vieja y bonita cafetera.

—Me llamo Wreneger —le decía el gordito a los que le rodeaban—, pero chicos podéis llamarme simplemente «Smiley» porque así me llamaban siempre mis viejos amigos. ¿Y sabéis qué les digo a mis colegas de toda la vida? Les digo: «si no vendéis es porque no queréis», eso es lo que les digo a mis colegas. Y eso es lo que os digo también a todos vosotros, porque vosotros también sois mis amigos.

Una pequeña cafetera roja y verde. Que me aspen. Seguro que hace buen café.

—A ver, no se trata de llamar a muchas puertas cada mañana, no, eso no es vender. Eso ni siquiera es intentarlo. Si llamas sólo a dos puertas en toda una mañana y vendes en las dos, eso sí es vender.

Si yo tuviera una cafetera como tú, cafetera, ya me espabilaría para conseguir la achicoria que necesitas.

—Prestad atención a las penas que os cuente el ama de casa, chicos. Escuchad sus problemas y pequeñas preocupaciones. Alegraos con sus alegrías y llorad con sus lágrimas también. Si escucháis el tiempo suficiente, tarde o temprano os preguntará: «Joven, ¿qué es ese artilugio que lleva en la mano?».

—Pues a mí me parece una cafetera —Dove ayudó al hombre.

—Gracias, Red. Trabajas conmigo. Los demás repartiros por la manzana, unos por un lado y los otros por el otro y nos volvemos a encontrar aquí a mediodía. Si no vendéis es porque no queréis, os lo digo a todos vosotros, mis viejos y queridos amigos.

—Cabronazos desgraciados, todos y cada uno de ellos —le aseguró Smiley a Dove en cuanto se hubieron dispersado—. ¿Crees que no sé lo que pretenden? Van a buscar un lápiz y una libreta de recibos para inventarse cinco o seis pedidos falsos con direcciones de solares vacíos y luego se irán a beber hasta reventar en Lafayette Square pensando que el Viejo Dominio se fía de su palabra asquerosa. —Dio una palmada bien humorada en la enorme espalda de Dove—. Ya se darán cuenta de que no es así muy pronto, ¿verdad que sí, mi buen amigo?

—Claro que sí, señor —coincidió alegremente Dove.

—Por eso te escogí con tanto cuidado. —Smiley se puso serio—. Me dije: «Ahí tienes una cara de la que puedes fiarte».

—Yo me fío de usted de verdad, señor —respondió Dove cada vez más contento.

—Te quiero pegado a mis talones mientras vendo, Red. Porque cuando vendes para el Viejo Dominio, ¡vendes para el rojo, el blanco y el azul de nuestra enseña!

—Señor —Dove se paró en seco para tenderle la mano a Smiley—, ¡esos son también mis colores!

Smiley se la estrechó mecánicamente. No estaba acostumbrado a que tomaran sus peroratas de manera literal, y eso le desconcertó.

—Lo primero que hay que recordar, hijo, es a nuestros propios muertos confederados. Cuando el ama de casa te pregunte cuánto café tendrá que comprar para amortizar legalmente la cafetera, pues algunas son más listas de lo que parecen, diles que eres el nieto de J.E.B. Stuart y que tu padre está agonizando en Memphis. Diles cualquier cosa, lo que se te ocurra, salvo que tendrá que comprar veinte kilos antes de que la cafetera sea suya. Si quiere saber qué porcentaje de achicoria utilizamos cuéntale algo sobre Chancellorsville.<sup>[36]</sup>

—¡Diré que trabajo para el Viejo Dominio! —gritó Dove con un orgullo tan genuino que Wreneger, uno de esos hombres a los que gustaba decir «Las he visto de



todos los colores y ésta no es la peor», se sintió desfallecer.

—Quédate a un lado, hijo, te enseñaré cómo se hace —invitó a Dove a la sombra de un pequeño porche sin pintar, dejándole a cargo de una de las cafeteras.

—No vamos a comprar ninguna cafetera, señor —le aseguró el ama de casa a Smiley en cuanto vio el material que llevaba en la mano.

Smiley puso cara de no haber roto un plato en su vida.

—No es una cafetera normal y corriente, señora. Y de hecho no está estrictamente en venta. Es una Cafetera de Filtro francesa y es un regalo de buena voluntad, sin que la comprometa a nada, del Viejo Dominio para usted. Tómela. Es suya.

—Se lo agradezco mucho, pero ya tenemos una. —Los ojos de la mujer se fijaron en la figura ladeada con zapatos amarillos.

—¡Soy el nieto de Jeb Stuart! —Dove se puso firme.

—Descanso —ordenó Smiley en voz baja y se lanzó a su discurso de venta—. Señora esta filtradora francesa saldrá pronto al mercado a escala nacional por tres dólares ochenta y cinco centavos, con una gran campaña nacional. Lo que ahora buscamos son personas amables y que sean generosas cuando descubran que disponen de la mejor taza de café en la ciudad. El tipo de persona que querrá compartirlo con sus vecinos y difundir la noticia de nuestra oferta. Son esos detalles que darán cierta ventaja a nuestra campaña publicitaria nacional (he dicho descanso), claro que, si usted no quiere colaborar, no me cabe duda de que su vecina estará interesada.

Ella se habría contagiado antes de la peste negra que permitir que su vecina tuviera algo que ella no tenía. Dove vio cómo firmaba pensativamente el recibo por la cafetera.

—Es una mera formalidad —explicó Smiley la necesidad de su firma a la mujer —, así la empresa no pensará que se la he vendido a mi esposa. —Hasta a Dove le sonó hueca la risa que siguió.

Consumado el fraude, Smiley le pasó un lápiz, un cuaderno y una cafetera a Dove.

—Pero no la sueltes hasta que tengas la firma. —Ésa era su advertencia de despedida. Y allá se fue él para esconderse en las sombras y discurrir nuevos modos de que venciera el Viejo Dominio.

Dove se sintió aliviado porque su colega no le había preguntado si sabía utilizar el lápiz. Pero en cualquier caso era muy agradable llevarlo detrás de la oreja.

Llegó a un cruce donde una carretera llevaba a la ciudad y la otra en la dirección opuesta. La carretera de la ciudad estaba engalanada, de farola a farola, con banderolas de bienvenida; era amplia y la habían asfaltado hacía poco. La otra no tenía farolas ni banderolas y no parecía llevar a ninguna parte. Sin la menor vacilación Dove tomó la carretera a ninguna parte. Porque ése era el único lugar al

que, en el fondo de su corazón, deseaba ir.

Arrastrando descuidadamente los pies en sus zapatos brillantes y chillones, remetiéndose de vez en cuando bajo el cinturón la corbata color verde marino, llegó a una valla de hierro forjado donde una negra podaba un arbusto y se paró con la esperanza de que levantaría la vista y preguntaría: «¿Cómo puedo conseguir una cafetera como ésa?».

Pero lo único que hizo fue examinarlo de pies a cabeza, con las tijeras en la mano, como si el Viejo Dominio lo hubiera mandado allí a violarla y robarle y ella estuviera perfectamente preparada para hacerle frente. Dove se cambió la cafetera de mano. Le pesaba mucho así que la regañó: «Cafetera, me estás cansando». Y los zapatos le apretaban tanto que parecían haberse aliado con ella.

Llegó a un edificio de viviendas de cuatro plantas que se levantaba al borde mismo del camino quebrado para aprovechar hasta el último centímetro de espacio. Otra chica negra, cuya cara todavía reflejaba que se había despertado hacía poco de un apacible sueño, apoyó un brazo en una puerta de tela metálica parcheada y oxidada.

Dove sostuvo la cafetera en alto para que le diera el sol.

—Pequeña y bonita cafetera. Puede tenerla gratis.

Ella abrió la puerta y agarró el asa de la cafetera, tomándole la palabra así de rápido. Pero Dove fue más listo. Mantenía aferrado el pitorro.

—Antes de quedársela, tiene que firmar.

—Te firmo lo que quieras, cafetero. —Le quitó el lápiz de la oreja y garabateó un nombre en un recibo en blanco. El Viejo Dominio iba a sentirse satisfecho con su trabajo, Dove lo sabía.

—A mi tita y a mi mami también les gustan las cafeteras —le dijo la chica a Dove, y empezó a gritar por las escaleras hacia los pisos de arriba.

Dos mujeres mayores, como si esperaran la llamada, bajaron tan ansiosas los escalones que quedaron encajadas en el estrecho espacio, y por un instante ninguna de las dos pudo avanzar un centímetro. Tardaron un poco en liberarse y la ganadora llegó sin aliento.

—¿Qué has sacado ahora, suertuda?

—Me ha dado una cafetera.

—Firma por nosotras, pon Minnie-Mae, y así nos das otra.

—Tengo muy mala letra, señorita —confesó Dove—, le agradecería mucho que lo escribiera usted misma.

Minnie-Mae le arrebató el cuaderno de recibos, desgarró dos hojas de pedido en blanco, garabateó en ambas y se la devolvió.

—El Viejo Dominio se lo agradece, señorita —le aseguró Dove—, mañana les entregaré las dos cafeteras.

—Mi amiga a lo mejor quiere otra. —Minnie-Mae invitó a Dove a que subiera un rellano.

—Se lo agradezco otra vez —le dijo Dove mientras ella le apremiaba a que subiera, y la tita y la mami le siguieron pesadamente. Era uno de esos días en que todo el mundo parece de tu parte.

Porque de ventana en ventana, de pasillo sin luz a rellano sin luz, corrió la buena nueva: «Venid a llevaros una cafetera». De puerta en puerta, a amigos y enemigos, la tita y la mami corrían la voz. El que fuera el gobernador rojillo Huey Long o el Viejo Dominio redivivo el que regalaba algo, a nadie le importaba un comino. Negros oscuros o claros, amarillentos o azulados, con dientes de oro o desdentados... a todos les gustaba el café. Minnie-Mae no daba abasto arrancando recibos y pasándolos a manos que se estiraban para que los firmaran y los devolvieran tan rápido como podían.

—¡Venid a llevaros una cafetera!

Dove no entendía palabra de la jerga que resonaba a su alrededor, esa jerga de negros que acentúa el inglés como si fuera francés y el francés como si fuera inglés y se traga las palabras cuando orejas blancas de cualquier nación escuchan.

A Dove no le importaba, se estaba haciendo rico. Cuando Minnie-Mae se quedó sin recibos en blanco, él bajó corriendo a la calle a buscar más. El negocio avanzaba en una pendiente descendente hacia nuevas cotas de normalidad, las oportunidades se equiparaban, el tiempo era dinero.

Wreneger, con otros dos del equipo, lo esperaba en la esquina.

—¿Dónde estabas, hijo? —Sin decir palabra, Dove le entregó cincuenta pedidos, firmados y sellados. Los ayudantes de Smiley, un palurdo de Florida que era una mole y un georgiano diminuto, se acercaron para ver cómo lo había hecho.

Smiley hojeó la libreta rápidamente, fue pasando los papeles bajo el pulgar como si no diera crédito a lo que veía, luego los desgarró por la mitad y cincuenta filtradoras francesas volaron por los aires como confeti por la avenida de los Campos Elíseos.

Dove atrapó uno antes de entender qué pasaba..., luego dejó que los demás volaran como si observara morir toda esperanza.

—Amiguito —una especie de horror reblandecido ahogaba la voz de Smiley—, ¿quién te dijo que le vendíamos a negras?

Dove se dejó caer en el bordillo, se quitó el zapato izquierdo y se apretó los dedos sin calcetines. Smiley se situó encima de él.

—Levántate, chico.

Dove se concentró en los dedos del pie derecho. Le dolían tanto como el resto del cuerpo.

—Afróntalo, chico —le apremió el georgiano.

—Tienes que afrontarlo —le aconsejó el tipo de Florida.

Dove los miró a los tres.

—Paso —dijo pasando de todo.

Smiley se inclinó rápidamente, recogió los chillones zapatos de Dove y le dio el

izquierdo al georgiano y el derecho al de Florida:

—¿Qué prefieres, chico... zapatos o cafetera?

Dove se levantó y tardó un poco en recuperar la voz:

—¡Los zapatos cuestan mucho más que ese trozo de hojalata!

—No es un trozo de hojalata, chico —defendió el georgiano el Viejo Dominio—, sabes muy bien que es una auténtica filtradora francesa.

—Ponte en marcha, hijo —le advirtió el tipo de Florida.

Dove se alejó arrastrando los pies descalzos por la hierba mientras Smiley le seguía silenciosamente por el pavimento de vuelta al edificio.

—Señor —le prometió Dove a Smiley Wreneger a la puerta—, espere aquí, le traeré su cachivache.

Smiley abrió su reloj con un golpe seco, le echó un vistazo y lo cerró con un elocuente clic.

—No me gusta denunciar a nadie. Tienes cinco minutos.

En cuanto Dove traspasó una puerta y dejó tras ella a Smiley, pensó: «Esto puede llevar más de cinco», y echó el cerrojo. Luego asomó la cabeza por la cortina con lentejuelas que Minnie-Mae llamaba puerta. Los ojos de la chica se posaron sobre él, brillantes como dos ciruelas en un cuenco de nata, desde un rincón alejado.

—No te quedes a medias, ni dentro ni fuera, cafetero —le invitó—, o entras o te vas.

Dove entró, disculpándose:

—No quiero parecer desagradecido, señorita, porque usted ha sido muy amable. Pero cierto caballero me ha obligado a volver a causa de una vieja cafetera. ¿No le parece lo más triste que ha oído en la vida?

La chica estaba sentada en una vieja mecedora, vestida tan sólo con una diminuta combinación. En algún lugar quemaba leña seca. Pero la fragancia de la propia chica, que ardía más oscuramente, se imponía a todos los olores.

—Vaya, ¿dónde están tus bonitos zapatos amarillos, cafetero?

—La empresa se los ha quedado hasta que le devuelva la asquerosa cafetera. Oh, señorita —Dove se dejó vencer por la desazón—, he hecho todo lo que he podido. Otros chicos prosperan sin esforzarse siquiera, ¿por qué no me pasa a mí lo mismo? —Se tapó los ojos con el dorso de las manos.

—Qué vergüenza. —Ella le cogió las manos y las colocó suavemente entre las suyas, apoyando las de ambos en los brazos de la mecedora—. Es una vergüenza muy vergonzosa que un gran cafetero como tú te tomes las cosas así. Ya verás como prosperas como los otros, ¡y llegarás más arriba seguramente!

—Ya no estoy tan seguro como antes, señorita, pero es muy amable por su parte decirlo. Mire, tengo problemas que otros no tienen. —La presionó con las rodillas y ella le dejó hacer.

—Pues no pareces muy corto, cafetero.

—Pues lo soy, y de muchas maneras, señorita —se inclinó mientras seguía

lamentándose—, muchas. Para empezar, ni siquiera sé leer mi propio nombre. Además, hay un hombre al otro lado de su puerta esperando para denunciarme. Si eso no son unas penosas circunstancias a las que debe hacer frente un chico de pueblo ya no sé yo qué es penoso.

—Oh, cafetero —le reprendió con ternura, apretándole aún más las manos bajo las suyas—, sí, debes de ser el palurdo más tonto que ha llegado jamás descalzo a la ciudad. A ver, dime la verdad: ¿de qué color era esa cafeterucha que te trae a mal traer?

Dove balanceó a la chica hacia delante para ver mejor la filtradora, que relucía como un tesoro bruñido sobre la repisa justo encima de la chica.

—Tirando a verde, señorita. —Si pudiera soltar una mano, quedaría a su alcance.

—Cafetero, me vas a volcar... —Puso los pies a la espalda del chico e impulsó todo su peso hacia delante, lo que obligó a Dove a agarrar la mecedora por detrás del cuello de la chica para no caerse.

—... y con un poco de rojo en el asa.

—No me digas. —Ella enganchó los tobillos por detrás del chico y le abrazó por la cintura para ayudarle a mantener el equilibrio—. Lo dices tú, pero, qué raro, ¿quién ha visto jamás una cafetera de color rojo y verde? No creo que mientas, pero a una chica le cuesta creérselo. —Pese a la grave nota de duda que asomó en la voz, ésta sonó extrañamente aprobatoria; y entonces le dejó que la balanceara hacia delante otra vez—. Lo que de verdad quiero saber es si hace buen café.

—Bueno, ellos me dijeron que funciona muy bien, señorita. Pero podría ser que mintieran. Si yo fuera usted no me fiaría de la palabra de otro cuando habla de cafeteras.

—Me parece que dependerá de si yo muelo mi propio café.

—Siempre es mejor moler el café de cada uno, señorita. Porque así es mucho más fresco.

—Eso dices tú. Pero ¿de qué sirve que sea fresco si no hay bastante para llenarte? Mira, si estás hablando de una cafeterita esmirriada, no me interesa. Lo que me hace falta es una gran olla de café, que llegue para satisfacerme por la mañana y por la noche también.

—Con tal de que haga buen café, señorita, el tamaño casi no importa.

—No creas, importa si rebosa y se sale en cuanto le das la espalda.

—Esta cafetera es de las que hierve despacio —recordó Dove, balanceando a la chica hacia atrás de manera que la combinación cayó hasta su ombligo—, con una mancha de rojo en el asa.

Minnie-Mae apoyó la cabeza en el respaldo almohadillado de la mecedora y levantó la mirada sin acabárselo de creer.

—Eso dices tú. Pero hablas con tanto remilgo que empiezo a dudar que seas un chico de pueblo. Eres un chico de ciudad sin zapatos, ¿a que sí?

Dove se irguió con un repentino orgullo.

—Soy un pueblerino de pura cepa, señorita, un palurdo de pies a cabeza, y no es nada de lo que me avergüence. No fueron los chicos de ciudad los que hicieron grande nuestro país; cuando corría peligro, eran los chicos de campo los que primero acudían a la llamada. Y muchos de ellos han llegado muy arriba, aunque no me acuerdo de sus nombres en este momento. Nosotros, los muertos de hambre que venimos del campo, ¡lo entregamos todo! ¡Todo! Oh, señorita, si alguien me diera una oportunidad de prosperar no pediría ni sueldo. Uno no se hace rico pidiendo aumentos, eso lo sé bien. Son los chicos que trabajan sólo para adquirir experiencia los que se hacen millonarios. Señorita, si consiguiera recuperar mis zapatos, estoy seguro que subiría tan alto como los otros.

—Pero si acabas de decir tú mismo que los chicos descalzos llegan más arriba que los que tienen zapatos. No seas memo y te perjudiques más con los putos zapatos, bobalicón.

Alguien manoseó el pestillo de la puerta, luego se alejó sin hacer ruido. Dove tenía la cafetera casi al alcance de la mano y creyó que se acercaba a ella centímetro a centímetro.

—La hebilla de tu cinturón me hace daño, patán.

La anticuada mecedora no paraba de crujir.

—¡Y ahora manos a la obra, muele bien el café y a la mierda tus zapatos!

Pero Dove, con los pantalones en los tobillos, se limitó a menearse el diente suelto, calculando con cuidado la distancia que le separaba de la cafetera. Había agarrado con el meñique el pitorro cuando oyó el zumbido de un mosquito de los pantanos, sabía que era de los pantanos porque tenía dos motores. El insecto corrió por la pista de aterrizaje de su nalga izquierda, se balanceó hasta detenerse, luego palpó tentativamente la carne como si comprobara su densidad. Dove meneó con fuerza el trasero para espantarlo, y el movimiento hizo que el insecto perdiera pie. Con la rabia de cualquier persona digna empujada sin previo aviso por la calle, plantó ambas patas para recuperar el equilibrio y hundió su ávida trompa tan hondo que Dove saltó de dolor como una liebre.

—¡Guau, cafetero!, ¡oh qué fuerte eres, cafetero!, ¡sigue dándole, cafetero!, ¡qué bien mueles!, ¡qué pedazo de café, cafetero!

El insecto había empezado a perforar hasta el hueso, pero la chica lo agarraba por ambas muñecas. Lo único que podía hacer Dove era retorcerse y menearse en un incontenible frenesí, y cuanto más se meneaba y se sacudía, con más resolución el bicho buscaba el hueso.

—¡Te daré zapatos! ¡Te daré camisas! ¡Te daré sombreros y todo lo que quieras! ¡Oh, cafeterazo! —Entonces su voz se ahogó en un agradecido gemido animal—: ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —Y a cada «Dios», ella recuperaba el terreno perdido, levantando la espalda y alejándole a él cada vez más de la cafetera. Cuando los tobillos de Minnie-Mae le rodearon el cuello, Dove supo que se estaba alejando demasiado rápido. Y la vieja y anticuada mecedora seguía crujiendo.

—¡Fuera! —El pie de la chica se deslizó hasta la barbilla de Dove y con el empeine lo catapultó con la misma fuerza que si lo hubiera coceado una mula. Él aterrizó en el suelo, enredado en los pantalones, justo en el instante en que Smiley irrumpía por la ventana arrastrando el armazón, la tela metálica y todo lo demás con él.

Minnie-Mae se lanzó contra Smiley aprovechando el impulso de la mecedora y se topó con él en el centro de la habitación... Dove cerró los ojos al oír el suave y sólido impacto cuando el puño de la chica dejó sin aliento a Smiley, que voló por los aires y aterrizó todavía más dolorosamente que Dove.

Entretanto, la mecedora vacía seguía crujiendo.

—Me gusta un idiota —Dove oyó que decía la chica—, pero dos ya son demasiado.

«Uno debo de ser yo», supuso Dove, aunque ella, con la cafetera en la mano, estaba mirando sólo a Smiley.

—Sal de aquí, cafetero idiota —añadió ella y Dove obedeció de un salto, intentando salvar como un canguro al Smiley caído, pero cuando estaba en el aire una mano gruesa le agarró del tobillo... y volvió a caer.

—¡Así que follando con negras! —Smiley se irguió rugiendo, levantando a Dove como si fuera un colgajo en un tendedero—. ¡Se te va a caer el pelo! ¡Mestizaje y robo de cafetera! ¡Maricón comemierda! ¿Dónde está mi cafetera?

—¡Aquí está *mi* cafetera! —Y Minnie-Mae demostró quién era el dueño de una vez por todas golpeando con ella el cráneo de Smiley, como quien tañe una campana. Dove oyó el tañido acompañado del desvanecimiento, sintió que le soltaba el tobillo, cayó sobre el pecho del inconsciente y saltó por la ventana. Aterrizó ya a la carrera, agarrándose el cinturón, y corrió con la sensación de que Smiley corría tras él con una tela metálica alrededor del cuello, y Minnie-Mae le pisaba los talones a Smiley con una cafetera mellada, y los agentes de la ley iban detrás de todos agitando porras de un metro de largo.

Dove no se paró a recuperar el aliento hasta que hubo doblado cuatro esquinas y entonces comprobó que, después de todo, nadie le seguía.

«Me parece que me tomo las cosas un poco a la tremenda», pensó mientras se sujetaba por fin la hebilla. «Aun así, es muy curioso cómo algunos chicos prosperan tan fácilmente mientras otros tienen que pelear y perder los zapatos en la lucha. A veces pienso que tendría más dinero en el bolsillo si no hubiera nacido.»

De vuelta a la esquina de Calhoun y Magnolia, se sentó en el bordillo a contemplar el día. La verdad era que hacía buen día y la gente parecía amistosa.

«Pues tendré que empezar a buscar trabajo», pensó.

—No corras, amiguito —le advirtió una sombra imponente. Estirando el cuello, Dove vio a la mole de Florida y al retaco georgiano.

—No hace falta que corras, amigo —le tranquilizó el georgiano—, ahora estamos de tu parte.

—Y antes también, a decir verdad.

—Estoy demasiado reventado para echar correr, así que tanto da. —Dove abandonó la esperanza. Entonces se fijó en que cada uno de ellos llevaba un zapato amarillo. Miró los zapatos con asco—. Esos malditos casi acaban conmigo —dijo— y además crujen como una silla de montar nueva.

—Si un hombre tiene unos zapatos tan cojonudos como éstos debería ponerse calcetines algún día —comentó el largo de Florida mientras le calzaba el zapato izquierdo a Dove, que le quedaba pequeño—, y el agua y el jabón tampoco le hacen daño a nadie —reflexionó mientras le pasaba el zapato derecho al georgiano.

—Ni siquiera sé cuántos dedos hay en éste —se maravilló el hombre más pequeño mientras le calzaba el derecho—, pero da la impresión de que dejó las huellas de seis. ¿En qué parte del cementerio dormiste anoche?

—Iba a meterme en un hotel, pero el aire estaba tan enrarecido que la pasé paseando por ahí hasta que salió el sol, como un insecto en una noche de calor.

—En nuestra casa sobra sitio. —El hombre corpulento le ofreció la mano mientras su voz retumbaba como un abejorro en una calabaza seca—. Me llamo Luther, pero llámame Fort, es por mi pueblo, Fort Myers.

—Yo también me llamo Luther. —El tipo pequeño le agarró con más fuerza—. Pero llámame Luke.

—Como la bala le dijo al gatillo —se presentó Dove—: sólo dime dónde hay que ir.

—¿Has tenido algún problemilla con nuestro amigo? —preguntó Fort mientras cruzaban Canal a la altura de Tchoupitoulas Street.

—Si no me hubieran agarrado le habría dado una buena paliza antes de que pudiera pedir perdón a Dios. Poco me faltó.

—Se la hubiera merecido —convino Fort—, es de esos tipos cuyo padre se ganó la vida explotando a negros y ahora él intenta ganarse la suya explotando a blancos. Se le ha metido en la cabeza algo de la filosofía de los yanquis: si no trabajas, no comes. Ningún verdadero sureño le plantearía un dilema como ése a otro ser humano, ni blanco ni negro.

Tras subir unas desvencijadas escaleras traseras, Fort tiró del cordel de una bombilla de sesenta vatios. Una habitación inundada de una luz acuosa, llena de mosquitos que zumbaban entrando desde el río. Dove vio una fregadera llena de platos sucios y una cama alta de bronce igual que otra que había visto en su ya muy lejano pasado.

—Me las apañaré en el suelo —se ofreció.

—No hace falta. —El georgiano descorrió una cortina y descubrió un catre encajado en un hueco con el techo inclinado. Un botellín de ginebra vacío reposaba allí, sin tapón, sin etiqueta y sin que se le prestara atención: una botella anónima. Luke la arrojó a la puerta de tela metálica, que se apartó educadamente para dejarla pasar y luego se cerró con la misma educación. La botella se estrelló abajo.



—¿Quién anda tirando cosas? —Fort, en la otra habitación, pareció sobresaltado.

—Algún negro borracho estará rompiendo la vajilla —replicó alegremente Luke.

—Pues deberían encerrarlo —comentó Fort con firmeza.

—En mi tierra no los encerramos —alardeó Luke.

—Pero no estamos en tu tierra —comentó Fort—, ¿tienes para el alquiler?

—Son tres treinta a la semana entre todos —explicó Luke como si fuera Dove el que lo hubiera preguntado.

—Eso hace unos diez por cabeza. —Fort dividió la cifra para todos los presentes.

—Por mí está bien. —Dove aceptó el hueco de la habitación y fue a probar el catre—. ¿No os sobrará por casualidad un boniato?

—Ni uno, hijo.

—Bueno, sólo era un antojo.

Oyó que Fort y Luke discutían sobre el alquiler de la semana anterior, pero sólo prestó una distraída atención. Todavía le quemaba la nalga derecha donde la había picado el mosquito. Se la frotó mientras se movía el diente suelto, hasta que el sueño interrumpió el meneo, el frotamiento y le hizo olvidar el antojo.

Fort parecía un caballo de carga de una fábrica de hielo al que habían inscrito por equivocación en una carrera de purasangres y al que luego insultaban públicamente por no haber ganado.

Durante toda su vida había sido doblado por los demás animales en carreras demasiado rápidas para un caballo que cargaba hielo. Durante toda su vida había sido un desclasado. Por tanto no podía responsabilizársele de sus fracasos. ¿Cómo podía culparse de nada a un hombre que ya no había empezado bien?

Peor aún, nadie escuchaba la versión de Fort de su propia historia. De cómo los buenos tiempos habían pasado sin que se enterase, de cómo lo habían esquivado el amor y la buena vida. «Andaos con cuidado», advertía a todos los hombres, «a partir de ahora voy a cuidarme sólo del Número Uno.»

Pero le invadían momentos de melancolía cuando imaginaba que, en alguna parte, una chica con un empleo fijo que se merecía a alguien como él, se veía privada de conocerle, día tras día. Él había procurado, recurriendo a las columnas de «corazones solitarios» de los periódicos, ayudarla a que le encontrara. Pero las columnas estaban llenas de gorriones y gorronas que sólo buscaban a alguien que les solucionase la vida.

¿Qué mundo era éste que no sabía recompensar a los que se lo merecían mientras amontonaba toda clase de riquezas en manos de gente a la que se le debería dar una patada en la boca y mandarla al carajo? Alguien no había prestado mucha atención cuando creaba el mundo, eso le parecía a Fort.

Él se había arruinado una y otra vez por los demás y todavía nadie le había dicho: «Gracias, amigo». Cuarenta años de entregada dedicación a la humanidad no le habían reportado más que la chaqueta de algodón descolorida que le cubría la espalda.

Pero lo cierto era que aquellos labios delgados y gomosos habían empezado a

cuidarse del Número Uno ya la primera vez que succionó del oscuro pezón de su madre. Y había seguido mamando de todos los pezones a su alcance desde entonces.

—Era una mujer muy elegante —le oyó hablar en sueños Dove—; me dio, ella me dio, veinte dólares.

Y así fue cómo Fort se dedicó a hacer felices a los demás. Por eso, cuando los pezones se secaron, los naranjales se helaron y las suelas de los zapatos aletearon sueltas, se sintió tan agraviado.

Sabía sobrellevar su cruz con aflicción, a la manera de un sufrido Cristo de la fundación benéfica de los kiwanis, con una camisa de Bing Crosby, resignado a los insultos y los golpes, sin un jirón de resentimiento, e incapaz de imponer sus penas a los demás. Y así se lo dijo a Dove: «No soy de esos que aburren a los demás con sus problemas. Nadie sabrá por estos sufridos labios por lo que ha tenido que pasar el bueno de Fort».

Y seguidamente, sin saltarse un detalle, iba revelando precisamente todo lo que había tenido que pasar el bueno de Fort.

Por más que se engañara a sí mismo, no se dejaba engañar por Nueva Orleans.

—Intentar ganarse la vida en esta ciudad es como rascarle el culo a un pobre —informó inmediatamente a Dove—. Esta ciudad te matará de hambre. Soy mecánico, cocinero, sé conducir un camión o un taxi, toco la guitarra y puedo llevar la contabilidad de cualquiera. Ayer gané veinte centavos, y cinco anteayer, y eso es más de lo que ganan muchos. Es posible que un hombre pueda vivir con un dólar al día, como dice Hoover, pero, ¿de dónde saca el dólar?

—Es difícil salir adelante —intervino el pequeño Luke—, pero, ¿qué puede perder un hombre por llevar una vida cristiana? ¿Que no se hace rico y se pasa la vida como un pobre desgraciado? Todavía tiene reservado un lugar bien alto en el reino de los cielos, ¿no? Rico o pobre, no importa... El cielo reparte sus recompensas según los méritos de cada hombre, así es como yo lo veo.

—Yo creo que cada uno recibe lo que se busca —coincidió Dove—, pero yo no soy todavía bastante mayor para saberlo y no lo sabré hasta que lo sea.

Fort había salido de las remotas tierras pantanosas infestadas de caimanes y había ido a parar a Coral Gables en el momento en que las playas se disponían a recibir a los tiburones de las finanzas y a los trepas. Éstos y aquellos ya se repantigaban por las arenas de palmeras. En vez de dar los buenos días, preguntaban de buenas a primeras: «¿Has ganado algo de pasta?».

Fort había vagabundado entre ellos buscando a algún otro chico del sur, pero todas las caras que se cruzó llevaban grabado el mismo obsceno «N.Y.».

—¿Has ganado algo de pasta?

Él se pasaba el día encorvado y sudando sobre el horno y los fogones, ejerciendo la temible profesión de cocinero de fritangas, mientras, a un centenar de metros, los neoyorquinos se bronceaban con chicas a las que doblaban la edad.

Sucios y bañados en grasa y sudor, todavía encorvados pero ya sin que les

quedara una gota que sudar, cuando los camareros salían por la puerta de la cocina, atisbaban una vez más al trepa y al tiburón. Ahora se habían cambiado, llevaban traje de noche y sus chicas lucían vestidos de satín sin mangas. Sobre el mantel de damasco blanco como la nieve, el vino tinto o clarete parecían igual de frescos.

Una noche le habían devuelto un plato —«No está lo bastante hecho»—, y luego se lo devolvieron otra vez —«ahora está muy hecho»—. Oyó el cascabeleo de las carcajadas que procedían de la Gomorra del centro de la ciudad, entre el vino tinto y el clarete sobre el blanco damasquino como la nieve.

Fort tenía esa salacidad casposa que le hacía creer que bañarse semidesnudo en la playa, incluso bajo la protectora oscuridad de la noche de verano, era «lascivo». Así que cuando se metía en el mar de medianoche llevaba siempre ropa interior de invierno puesta. Se sentía más seguro. A Fort le daban miedo todas las aguas abiertas.

Sólo se metía hasta que las olas le salpicaban las palmas de las manos y se cuidaba de no chapotear. Muy por encima de él, las ventanas brillantes que se pagaban desde los barrios judíos de Yonkers y el Bronx se alineaban una sobre otra. Oh, bien sabía qué hacían detrás de las persianas, claro que lo sabía.

Oh, vosotras chicas sonrientes y traicioneras, con las blusas desabotonadas y las faldas con las cremalleras abiertas, despatarradas bajo la gloria de las lamparitas de vuestras camas, diciendo «Maxie, sé bueno conmigo», mientras algún reyezuelo de la industria textil las desvestía pieza por pieza. Hotel Sodoma, así habría que llamarlo. Pensaba en aquellas chicas cristianas, buenas chicas del sur, hijas de familias que recordaban Shiloh y Atlanta desnudas allí dentro, en brazos de los velludos ladrones morenos de Babilonia. En el mar, el hombre que estiraba el cuello como una jirafa dejaba correr las aguas del sur de una palma a la otra. En su corazón ardía Atlanta entera.

Volvía a la habitación sin ventanas del local de fritangas, donde a ratos se moría de frío y a ratos se ahogaba en sudor. Se veía al volante de un lujoso Stutz, siempre era un Stutz. El viento que soplaba levantaba tanto la falda de la esbelta chica rubia que iba a su lado que él tenía que sacar la mano fuera —«¿Has ganado algo de pasta?», se mofaba ella de él, y al instante ya no había nadie en el asiento a su lado. Es más, ni siquiera había asiento. Sólo una almohada sucia demasiado caliente para tocarla y la luz de la mañana que se filtraba desde el pasillo que llevaba únicamente a la cocina.

—¿Has ganado algo de pasta? —le había preguntado el jefe de cocina en cuanto se había atado el delantal esa misma mañana.

—¿Has ganado algo de pasta? —Fueron las últimas palabras que había oído Fort esa noche.

Él había aprendido a aprovecharse del crédito fácil de aquellos tiempos, y se apresuró a echar mano sobre cualquier trozo de tierra, metal o piedra cuyo valor pudiera dispararse en cuanto una ciudad se erigiera a su alrededor. Aunque ni una sola calle había emergido todavía de aquella ciénaga, todo el mundo estaba

persuadido de que la metrópolis no tardaría en levantarse y se aferraba empecinadamente a su parcela de tierra o piedra, aunque le ofrecieran cincuenta veces su valor. ¿Por qué regalar fortunas a extraños? Parcelas que se habían vendido a dos dólares el acre valían ahora trescientos. Solares en zonas de negocios que valían dos mil acabaron valiendo cien mil. Parcelas alejadas de los barrios comerciales se recalificaron como terrenos urbanizables. Tierras de labranza que costaban cincuenta dólares el acre se transformaron en «subdivisiones» y se ponían en venta a diez mil, «dentro de un par de años esto será el centro de la ciudad».

La misma mañana que hizo su primer negocio, un pelotazo de cien dólares, dejó las chuletas para que las frieran otros. Siguieron más golpes de suerte: quinientos, ochocientos... ¡mil doscientos dólares! Jamás en su vida había tenido tanto.

Se fue haciendo astuto. Cuatro mil, ocho mil..., el viento soplaba a su favor pero temía abandonar su pequeña habitación amueblada por si se quebraba la magia. Doce mil, quince mil, cuando reunió dieciocho mil se planteó seriamente comprarse un Stutz. Pero pensó que más valía esperar a los veinticinco mil y entonces lo dejaría. Tenía la sensación de que el *boom* tenía que acabar algún día. No le pillaría intentando ganar un millón.

Consiguió ganar el límite que se había puesto en una sola operación, pero se dio cuenta de que detenerse en ese momento equivaldría a renunciar a otros veinticinco mil. Mejor parar a los cincuenta. No pasaba día que no pensara en aquel Stutz.

Cuando acumuló cuarenta y dos mil se compró el bañador más chillón que encontró en Coral Gables y por fin se exhibió al sol, sintiendo de repente casi simpatía hacia los otros tíos forrados de pasta. ¿Por qué aborrecer a nadie por el simple hecho de haber nacido en Nueva York? Un neoyorquino podía ser tan buen americano como el que más.

Se pasó tres días regateando el precio de un Modelo T que finalmente condujo orgulloso a su habitación amueblada, y con el mismo orgullo subió por última vez las escaleras mal iluminadas y sofocantes. Sobre la mesa, una carta le comunicaba que sus cuarenta y dos mil eran polvo innegociable.

El dormir hasta mediodía y el jerez, el oporto y el Stutz, y también la ropa de lino..., todo eso lo había tenido en sus manos y entre los dedos se le había escurrido. Ya no volvería a pedir nada, ni caro ni barato, a los camareros en los bares. Y no volvería a dormir más tarde de las siete de la mañana.

Fort caminó entre las extrañas ruinas de un futuro que nunca llegaría, entre ciudades que nunca existirían. Las grandes metrópolis forradas de millones se habían desmoronado antes de que se hubiera puesto siquiera un ladrillo. Los lujosos hoteles, los vestíbulos resplandecientes, los parques con fuentes, no eran más que un terreno desolado donde no había más que hierba y ceniza, atravesado por la línea férrea del sur.

Paseó por ciudades a medianoche, recordando el vino tinto y el clarete, oyendo sus propios pasos. Pensando todavía cómo se habría sentido paseando por la mañana

por su propio jardín.

Y a ella la veía tumbada de lado en una hamaca a rayas, con un vestido tan fino que la brisa más suave lo ondulaba, fingiéndose dormida. Él la mecería con dulzura, y no harían falta palabras. Sólo la sonrisa vivaz de la chica, sus manos adormecidas desabrochándose lánguidamente los botones de la blusa para complacerle.

A medianoche, por ciudades que nunca existirían, oyendo sus propios pasos.

O en la bulliciosa noche de Nueva Orleans, oyendo risas ahogadas pero todavía no agonizantes: hombres morenos y mujeres rubias abandonándose al vicio en el corazón mismo de aquella Gomorra en el centro de la ciudad.

Luego, manzana tras manzana, aquel hombre corpulento y pecoso, muy encorvado, rígido y como aplastado, paseó por la agradable noche de Nueva Orleans hasta que encontró un carrito de helados. Entonces, aquel asesor financiero de casi dos metros de altura, olisqueó los helados a la solitaria luz titilante del carro, aferrando dos centavos con fuerza, como un niño. ¿Estaba bien el helado de chocolate? No era la cantidad de azúcar del polo sino el chocolate lo que podía mitigar su caída en la autocompasión. ¿Lo habían elaborado esa misma mañana? Al final se arriesgó a darle un lento y suspicaz lametón antes de soltar los centavos. Ya no iba a correr riesgos nunca más.

Una noche calurosa, Dove lo acompañó a buscar un carrito de auténticos helados con chocolate y aquella noche el primer lametón le convenció. Se dio la vuelta y sonrió a Dove:

—Déjame dos centavos más, colega. —Extendió el helado hacia el vendedor—. ¡Que sea doble!

Aquella noche el chocolate estaba preparado como era debido.

Aunque sus propios modales no servían ni para dar de comer a los cerdos de una pocilga, a Fort le desagradaban los acompañantes ordinarios. Mientras tomaban una taza de achicoria, estudiaba a Dove con tal intensidad que el chico se preguntó qué habría hecho mal a una hora tan temprana de la mañana, cuando el sol apenas se había alzado sobre Melpomene Street.

—¿En tu familia todos coméis con el sombrero puesto? —preguntó finalmente Fort.

Dove dejó su sombrero de paja a un lado del plato.

—Ni idea de que existan perchas para sombreros, veo —comentó con amargura Fort a la amarga ventana.

—¿Y en tu familia todos sorbéis del platillo? —preguntó seguidamente.

—Me gusta beber el café del platillo —replicó Dove sin ninguna vergüenza—. ¿Serías tan amable de alcanzarme el pan tostado? Me gusta más con una pizca de manteca, pero como no hay, me contentaré con unas gotas del café de mi platillo.

Fort vivía en una pocilga de calcetines sucios, colillas, palos de polo, bolsas vacías de Bull Durham y recortes desperdigados de anuncios clasificados. Lo que acababa lo tiraba al suelo y no fregaba un plato.

—Tengo otra vez mareos por no comer lo bastante —dijo acusando a la raza humana en general y a Dove Linkhorn en particular—. Tengo tanta hambre que si saliera al sol me quedaría prostrado como un perro.

—Queda una rebanada de pan en la repisa, Fort —le dijo Dove.

—Preferiría morirme de hambre antes que comer de ese pan blanco. —Fort despreciaba el vulgar pan de molde.

—Bueno —se lo pensó un buen minuto—, el pan de molde es mejor que nada, lo sé porque he probado las dos cosas.

Pero Fort, emocionado por la imagen de sí mismo prostrado como un perro y pisoteado por la gente, se puso en pie y anunció:

—Voy a pasar una nueva página en mi vida, me voy a cuidar sólo del Número Uno.

Y salió apresuradamente para empezar a ocuparse del Número Uno.

—Me parece que estos malos tiempos están trastornándole —le dijo Dove al pequeño Luke más tarde.

Si Fort proyectaba tristeza allá donde iba, el pequeño Luke era un hombre cuya vida parecía una risa interminable. Era un tipo ambicioso y resuelto, con una pequeña cara de boxeador, como un pequinés con colorete, y un aliento que atontaría a un gato.

—Por el momento no dispongo de crédito. —Nunca responsabilizaba a nadie, salvo a sí mismo, de estar arruinado—. Vendía piedras benditas que daban suerte y por tonto las vendí todas. No me quedé ni una. Qué descuido, qué descuido.

—Yo no me creo nada de esas historias —le dijo Dove—, y si lo creyera, no le compraría una piedra a un desconocido.

Luke siempre tenía una comisión pendiente, un porcentaje que liquidar y una transacción urgente a la vista.

Las transacciones las hacía en un tugurio destartalado llamado Dockery's Dollhouse, en el barrio en que realizaba todos sus extraños negocios. Había quienes decían que sentía especial debilidad por la ginebra, pero Luke llamaba a su debilidad de otro modo.

Lo llamaba pasión por el devaneo. Allá donde fuera, siempre había una señorita Jane o una señorita Molly que le suplicaba que sentara la cabeza con ella en una señorial y antigua finca sureña. Luke le solucionaba los problemas, mitigaba sus temores durante el día y saciaba su lujuria por la noche, hasta que un día ella lo sorprendía preparando su manta de viaje. Todas se ponían histéricas en ese momento. Si las dejaba se matarían. Las cosas habían llegado a ponerse tan feas que últimamente se escabullía de madrugada.

—Eso no me cuesta creérmelo —comentaba Fort.

—Conocí a la señorita Molly en Memphis, en una confitería y me trató como si fuera un caramelo en un palo. Tenía una preciosa casa antigua en Greenville y una cadena de restaurantes, ¡oh, menuda tarta de boniato que preparaba aquella mujer! —

Luke seguía mintiendo alegremente—, la pobre tonta sentimental. Cuando vio que me iba a marchar me regaló un vale de cinco dólares para comer en sus restaurantes de Memphis y Atlanta.

—¿Eso fue antes o después de que se suicidara? —preguntó con voz suave Fort.

—Estoy más que muy preocupado por ella —insinuó lúgubrementemente Luke.

Y se quedó dormido allí sentado, con el licor casero al alcance de la mano.

—Ándate con cuidado con ese charlatán reincidente —le advirtió Fort a Dove en cuanto Luke empezó a roncar—. No le costará engatusar a un chico de pueblo como tú para embarcarlo en cualquier negocio estúpido y serás tú el que acabarás pagando el pato, acuérdate de lo que te digo. Ándate con cuidado, amigo.

El amigo prometió que se andaría con cuidado.

En cuanto Fort se quedó dormido, Luke abrió un ojo centelleante.

—Chist, Tex —le susurró a Dove—, ándate con cuidado con ese timador paliducho. Ha estado en todas las chironas entre Miami y Houston. Hasta me ha timado a mí, así que también te timará a ti. Ándate con cuidado, Tex.

Tex prometió que se andaría con cuidado.

—Éstos son lo que yo llamo un par de tipos considerados —se dijo Dove—, que se «preocupan» por mis intereses por turnos.

Una noche, Luke se presentó ruidosa y alegremente, despidiendo fragancias de marisco y ginebra.

—¡Camarones! ¡Servíos vosotros mismos! —Lanzó una bolsa grasienta sobre la mesa, puso una botella, como todas sin etiqueta encima, sacó un par de cebollas moradas del bolsillo e invitó a todos.

—No parecen muy frescos —se lamentó Fort con la boca llena—, saben un poco rancios.

—Las Escrituras dicen que es pecado comer nada que no tenga pezuñas o rumie, [37] pero a mí me gustan los camarones —informó Dove.

Luke empezó a amontonar ostentosamente monedas de veinticinco y cincuenta centavos. Alguien se había enriquecido muy deprisa.

—Sólo me los como porque necesito alimentarme —explicó Fort con una voz que destilaba autocompasión—, dos polos de naranja no son sustento suficiente para un hombre hasta la noche.

—Pues ten esto para el sustento de mañana. —Luke le arrojó rodando una moneda de veinticinco centavos con un gesto despectivo. Dove se tensó por si Fort devolvía el insulto con los puños.

—En esta ciudad no saben preparar la salsa picante —comentó Fort, guardándose la moneda en el bolsillo como si se la hubiese ganado.

Tenía restos del polo de naranja pegados a la barbilla. La salsa picante le teñía los dientes. De los pelos que asomaban de su nariz colgaban mocos bien sujetos.

—¿Tú también quieres una moneda, Tex? —El pequeño Luke tenía otra moneda de veinticinco centavos preparada para rodar.

—No, pero muchas gracias de todos modos —la rechazó Dove.

—Ya me lo esperaba —concluyó Luke sin mirar a Fort.

La cola de un camarón se había incrustado entre los dientes de Fort, que hacía denodados esfuerzos para quitársela con la punta de la lengua.

—Es curioso que no los limpien bien antes de vendérselos a la gente —se quejó como si hubiera pagado el doble de su bolsillo. Cuando por fin se la quitó, la escupió al suelo.

—Lo que sí me comería es una de esas *siboyas* —dijo Dove.

Luke pareció confundido.

—Se refiere a una de éstas... —Fort señaló una cebolla.

Era bien cierto que dos polos de naranja no bastaban como sustento para un hombre con el cuerpo de Fort hasta el anochecer. Ni siquiera para alguien como Dove. Aun así, cada noche éste anunciaba:

—Mañana tengo que levantarme temprano. ¿Alguno de vosotros puede despertarme?

Y el chico arrastraba una maleta con muestras desde primera hora del día, explicándoles a amas de casa todavía adormiladas: «Un gran almacén completo en su puerta». Pasaba de largo el Hogar de los Veteranos Confederados. Y «Un gran almacén en su puerta» recorría Humanity Street y luego Gentilly Road, llamando a las puertas principales o a las traseras por la Peoples Avenue.

Y de la Peoples a Almonaster, puertas principales y traseras, sin saltarse ninguna. Cuando el sol de mediodía empezaba a abatirse sobre ambos lados de la Spain Street, él la andaba recorriendo, en dirección a los muelles.

Al mediodía, aligerada la maleta sólo del peso de un frasco de fijador de cabello, se sentó en el muelle de Desire Street a admirar un barco de Noruega o puede que de Perú con cinco centavos de plátanos y una escuálida cebolla morada seca.

Mientras soñaba y pelaba plátanos, Dove rememoraba todas aquellas playas de las que había oído historias y casi había visto. A través de los párpados entornados, sus pensamientos se balanceaban deslizándose río abajo hasta casi el mar. El mar mágico y lleno de mástiles. Y se dejaba ir, balanceándose mar adentro, entre peligrosas olas remotas hasta que regresaba a la playa otra vez: la playa refugio y tan acogedora como su misma casa. Donde farolas amigables iluminaban el camino hasta cierta puerta de un viejo local en el que servían chile. Y medio en sueños oía las voces de las mujeres de su pequeño pueblo perdido:

Quando estás en una costa remota,  
recuerda a tu amiga ausente,  
y cuando sope el viento fuerte y limpio  
envíale una carta de súplica.<sup>[38]</sup>

Una carta a la costa de la que Dove sentía nostalgia.



Parpadeó para que le cayeran las lágrimas de los ojos. No había tiempo para la nostalgia. Apenas si lo había para que un hombre prosperara. Recogió su maleta con muestras y siguió camino arrastrándola, llamando a puertas delanteras y traseras. No debía de faltar mucho para que una pequeña preciosidad le invitara a su hermosa y antigua mansión sureña, le sirviera tarta de boniato y le dijera: «Guapetón, por favor, sé bueno y deja ya la mala vida y de vagabundear».

Pero donde llegó fue a una gran casa solitaria en la que una pelirroja pálida de doce o trece años, al ver su pequeño almacén, gritó:

—¡Abuela! ¡Aquí hay un hombre que tiene todo lo que necesitamos! —Cogió una pastilla de jabón de brea—. Para mi pelo, que está un poco *zarrapastoso*. —Un calzador para sus viejos zapatos *zarrapastosos*, y una colonia para su *zarrapastoso* baño; y una lima de uñas, un peine, una polvera—. ¡Y también hay cosas que te hacen falta a ti, abuela! —A Dove le pareció que estaba haciendo la venta del año.

Hasta que una voz de una mujer vieja, muy vieja, llamó a la niña que, al volver, parecía todavía más pálida que antes. Se arrodilló silenciosamente y volvió a colocar en su sitio todos los artículos que había sacado de la maleta.

—No pasa nada, señorita —la tranquilizó Dove—, muchas damas escogen cosas y luego cambian de opinión, porque los tiempos que corren son difíciles para todos.

—No quería molestarle —le dijo la niña con tranquilidad. Dejó caer una moneda de cinco centavos en la maleta, luego la puerta de tela metálica se cerró de golpe, y la vieja casa se sumió en un silencio enfermizo.

—Habrías podido quedarte con la pastilla de jabón —le reprochó Dove al porche vacío y cerró la maleta.

Pero se guardó la moneda. Le serviría para comprar una taza de café del sur y un periódico para que Fort se lo leyera en voz alta.

Volvió a casa caminando por las interminables manzanas de los barrios negros porque todavía era de día. Recelaba de ellos de noche, y también de día. ¿De qué se reían a todas horas por las escaleras de aquellos edificios, con palabras que él no entendía? Bajaban la voz cuando él se acercaba y no volvían a alzarla hasta que quedaban fuera del alcance de su oído. Aun así, sus profecías le perseguían:

El Señor entregó a Noé el signo del arcoíris...  
no será el agua sino el fuego la próxima vez...<sup>[39]</sup>

Cuando Dove subió la escalera de Tchoupitoulas Street esa noche, Fort estaba tumbado en la cama alta de bronce, en la misma postura en la que lo había dejado al irse por la mañana. Un par de tazas vacías del mediodía se habían sumado a los platillos matutinos, así como unas cuantas colillas más, desperdigadas por el suelo.

—He sido incapaz de moverme en todo el día —suspiró Fort.

Pero Dove tuvo la fugaz impresión de que en realidad acababa de llegar.

Dove le alcanzó el periódico y limpió la mesa y el fregadero mientras Fort leía en

voz alta.

Fort arrugó los anuncios clasificados de empleo. ¿De qué servía un periódico en el que no se anunciaba nadie que necesitara un asesor financiero?

El asesor financiero no se levantó hasta que los platos estuvieron fregados.

—Supongo que ahora tendré que pringar cocinando para vosotros —se quejó a Dove con el mismo tono de alguien que se viera explotado un día sí y otro también.

—¿No deberíamos esperar a que llegue Luke? —sugirió Dove—, porque yo sólo tengo unos miserables veinticinco centavos.

—Volverá borracho como un perro, pero no traerá su parte del alquiler, ya verás —afirmó con toda seguridad Fort.

—Le toca a él y no va a fallar —defendió Dove a su amigo.

Fort empezó a freír y al cabo de un rato debió de estar hecho, porque levantó dos masas informes de una bazofia indistinguible y las puso en sendos platos que dejó encima de la mesa.

—Me comeré cualquier cosa que no me coma a mí —anunció Dove y metió la cuchara hasta el fondo levantándola en el hueco de la palma de la mano antes de cerciorarse siquiera de que aquello estuviera muerto.

Fort le miró con curiosidad.

—¿De verdad te gusta esa bazofia aguada?

—¿Te refieres a si es mi comida preferida? Si pudiera elegir, me zamparía una buena salsa de carne con tropezones —respondió Dove.

—¿Así que no te importa vivir de este modo?

—Es mejor que la cárcel. —De eso Dove estaba seguro.

—Lo que pensaba. —Las sospechas de Fort se habían confirmado—: A ti te va esta vida.

—Es la única que tengo —Dove se sintió compelido a explicar.

El pequeño Luke llegó con una sonrisa que anunciaba buenas noticias y un periódico bajo el brazo.

—Acabamos de doblar la esquina —anunció—, ¿no os había dicho que las cosas tenían que ir a peor antes de mejorar?

—Luke —Fort se levantó para hablar—, si no nos pasáramos el día esperando a ver cuál de nosotros puede llevarse algo a la boca, tú todavía creerías que éstos son buenos tiempos. —Y se marchó a buscar algo que comer.

Luke rebuscó en su chaqueta y sacó un fajo de certificados con los márgenes verdes «que dan derecho a la portadora a un lavado y un ondulado en el salón de belleza de Madame Dewberry», y desplegó el impreso más grande.

—Y ahora dime, ¿qué mujer de *Nuarleans* no querría un ondulado Marcel y un lavado gratis?

A Dove no le vino ninguna a la cabeza.

—Y ahora voy a explicarte qué significa: es como si le ofrecieras a la afortunada chica un billete de cinco dólares.

—¿Quién?, ¿yo?

—Sí, tú, en esta historia estás conmigo, ¿no?

—¿Le parecerá bien a Madame Dewberry?

—De eso me encargo yo.

—Muy agradecido, Luke.

—Lo único que tienes que hacer es vigilar los cables de los postes telefónicos.

—No soy muy bueno escalando, Luke.

—¿Quién ha dicho que tengas que escalar?

Se oyeron pasos en la escalera y Luke se apresuró a guardar los certificados en su chaqueta.

—Tengo cien más escondidos debajo de las escaleras —bajó la voz y se llevó un dedo a los labios—. Guárdame el secreto.

Ir de puerta en puerta con Luke era un chollo. En lugar de cargar con una pesada maleta de muestras lo único que tenía que llevar Dove era un fajo de certificados, y al final, también fue verdad que no tenía que subirse a ningún poste telefónico.

—Tengo que esperar a ver qué le parece a mi marido —le dijo su primera clienta potencial.

—En ese caso me temo que perderá su ondulado y lavado gratuito, señora. No volveremos a pasar por aquí. Lo cierto es que ya casi nos hemos quedado sin certificados. Sólo vamos a repartir un centenar por toda la ciudad.

La mujer examinó el certificado con una hija casada a su vera.

—Parece demasiado bonito para ser verdad —le cuestionaron ambas sin miramientos.

—Señora, ¿por qué no telefonea a Madame Dewberry y comprueba lo que le estoy diciendo?

Dado que en la Nueva Orleans de 1931 apenas había un teléfono por manzana, el farol de Luke era seguro. La mujer se quedó uno para ella y otro para su hija.

La segunda clienta era más testaruda.

—Espere aquí, joven, voy a telefonar.

—Sí, señora —la obedeció Dove.

Pero en cuanto la joven desapareció para acicalarse antes de ir a telefonar a la tienda de la esquina, Dove se escabulló para avisar a Luke, que esperaba junto a la manzana.

Luke le echó un trago a una petaca que llevaba en la cadera y no le pareció que hubiera que precipitarse.

—Tómame tu tiempo, Tex.

—Ahí viene.

Luke se colocó delante de la testaruda dama.

—Buenos días, señora, soy el gerente del salón de belleza de Madame Dewberry. Mi joven asistente me informa de que usted desea confirmar esta invitación. Nos gusta su estilo. Usted es el tipo de clienta que buscamos. Porque si podemos

satisfacerla a usted, podemos satisfacer a cualquiera. No malgaste los cinco centavos de la llamada. Yo le garantizo cada palabra de este certificado. —Luke sacó uno de su bolsillo—. Ni siquiera voy a cobrarle los veinticinco centavos por éste.

Se lo puso en la mano.

—No lo hacía para que me lo diera gratis —se quejó la testaruda.

—Si quiere darle al joven la tarifa de cortesía de veinticinco centavos, en sus manos está, es una gratificación voluntaria.

La mujer le dio la moneda a Dove y volvió a casa leyendo la letra pequeña.

El resto de la mañana transcurrió sin más contratiempos. A mediodía, veinticinco monedas tintineaban en los bolsillos de los vaqueros de Dove, y todavía le quedaban otros veinticinco certificados que repartir por la tarde.

Pero al anoecer, Luke había invertido sus monedas en una botella de ginebra, así que no habían llamado a muchas más puertas cuando ya no se encontraban en condiciones de seguir. Hacia medianoche, resonaban bocinas y campanas dentro de la cabeza de Dove. Mientras recorrían Tchoupitoulas ayudándose el uno al otro para mantener el equilibrio, la ciudad entera parecía zumbar.

Ya en las desvencijadas, empinadas y sombrías escaleras, Dove retuvo a Luke.

—No sé si hoy habrá comido el bueno de Fort.

—Por mí puede morirse de hambre el hijoputa. —Entró ruidosamente en la habitación. Fort estaba tumbado en la cama con la cara vuelta hacia la pared.

—Chisst —avisó Dove a Luke—, no lo despiertes.

—El hijoputa lleva horas despierto —replicó Luke y zarandeó a Fort—. ¡Eh! ¡Colega! ¡Camarones! ¡Camaroncitos frescos!

Fort se dio la vuelta. El hambre le vidriaba los ojos. No vio camarones, ni los olió.

—Porque no hay camarones, porque nos los hemos zampado todos, amigo. —Luke se rió con una alegría desahogada y empezó a cantar y bailar burlescamente:

Ganaste mucho dinero en el veintidós,  
pero el whisky y las mujeres te hicieron perder la cabeza;  
por qué no me das  
también a mí algo de pasta... [40]

Dove se acordó de que llevaba algo en los bolsillos y sacó seis camarones fríos envueltos en una servilleta de papel.

—Ten, Fort. —Se los acercó a la cara del adormilado para demostrarle que, después de todo, no era una broma—. Los mejores camarones que jamás hayas comido y...

Fort dio un manotazo e hizo saltar por los aires camarones y servilleta.

Uno de los camarones rebotó en la pared y cayó sobre la cama. Dove lo recogió y lo mordisqueó, medio borracho, mientras contemplaba aquellos dos metros de

lastimero ser humano acurrucado bajo la colcha sucia y remendada.

Horas más tarde, le despertaron unos pasos que no querían hacer ruido. Luke roncaba en la silla. Dove vio la llama de una cerilla. Luego oyó unos ruidos: alguien masticaba y sorbía. «Espero que los encuentre todos», pensó Dove y se durmió otra vez.

Por la mañana, Fort se había ido.

—Me parece que está un poco mosqueado con nosotros —dijo Dove—, anoche herimos sus sentimientos.

—Sus sentimientos sólo le duelen hasta que huelen comida —a Luke no le cabía duda—, luego se le pasa todo.

—No es culpa suya —Dove disculpó a Fort—, no es más que un pobre hombre *higotado*.

—¿Higotado?

—Se la ha hinchado el hígado, como con la gota. A un lado, se ve a simple vista. Si de pequeño le hubieran puesto boca abajo y lo hubieran zarandeado con fuerza, podrían habérselo curado. Ahora es demasiado tarde. ¿Hay algún huevo por ahí?

—¿Cómo lo quieres?, ¿frito o estrellado?

—No tengo manías —respondió Dove—, los huevos me gustan de cualquier manera.

Cuando ambos huevos estuvieron hechos «de cualquier manera», Luke los sirvió pensativamente, pese a no ser un hombre dado a la reflexión.

Dejaron la sartén y los platos para que los fregara Fort y emprendieron su ronda matinal con veinticinco certificados cada uno que habían sacado del escondrijo de Luke.

Cuando regresaron por la noche, los platos seguían esparcidos por la mesa, las moscas se alimentaban en las sartenes y en la habitación flotaba un olor a carne quemada o quemándose, como una promesa de mejores tiempos. Fort estaba tumbado cuan largo era en la cama de bronce, fumándose un puro que parecía tan largo como él; uno pensaría que nunca se había saltado una comida en su vida. Era una imagen turbadora.

—Os había guardado medio bistec, chicos —recordó espantando los mosquitos con una nube de humo a la que dio forma de chuletón—, pero como tardabais me dije: «más vale que des cuenta del filete antes de que se lo coman las moscas». Tuve que esforzarme, pero al final conseguí acabármelo. Claro que me hubiera gustado compartirlo, pero ahora no voy a amargarme por no haberos esperado.

Ya, claro. Allí mismo, en su propia cocina, había freído los restos de un bistec, y esa noche Fort no se la pasó buscando camarones por el suelo. Más bien se rió de sus dos compañeros en sueños.

Fort sólo se reía en sueños, mientras que Dove y Luke lo hacían despiertos. En los días que siguieron, se emborracharon sin parar, a veces desde primera hora del día veraniego hasta bien entrada la noche estival. No tenían razones para no

emborracharse.

Los días de asomarse sigilosamente a un patio trasero para comprobar los cables de teléfono habían pasado a la historia. Dove había llegado a creerse que un hombre de negocios como él no podía perder el tiempo molestándose por cosas así. Esos días llamaba fuerte y rápido a las puertas principales, y en cuanto le abría una ama de casa, él la retaba antes de que la señora tuviera ocasión de preguntarle siquiera qué quería:

—¡Ande, llame, corra! ¡A quién le importa!

Y con una inclinación de su sombrero de paja se perdía en el misterio del anochecer, por un callejón que para él serpenteaba suavemente.

Por alguna razón, las ventas empezaron a caer. ¿Llegarían mejores tiempos antes de que se quedaran sin certificados? Luke estaba convencido de que las cosas iban a mejor, que lo peor de la Depresión había pasado y al final les sobrarían certificados con los que no sabrían qué hacer. Pero Fort creía que la Depresión acababa de empezar. Preveía que las cosas iban a empeorar mucho más, y que seguirían mal mucho más tiempo del que nadie imaginaba. Y cuando tocaran fondo, el fondo se desmoronaría.

Sin embargo, cada vez que volvían a casa, con o sin camarones, el olor a solomillo, hamburguesa o chuleta enrarecía el aire de la pequeña habitación, y Fort se apartaba el olor con nubes de humo de puro habano. A alguien le iban bien las cosas.

—Si me dijerais a qué hora pensáis volver estaría encantado de convidaros y os apuntaría en mi lista de rancho —se quejaba—. Hoy he vuelto a comer bistec.

—Con la comida no tengo manías, me va bien cualquier cosa, hasta un bistec —dijo Dove pensando en el futuro—, así que apúntame en la lista cuando te venga bien.

Pero el único nombre en la lista de Fort se deletreaba F-O-R-T.

Para demostrarle a Luke su gratitud por la noche anterior, Dove lo invitó a sopa de tortuga en el viejo mercado francés.

En el local mal iluminado, tuvieron que dejar paso a un mendigo con gafas oscuras, que avanzaba con la ayuda de un bastón blanco entre los olores de marisco.

—Disculpadme, chicas —le oyó murmurar Dove cuando pasaba—, perdón.

A las tortugas se les había concedido un aplazamiento de veinticuatro horas. Hoy no había decapitaciones. Así que pidieron platos de gumbo y repitieron hasta hartarse. Luego llegó el turno del bagre y se zamparon tantos como les cupieron. Cuando salieron del local, el calor de la calle había remitido y el sol dilatado, del color pardusco del bagre, tampoco cabía ya en el horizonte.

—Estoy a punto de reventar —dijo Dove.

Estaba tan ahído de pescado y gumbo que al pasar por delante de un bien cuidado jardín no se sobresaltó cuando un perro pastor escocés se abalanzó sobre él tirando todo lo que le permitía su cadena. Una mujer blanca, que sostenía al animal por el collar se disculpó:

—Nunca había visto a *Queenie* atacar a un hombre blanco.

Entonces echó una recelosa segunda mirada al desconocido pelirrojo que tenía delante y añadió con una suave suspicacia:

—Y mi perra nunca se equivoca, señor.

Dove simplemente inclinó su sombrero.

—Gracias de todos modos, señora —y se escabulló—. El condenado sabueso ha debido oler todos los bagres que he comido.

En los barrios donde los jardines no estaban tan bien cuidados y las aceras se resquebrajaban como las de su pueblo, Dove siempre se sentía menos culpable. La última puerta a la que llamó ese día estaba en una de esas aceras. Abrió una negra con ojos violetas. Dove inclinó levemente el sombrero, sintió que le mordisqueaban suavemente el tacón y se dio la vuelta a tiempo para ver a un perro mestizo gordo y blanco, que se apartó y corrió a buscar refugio debajo de la casa como si hubiera hecho algo encantadoramente arriesgado.

—No le gusta que los blancos entren en su jardín —explicó con una sonrisa prosaica Ojos Violetas—. Como dice él: si no le dejan entrar en los suyos, ¿por qué vienen ellos aquí?

—Muchas gracias de todos modos, señora —le dijo Dove, pensando, con culpabilidad otra vez: «El puto sabueso olió los certificados que llevo».

—Tanto caminar y tanto tener que dar palique y llamar y volver a llamar me recuerda demasiado al trabajo —concluyó Luke; Dove también estaba harto. Pero no era el caminar ni el tener que dar palique lo que le molestaba. Ni siquiera el llamar y volver a llamar.

Era más bien que cada moneda de veinticinco centavos que robaba le pesaba un poco más que la anterior. Después de todo, la maleta con muestras resultaba más ligera.

—¿Cuántos papeles te quedan, Tex?

Dove le pasó el último paquete. Luke contó. Trece.

—Sé un sitio donde podemos deshacernos de todos de una tacada —le prometió.

En South Rampart, Dove esperó fuera mientras Luke iba a la parte de atrás de una chabola de negros de donde regresó con una botella de medio litro de licor casero.

Se la bebieron hasta la marca de cuarto de litro.

—Este licor es tan bueno que uno nunca se cansa de beber —le dijo Dove a Luke.

—Es auténtico de verdad —coincidió Luke—, hasta se huelen los pies de los chicos que pisaron el maíz.

Dove dio otro trago sólo para comprobar si Luke tenía razón.

—Está claro que no es aguachirle —corroboró.

—¿Queréis ver chicas, muchachos? —les preguntó un hombre pequeño con una camisa de un estridente amarillo chillón y botas de cowboy desde un umbral tan amplio que en tiempos debió de ser la entrada a un bar con pretensiones.

—¿Es que hoy son gratis? —preguntó Luke haciéndose el tonto.

El hombrecito rubio lucía unas largas patillas que le cubrían los pómulos y podría

tener tanto veintidós años como cuarenta.

—Para un par de chicos tan guapos como vosotros no me extrañaría que lo fueran —le replicó intencionadamente.

—El motivo por el que lo he sugerido —explicó Luke— es que nosotros sí damos algo gratis. —Sacó un certificado de márgenes verdes—. Ondulados en el salón de belleza de Madame Dewberry. ¿Crees que les interesará a las jóvenes damas?

—Vaya, es precisamente la ganga que estaban buscando y no sabían dónde encontrar —fingió el hombrecito—, te quitarán el fajo entero de las manos.

Cuando los engañabobos se dieron cuenta de que habían sido ellos los engañados ya estaban dentro de uno de esos salones anticuados con un techo alto del que colgaba un ventilador zumbando morosamente en una penumbra crepuscular que no dejaba ver si había alguien más en el local.

Poco a poco, distinguieron las figuras de media docena de hombres sentados como se sientan los hombres en una barbería, con los cuellos de las camisas desabrochados y las tiras cómicas de los dominicales sobre los regazos; y un par de ellos, con puros en las manos, emergieron de la penumbra.

Algo rozó el pelo de Dove y tocó una araña de metal que estaba suspendida de un alambre tan fino que no lo discernió hasta que una ráfaga del ventilador del techo lo hizo oscilar; entonces un destello bruñido osciló a la derecha y luego a la izquierda en el aire silenciosamente entretejido de arañas.

El aire agitado que hilaban suavemente arañas rojas y arañas verdes, algunas colgadas muy arriba, otras más abajo; algunas doradas, otras rosáceas. Tejían telas delicadas con hilos invisibles en aquella prolongada penumbra crepuscular.

Dove cogió una revista y simuló leer, como hacían los otros hombres. Hasta que de repente divisó un libro encima de un diván e impulsado por un deseo de destacar sobre los demás, lo cogió con descaro y volvió a su silla. Lo hojeó descuidadamente, como si hubiera poca luz para forzar la vista. Ya casi había pasado todas las hojas, cuando pasó una más y su mano quedó temblando sobre la página.

Porque allí estaba su resuelto soldadito de plomo, con el mosquete aferrado bajo su sombrero de granadero, y tras él esperaba el mismo pelotón de soldados con dos piernas. Él, con una sola, seguía siendo el más valiente de todos.

En su ingenuidad, el asombro le llevó a pensar que debía de ser el libro de Terasina.

—Las chicas bajarán enseguida, chavales —les anunció una mulata con gafas que llevaba un vestido de gasa negra, del que se había prendido flores de terciopelo.

—Pregúntales si quieren ondulados Marcel gratis, Lucille —le pidió Luke.

—Hacía muchos años que nadie me llamaba «Lucille» —le dijo a Luke.

—Muchos años —convino pensativamente Luke—, sí, muchos años.

Ella lo miró fijamente, pero los años, en efecto, habían sido muchos. Otros rostros habían discurrido ante ella como olas del mar uno detrás de otro. Ahora ya no guardaba ningún recuerdo de en qué playa, qué verano ni a qué hora de la noche sus



miradas se habían cruzado, enamoradas o lujuriosas o simplemente negociando.

—Ahora me llaman Mama —explicó ella—. Aquí sólo soy la encargada.

Entonces vio a Dove agarrando el único libro del salón.

—Es de nuestra Hallie —le dijo.

Dove se fijó en el nombre garabateado en la cubierta. De modo que así se escribía «Hallie». Cerró el libro, pero no apartó el dedo del nombre escrito.

Un anciano en una silla de respaldo alto esperaba que le pagaran una pinta, y el chico a su lado tan necesitado de amor que ya se había enamorado de un simple nombre escrito en un libro. Mientras, otros hombres esperaban como maniquíes de escaparate, hombres anónimos que querían seguir siéndolo. Suspiraban, escupían, roncaban de vez en cuando, pero se cuidaban de no iniciar conversaciones relajadas que pudieran llevar al descubrimiento de amigos comunes.

Un chiquillo negro con una camisa que no le llegaba ni al ombligo examinaba a los clientes uno por uno. Algunos sonreían, otros apartaban la mirada. Él los observaba hasta que se cansaba, y luego pasaba al siguiente. Si le ofrecían un centavo, lo aceptaba, pero nunca esbozaba una sonrisa.

Una fragancia femenina, como de incienso mezclado con colonia, agitó los cortinajes de la puerta. Dove aferró el libro con más fuerza.

Tenía que ser Hallie.

Pero era el ventilador del techo lo que agitaba los cortinajes. Las arañas metálicas colgaban más inmóviles, el tedio de barbería se había adensado si cabe. Al otro lado de la calle, un hombre con un Stetson negro le ofrecía una bolsa de algo a una chica en la puerta que daba a la esquina. Dove vio que la chica recorría con la mirada Rampart y Perdido Street, en ambas direcciones. Luego metió la mano rápidamente en la bolsa y se escabulló a toda prisa tras la puerta. Un instante después volvió a abrirla el tiempo necesario para escupir la cáscara de un cacahuete. Cualquier transacción, incluso de unos simples cacahuetes, realizada con alguien en la calle, suponía un peligro para la chica.

Pero el riesgo que corrió la joven había merecido la pena porque el tipo del Stetson se preparó para la fiesta y entró agarrando la bolsa que parecía lo bastante grande para permitirle ofrecer un cacahuete a cada chica y que todavía le sobraran un par para él.

Se encendió la primera farola de la calle, enfocó Rampart en ambos sentidos, luego también Perdido y finalmente se estabilizó para la larga noche que le aguardaba, cuando sólo Dios sabía qué monstruo sin cacahuetes, qué ser desamparado y arruinado, entraría allí en busca de reposo.

Una rubia con cara de luna llena y el pelo recogido en un moño entró lentamente en el salón, tenía la cara lívida y las cejas eran negras como el carbón. Dove se sobresaltó, pero al instante se relajó: no, ésta no podía ser Hallie.

—Reba, estos chicos regalan ondulados Marcel —le dijo Mama.

—¿Son de fiar? —preguntó Reba.

—Tanto que te aseguramos que esto evitará que se te enrede el pelo —intervino inmediatamente Luke. Reba extendió su mano infantil y él le dio uno de los certificados.

—Serán veinticinco centavos, señorita.

—Dijiste que era gratis.

—Los veinticinco centavos son a voluntad —le dijo Luke.

—Pues quédatelo, no ando muy sobrada de voluntad. —Y le devolvió el papel.

—Es que es de Chicago —dijo Mama a modo de explicación.

Pero una chica con la cara maquillada para que pareciera la máscara mortuoria de Joan Crawford, tan recargada que era una cara casi plastificada, empezó a suplicar que le compraran uno.

—Mama, por favor, dale la moneda al señor para que me dé uno.

—Por el amor de Dios, si ni siquiera sabe qué está vendiendo el tipo ni qué está comprando ella. —La chica de Chicago sacudió la cabeza con incredulidad ante las tonterías de las furcias del sur.

—Os presento a Frenchy —dijo Mama refiriéndose a la máscara—, y éste es mi nieto, Warren Gameliel. Saluda como es debido, Warren G.

El pequeño negro no parecía muy dispuesto a saludar como era debido a nadie. Ni siquiera a decir hola.

—Lo haré de vuelta —le dijo a todos, aunque nadie entendió qué quería decir con eso.

—... y ésta es nuestra chica de Fort Worth. —Mama les presentó a una chica el doble de corpulenta que la primera, con pechos que podrían haber colgado de una vaca. No, ésa no podía ser Hallie de ningún modo.

Mama le dio una moneda a Luke por el certificado para Frenchy, la chica aceptó el papel, le echó una mirada aburrida y se lo pasó a la de Fort Worth.

—Úsalo tú, querida, yo nunca voy al centro.

Había comprado como lo hacen los niños, por el placer del intercambio, y como los niños, le había hecho un regalo al amigo más próximo. Dove vio que era muy fácil vender a furcias. Reba era la única de ellas que no compraba por comprar.

Warren Gameliel parecía menos pueril que las mujeres. Apretando un centavo en la mano, observaba cada intercambio con tal concentración que Mama dijo:

—Juraría que este niño sabe sumar y restar. —Y, tal vez para hacer que los dos vendedores de pacotilla devolvieran las monedas a las chicas, añadió—: Por aquí vienen un montón de hombres casados. Yo misma he estado casada cuatro veces. He pasado mucho tiempo esposada, por así decir. Una vez con un honrado comerciante y las otras tres con ladrones, y el único que me hizo desdichada fue el comerciante.

—¿La chiflada todavía está arriba? —preguntó alguien.

—¿Qué chiflada? —quiso saber la de Fort Worth.

—Que yo sepa en esta casa no hay nadie que se llame «La Chiflada» —Mama defendió a la chica desaparecida—, si te refieres a Floralee, se está vistiendo. Le he

prohibido que vuelva a bajar sin nada. ¿Y sabes qué me dijo?: «Pues no veo para qué tanto vestirse y desvestirse», eso fue lo que me dijo la pobre.

—¿Y por eso la llamas chiflada? —quiso saber de nuevo la de Fort Worth.

—Después de lo que pasó anoche, no veo cómo esa chica puede siquiera bajar, vestida o sin vestir —se asombró Frenchy desde detrás de sus cejas de Joan Crawford—. Ni siquiera sé cómo puede levantarse.

—Se levantará, bajará y también comerá jamón y gachas por seis, ya lo veréis —aseguró la de Fort Worth—. La pobre ni siquiera sabe que tiene estómago.

—Cualquier chica que se entrega tanto a sus clientes —reflexionó con tristeza Reba—, no me extraña que tenga hambre.

—No le reprochéis su manera de ganarse la vida —les recriminó Mama a todas—, ella es como es y vosotras sois como sois.

—Si ese chulo suyo tuviera una pizca de sentido común —concluyó Frenchy—, la espabilaría. ¿Para qué otra cosa sirve un chulo?

—Tú deberías saberlo —le replicó rápidamente la de Fort Worth—, trabajas para uno.

La puerta se abrió de par en par y un gigante sin piernas, sujeto con correas a una especie de balsa para navegar por las calles colocada sobre unos patines, entró rodando con la naturalidad de quien lo hace a menudo, produciendo un estrépito hueco sobre los tablones del suelo a medida que avanzaba. Doc observó cómo se soltaba las correas y de un salto se acomodaba en un diván bajo.

El niño negro se acercó sin miedo al enorme torso, y se puso a examinarlo. El inmenso tullido le dio una moneda, pero el pequeño siguió impertérrito ante él. De repente preguntó:

—¿Qué te han hecho?

—¡Qué niño tan serio! —se maravilló Mama—. ¿Y vosotros dos qué, os vais a quedar?

—Tenemos trabajo pendiente. —Luke decidió que ambos se ahorraran el dinero—. Volveremos más tarde.

Al salir, el hombre con botas de cowboy que apenas levantaba metro y medio del suelo les abrió la puerta.

—Vuelve, pero tú solo. —A Dove le pareció que era eso lo que le susurró el hombrecillo al oído; pero lo dijo en voz tan baja que tardó casi una manzana en percatarse.

—No me habría molestado quedarme un rato —suspiró profundamente—; un poco de diversión no hace daño a nadie.

—Es despilfarrar un dinero que ha costado mucho ganar, hijo —le aconsejó Luke como un padre.

—Lo dirás por ti, supongo —le reprochó Dove como un amigo.

—Si te dejas llevar por el vicio, acabarán contigo, chico.

—Pues a mí no me molestaría —reflexionó Dove—, porque ha sido eso lo que

me ha traído hasta aquí. Mira, Luke —se paró de golpe, sin dar un paso más—, voy a volver para un poco de, ya sabes, de ñaca ñaca.

—Entonces nos vemos luego en casa —le despidió Luke—. Pero no vuelvas acompañado.

Dove corrió de vuelta, temiendo que el hombrecillo se hubiera marchado. No se le pasó por la cabeza que podía volver a entrar sin que se le diera permiso.

—Me llamo Linnerty —le dijo a Dove—, sígueme.

Y condujo a Dove colina abajo, hacia los muelles. A medio camino, giró y entró por una puerta entre paredes alicatadas que todavía conservaba bisagras oxidadas de la época en que el local tenía puertas de batiente. Un edificio de una planta erigido sobre la pendiente hacia el río.

Aunque la prohibición podía darse por finiquitada, los hábitos que habían adquirido quienes se habían ganado la vida con ella durante años no podían cambiarse de la noche a la mañana. Todo bar clandestino que se preciara exhibía su propio código de toques secretos, su mirilla y su contraseña. Los clientes esperaban algo más que franquear simplemente una puerta abierta, querían que les dieran acceso a un misterio. Más aún, querían pertenecer a ese misterio.

Después de que Linnerty pulsara tres veces el timbre muy rápido, esperó un instante y llamó una cuarta vez; luego ambos permanecieron en silencio ante la callada puerta.

—A lo mejor no hay nadie dentro —aventuró Dove.

—En este mismo momento nos está espionando como una ardilla desde detrás de la cortina —le confió Linnerty sin mirar a la ventana—, para comprobar si somos tipos con demasiada prisa. Si llamamos otra vez, no nos abrirá. A Doc no le gusta que le agobien.

Al final, la puerta se abrió lo bastante para dejar que asomara la diminuta punta de una nariz.

—¿Contraseña? —preguntó la nariz.

—El respeto es la llave —respondió Finnerty y pasó por el lado del viejo. Dove repitió las palabras y ambos entraron.

Y dentro, detrás de la barra, entre miles de botellas, estaban los cientos de muñecas que había coleccionado el viejo Doc Dockey, recuerdos de los retorcidos años veinte.

Muñequitas de ojos oscuros, con vestidos de domingo de chicas de pueblo y rubias holandesas entradas en carnes de los paisajes con molinos, pelirrojas irlandesas y gitanas, una monada de vaquera con un traje de ante con flecos y una jovencita de Broadway envuelta en una boa de piel, una *geisha* cuyos ojos eran lunas en cuarto menguante y otra que se había cortado el pelo a lo *garçon* y se había perdido en alguna Babilonia, porque sus ojos eran símbolos de dólar.

Una muñeca con ojos de centavo y otra con ojos de botones que rezaban: «Vote a Cox»; una muñeca bizca que ya no hacía gracia, y otra con una pluma de ave del

paraíso. Y una pequeña vagabunda desharrapada y harapienta Ann con remiendos en la falda y arrugas en el cuello: ésta se encontraba justo en el medio, donde las luces de la barra dibujaban un pequeño halo a su alrededor.

Pero ya fueran aves del paraíso o harapientas Annes, aunque una fingiera ser holandesa, la otra irlandesa y la última japonesa, todas habían visto los titulares de la matanza del Día de San Valentín y habían quedado con Harry Greb. A algunas les había sonreído la suerte y a otras no, pero todas habían nacido con los años veinte y con ellos habían muerto.

Algunas fenecieron con los corazones destrozados cuando murió Wallace Reid. Otras se habían sumido en el sueño eterno esperando que Dempsey boxeara con Harry Wills. Algunas sencillamente se habían cansado después de que muriera Starr Faithful.<sup>[41]</sup> Una tras otra habían fallecido, llevándose consigo su buena o mala suerte.

(La harapienta Ann, por supuesto, lo había pasado peor que las demás, como dejaban bien claro los remiendos. Y tal vez ésa era la razón por la que disfrutaba de un lugar de honor justo en el medio de todas.)

—No tienen precio —advertía Dockery a todos—. No están en venta, y yo tampoco. El respeto os franquea la entrada aquí, y la falta de respeto, la salida. El respeto, el respeto es la llave. —A nadie se le permitía sobar a sus muñecas, ningunas manos salvo las suyas podían tocarlas.

Respeto por los muertos de una época muerta, ¡ésa era la clave!

El anciano prefería a los bebedores que pedían que se lavara su copa después de cada trago. De la misma manera que algunos hombres querían estar siempre borrachos, y algunas mujeres, siempre enamoradas, Doc Dockery deseaba estar siempre limpio. Ser limpio y limpiar.

A la gente, por descontado, costaba convencerla de que limpiara. En qué clase de mugre habría vivido sumido aquel hombre que todavía se esforzaba por librarse de ella en su solitaria ancianidad encanecida, o qué tipo de enfermedad ocultaba tanta obsesión por la higiene, no estaba nada claro. Lo que sí era evidente es que había convertido a todas sus mujeres en muñecas.

Respeto, ésa era la clave. Respeto a sus mujeres, y también a su música. Su música, que era «Stardust», «Stormy Weather», «Bye Bye Blackbird», «A Good Man Is Hard to Find», «My Bill», «Paper Doll», «Red Sails in the Sunset» y «Tie Me To Your Apron Strings Again».

A este local ambiguo, propiedad de un fantasma sin permiso de venta de bebidas, a este espectro de taberna clandestina que había vivido sus buenos tiempos en el pasado pero había muerto con el *crash* y ahora sólo rondaba como un fantasma por los años treinta, acudían trabajosamente, unos bajando desde las alturas de la colina y otros subiendo desde las faldas, todos aquellos a los que costaba reconocer que ya no tenían dinero, que la magia se había acabado. Todavía vestían la ropa que lucían antes de 1929 y ninguno sabía cuándo podría volver a comprar ropa nueva.

La mayoría eran gentes de teatro que se había quedado sin escenario: *ingènues*, galanes, tramoyistas, revendedores, managers de giras, aspirantes a artista y prima donnas. Aunque, y sólo por el momento, claro, eran «cabareteras», timadores, soplones, estafadores, proxenetas, tahúres y sableadores, además de unos cuantos honrados y simples vagabundos.

Lo primero que vio Dove al entrar en aquella caverna fue el tullido cabeza de león sin piernas que habían dejado en el burdel. Por qué atajo de callejuelas había llegado antes que ellos ahí era algo que sólo podía saber quien se desplazara sobre cojinetes de bolas.

Finnerty se puso a beber dándole la espalda al medio hombre y le indicó a Dove que era la mejor forma de hacerlo. Así que Dove sintió cierto alivio cuando oyó que la plataforma rodante se desplazaba por el suelo, salía por la puerta y se perdía por la calle.

Entonces, como si quisiera que la canción acompasara la charla en voz baja que se acercaba, metió una moneda de cinco centavos en la *jukebox* para que empezara a pasar el tiempo.

*A todas horas lanzo burbujas*

Comenzó la máquina

*Bonitas burbujas al aire.*<sup>[42]</sup>

—Ahora iré al grano —le dijo Finnerty a Dove cuando todas las burbujas hubieron estallado—: necesito la ayuda de un chico sano. Supongo que tu salud es tan buena como parece.

—Mucho mejor, señor —recalcó con cautela Dove—, y siempre estoy dispuesto a ganar un dólar honradamente.

—Puedes llamarme Oliver, pues así me llamo.

—Pues tú llámame Tex, pues de allí vengo.

—Mi tipo de trabajo, como habrás adivinado, Tex, tiene que ver con las mujeres. ¿Sabes algo de ellas?

—Lo único que sé es que si Dios creó algo mejor, todavía no lo he visto, pero mucho más no sé.

—No es mucho que se diga —concluyó Oliver—, pero la cuestión aquí es si te interesaría acostarte con una jovencita que no se ha acostado todavía con ningún hombre.

—Señor, soy un chico del sur y no abusaría de ninguna joven de ese modo.

—El ser del sur no tiene nada que ver con esto Tex —le tranquilizó Finnerty—. La joven está resuelta a hacer la calle, es su destino. Todo está arreglado, salvo la molestia e inconvenientes de dar el primer paso.

—Visto que tu especialidad son las mujeres —señaló Dove—, me parece que ésa

es tarea tuya.

—Mira, precisamente ésa es la razón por la que yo no puedo hacerlo, ¿no lo entiendes? —Finnerty tenía paciencia—. Si lo hiciera yo, la chica podría volver cualquier día y denunciarme por trata de blancas, porque ya tengo antecedentes, no me importa reconocerlo. Ya me han detenido una vez con esa acusación y no me apetece que me detengan otra. Pero ella no volverá a ver en la vida a alguien como tú... Oh, no temas por tener que usar la fuerza, no se dará el caso. Ni siquiera tendrás que desvestirla.

—Pues eso no me suena muy propio de una virgen —le dijo Dove al macarra.

—Ella dice que lo es, y yo me creo su palabra —le dijo Finnerty a Dove—. La cuestión es que, si me haces este pequeño favor, ella ya no podrá seguir diciéndolo. ¿Me sigues?

—Te sigo pero no del todo —respondió Dove—, al final me pierdo.

—A lo mejor esto te aclara las cosas.

Dove se puso las manos a la espalda, estaba tenso.

—No sabría leer mi propio nombre ni aunque estuviera escrito en grande en la pared de un granero, pero reconozco un billete de cien dólares cuando lo veo. Y creo que harías mejor en guardarte ése.

Finnerty lo metió en el bolsillo delantero de Dove.

—No puedo aceptarlo —dijo Dove con firmeza, aunque sin hacer el menor ademán de que fuera a devolvérselo.

—No te preocupes —le prometió Finnerty—, no es para ti, palurdo. Me lo estás guardando, nada más. Vas a llevarlo al otro lado de la calle y subirás una escalera hasta una habitación donde te está esperando la joven. Cuando entres, se lo das sin decir una palabra..., conociendo como conozco su codicioso corazoncito, sé que ella se lo meterá en la zapatilla, y luego tú puedes recuperarlo.

—¿Cómo se llama?

—Ella misma te lo dirá, tontaina.

Estaban en la entrada trasera de la casa por cuya puerta principal habían entrado antes cuando Dove vaciló.

—Sólo quiero pedirte una cosa.

—¿De qué se trata? —Tenía a Finnerty pegado a la espalda.

—Preferiría que me llamasas Tex en vez de palurdo.

—Perfecto, Tex —aceptó Finnerty y le estrechó la mano para cerrar el trato.

Dove le devolvió el apretón y pasó por la puerta que Oliver mantenía abierta de par en par.

Dentro había una chica con la palidez de quienes viven puertas adentro, escasa de carnes y de huesos marcados, en pantalones cortos rojos y una blusa abierta por detrás también roja. Dove oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Floralee —le dijo ella— y canto como un pajarillo alocado. Pero, ¿cómo he

volado hasta aquí?

—Eso sí que no lo sé, chiquita —le dijo Dove—, pero he venido a darte esto.

Cogió el último billete de diez dólares que le quedaba y se lo pasó. Como Finnerty había dicho, la chica tenía un corazoncito codicioso, porque se lo metió en la zapatilla al instante sin molestarse siquiera en mirarlo y luego se desabrochó el botón que le sujetaba los pantalones.

Si Dove, en los minutos que siguieron, oyó un murmullo de risas al otro lado de la pared, no dejó que lo distrajera de los cálculos mentales que tenía que hacer.

«Me cuesta diez dólares ganar cien», pensó, «así no hay manera de perder.»

En una mañana tan húmeda que la sal se disolvía, Dove se despertó con la sensación de que lo hubieran mascado y escupido por la noche. Su chaqueta de sirsaca, colgada de un clavo de la pared, parecía recién sacada del río. Todo lo que veía a su alrededor parecía pescado o escupido. Tenía un tremendo dolor de cabeza, y se la sostuvo con fuerza lamentándose: «Buf, se dejaba beber, pero menuda resaca. No creo que nadie aguante mucho tiempo este tipo de vida».

Pero el asesor financiero silbaba despreocupadamente mientras se abotonaba un traje recién planchado como los que llevan los ejecutivos.

—Me he topado con un certificado sumamente curioso —anunció en cuanto vio que Dove abría un ojo resacoso y se lo acercó como si fuera un documento legal—. ¿Qué crees que pasa cuando una de las chicas va corriendo al centro para que le hagan un ondulado Marcel gratuito?

—Pues supongo que le arreglarán bien el pelo —comentó Dove todavía perdido en su neblina mental.

—Sí, supongo que eso le harán si tiene tres cincuenta. Pero, como bien sabes, no los tiene. ¿Es que no has leído el papel que vendes?

Por primera vez, Dove se alegró de no saber leer.

Con la patilla de sus gafas de sol, Fort apuntó hacia las cifras fatales.

—Te advertí que te mantuvieras alejado de ese tipo de Georgia —le recordó a Dove—; ahora te aconsejo que no pongas el pie en la calle. No me extrañaría que anduvieran por ahí montones de maridos buscando a un palurdo de pelo pajizo.

—Yo sólo quería ganarme un dólar honradamente, aunque puede que de una manera un poco retorcida —explicó Dove.

Como respuesta, Fort clavó su rostro un instante ante el espejo, y debió de complacerle lo que vio porque salió con paso amplio, seguro, de ejecutivo, como un hombre que se enriquecería en seis semanas, por no decir en cinco.

Dove se acercó a la ventana. De la calle al cielo, Nueva Orleans parecía amortajada. Vio la espantosa soledad de aquella urbe. Sintió su calor insoportable. «Va a lloviznar», pensó, «y me parece que no soy digno ni de levantarme después de hacerle anoche lo que le hice a aquella chica. ¿Qué será de ella ahora?»



Fort estaba de vuelta en la puerta.

—Había andado ya dos manzanas cuando me di cuenta de que me las había dejado —explicó mientras recogía sus gafas de sol azules.

—No hace tanto sol —comentó Dove—, es más, parece que vamos a tener mal tiempo y todo.

Fort se puso las gafas y salió.

—Vista débil —concluyó Dove cuando las primeras gotas de lluvia empezaban a tamborilear. Llovió un rato, paró, y volvió a llover con un ritmo lento y funerario.

Una mañana temprano, entró a hurtadillas la muerte en la habitación.

Sí, una mañana temprano, entró a hurtadillas la muerte en la habitación.<sup>[43]</sup>

—Seguramente ahora estaría casado y bien establecido, guardaría la ropa en un armario de madera de laurel y leería en el periódico sobre la temporada de béisbol si hubiera aprendido a leer las letras —se decía Dove mientras se vestía soñando despierto y se fijaba en lo flaco que estaba—, casado con una chica que también supiera leer y escribir. Y con niños, a los que yo mismo les enseñaría. —Un hombre que supiera leer y escribir podía esperar cualquier cosa.

Los olores del café y los plátanos almacenados en los muelles, en las naves y la bahía salpicada de naranjales llegaban a la habitación arrastrados por ráfagas de una lluvia sin reposo. Abajo, los barcos cargados de plátanos zarpaban hacia mar abierto. Y más abajo, camiones y furgonetas traían cacahuetes y uvas a la ciudad. Incontables mercancías se movían hacia el este, hacia el oeste, en aviones, barcos o trenes de pasajeros. Por vías secas y por vías húmedas, todos salvo él iban camino de ser capitanes de algo.

Todos, menos aquel olvidado Linkhorn, estancado y consumiéndose en una habitación inundada de tristeza en la que la vieja lluvia repiqueteaba en la puerta, como una abuela que buscaba por siempre a su primogénito perdido hacía mucho.

Y Dove tuvo la sensación de que el sol se había puesto la misma mañana que Terasina le había rodeado el cuello con brazos amorosos, que sus hermosos muslos enamorados lo habían arrastrado y su hermosa boca lo había besado por última vez.

—Fuiste la única para mí —reconoció finalmente—, pero no pasamos de la be. Todos estos días, sin verte, han sido un desperdicio total, como las demás letras. En toda mi rastrera vida, fuiste el único ser humano que me creyó capaz de aprender el alfabeto. Si hubiera aprendido habría tenido una oportunidad de prosperar como los demás.

Entonces entró Luke brincando, sonriente, y se detuvo en el centro de la habitación, empapado, borracho, sin sombrero, con los cordones de los zapatos desatados, la camisa por fuera de los pantalones, y éstos desabrochados casi del todo: la viva imagen de un hombre satisfecho.

—Quítate la chaqueta, Luke —le aconsejó Dove, porque se le pegaba al cuerpo.

Luke se palmeó el muslo y dio unos alegres pasos de baile.

—Todo está en la cabeza de la gente, chico: los negocios son mejores que nunca en cuanto lo ves de ese modo. —Y se sacudió como un pato.

—Estás empapado —comentó Dove.

Luke se puso serio.

—¿Qué coño te pasa, chico? Las oportunidades llaman a tu puerta con tanta fuerza que la van a echar abajo y tú lloriqueando por cuatro gotas.

—Lo único que digo es que pareces empapado.

—Hijo, pasas demasiado tiempo aquí solo, dándole vueltas a la cabeza. Sonríe, chico, sonríe. Deja que tu sonrisa te haga de paraguas.

—Sí, me parece que tengo un poco de fiebre —concedió Dove—, sin desayunar nada, me he puesto a recordar y eso me ha chafado.

Luke golpeó la mesa con la palma de la mano tan fuerte que casi perdió el equilibrio.

—¿Y por qué no lo has dicho antes, hijo? —Empezó a revolver los platos sucios buscando algo que comer—. ¿Dónde está mi cheque? Tenía un pequeño cheque por aquí.

—Pues debía de ser tan pequeño que no se veía a simple vista. El caso es que la patrona se pasó y desde luego no trajo ningún cheque. Vino para decir que quería cobrar los tres dólares treinta por el alquiler de los tres.

Luke miró fijamente a Dove, pero sin verlo, mientras su cerebro, como una máquina del millón, marcaba una inesperada puntuación. Se le iluminó el rostro, triunfante.

—¡Cobramos por una habitación cuyo techo tiene tantas goteras que al inquilino se le empapan las sábanas mientras duerme!

Saltó a la cama de Fort, apuñaló el techo con una navaja y se bajó. Dove corrió a la cama con una olla a tiempo para recoger la primera gota de lluvia.

La segunda gota preparó los músculos durante un instante para la zambullida en la que desafiaría a la propia muerte y luego cayó justo en el centro de la olla con un escuálido *piiing*.

—Uno tendría que estar loco para pagar el alquiler de una habitación en la que lo más probable es que se muera empapado, por no decir ahogado. —Luke parecía a punto de poner una demanda—. ¿Me dejas medio dólar hasta el lunes, Red?

—Si tuviera dinero ya habría comprado harina y manteca para que comiéramos una buena olla de espeso caldo de pobre —le dijo Dove.

—¿Te gusta el caldo de pobre, hijo?

—Mira, a mí me gusta cualquier clase de caldo: el de pobre y el de jamón, el rojo y el rosa, el de tropezones y el aguado, el blanco y el negro, el de grasa y el de carne picada. Puedo comer caldo hasta reventar. Si tuviéramos harina y manteca también le echaría un poco de café a la olla. Sí, señor, me gusta el caldo.

Luke le dio una palmada de ánimo en la espalda.

—Guárdate los problemas en tu vieja bolsa de viaje, hijo. Sonríe, mierda, sonríe. Ríe y el mundo reirá contigo, chico. Escucha lo que te digo: ¡dentro de seis semanas seremos ricos!

Agitó ante los ojos de Dove una especie de trozo de goma con una plumita púrpura en la punta.

—A ver, ¿qué es esto chico?

—Parece un globo de niños, si no fuera por la pluma —supuso Dove y examinó el objeto de más cerca—, pero no puede ser un globo porque está hueco y no puede retener el aire. Nunca he visto nada parecido, Luke.

Luke lo blandió como una banderita púrpura.

—¡Es un anticonceptivo, hijo! Combina la protección con el placer. —Le dio un capirotazo a la punta de la pluma, la giró y retorció con alegría y luego arrojó por los aires los certificados que sostenía en la otra mano—. Se acabó el reventarnos llamando a puertas por veinticinco centavos. ¡A dólar la pieza, chaval! ¡A dólar la pieza!

Dove negó tristemente con la cabeza.

—No tendría la insolencia de llamar a la puerta de ninguna mujer y enseñarle una de esas cosas con pinta tan antinatural, Luke —dijo Dove—, me caería al suelo de bruces si ella supiera lo que era, y si no lo sabe, ¿cómo iba a vendérsela?

Luke se puso serio.

—La distribución es mi departamento, Red. Pero hay sitio para un buen chico en la fabricación de los condones. Luego ya habrá tiempo para mejores trabajos.

—¿Cuánto se gana fabricando condones? —preguntó Dove con sólo un leve interés.

—Veinte centavos la docena, eso suma unos cuatro dólares al día si le dedicas tiempo, Red. Y además Gross te paga las comidas.

—¿Quién es Gross?

—Gross —de haber tenido sombrero, Luke se lo habría quitado en gesto de reverencia—, Gross es el padre de éstos, que se llaman O-Daddy.

—Tampoco sé que es eso —admitió Dove—, pero cuatro dólares al día es un buen jornal.

Luke garabateó una dirección en un trozo de papel, luego se acordó de algo y lo hizo trizas.

—Pregunta a algún policía —le aconsejó—, pero nunca menciones el nombre de «Gross» a nadie que lleve uniforme, ¿entendido, chico?

—Entendido, Luke. Y no sabes cuánto te lo agradezco.

—Y recuerda: deja que tu sonrisa te haga de paraguas, hijo. Por fin hemos doblado la esquina. Los negocios nunca habían ido mejor. Si te echas a llorar, llorarás solo.

Y se marchó, dejando que Dove eligiese si reír o llorar.

«Cuesta abajo y siempre alegre», pensó Dove, mientras el sonido de los pasos

saltarines de aquel pequeño desquiciado se perdía entre el repiqueteo risueño y sin sentido de la lluvia. Y se le ocurrió que no volvería a oír esos pasos alocados nunca más, ni con buen ni con mal tiempo.

Nunca se enteró de cómo había encontrado el hombrecito la dirección que le pasó ese día.

La habitación empezó a llenarse de la luz gris verdosa del río, el color del sueño. Las gotas de lluvia repiqueteaban con más fuerza en la olla. Dove se quedó dormido con la cabeza entre las manos.

Soñó con una habitación donde había cubos que recogían gotas de lluvia y hombres y mujeres rodeaban una cama mirando a una pareja. Sobre la cabeza de la chica, la penumbra estaba manchada por una luz que parecía una franja amarillenta de vergüenza y Dove vio que llevaba una de las uñas de los pies pintada de verde. Oyó la voz de Fort repitiendo como un tañido: «¡Deprisa!», «¡deprisa!».

Con un vestido que había sido rojo pero ahora era de un rosa desvaído, Terasina se acercaba a él, con gafas oscuras y extendiendo los brazos para avanzar a tientas.

Una gota cayó en un cubo, luego otra, y aun una tercera. A Dove le entristecía oír las porque cada vez que caía una, él perdía un amigo y no podía irse hasta que cayera la última.

—¡Eh, chico! ¿Dónde está mi cazuela? —Una manaza empezó a zarandearle.

A la luz de la habitación, el verdadero Fort le miraba desde arriba.

—¿Quién ha hecho esos agujeros en mi techo, hijo?

Dove miró la olla. El fondo estaba apenas cubierto de agua.

—Luke creyó que si había goteras y se filtraba la lluvia la patrona no nos reclamaría el alquiler.

—Una idea digna de un imbécil —concluyó Fort.

—Pues yo tengo un *intuimiento*, Fort.

—¿Que tienes un qué?

—Tengo el *intuimiento* de que Luke está pensando en mudarse.

—No sabes lo poco que me importa, hijo. Yo he ganado mi parte del alquiler esta tarde. Saqué seis dólares aun lloviendo y con un poco de suerte podría haber sacado ocho.

—¿Qué clase de trabajo haces ahora, Fort?

Fort se levantó y alargó el brazo derecho. Dove estiró el suyo para estrecharle la mano, pero Fort no la aceptó.

—¿Es que no ves en qué lamentable estado me encuentro? —preguntó en voz baja.

Dove lo examinó con atención.

—Tus ojos... parecen como cerrados o algo así —dijo.

—Entonces, a qué esperas, guíame, amigo —le pidió Fort sin abrir un párpado—, anda, guíame.

Dove se levantó obedientemente y guió al hombre corpulento por la habitación.

—Pues esto es lo que hay. —Fort se quitó las gafas y abrió los ojos—. Fácil, ¿verdad?

—En el pueblo había un indio ciego que se llamaba Riley *Ojo de Pollo* —recordó Dove—. Llevaba una especie de horquilla en el pelo. Pero nunca cerraba los ojos. No tenía. Se los habían vaciado.

—A los indios no les hace falta fingir —comentó Fort con resentimiento—, lo único que tienes que hacer para que te envíen a una reserva es demostrar que eres un indio de mierda. Este gobierno acabará dándole pensiones también a los judíos por el simple hecho de serlo. En cambio, a un hombre blanco que nace pobre no se le concede la menor oportunidad. —De repente, Fort dejó de quejarse y adoptó su tono de ejecutivo—. ¿Comprendes que este trabajo no es más que un recurso temporal hasta que podamos estar en condiciones de entrar en el negocio del petróleo, colega?

—No te entiendo, Fort.

—Está en el condado de Cameron, entre Harlingen y Río Hondo. A media jornada de camino de tu pueblo. Lo único que tenemos que hacer es dar al empleado de Sinclair veinte dólares por un depósito de petróleo. Él nos proporcionará camastros y mantas de su propia casa. Uno se encarga del surtidor y el otro compra productos a los granjeros mejicanos de los alrededores y al por mayor en los almacenes del valle. El empleado de Sinclair no tiene por qué saber nada de esos artículos. Lo único que importa es que uno de nosotros esté en los surtidores cuando se presente el tipo. Es muy fácil, no hay que deslomarse, más fácil que vender café a los negratas, Red.

Dove puso los ojos en blanco, como si fuera una muñeca.

—Yo no me deslomo porque soy fuerte como un roble..., ¿qué hay que hacer?

—Ocuparse de los surtidores de gasolina... ¡uno a cada lado de la gasolinera! ¡Tú en uno y yo en el otro!

—Si fuera dueño de media gasolinera... —comentó Dove embelesado— empezaría a trabajar antes del alba. Y yo me ocuparé de los dos surtidores.

—Entonces, trato hecho, colega.

—¿Cuándo empezamos, Fort?

—En cuanto me hayas guiado por ahí un par de días. Luego yo seré tu guía.

—¿Y qué hago cuando venga un policía y vea que no soy ciego?

—Nadie dice que lo seas —le explicó Fort—. Lo único que pone el cartel que llevas es: «Ayúdenme».

—No me parece muy justo después de la paliza que les dimos —se le ocurrió a Dove.

—¿A quién?, ¿a los policías?

—No, a los indios.

—Deja de preocuparte por los indios. Lo que tienes que saber es que los ojos de un ciego no reflejan la luz, pero los tuyos sí. Por eso tienes que mantenerlos cerrados. Si fueras ciego de verdad podrías ir por ahí con los ojos abiertos, la gente te echa un vistazo y te da un par de monedas. Y todavía más, el Estado te paga una pensión.

—¿Me paga?

—A ti no, a los ciegos de verdad.

—Y también a los indios. Así que supongo que ser un indio ciego es lo mejor que le puede pasar a alguien. Aun así, a aquel tipo de mi pueblo no le iba muy bien. De hecho, se pasaba todos los fines de semana en la cárcel.

—Según creo le dan mucho al aguardiente —comentó Fort con impaciencia.

—No era el aguardiente. Era a una cerda a lo que Riley le daba. La encontraba guiándose sólo por el olfato, y cuando su mujer llegaba a casa él ya se había marchado. Entonces iba a la pocilga, encendía la linterna y allí estaban los dos. La mujer tenía tantos celos del animal que hacía que encerraran a su marido todos los viernes por la noche.

—Pues menuda se armaría en la pocilga cuando soltaran a Riley el lunes por la mañana —Fort le siguió la corriente.

—No la molestaba entre semana —le explicó Dove—, sólo cuando su esposa no se encontraba bien. Él se pasaba los días en la cantina jugando al dominó y pocas veces perdía. Reconocía todas las piezas con sólo pasar los dedos sobre ellas una vez.

Fort suspiró.

—O eso o no encontraba a la puerca durante la semana. Como te digo, se guiaba sólo por el olfato.

Fort volvió al grano.

—Y no camines desgarrado. Límitate a mirar hacia delante y repite: «¿Quién es?», «¿quién está ahí?», «¿quién es?».

—¿Quién está ahí?, ¿quién es?

—Muy bien. Veo que aprendes rápido.

—¿Quién está ahí?, ¿quién es?

—Ahora ya puedes abrir los ojos. Voy a dejar que me guíes tú hasta que le cojas el tranquillo —le aseguró Fort—. Un domingo por la mañana delante de una iglesia católica pueden sacarse entre diez y quince dólares.

—Como no pare de llover, esa gotera será muy grande por la mañana —opinó Dove. Y parpadeando levantó la mirada hacia donde colgaba la siguiente gota, que se soltó y se zambulló para fundirse con las aguas eternas.

—¿Te gustaría cenar en el mejor restaurante de la ciudad esta noche, Tex? Acomodarte ante un mantel blanco entre los potentados y pedirle al camarero que te sirva lo que quieras...

—Muy agradecido de todos modos, pero no dispongo de los medios para devolverte el favor.

—Voy a decirte una cosa, Tex —insistió Fort—, te vienes conmigo en esta historia de ciegos y te doy mi palabra de honor, aquí y ahora, de que en cuanto tengamos la pasta necesaria tiraremos las gafas. Piénsatelo, hijo.

Dove se lo pensó el tiempo que tardaron dos gotas más en caer repiqueteando en la olla.

—Lo que yo quiero es medrar en este mundo —concluyó por fin—, pero ir por Canal Street haciéndome el ciego no me parece la vía más apropiada. Es más, prefiero ver venir mi fortuna a que me guíe otro como si fuera un desvalido, cuando la verdad es que casi puedo ver a través de esa pared.

—La oportunidad ha llamado a tu puerta —anunció Fort como un empleado de funeraria—. Y la oportunidad se va ahora por esa puerta. No volverá.

Y se marchó con el aire sobrado de un hombre capaz de pasarse todo el día, y la mitad de la noche de ser necesario, buscando el sabor justo del polo de chocolate.

Y dejó a Dove repasando las oportunidades que aquel único día le había ofrecido.

—Podría haber aceptado un puesto como guía de ciego, pero lo rechacé. Ésa fue la primera. Podía haber fabricado condones con la posibilidad de ascender si lo hacía bien. Ésa fue la segunda, que todavía no he rechazado. Por cómo me llueven las ofertas, uno diría que los malos tiempos ya han pasado.

Se asomó a la ventana para contemplar la ciudad. En la niebla se entreveían luces, pero no el sol. Estaba a punto de darse la vuelta cuando atisbó un sol que nunca había visto. Se ocultaba detrás del canto de un alero como un ladrón de gallinas al anochecer. Dove se quedó quieto para ver cuál era su siguiente movimiento, pensando que nadie lo veía. Como era de esperar, fue saliendo poco a poco, asomándose muy despacio: un sol ratero, un sol encapuchado. Un sol de las chabolas de los callejones, dispuesto a cualquier cosa por un billete de cinco dólares.

Dove no quería ver qué tramaba un sol como ése. Abrió su bolsita de Bull Durham y, por descontado, allí seguía limpiamente doblado, permitiéndole ver la cifra sin desplegarlo, el billete de cien de Finnerty, esperando que lo gastara.

—Dado que lo hice, era justo que lo cobrara —filosofó para librarse del sentimiento de culpa.

Cerca de un lago, en las afueras sembradas de palmeras de la ciudad, lejos del bullicio y del resplandor, en una casa que en el pasado había estado habitada, Dove subió una escalera silenciosa.

La silenciosa escalera que conducía a O-Daddylandia estaba envuelta en un pálido resplandor higiénico. Por instinto, supuso que un rótulo que no sabía leer rezaba: GUARDEN SILENCIO. Porque el mal tiempo que azota las calles y los cambios de las estaciones, no estaban más permitidos en O-Daddylandia que en los aseos de un cirujano. Las ráfagas de viento cargadas de lluvia que arrastraban voces de los niños no tenían cabida en el territorio de los O-Daddies. Subió hacia una zona en cuarentena sin viento, recorrió un pasillo sin pasión. Se detuvo ante de una puerta sin timbre ni aldaba.

Hasta que un olor anestésico, como a gas o a vapores de éter, le llegó filtrado desde abajo; como si ahí se practicaran abortos.

Extraño en una escalera extrañamente iluminada, le parecía haber llegado a una extraña frontera.

La frontera de un principado cuya única ley era la de Rhino Gross y los múltiples y variables humores de Gross. Un estado totalitario cuya única industria era una curiosa artesanía con caucho Goodrich, que se trabajaba dándole formas de fantasía. Rhino Gross es el único diseñador industrial de su estado y es un hombre caprichoso. De hecho, ahí se abortan los abortos.

(Por la noche, en las horas más muertas y profundas, el bueno de Gross vuelve a oír el suave *raaas* de su legra raspando la pared de una matriz en una sala donde no se oye ningún otro ruido. *Raaas raaas raaas.*)

Ahora, el hombre que se veía a la luz del día, ex médico, ex abortista, ex curandero, ex timador, ex hombre, ex todo, envuelto y blindado por capas y más capas incrustadas de grasa cetrina, sujetándose sus tripas distendidas para evitar que se desparramaran sobre su oxidado braguero, es como un animal envejecido que se acerca a las lindes de la selva, con un oído excelente pero una vista ya débil, presto a darse la vuelta ante el menor crujido de una ramita y retroceder pesadamente a la penumbra protectora de su jungla. Pero ahora se para un momento, inmóvil, con el hocico en alto, temblando, para olisquear el peligro en el aire, y se pregunta si merece la pena correr el riesgo de agredir siquiera levemente a quienquiera que fuera ése que está al otro lado de la sala.

A su vez, Dove capta el intenso tufo que despide el husmeador que está al borde de la jungla, sin saber que lo que huele es de hecho caucho quemado. Cuando uno trabaja con guano, vive con él hasta que se impregna de su olor. El pellejo de Gross estaba impregnado de ese hedor hasta el punto de que su dinero apestaba a caucho.

(¿Quién, aparte de un ginecólogo al que habían expulsado del colegio de médicos, podría haber concebido aquella fantasía recauchutada en technicolor mucho antes de que éste se inventara, de un amarillo hepático cuya obscena punta se bañaba en un rojo de cuartel de bomberos, punteado por un delicado arcoíris sedoso como la



primera pelusilla de un bebé? Una mejora en su estilo, función y línea digna de su pretencioso nombre «O-Daddy, El Condón del Mañana».)

—Primero tendrás que aprender el oficio —le dijo Gross a Dove—, si no, ¿cómo voy a saber lo que vales? —Luego, decidido a mostrarle al recién llegado la rabia agresiva de su corazón, bajó el hocico y gritó con voz atronadora—: ¡Welma! ¡Welma!

Unos pasos leves y rápidos y allí se materializó una mujer cuya vida ya se había consumido. Por su aspecto, podría haber tenido tanto treinta y cinco como sesenta años, aunque todavía no había acabado de quemarse del todo. Llevaba puesto un delantal de caucho por encima de un vestido de color chicle, y coletas sujetas en un gran lazo rosa que rebotaban como si el pelo también fuera de goma. Según parecía, su vista no era mucho mejor que la de Gross, porque se quedó allí, haciendo oscilar un guante, con las gafas en la mano, buscando algo con que limpiarlas del polvo rojizo que las cubría. Por fin se encorvó y levantó la punta de su combinación lo bastante para utilizarla para limpiar las lentes.

—¡Fíjate en el lacito! —graznó Gross con burlona alegría—. ¡Es Welma, la mujer vulcanizada! ¡Menuda esposa!, ¡menuda madre! —Su tono se agrió con la vergüenza que le producía—. ¿Qué te has creído?, ¿que ese lazo te convierte en mujer?

La mujer se puso las gafas y sonrió risueña a Dove a través de ellas con la misma benevolencia que si el desprecio de Rhino hubiera sido en realidad un halago.

—Te puteará como me putea a mí, espíandome día y noche —explicó sin la menor irritación—. Es una rata de cárcel con cuarenta caras recién salida de la Galería de los Chivatos, un farsante de pies a cabeza. Prefiere robarle a su madre antes que ser maquinista de un tren de pasajeros, aun sabiendo que puede quedarse el ochenta por ciento de los billetes. Ahora si quieres venir a ver cómo fabricamos estas cosas, sígueme y te enseñaré.

La cocina, tan espaciosa que en el pasado debió de servir de aposento para los esclavos, ahora acogía en gran parte más de media docena de pequeños moldes de distinto diseño. Alrededor de los moldes había latas de caucho líquido, cubos abiertos de pintura, y pinceles empapados en distintas soluciones. Encima de un amplio horno blanco colgaban O-Daddies como salchichas puestas a secar.

Éste era también el lugar donde se manufacturaban todas las marcas de condones, de allí los Cupid's Arrows salían calientes de la fragua, y sobre las repisas los Ticklish Tessies holgazaneaban. Ya casi habían pasado de moda los Laughing Maggies, pero los Ding-Dong Darlings presentaban un futuro prometedor. Los Happy Hannahs se alojaban también allí; y las puntas de los Barney Googles colgaban sujetas de pinzas de un alambre. Ahí Gross manejaba los Love's Fancies<sup>[44]</sup> al por mayor, y un polvo rojizo lo cubría todo. Porque el O-Daddy no era la única creación de las manos, el corazón y el cerebro de este genio deshonorado, era sólo su obra maestra.

Pero a través del aire enrarecido por el caucho, la pintura y la trementina, Dove

olió algo más apetitoso: sin duda se estaba preparando algo en la cocina. Cuando Welma fue a mirar, él pudo vislumbrar un pollo asándose en un lecho de boniatos.

—No le hagas caso a Gross —le tranquilizó ella—, cuando grita lo único que pasa es que está asustado. No sé muy bien de qué porque aquí no hay nadie más que yo. Al pobre le carcome la mala conciencia, y sabe que no le queda mucho.

—No le he hecho mucho caso —le dijo Dove—, pero su cinta de pelo me parece muy bonita, señora.

—Gracias, hijo —pareció sinceramente halagada—. Ahora déjame que te enseñe cómo se fabrica un condón digno de confianza.

Mientras pintaba una piel con una fina película de caucho líquido, hizo un gesto con la cabeza para avisarle de que Gross estaba escuchando en la puerta de la cocina y deliberadamente habló en voz alta para que el viejo pudiera oír.

—Él te dirá que su único problema es que la poli quiere hablar con él, pero ésa no es su verdadera preocupación. Es un hombre con un problema doble bien grabado en la frente y la poli, te lo aseguro, es el menor. Los otros que quieren tener unas palabras con él no se molestarán en avisarle.

La enorme cabeza de Gross asomó por la puerta.

—La vieja ladrona que no ha hecho más que robar en la vida —anunció como un revisor en una estación de tren—. Buscada por todos, menos por la Iglesia. Siempre con una mano sobre su corazón y la otra en un bolsillo ajeno. —Cerró la puerta de golpe antes de que ella pudiera devolverle el insulto.

Dove vio que Welma, la Mujer Vulcanizada, tenía un leve matiz cobrizo en su cabello rubio ceniza, y su rostro conservaba trazas de belleza sajona. Comprobó que, además de vulcanizada, también estaba humanizada.

—Todas las ventanas sin cortinas de esta ciudad me recuerdan a Arkansas —le reconoció a Dove—. Viviendo como vivo, tanto me daría estar encerrada en una cárcel.

Sentada ante la ventana, se asomaba a un mundo de granujas con ingenuidad y pasmo, y sus pómulos se habían hundido. Pero su flequillo rubio ceniza, vetado ahora visiblemente de gris, delataba que no había mucho en los libros que Welma no hubiera probado y tampoco muchas ideas que no se le hubieran ocurrido a ella sola.

—Me voy al pueblo Mamá, ¿qué quieres que te traiga? —cantó y se respondió:

—Sólo una bolsa grande de dulces y un sombrero J.C. Stetson.

Pertenecía a un antiguo linaje de ladrones rurales que se habían hecho astutos en las montañas. Welma había afilado esa astucia en la ciudad. Y al final, demasiado astuta para la media, se convirtió en la interna más astuta del reformatorio femenino de Aldington. Sin haber cumplido todavía los veinte cuando la encerraron por primera vez, se había distinguido inmediatamente al decirle a una matrona negra «Sostenme esto» para a continuación hundirle un cuchillo de cocina con un mango de cinta aislante en la barriga.

—¿Quieres poner un mantel limpio para la cena? —le preguntó a Dove—. Hay

uno en ese aparador.

Finalmente, fue Velma la que puso el mantel limpio y luego sirvió una variedad de productos sureños: quingombó, pastel de frutas, pan de maíz, boniatos asados, arroz, pollo, salsa de cebolla y tarta de boniato.

Dove nunca había visto comer a nadie como Gross. Velma ni siquiera se molestó en ponerle cuchillo, tenedor o cuchara. Él lo cogía todo entre el índice y el pulgar, poniendo especial cuidado, cada vez que se le escurría un huevo frito, en que se le derramara todo sobre los pantalones para poder aprovecharlo.

—Un pollo exquisito, señora —la felicitó Dove. El pollo estaba estupendo, los boniatos magníficos, la salsa inmejorable y el pastel de frutas soberbio. Desgraciadamente, el fino polvo rojizo se había metido en la comida como en todo lo demás, de manera que al final todas las viandas se resumían en un único plato: caucho. A Gross le gustaba el sabor del caucho. Cuando trabajas con él no sólo comes caucho, sino que hasta tus sueños te llegan en forma de pliegues cauchutados. Al cabo de veinticuatro horas, Dove olía y tenía el mismo aspecto que Velma, la Mujer Vulcanizada. Lo que había entre los dedos de sus pies no eran hormigas muertas sino partículas caídas del molde de los Flap-Happy que habían traspasado sus calcetines.

Vertían el caucho y calentaban la cola, fraguaban los moldes y pintaban las pieles, pegaban las plumas y por fin tendían los O-Daddies, separaban y quemaban los defectuosos, y preparaban los pedidos, y no tenían un momento de respiro.

Velma enseñó a Dove a no poner nunca un Cupid's Arrow sobre el mismo estante que un King Tut ni a dejar un O-Daddy entre los Happy Hannahs. Cuando el sol daba con fuerza se aventuraban a colgar una hilera en un tendedero para que se secase ante la pared exterior; cuando llovía o el día estaba encapotado, el gran salón se llenaba de gomas que colgaban en hileras con los colores del arcoíris, cerca de la llama oscura de gas.

Por la noche, los tres parias se sentaban en la oscuridad de su vieja y extraña casa, y oían las voces ajenas que subían y bajaban. Había un parque de atracciones al final de la calle bordeada de palmeras, y así les llegaban las risas desde un lugar donde la vida humana se solazaba en montañas rusas, mientras ellos soportaban la oscuridad envuelta en caucho de O-Daddylandia como tres fantasmas aún por nacer.

—Hijo —Gross siempre empezaba su sermón nocturno con la misma frase—, hijo, no has colgado todos los O-Daddies. Veo uno tirado ahí, en esa mecedora. ¿Te importaría bajar un poco la luz de esa lámpara o dejar de mirarme así? Siento cierta aversión a que me examinen. Gracias.

Dove se volvió un poco hacia un lado.

—Hijo, a mí me da la impresión de que tienes dos grandes flaquezas, y cualquiera de ellas puede llevarte a la ruina. Las mujeres y el whisky, por ese orden. Sigue mi consejo si no quieres acabar convertido en otro calzonazos, en un vulgar Barney

Google, como yo. Para empezar, lo primero es que te deshagas de esa camisa. Nunca vistas colores alegres. Captan el sol. El azul es el mejor, el azul de los carteros. El secreto para no acabar colgado de una cuerda como un O-Daddy radica en parecerse cuanto sea posible a un cartero: ¿quién sabe cuál es el verdadero aspecto del cartero?, ¿quién lo reconocería si se cambia y se quita el uniforme? Usa gorra con una visera que proyecte sombras sobre tus ojos. Ponte gafas que reflejen la luz. Déjate bigote, pero nunca vayas a bares. Si quieres beber, cierra la puerta de casa y bebe a solas. La sociabilidad lleva a los puñetazos, y los puñetazos a la rabia. No te dejes dominar por la rabia, hijo. La gente nunca olvida a alguien al que han visto perder el control.

»Por mi aspecto, no he tenido que perder los estribos para que la gente se acordase de mí. Los transeúntes siempre me recuerdan, así que a los cinco minutos del incidente que fuera, mi descripción, hasta el detalle del tamaño del sombrero que llevara puesto, estaba en comisaría.

»Ándate con tiento con las flores, con el exceso de confianza, con las mujeres, con la generosidad. Dicho de otro modo: no le regales flores a una mujer de la que te fías.

—Llegará al grano en su momento. Ten paciencia —aseguró Velma a Dove.

—Desde que el mundo es mundo, ninguna mujer —el viejo intentaba ir al grano — ha aceptado jamás una flor como una simple muestra de afecto. No sé si te habrás preguntado por qué le complace tan humilde regalo. «Oh, estas margaritas... ¿son para mí?» ¿Por qué no iba a complacerle? Es el primer pago que sale de tus manos, de tu corazón y de tu cerebro y ella bien lo sabe aunque tú no lo sepas. Si le debes una margarita, le debes una caja de bombones, ¿y durante cuánto tiempo crees que te vas a librar sólo con dulces y flores? ¿Dónde está el perfume? Prosperar, eso es lo que espera una mujer de un hombre. ¿Y qué paso más natural que el que va del perfume al reloj de pulsera...? Bien, veamos entonces cuánto tiempo tardas en mencionar el anillo de compromiso. Tu propio silencio delata que te estás planteando el matrimonio y sólo esperas reunir el valor para pedirlo. Entonces ya estás perdido. Y empeñas tu vida por una casa, un coche, los hijos, la doncella..., renuncias a tu libertad y todavía no se ha dicho ni una palabra al respecto de qué te debe ella a ti.

»Bueno, ni que decir tiene, te ha entregado su cuerpo blanco y virginal, ¿no? Ni se te ocurra comentarle que tú le estás entregando tu cuerpecito rosado, eso sólo lo haría un canalla..., no, hijo, a ti nadie te devolverá jamás la margarita. Pero pronto aprenderás que saciar ese cuerpecillo blanco es un trabajo como cualquier otro, con la diferencia de que no te da tres semanas de vacaciones pagadas. Si intentas escaquearte, tus amigos ocuparán tu puesto. ¿Por qué crees que me pagan dos dólares por un anticonceptivo que hace cosquillas si no es porque piensan que el gato se les va a escapar?

»“Cuidado con las mujeres”, nos avisan..., pero yo voy un paso más allá: “Mirad los espermatozoides” es lo que yo aconsejo. Hijo, ¿sabías que bajo el microscopio cada espermatozoide es clavado a su padre cuando se emborracha? Ahí está, el padre

de pies a cabeza, sin ningún sitio concreto al que ir o, si lo tiene, se le ha olvidado. Tambaleándose de un lado a otro, subiendo por una calle y bajando por otra, sin diferenciar apenas una puerta de la contigua, esperando tan sólo que algún conocido le deje entrar. En realidad no le hace ningún daño a nadie. De repente un espermatozoide femenino (que tiene el mismo aspecto que la madre) abre una puerta en el callejón y susurra: “Por aquí, chaval”. Tira de él y luego cierra con el pestillo. ¿Sabes ya ahora dónde empiezan todos tus problemas?

»Cuidado con el amor, cuidado con el exceso de confianza, cuidado con la generosidad. Cuidado con el vino, cuidado con las margaritas y la gente que se ríe con demasiadas ganas. Ándate sobre todo con tiento con la amistad, hijo, sólo te traerá problemas. Y no son tus enemigos los que te hundirán, sino tus amigos.

»Recuerda siempre que si alguna vez te convocan para que señales con el dedo acusador y digas: “éste es el hombre”, tienes que estar absolutamente seguro, hijo. Si te cabe la menor de la más mínima duda es tu más forzoso deber declarar que no estás absolutamente seguro. ¿Te das cuenta de que si mandas a un hombre a la cárcel por una identificación errónea te conviertes tú mismo en un delincuente, casi en un asesino?

—Ahora se va acercando al grano —comentó Velma.

—¿Por qué —por primera vez Gross le habló directamente a ella— un anciano no va a tener derecho a morir en su propia cama?

La mujer vulcanizada no respondió. Su silla estaba vacía. Se había ido de puntillas sólo para provocarle sudores de ansiedad al anciano.

—¿Dónde ha ido?, ¿cuánto tiempo hace que se fue?, ¿por qué no hablas?

—Creo que se fue al dormitorio, señor —le dijo Dove, y esperó obedientemente el resto del discurso, mientras Gross iba a escuchar a la puerta del dormitorio. Satisfecho de que ella no hubiera cruzado todavía la frontera, volvió a su mecedora; pero esa noche no tenía más que decir.

(En las tenebrosas horas más muertas y profundas de la noche, el viejo oye el leve *raaas raaas* y percibe el repentino hundimiento a través de la pared de la matriz y la sangre que le corre por la mano otra vez. La pared de la matriz que, una vez desgarrada, sangra hasta quedar exangüe. El viejo Gross recuerda un par de cosas en las oscuras horas más muertas de la noche.)

Gross vivía en una tierra de un insoportable crepúsculo, una tierra de nadie, con una mujer con la que se había casado para convertirla en su prisionera. Ahora la prisionera era la carcelera y él, el cautivo. Ella no sólo sabía lo bastante sobre él para mandarlo a chirona para los restos, sino que mantenía también contactos con gente peligrosa a la que Gross temía más que a los agentes uniformados. Sabía que ella podía deshacerse de él sin la molestia de los pesados trámites legales. Cualquiera día, a ella le bastaría con hacer una llamada de teléfono y él ya no volvería a su mecedora

por la noche.

Las tareas de Dove, como no tardó en comprender, consistían sencillamente en realizar recados que de otro modo tendría que hacer Velma. El único alivio del viejo era ver a Velma cuando trabajaba delante de él. Fuera lo que fuese lo que hubiera de ocurrirle, según parecía, prefería verlo venir.

Pero el propio Gross se encargaba de pequeños recados que no parecían inquietar a Velma. Cada mañana, ella envolvía un pequeño paquete en papel de regalo, lo ataba con cordón de colores, lo ponía bajo el brazo del viejo y éste se lo llevaba. Regresaba al cabo de menos de una hora sin el paquete. Transcurrieron varios días antes de que Dove descubriera que ese paquete sólo contenía basura.

—Lo deja en un tranvía en la calle o en un quiosco para que alguien lo encuentre, se crea que es algo de valor y corra a casa a abrirlo, y ya está. ¿Qué otra cosa puede hacer un viejo para divertirse?

A Dove le pareció que incluso un viejo podía divertirse de otro modo.

Cómo había dado ella con él, en ese barrio perdido salpicado de palmeras, donde las subidas y bajadas agónicas de una montaña rusa y las hogueras en la playa del lago Pontchartrain endulzaban los veranos, Gross prefería no saberlo. Se había casado con ella como última y angustiada esperanza de ganarse legalmente su lealtad.

La mujer había deseado un hogar propio toda su vida. Y sabía reconocer lo que le interesaba en cuanto lo veía. El matrimonio fue tan sólo una especie de primer pago para Gross. Ahora ella tenía la propiedad legal de cuanto poseía el viejo y ni se molestaba en discutir con él, salvo para perdonarle la vida.

Lo que más le costaba soportar de él eran sus modales en la mesa.

—En mi vida había visto a nadie mojar las galletas saladas en el café —le comentó a Dove sentado al otro lado de la mesa.

Pero Gross seguía empapándolas tranquilamente. La pechera entera de su camisa estaba grasienta de las gotas de sus dedos.

—A lo mejor lo que pasa es que en Arkansas jamás se ha visto una galleta salada —la picó él inclinando la taza de café para que el líquido se derramara en el platillo y buena parte empapara el mantel—, ¿cuál era la razón por la que te echaron de Arkansas? Siempre se me olvida.

—No me echaron —le corrigió Velma—, lo que pasó es que no me dejaban entrar, que es distinto. En mi vida había visto a nadie mojar galletas saladas en el café.

—Por un oído me entra y por otro me sale —le dijo Gross—, soy duro de mollera.

Ella volvió al fregadero para acabar de fregar los platos que Dove se puso a secar, y él la vio enjugarse furtivamente las lágrimas.

—Ya he soportado bastantes insultos de ese simio de las montañas —advirtió a Gross en voz alta—. Es más de lo que nadie aguantaría.

Dove le dio unas palmadas amables.

—No quiere hacerle daño, señora. Es sólo su manera de mostrar afecto.

Pero aquel tipo de cariño no iba con Velma.

—En mi tierra a ese hombre lo habría echado a patadas del pueblo.

—¡Mira! —le ordenó con voz triunfal el viejo desde la otra punta de la cocina—. ¡Fíjate! ¡Estoy mojando las galletas!

Velma era una especie de cruce entre hurón y tábano, pero como mucha gente con propensión a la violencia, por lo general mantenía una profunda serenidad. Con esa misma serenidad cantaba, y no del todo mal:

Algo no ha salido como debía,  
ahora ya nadie te quiere.<sup>[45]</sup>

Y con la misma serenidad moldeaba las gomas y las pintaba, las colgaba, secaba, seleccionaba, pegaba, contaba, y contaba también los días que faltaban para que el viejo muriera. Porque Dove tenía la sensación de que ella prefería que él muriera en la cama y no violentamente.

Pero se negaba a conceder al viejo la tranquilidad que tal información le habría proporcionado. Tal vez ella temía que, una vez pudiera relajarse, seguiría viviendo eternamente. Al fin y al cabo, su propia vida había sido muy dura y tampoco es que le quedara mucho tiempo por delante. No podía permitirse el lujo de la compasión.

Y así el hombre se pasaba la noche arriba y abajo, en su camisa de dormir de felpa, escondiendo su dinero aquí o allá. A veces desenroscaba el extremo de uno de los pilares de la cama, dejaba caer un par de billetes de veinte por el hueco, pero luego se olvidaba de enroscar la pieza de arriba. Tenía tantos escondrijos como una ardilla en octubre, y uno de sus preferidos era la cisterna que había sobre las anticuadas cañerías. Enrollaba un fajo de billetes dentro de un condón, lo ataba con fuerza y lo sujetaba al mecanismo del desagüe. Pero cuando oía tirar de la cadena y veía salir a Velma, se precipitaba dentro y se subía al retrete para ver si lo había descubierto. Y así, lógicamente, se delataba.

La verdad era que ella había descubierto todos sus secretos hasta el punto de que no le hacía falta seguirlo. Cuando Velma necesitaba dinero se lo quitaba directamente del bolsillo, sin más. Si el bolsillo estaba vacío, iba a la estantería y hojeaba algunos volúmenes hasta que daba con un par de billetes. Al viejo le resultaba imposible esconder su dinero sin delatarse.

En la estación calurosa, cuando los condones se secaban rápido bajo el resplandor cobrizo del mediodía, o en los aguaceros de primavera, cuando las tuberías no daban abasto y las pinzas de colores sujetaban las gomas en hileras con los colores del arcoíris sobre las llamas de gas, ellos vertían el caucho y calentaban la cola, limpiaban los moldes y fraguaban las formas y no tenían un momento de respiro.

—Cuando pasas de los sesenta —se quejaba Gross—, hay días que tienes ganas de subirte a un taxi y que te lleve al cementerio, y esperar al creador al lado de tu

lápida. Pero si uno no ha disfrutado ni de una sola hora de verdadera satisfacción, se resiste a yacer hasta haberla podido disfrutar. Uno quiere algo que le compense por todo lo que ha tenido que pasar.

—A lo mejor, si le hubieras dado algo más al prójimo, como dice nuestro Señor que hagamos —le recordó Velma—, habrías recibido también algo más. Tal vez si cambiaras, todavía tendrías tu hora de gloria.

—Si ese consejo saliera de cualesquiera otros labios, quizá podría seguirlo —reconoció Gross—. Saliendo de los tuyos no tiene el menor sentido. ¿Cómo voy a cambiar en mi vejez? A mí no se me dio nada en la vida para que pudiera dárselo a los demás. En mi caso era una cuestión de tomar o morir.

—Pero, para no morir, no te hacía falta querer tomarlo todo —señaló Velma.

—Tomé cuanto pude, eso es verdad —admitió Gross—, y ahora eres tú la que te vas a quedar con todo lo mío. Pues ten. —Dobló el meñique y se lo acercó—. Tira.

Una noche los gritos del viejo despertaron a Dove.

—¡Vieja ladrona! ¡No sabes vivir sin robar! —Estaba ante la puerta del lavabo en camisa de dormir, golpeando la madera con ambos puños—. ¡Ayúdame, chico! ¡La hemos cogido con las manos en la masa! —Entre sus gritos se oía tirar de la cadena una y otra vez: en cuanto las aguas habían bajado y la cisterna se había vuelto a llenar, caían de nuevo como una estruendosa catarata. Se veía luz por debajo de la puerta. Parecía como si Velma se estuviera ahogando en las cañerías.

Pero cuando por fin abrieron la puerta a empujones, el lavabo estaba vacío. Cómo había conseguido la mujer que la cadena funcionara sola, Dove nunca lo llegó a descubrir. El caso es que ella estaba en su habitación, tumbada, fingiendo que dormía en su propia cama de un blanco virginal, con sus zapatos de tendera a los pies de la cama y las medias de algodón colgando bien dobladas de una silla.

Dove apaciguó primero las cañerías y luego intentó otro tanto con el viejo. Cuando por fin lo oyó sumirse en un sueño inquieto, Dove se levantó sigilosamente y se vistió. Ya estaba harto de caucho.

Permaneció al lado de la cama del viejo hasta asegurarse de que no corría peligro, luego desenroscó cuidadosamente la punta de uno de los pilares de la cama. Tenía la pieza superior en la mano cuando oyó la voz de Velma tan cerca que se quedó paralizado.

—Ése está vacío, hijo —oyó que le decía—; busca debajo de la alfombra del pasillo.

De debajo de la alfombra indicada extrajo un paquete alisado de billetes y al minuto se perdía ya entre las sombras de aquella calle bordeada de palmeras.

Y cuando más adelante recordaba aquella escalera extrañamente iluminada, y las noches y días que había pasado entre el caucho, le parecía que era un sueño que hubiera soñado otro.



Una vez volvió allí, por curiosidad, pero no encontró la casa. Y hasta empezó a cuestionarse si alguna vez había existido en realidad un lugar donde los O-Daddies colgaban tendidos de un alambre sobre las llamas bajas de gas.

Un lugar en el que una capa de polvo rojizo lo cubría todo.

No era ciudad para viejos ni decrepitos. Respiraba amor tras las cortinas y tras las puertas. Amor en las plazas, en las glorietas y en las aceras.

Sobre todo en las aceras al oeste de la estación del sur. Donde cada ventana enmarcaba a un pájaro del amor herido en pleno vuelo. Donde cada puerta de tela metálica era una jaula. Lo que en tiempos había sido Storyville<sup>[46]</sup> se había convertido en una pajarera.

—Entra, guapo, que no mordemos —invitaban al voyeur que merodeaba por allí, o simulaban disputarse al cliente que pasaba por delante—. Éste me lo quedo yo.

Venidas de los trigales y las barriadas, de los hoteles y los muelles, mujeres de todos los plumajes habían anidado a ambos lados de la South Basin. Chicas con pelusilla, como pollitos que acaban de perder a sus mamás, y aguerridas coristas que hacía mucho que habían perdido a la suya. Chicas que venían graznando como arrendajos en invierno, desplegando las plumas de las colas y preparadas para la pelea. Pero otras eran como reyezuelos estivales que sólo buscaban huecos donde ocultarse para siempre.

Por las noches contemplaban desde sus ventanas la triste calle como aves marinas que contemplan un mar sin sol mientras las aguas se oscurecen y retroceden.

—Guapo, si no subes me tiraré a la calle.

—Anda, bonito, ven, nos lo pasaremos en grande. —Pero para una mujer acostumbrada a las comodidades del norte no era precisamente pasárselo en grande despertarse cada día en Perdido Street, con la lámpara de queroseno, que se había consumido durante la noche, apagada, sintiéndose agotada y condenada en una cuadra cuyo suelo estaba tan deteriorado que parecía que los clientes iban a salir entre las grietas. Los chinches que colgaban en grupos como racimos de uvas de los muelles, la palangana de loza resquebrajada, la cómoda anticuada, el cortinaje grasiento que hacía las veces de puerta, el acento del sur en el pasillo y los mosquitos omnipresentes..., todo eso parecía decir: «Chica, te han atrapado. Te han atrapado».

No paraban de murmurarlo durante toda la noche.

Te han atrapado, han pagado por ti, te alquilan por minutos. Ahora todo vale, por salvaje que sea, en tanto mantenga lejos la tristeza infinita de Storyville. Todo vale: la cocaína, o el whisky..., ¿quién se libraba de la tristeza? Todo vale: pelearse en los callejones, caerse por los suelos. Darlo todo y no perder nada. Los hombres, la ginebra, toda la noche interminable. Pásatelo en grande y gástatelo todo.

—Guapo, invítame a una copa más y haz lo que quieras conmigo. —A eso le llamaban diversión en la vieja Perdido Street.

¿Quién podía librarse allí de la tristeza?

A las chicas de las grandes ciudades esa vida del todo vale de las cuabras les resultaba más difícil de sobrellevar que a las de las granjas y los campos. Las chicas de campo eran duras como las mazorcas. Pero las que mejor lo llevaban eran las que procedían de ciudades mineras o algodonerías. Para ellas los malos tiempos no importaban: no habían conocido otros. No las asustaban la ley ni la cárcel ni siquiera, según parecía, las infecciones. La antracita había penetrado en sus corazones.

Cada vez que un industrial echaba el cierre a una mina o a una fábrica de algodón en el oeste de Virginia, Alabama, Kentucky, Pennsylvania o el sur de Illinois, una nueva bandada de chicas se abatía sobre la ciudad y empezaban a ofrecer sus servicios por el precio de un sándwich de pobre muchacho y una botella de refresco Dr. Pepper's.

Eran chicas delgadas, de grandes huesos, y cuando se peleaban, no buscaban los ojos ni el pelo, sino el estómago o la mandíbula, con los puños. Se pegaban como hombres. Peleaban, bebían y gritaban más y mejor que las chicas de ciudad y de pueblo. Eso por mencionar sólo algunas de las cosas que hacían con toda su voluntad.

—Suelta un poco de pasta, estás borracho. —Con la última ginebra de la noche anterior trabándoles todavía la lengua se mofaban de los chicos abstemios con gafas de concha de las católicas universidades de Loyola y Tulane. Chicos que estaban acabando sus tesis de teología y a los que les habían dicho que en Perdido Street encontrarían diversión.

—¡Eh, profesorcito, párate un momento! ¿Has venido por aquí buscando lo que yo creo que buscas?, ¿o sólo has venido a mirar? ¡Chicas! ¡El gafitas sólo ha venido a mirar! Pues muy bien, profesor, mira lo que te ha traído hasta aquí, que será lo mismo que te echará... —Y los chillidos de las chicas mofándose del mirón le hacían huir por toda la calle, hasta las tortuosas avenidas de todos sus sueños de voyeur: calles curiosas por las que él caminaba como si fuera el último de los solteros de la tierra, mientras oía las burlas de las mujeres asomadas a las ventanas al pasar. En esos sueños eran siempre las mujeres las que se volvían a mirar.

Malos tiempos y peores circunstancias, éstos en los que las chicas tiernas se endurecían y las chicas curtidas se ablandaban. Las más sensatas en el oficio invitaban con un susurro:

—Guapo, tú dirás. Estoy en las últimas.

Porque a veces los hombres iban por allí buscando a alguna a quien dar el último empujón para que se despeñara por el filo o bien para salvarla..., poco importaba. Tanto daba que pretendiera hacerse pasar por Cristo o por diablo, lo que contaba era que pagaran el sucio dólar del precio. Por el doble, uno podía hacerse pasar por las dos cosas. Para ese tipo de leones que sólo rugen al enfrentarse a la oveja que bala débilmente nunca faltaba diversión en Perdido Street. Pero el siseo sibilante de la cerrada oscuridad era sólo para una clientela especializada.

Chicas que todavía no habían cumplido los veinte, descaradas o sumisas. Perdidas

o atrapadas, desgraciadas o libidinosas. Las morenas y las rubias de cualquier punto del país que se habrían casado tranquilamente en Minneapolis o Seattle, Kennebunkport o San Francisco si la política económica de la conservadora vieja guardia republicana hubiera mostrado tanta querencia por el bienestar doméstico de los ciudadanos como por las burbujas efervescentes de las finanzas.

Chicas de Minnesota con el pelo recogido como trigo maduro, con reflejos del sol del norte todavía brillando en sus cabellos. En los ojos de las chicas de San Francisco las brumas del océano, grandes, lentas y silenciosas, se desplazaban hasta la playa donde morirían.

Detrás de los ojos de las chicas de Oregón llovía otra vez en Portland. Siempre llovía tras los ojos de las chicas de Oregón.

Chicas con acento del oeste y chicas con el deje gangoso de las llanuras. Chicas que llevaban el pelo largo como Anna Q. Nilsson o en trenzas como Ann Harding.<sup>[47]</sup> A lo *garçon*, con flequillo o suelto hasta los hombros, las chicas, sonrosadas o cetrinas, lucían todo tipo de peinados, y utilizaban todas las sibilinas artimañas verbales de las buenas chicas.

Enfermas o tontas, mutiladas o descarriadas, hojas recién caídas de las ramas o marchitas, las furcias de Storyville charlaban alegremente de maridos y mujeres, de los días de colada, de los caseros, de las oportunidades que habían perdido y de las que habían dejado pasar, como hacen las chicas decentes. Guardaban recuerdos de sus momentos más felices: relicarios y álbumes, cartas y anillos, exactamente igual que las chicas decentes. Si se habían casado con un chulo que ahora cumplía condena, las que se habían casado con hombres honrados sentían una punzada de envidia..., pero ¿no era eso lo que les pasaba también a las chicas decentes?

Le pedían prestado a un novio para darle el dinero a otro, traicionaban a los que las habían ayudado para hacerle un favor desinteresado a un desconocido, permitían que un macarra las maltratara como si fueran animales de cuatro patas, aunque eran capaces de convencer a algún primo de que no se acostarían con ningún hombre con el que no estuvieran legalmente casadas, ni aunque colgaran longanizas de los árboles. Pero, bien mirado, ¿no es lo mismo que hacían de vez en cuando las chicas decentes?

En el animado verano de 1931, las chicas malas y las decentes se comportaban de manera muy similar; cualquier yanqui se habría dejado engañar.

Pero un chico del sur era más difícil de engatusar. En cuanto veía a una chica detrás de la tela metálica de la puerta, desnuda hasta el ombligo y levantando los pechos, sabía que pasaba algo raro. Cuando contoneaba lentamente las caderas con las piernas abiertas y, por si acaso, acababa con un cegador golpe hacia arriba de la pelvis, el chico sospechaba que aquello no era gratis. Cuando ella abría la puerta y decía: «Entra, no muerdo», él entraba, claro, por simple cortesía. Pero no se llamaba a engaño, sabía que ella buscaba su dinero, eso era todo. No, un chico del sur no era fácil de engañar, en el verano de ningún año.

A la hora en que la lluvia blanca se tornaba rojiza bajo la iluminación nocturna, las puertas de Perdido Street se abrían de par en par. Aquí y allá, entre los salones de baile y los garitos, alguna mujer, como un ruiseñor, caminaba soportando el abrumador peso de una culpa tan reciente que ni siquiera se ofrecía a nadie, pese a que ese día no había probado bocado.

(Nadie sabía de dónde venían esas chicas silenciosas. Ni tampoco si sus ojos, que miraban hacia su interior, veían una cama deshecha y manchada de sangre o una caja registradora. Ni si se las estaban comiendo vivas los remordimientos o simplemente calculaban con indiferencia: un dólar, dos, tres y cuatro, cuando tenga ocho me compraré un vestido de color rosa tropical. Cuando tenga veintidós me compraré unas zapatillas también rosas.)

Aves de todos los plumajes que ululaban, silbaban, gorjeaban o graznaban conformaban un nuevo zoo en el que las cautivas se buscaban la vida cada una por su cuenta.

Algunas eran retrasadas y otras estaban locas; algunas llevaban tatuajes. Había especialistas en exhibirse y las había expertas en vicios raros; unas eran gruesas y otras desgarbadas, y hasta había una enana que se llamaba a sí misma Princesa.

No había suficientes pastores para manejar aquel rebaño. Chulos que nunca habían tenido más de un par de mujeres haciendo la calle se encontraban ahora sin suficientes escaparates donde exhibirlas. Cinco o seis mujeres disputándose el turno en la puerta o el escaparate, rivalizando entre ellas por ser la favorita del papaíto.

Era un mercado ideal para esos papaítos, pero tenían que andarse con cuidado.

Oliver Finnerty, ex jinete de entrenamiento de caballos de carreras, era en ese momento dueño de seis mirillas para voyeurs en la primera planta del Spider-Boy Court, y en una ocasión había tenido que cumplir una condena de noventa días en la cárcel del condado, y le había cedido una chica a un amigo para que la custodiara. Oliver había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a esa chica, porque le había parecido prometedor desde el principio. Le había dicho:

—Nena, ve con este hombre y cuando él te diga «camina con garbo», pues lo haces, sin chistar.

Y al amigo le comentó:

—No le pegues donde le deje marca porque lo utilizará como excusa para no trabajar. Y ahora, buena suerte, y que Dios os bendiga.

Noventa días más tarde, cumplida su condena, Finnerty volvió para recuperar su propiedad y se encontró a la chica con un largo vestido negro y quevedos, y a su amigo trabajando, cavando zanjas. Algo había ido mal. Finnerty tuvo que pasarse el día entero convenciendo a la chica para que volviera a lucir sus trapitos de faena. Cuando su amigo volvió del tajo, con una fiambarrera negra bajo el brazo, a Finnerty se le había acabado la paciencia.

—Mira lo que le has hecho a la chica —le reprochó al Benedict Arnold<sup>[48]</sup> del proxenetismo—. Te dan a una chica encantadora y la desgracias. Has echado a perder

todo mi trabajo con ella.

Y entonces le levantó el cabello de la nuca a la chica y empezó a pegarle con paciencia, sin odio ni rencor, mecánicamente, con la satisfacción de estar haciendo algo que debía hacerse. Y ella, como una buena putita, lo soportó estoicamente, porque ya antes sabía lo que le esperaba. Y también sabía que, una vez recibido el castigo, sería absuelta del todo.

El que nunca sería perdonado era Benedict Arnold: cuando se daban este tipo de casos nunca era culpa de la chica. Lo único que podía hacer él a partir de ese momento era sentarse callado y amargado, sabedor de que no se le permitirá volver a beber con los demás chulos honestos. Tendría que beber en miserables tabernas donde los trabajadores juegan al dominó apostándose unos centavos y envidian a los que tienen la suerte de trabajar también los sábados. ¡Si Oliver le diera aunque sólo fuera otra oportunidad!

Pero Oliver no tenía intención de infringir sus principios. Cuando acabó de darle la paliza a la chica, hizo añicos los quevedos, tiró el vestido negro largo al cubo de la basura, se volvió hacia su ex colega y le espetó tajante:

—Y tú, recoge tu fiambarrera y vuelve a tu zanja.

Deshonrado, expulsado de su gremio, una vergüenza para los chulos como era debido, el «Hombre que Podría Haber Sido» uno de ellos, se fue arrastrando los pies, sin despedirse, por una calle que otros portadores de fiamberras habían asfaltado hacía mucho.

Y nunca más se le volvería a ver por los círculos respetables.

Finnerty, que parecía uno de esos zorritos australianos cuyas orejas abultan casi la mitad de su cuerpo, afirmaba medir más de metro y medio, pero tenía que llevar puestas las botas de cowboy para hacer creíble la jactancia.

—Dolor de Muelas me está tocando las pelotas otra vez —se quejaba de la chica que llevaba más tiempo con él, la rubia de Chicago con cara de luna llena—. Sé que ha sido todo lo leal que puede ser una furcia, pero lo que me fastidia es su dentadura. Necesita un diente postizo nuevo casi cada mes. Estoy manteniendo a la mitad de los dentistas de la ciudad.

—Si dejaras de darle puñetazos en la boca, no tendrías que mantener a tantos —apuntó la mulata que antes se llamaba Lucille.

Oliver poseía cinco mujeres, una avioneta monomotor y un ratón cautivo. Se jactaba de ser el primer chulo de todo el sur que desplazaba a sus chicas en avión. Un detalle que hacía sentir orgullosas de su papaíto de metro y medio a las cinco sin excepción.

Las apiñaba a las cinco en el monomotor, depositaba a una en las afueras de Baton Rouge, a dos cerca de Hammond (donde funcionaba una vía rápida por entonces) y llevaba a las dos últimas hasta Gulfport. Ante las mujeres se justificaba

contándoles que el motivo era ahorrar tiempo, pero ante sus colegas de burdel reconocía de buena gana que se trataba en realidad de librarse de toda su cháchara:

—No puedo soportar ni medio día seguido con una furcia, imaginaos con cinco.

Como piloto, tenía los mismos defectos que había tenido como aprendiz de *jockey*. Cogía tal ciego fumando hierba panameña que no se aclaraba. Montado a caballo nunca había sabido si debía utilizar la fusta o tirar de las riendas, así que a veces había hecho ambas cosas a la vez. En un avión, con cinco mujeres tan puestas de hierba como él y cada una de ellas dándole órdenes, no sabía si aterrizar en una carretera o en un descampado con vegetación. La carretera quemaba las ruedas desgastándolas hasta el punto de que tenía que comprar un juego nuevo cada vez, pero el riesgo de volcar en la vegetación, corriendo además el peligro de perder su mano de obra, era todavía peor.

En cuanto las mujeres veían que el papaíto echaba mano a los mandos, forcejeaban por ser las primeras en ayudar. Una prefería la carretera y agarraba la palanca para salirse con la suya; otra, de costumbres más frugales, deseosa de atribuirse más tarde el haberle ahorrado un juego entero de neumáticos, le chillaba al oído: «¡Idiota! ¡En la hierba! ¡La hierba!». En el último momento, él acertaba a aullar: «¡No puedo complaceros a todas!», soltaba puñetazos con ambas manos y tomaba tierra dando tumbos chirriantes e inclinado como si se tirara por un tobogán al agua. Acabaran sobre la carretera o sobre la hierba, a las mujeres les encantaba. Era una emoción que ningún otro chulo vivo podía proporcionar. No es de extrañar que el poder decir «la lleva Finnerty» supusiera una gran distinción para la chica entre las mujeres de Perdido Street.

El ratón se había librado a duras penas de la gata berrenda coja de Hallie. La gata, que pertenecía a la única mujer que no había tenido nada que ver con Finnerty, llevaba tanto tiempo a tres patas que ya no mataba, sólo mutilaba. Después de que la gata lo mutilase, el ratón se arrastró a un rincón detrás de la *jukebox*. Finnerty lo había recogido y le dio un hogar en una cajita con una ventana de celofán que antes había contenido polvos de maquillaje. Cuando tenía que iniciar a una chica nueva o dar un toque de atención a una desobediente las llevaba a ver al ratón. Mantenía una expresión impávida mientras la chica y él veían cómo el animal intentaba salir de allí, pese a todo el dolor que le causaba su empeño. No decía nada mientras el ratón arrastraba los maltrechos cuartos traseros una y otra vez. Cuando por fin parecía que iba a escapar, Finnerty lo hacía caer de nuevo dentro de la caja y le decía a la chica:

—Cuando tengas tanto sentido común como este ratón, nos llevaremos mejor, nena.

Y a continuación cerraba la tapa. Era una advertencia para que se portara mejor con su papaíto si no quería que se pusiera los guantes de boxeo.

—Papaíto, querido —se quejó una vez la rubia de Chicago—, llévame al hospital. Me tendrán que quitar algo. —Y apoyó la cabeza entre las manos.

—No puedo andar llevándote y trayéndote al quirófano dos veces al mes —le

respondió el chulo—, cada vez que entras dejas de trabajar durante días. Si haces una visita más, sabe Dios que me encargaré de que no te quede nada que te puedan quitar. A ver si te enteras, Dolor de Muelas, he dicho ¡nada! Tanto perder el tiempo yendo poco a poco cada vez me asquea.

—Pero, papaíto, no tiene por qué asquearte —replicó la chica—, si tú fueses al médico por un pequeño malestar, no sé, pongamos de próstata, no te gustaría que el tipo te cortara las pelotas, ¿verdad que no? Pues una mujer tienes cosas que tampoco quiere perder, papaíto.

—No me vengas con ésas. —El papaíto acabó la discusión—. Más vale que te olvides de esas tonterías.

—No es ése modo de hablarle a una chica, ni siquiera un chulo tendría que ser tan duro —Mama recriminó al macarra delante de todos—. El buen libro nos dice: «Una mujer es tan preciosa como una fruta en un huerto cerrado».<sup>[49]</sup>

—Lo de cerrado viene a cuento, así que aplícatelo a la boca —ordenó Finnerty—, y si alguien se atreve a insinuar que alguna vez le he pegado a una mujer con algo más grande que un ladrillo es un redomado mentiroso.

Tenía los hombros y brazos tan fuertes como los de un hombre corpulento de uno ochenta, y en el brazo derecho lucía un extraño tatuaje: un estrecho cigarrillo cuyo humo formaba una candente fanfarronada: «El rey de los fumetas».

El bien que pudiera hacerle tal inscripción en el caso de que lo detuvieran, no lo explicaba, e incluso cuestionaba con humildad las implicaciones del tatuaje:

—En realidad no significa que sea el rey de todos los fumetas —señalaba—, sólo significa que cuando estoy fumado me siento como un rey.

Sus matices eran demasiado sutiles para seguirlos y, la verdad, tampoco merecía la pena tomarse la molestia. Se sabía que había intercambiado a una de sus mujeres de menos de treinta y cinco años por un billete de veinte dólares y una navaja automática, pero luego explicó que tenía razones para creer que le había sido infiel. Fiel o no, si añadías media lata de esa infusión verde que tanto le gustaba fumar a otros veinte dólares, estaba dispuesto a desembarazarse de casi cualquiera de sus mujeres. Salvo, por supuesto, de Reba, con ella Finnerty había sido leal: ¿acaso no le habían ofrecido una carretada de plátanos verdes más una lata entera de marihuana por ella y él había rechazado la oferta?

Pero antes de dejarla pasar había echado una mirada a la hierba, que tenía un matiz verdoso claro.

—Si hubiera sido *boge* auténtico —reconocería más adelante—, no habría respondido de mis actos.

Con lo de *boge* se refería a la variedad de la planta de color púrpura oscuro que sólo crece en las laderas del volcán Popocatepetl.

Le gustaban las rayas anchas y los abrigos que le llegaban casi hasta las rodillas, unas veces cruzados y otras abiertos: un hombre que iba diez años por delante de su época, de ojos tan pálidos como el whisky de su vaso.

—Ojalá pudiera librarme de este comezón que me entra de cargarme a alguien — se quejaba—, ¿por qué me pasa?

—Deberías deshacerte de esa treinta y ocho —volvió a advertirle Lucille.

—Entonces me sentiría indefenso —le respondió Finnerty levemente sorprendido. Ella era su ama de llaves y sentía algo parecido al afecto por él.

Pero cuando le abordó un desconocido, casi divertido por el extravagante pequeñajo con botas de cowboy que apestaba a colonia:

—¿Cuánto mides, renacuajo?

Finnerty respondió:

—A un indio alto le llego al culo, ¿a qué altura te crees que le llegas tú?

El desconocido respondió despacio:

—Supongo que medimos lo mismo, caballero.

—Eso no basta.

—Es posible que usted sea un poco más alto.

Pero si alguien le caía bien, se animaba enseguida:

—He decidido no enterrarte —le felicitaba en ese caso—, he decidido que estoy contigo frente a todos los demás. Ni siquiera voy a darte un par de ostias. Ha llegado la hora de que me quite de encima esta picazón asesina y voy a empezar contigo.

Una vez que Oliver se ponía de tu parte, ahí se quedaba. Él sabía que lo necesitabas. ¿Y quién iba a negarle a un amigo tan íntimo ciertos favores, como invitarle a beber toda la tarde? ¿Qué sería de una amistad que no pudiera aguantar unos cuantos whiskies?

A las mujeres no les pedía ningún favor. Ellas no tenían más asidero al que uno pudiera agarrarse que los peces en un río. Además, había peces de sobra. Y el cebo con el que los pescaba apenas variaba. Era el inmemorial cuento de la granja que los proxenetas han contado desde que empezó su profesión:

—Nosotros no gastamos nuestro dinero a lo tonto, como hacen otras parejas, chata —decía el cuento—. No lo derrocharemos en bebidas fuertes y juergas. Después de todo, en el fondo, tú y yo sabemos que tú no eres más puta de lo que yo soy un chulo. No somos más que un amante y su pequeña amada contra el mundo, por el momento. Escúchame, pequeña, y todo irá a las mil maravillas. Meteremos un tanto en el banco, llueva o truene. No quería decírtelo, cariño, quería darte una sorpresa, pero le he echado el ojo a una pequeña granja de pollos en el interior, para ti y para mí, desde hace un tiempo. Será para nosotros solos, para ti y para mí, pequeña, y dentro de cinco años estaremos bien cubiertos. El día que nos mudemos, nos pasaremos antes por el juez de paz, mi niña. Porque si tú te cuidas de mí en las cosas pequeñas, yo me cuidaré de ti en las grandes.

¿Qué clase de cariñito tenía que ser para no ocuparse de las cosas pequeñas del amante hasta que él se recuperase económicamente?

Pero las semanas pasaban, primero tres, luego hasta un mes. Los meses también, primero seis, luego un año, y ella se cuidaba de las pequeñas cosas del amante y él de



las grandes de la amada: la mantenía fuera de prisión o la iba a visitar dentro cuando no podía. Él se encargaba de que ella tuviera suficientes clientes, pero que nunca se pasasen. Le evitaba los borrachos, los ladrones, los pederastas y los depravados; y una o dos veces al año la llevaba a pescar.

Y ya no se decía nada más de la granja. Alguna vez, mucho después de que fuera demasiado tarde para ser granjero, él la sorprendía llorando y la sobaba un poco.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Tienes fiebre? ¿Quieres tomarte la noche libre?

Ella podía murmurar algo sobre mirar huevos al trasluz, pero él no entendería de qué le estaba hablando. Y con el tiempo, ella acabaría llorando sin saber tampoco muy bien por qué, como una niña llora por una pesadilla mucho después de haberla olvidado.

Con el tiempo, las lágrimas se secaban. Y al final ella ya no podía llorar por nada. Había derramado todas las lágrimas, había agotado todas las carcajadas y todo el amor. No le quedaba más que sentarse aturdida, noche tras noche, bajo una luz atenuada, con música rítmica, para levantarse automáticamente cuando alguien con pantalones la señalaba con un dedo y decía: «ésa de ahí».

Entonces, como un animal adiestrado para erguirse cuando sonara una campanilla, ella se dirigía a la cama que le habían asignado.

Y allí estaba todo lo que poseía en el mundo: una toalla, un tubo de pomada lubricante, una palangana de porcelana, una pastilla de jabón Lifebouy y una botella de Coca-Cola, la mitad para verterla en la palangana y la otra mitad en la ducha.

Sus oídos escucharían a los pantalones preguntar por su nombre, y su respuesta a eso también estaba determinada. («Esta semana eres Pepper, pequeña»; si se le dejaba elegir ella salía siempre con una vulgaridad como Jane o Mary.)

Así que ella se limitaba a esbozar una sonrisa fija, lavaba al cliente con agua tibia, se tumbaba y cerraba los ojos, sentía sus manos sobre los pechos y el peso del otro cuerpo encima, apartaba la cabeza para evitar su aliento, percibía alguna sacudida convulsiva en su trasero y entonces volvía a abrir los ojos: se había acabado el tiempo otra vez, empezaba el tiempo para el siguiente. Cuando volvía a la luz suave y a la música rítmica, ya había otro dedo señalándola: «Ésa de ahí».

—Ahora sí, por fin la tienes donde te puedes fiar de ella —opinaba Finnerty—; mientras quiera conservar su propio nombre no es la fulana que debería ser.

Hasta que una chica no renunciaba a todo salvo a la palangana, la cama y la toalla, no se podía uno fiar de ella. No, no era de confianza hasta que se hubiera olvidado de que trabajaba por dinero. Un hombre tenía que consagrar años a la tarea de conseguir una chica así. Sólo cuando tenía madames que le enviaban dinero en efectivo —no giros postales— desde media docenas de ciudades del país podía considerarse que un hombre era un auténtico chulo.

El talento de Finnerty radicaba en su ilimitado desprecio hacia todo lo femenino. Trataba a las mujeres como si fueran descerebradas. Y con el tiempo, a su lado, acababan siéndolo.

En ese momento sin ir más lejos tenía a dos enganchadas con el cuento de la granja trabajando para él bajo el mismo techo, y ambas bien encaminadas para acabar convirtiéndose en «ésa de ahí».

Frenchy y Reba trabajaban juntas, y cada una estaba convencida de que sería la otra la que Oliver traicionaría cuando sonara la hora de Judas. Mientras tanto competían, semana tras semana, para demostrarle a Oliver que no se había equivocado confiando en ellas. Si una semana era Reba la puta más rentable, Frenchy se hundía a la siguiente, sintiéndose tan inútil y desdichada que Oliver tenía que darle ánimos:

—No es para tanto, cariño, has hecho lo que has podido. Esta semana ella ha tenido unos cuantos golpes de suerte. Pero tú vales mucho más que ella. Esta semana voy a apostar por ti.

Estimulada al saberse merecedora de la confianza de su dueño y señor, Frenchy se salía, hacía que los clientes acabaran el trabajito casi antes de haberse quitado los pantalones, los despachaba por la puerta para que entrara el siguiente, les picaba como una gallina enfurecida si no se apresuraban y... ¡ahí estaba!, al final de esa semana había doblado los ingresos de Reba.

—En toda mi vida me había sentido tan orgulloso de alguien —la felicitaba Oliver el sábado, delante de todos—. Y tú no me des la lata —se volvía a Reba—, y págate tus copas, muerta de hambre. —Y en cambio invitaba a Frenchy toda la noche, la paseaba por ahí, le preguntaba qué quería que le regalara para su cumpleaños, dónde quería ir en Nochevieja (y eso que era julio), y le contaba que la granja de pollos estaba ahora al alcance de la mano—. Con sólo un par de semanas más como ésta y tenemos el porvenir asegurado, chiquilla.

A lo largo de las dos semanas siguientes, Reba batía todos los récords de ingresos de la casa y hasta tenían que contenerla cuando traía clientes de la calle..., y así iban pasando las semanas, rivalizando entre las dos, hasta el punto de que se convirtió en un chiste habitual en el bar de Dockery preguntar cuál era la puta ganadora de Finnerty esa semana.

Un chiste que únicamente no pillaban las dos putas.

—Debes de despreciar mucho a las mujeres —le reprochó una vez Mama, cuyo descaro era fruto del cabreo.

—Mira, yo creo que, te dediques a lo que te dediques, tienes que saber moverte —fue la respuesta de Finnerty.

Y nadie cuestionaba que, en su oficio, Oliver no supiera moverse. Es más, hasta tenía cierto estilo. No iba de bravucón barato ni daba la nota, evitaba el rollo al estilo: «Acabas de conocer al rey de San Luis, prueba un poco del material. Tengo seis tías en Miami y seis en Kansas City», y cosas así.

Pero ¿por qué iba a querer una chica en su sano juicio arruinar su salud para que un tipo contrahecho con patillas anduviera por ahí maqueado y reluciente? ¿Qué chica sensata dejaría que cualquier borracho calenturiento de mediodía se desplomara

sobre su delicado cutis rosáceo para dormir la mona y que se le pasara la resaca antes de volver a casa con su esposa, sólo para que el único que ganara siempre fuera un tipo como Finnerty? ¿Por qué acabar sus días, cubierta de cicatrices del pecho a los tobillos, en un mísero burdel de Trinidad?

Era algo que Mama fingía no entender, pero lo entendía mucho mejor de lo que dejaba entrever. La verdad era que una chica de la calle sin protección estaba expuesta a caer en muchos peligros, como emborracharse mientras trabajaba, hacer jirones la ropa de furcia o intentar subirse a un autocar Greyhound que la llevara de vuelta a casa. Se requería un buen chulo para mantener a una chica a salvo de esas perversiones, y Mama lo sabía.

Mama Lucille detestaba la violencia, pero no había semana en que no se viera obligada a decir:

—Cariño, vas a conseguir que llame a Finnerty para que se pase por aquí con los guantes.

Y cuando se ponía los guantes, Finnerty siempre decía:

—Nena, ésta va a ser una lección muy provechosa para ti. Ya verás como algún día me lo agradeces.

Más de una inocente, convencida de que le convenía quedarse lo que ganaba y no dárselo a otro, abandonaba a su chulito mestizo en Omaha y se iba a trabajar por su cuenta a Nueva Orleans.

Pero tarde o temprano, allá donde se alojase, fuera un hotel o un apartamento amueblado, el recepcionista o la patraña acabarían metiéndose en su negocio, con o sin su consentimiento. La frase que utilizaría la patrona sería aproximadamente:

—Cariño, me gustaría que conocieras a un sobrino mío que trabaja en la industria textil. Es un encanto de chico, guapo y muy divertido y sólo estará en Nueva Orleans el fin de semana. ¿Quieres que te haga pasar un buen rato?

Los recepcionistas de hotel no se tomaban tantas molestias. Llamaban a la puerta y allí estaban, traje a cuadros y una mano en el cinturón.

—No es difícil llevarse bien conmigo —la tranquilizaba después de haberle explicado de qué iba—, de ti depende que las cosas sean fáciles o difíciles para todos, guapa. Tengo un bonito piso encima de un bar en la zona elegante de la ciudad. Ideal para una chica lista.

Mama alojaba sólo a una chica que nunca había sido chuleada ni lo sería en el futuro. Hallie Breedlove había acabado en Perdido Street obligada por unos rumores que habían corrido en cierto pueblo de que una maestra no era blanca. Hallie había logrado hacerse pasar por blanca media vida, y se había casado con un blanco que no la habría aceptado de haber albergado la menor duda al respecto. Cuando los rumores los obligaron a trasladarse a Nueva Orleans, ella consiguió que él siguiera creyendo que no eran más que maledicencias. Pero cuando nació su hijo, el secreto se desveló.

Ella no había vuelto a verlo desde entonces.

Hallie mantenía la cabeza bien alta, se cuidaba mucho y ganaba más dinero que cualquiera de las otras mujeres. Si alguna de ellas llegara a poseer algún día una granja de pollos, ésa sería Hallie.

Sin embargo, cuando Finnerty le hizo la habitual proposición no tuvo en cuenta el hecho de que, por primera vez, no estaba hablando con una jovencita desquiciada. Así que la abordó exactamente igual que si fuera tan descerebrada como las demás.

—Vaya, eso suena casi demasiado bonito para ser verdad, papaíto. —Hallie intentó no parecer demasiado emocionada por su oferta—. Pero lo que pasa es que estoy muy enfadada... —Ella le sacaba media cabeza de altura, pero le hizo pucheros infantiles.

—¿Enfadada con tu papaíto? —Finnerty no daba crédito a lo que oía—. ¿Por qué?

—Porque a Reba le prometiste que nunca tendría que desplumar pollos y a Frenchy que lo único que haría sería mirar huevos al trasluz, así que a mí me tocaría pasarme el día pisando gallinaza, dando de comer a los animales y montando nuevos gallineros. Papaíto, no me parece justo.

—Esas dos bobas —se burló Finnerty alegremente—, no creerías que iba a dejar a ese par de payasas de ciudad al cuidado de mi granja, ¿verdad que no? Tú y yo sabemos que es un trabajo muy duro, sabemos lo que cuesta dedicarse a una granja. Así que ¿no te parece que quedaría como un tonto contándole a una chica lista de campo como tú que lo único que tendría que hacer es mirar huevos al trasluz? Por eso contigo soy sincero. Tú y yo somos gente de campo. Sabemos que no se consigue nada sin trabajar muy duro, ¿verdad que sí, nenita?

—¿Y de qué región agrícola estamos hablando exactamente, papaíto?

Hasta ese momento Finnerty no se dio cuenta de que le había estado tomando el pelo.

—Pues sigue acostándote con desgraciados hasta los sesenta. —Dio a Hallie por perdida—. Pero ni se te ocurra acudir a mí corriendo pidiéndome ayuda, que te quede claro.

—No he dicho que no la quisiera. —A Hallie no le interesaba romper todos los lazos.

Pero cuando Frenchy meneaba la cabeza y comentaba con tristeza: «Pobrecita Reba. No me cae mal, lo que pasa es que me da mucha pena, por cómo la utiliza Oliver...», Hallie guardaba silencio.

Porque Reba se mostraba igual de preocupada por Frenchy y por lo que le pasaría cuando Oliver y ella se fueran a la granja.

Hallie las compadecía a ambas, y también a Floralee, y a casi todo el mundo.

A todos, claro, menos a Oliver Finnerty. No había rincón de su corazón, ni dentro ni fuera de él, que no sintiera indiferencia al verlo mordisqueándose las uñas. Y aunque a Finnerty no le importaba la falta de interés de la chica por su granja, nunca

podría aceptar su indiferencia ante sus encantos físicos. Eso le hería.

—La zorra se lo tiene muy creído para ser alguien que, según tengo entendido, ni siquiera tiene derecho a trabajar a las puertas de una casa de blancos.

Él lo había intentado por las buenas, y ella se había burlado de él. Ahora sólo quedaba una respuesta: la fuerza.

Así, cuando un día la vio acariciando a su gata coja, la misma que había lisiado a su ratón, fue directo al grano:

—Guapa, veamos lo educada que eres: vas a acercarte a esa cómoda, sacarás hasta el último céntimo y vendrás a dármelo. Si te guardas siquiera una moneda de cinco centavos será como si te lo quedaras todo, un puro robo. Así que muévete.

Hallie dejó de acariciar a la gata lo bastante para clavarle al chulo una mirada torva y gris. Luego, acunando la gata en el hueco del brazo para que no saltara, se acercó a la cómoda y apoyó la espalda con fuerza contra ella. Vestida con un albornoz, rojo en sus mejores tiempos pero que se había desteñido hasta quedar rosa, metió distraídamente la mano en el bolsillo.

Finnerty cerró la puerta a su espalda y se guardó la llave en el bolsillo.

—Ya sabes que tengo amigos, pequeña —le advirtió.

—No tengo intención de rajarte —le dijo Hallie con toda tranquilidad—. Una vez me marcaron a mí. Tampoco te arañaré porque no me gusta ver a un hombre por ahí con arañazos en la cara. No te echaré ácido a los ojos porque los ciegos me dan pena. Lo único que haré será matarte, ahí mismo, donde estás ahora. Si sales por la puerta, te mataré en la escalera. Si llegas abajo, te mataré en el salón. Si llegas a la calle, te mataré en la acera. Te mataré en el callejón. Te mataré en la Casa del Señor. Te mataré en cualquier parte.

Finnerty seguía allí con la cabeza ligeramente ladeada, con la frente arrugada por las dudas.

—¿Se te ha perdido algo, Oliver?

—La llave —le dijo—. Se me ha perdido mi llave.

—Querrás decir mi llave.

—Tu llave.

—Está en el dobladillo de los pantalones. Tienes un agujero en el bolsillo. Tráeme los pantalones luego y te haré un bolsillo nuevo.

Si él hubiera llegado a presentarse con el pantalón ella le habría cosido los dos bolsillos a la trasera.

Fue a Mama a la que le ofreció tal oportunidad, como Hallie descubriría más tarde para su leve sorpresa. Allí estaba el ama de llaves, la alcahueta mulata con sus gafas, grisácea, un rosario alrededor del cuello y los pantalones de talla infantil de Finnerty sobre las rodillas, atareada con el hilo y la aguja como si fuera su madre.

—Le estoy haciendo un bolsillo nuevo a Oliver —explicó, charlando mientras cosía con la aguja—. Oh, sí, ya sé, la gente dice que un chulo es un ser despreciable, pero no saben por lo que tiene que pasar un hombre así por su puta. ¿Quién se ocupa

de ella cuando enferma o la meten en la cárcel? ¿A quién puede recurrir más que a él?

»Oliver no inventó su profesión, o no más que nosotras la nuestra. Nunca conocí a ningún chulo al que eligieran alcalde, ni siquiera a ninguno que se molestara en votar, así que, ¿por qué culparles a ellos de cómo está el mundo? No fueron ellos los que dictaron las leyes y permitieron este negocio. Si nadie quisiera que hubiera chulos, cariño, no los habría, créeme. ¿No te parece curioso que los mismos que dicen que somos una vergüenza pública sean los que nos pagan mejor? Tú bien sabes que son los del Departamento de Policía los que vienen los sábados temprano y gritan: «¡Tráenos dos mujeres y una botella!».

—¿Y qué tiene de malo que pidan dos mujeres y una botella? —preguntó Hallie, sólo por saber.

—Cariño, no tienen nada de malo dos mujeres y una botella, ni tres ni cuatro chicas y una caja entera de botellas, siempre y cuando al día siguiente no lo escondas y sermonees contra ello. —Mama humedeció el hilo y lo enhebró en la aguja—. Si Oliver hubiera tenido la ocasión de dedicarse a otra cosa, lo habría hecho, y con éxito.

A veces, Hallie se preguntaba quién era en realidad Mama.

Como cuando más tarde, en la cocina, la mujer parecía un reproche viviente mientras Reba y Finnerty tomaban un bocado juntos.

—¿Vas a tomar café, monada? —oyó que Finnerty invitaba a Reba.

—Sí, papaíto.

—Entonces prepara para dos y tráeme el mío aquí.

—Muy bien, papaíto —intervino la leal vieja—, pero úntame una rebanada de mantequilla. Después de todo, trabajo para ti.

Reba se había criado en un orfanato de Chicago, aunque sus dos padres estaban vivos. La habían visitado por turnos, en domingos alternos, pero un domingo ninguno se presentó.

—¿Ves? —le había dicho una de las niñas entonces—, tu padre no es bueno. —Y luego empujó a Reba contra un clavo de cabeza plana que había en la pared. El incidente le provocó una bizquera permanente en el ojo derecho.

Ahora había encontrado una especie de padre, probablemente otro que tampoco era bueno, pero al menos iba a visitarla todos los días y, en ocasiones, hasta dos veces. Todo era «Mi Oliver esto, mi Oliver lo otro» y «Mi Oliver está tan encantado con el pijama de seda cruda que le compré que no se lo ha quitado en dos días, así que voy a comprarle una botas de cowboy a juego. ¿No estará monísimo?».

—Pues por lo que me han contado a mí no parecía tan mono —la pinchó la chica corpulenta de Fort Worth—, según me han dicho, le has escondido los pantalones para que no fuera a cargar plátanos verdes a un lustroso furgón y así ganarse su buena pasta antes de llegar a Chicago.

—Si mi Oliver trabaja alguna vez cargando furgones te besaré el culo ante el mismísimo Dios. —Reba salía presta en defensa del honor de su casa—. En toda su vida no ha trabajado ni un puto día. No se ha arremangado más que para montar un poco a caballo. E incluso entonces fingía que era un trabajo, pero lo hacía para pasárselo bien. Qué quieres que te diga, si ni se quita los zapatos para meterse en la cama.

Se daba por sentado que nada rebajaba tanto la dignidad humana como el trabajo manual. «Vete a por la fiambarrera y vuelve al tajo», era el peor insulto que podía proferirse en Perdido Street.

—Si a un chulo su puta no le quita los zapatos —Finnerty respaldó a Reba—, dudo mucho que sirva para este oficio.

—Oh, ¿y a quién le importa para qué servís tú y tu damisela? —La rubia de Fort Worth los despreció a ambos—. Mira, yo tengo un papaíto que no me saca un céntimo. Es él el que me compra cosas. Va a comprarme un Cadillac tan largo que para doblar una esquina tendré que dar marcha atrás. —Fuera cual fuese el nombre verdadero de la chica de Fort Worth, todo el mundo la llamaba *Five*, en honor de un ombligo que formaba el curioso dibujo de un cinco. Cuando se le pedía que enseñara el asombroso ombligo, ella lo hacía, con toda naturalidad y sin aspavientos. Los hombres le pellizcaban el trasero, pero no era del culo de lo que se enorgullecía.

No parecía probable que ningún cuento de granjas de pollos obnubilara a *Five*. Ella se había criado en una, y había tenido bastante. Pero estaba plenamente dispuesta a tragarse el cuento del Cadillac, que no era más que el mismo que el de la granja, pero sobre ruedas.

Oh, ese largo y hermoso cochazo con un cuidadoso conductor al volante. Cuando las promesas compraran Cadillacs, *Five* poseería una flota entera de ellos.

Hasta que llegara ese momento, iba a pie.

Los tribunales estaban contra ellas, la policía también, los hombres de negocios, las esposas, las iglesias, la prensa, los políticos y hasta sus propios chulos iban contra estas pobres marionetas. Últimamente, hasta las misiones mandaban hombres-anuncio para propalar que, por si faltaba alguien, incluso Cristo en persona estaba contra ellas.

—Si no tuviéramos a Mama, ¿quién estaría de nuestra parte? —se preguntaba Frenchy, y ciertamente, Mama las defendía. Se ponía de su parte frente a Oliver, lo echaba de su casa, le decía que no volviera hasta que aprendiera a respetar a las damas y le obligaba a disculparse ante una u otra al menos una vez a la semana.

Pero no era más que un juego cruel para engañar a aquellas inocentes. Porque una sola palabra de Finnerty habría bastado para mandarla de vuelta a los sórdidos callejones de donde había salido. A las mujeres de color no se les permitía regentar legalmente locales donde trabajaban prostitutas blancas. Pero a todas las casas se les

exigía que tuviesen una asistente en el local durante las horas de trabajo. Por tanto, para la policía, Mama era una asistente. Ése era el acuerdo con Finnerty, que se cuidaba mucho de que a ella no se le olvidara ni un solo día.

Y eso, el papel que tenía que interpretar, incomodaba a Mama. A veces intentaba justificarse recordando que muchos blancos la habían engañado, y por tanto era justo que ahora ella engañara a sus blancas hijas. Pero una desazón ancha como el mundo la despertaba por sorpresa en mitad del sueño: ¿cuándo había dejado de ser dueña de sí misma? Algunas mañanas tenía que recurrir al coñac para reunir fuerzas, bajar y preguntarles una por una: «¿Cómo está hoy mi pollita?».

Entre el mediodía y el anochecer, sus pollitas iban bajando las escaleras hasta el salón, como bendiciones impartidas a capricho, una por una.

Hallie bajaba la primera, con una taza de té hirviendo en la mano y la gata berrenda cojeando a su lado. Era una gata a la que ofendía todo, bastaba con que estuviera vivo. Caminaba al lado de su ama sobre la piedra, pero en cuanto notaba rocío bajo las patas, retrocedía. Hallie levantaba la punta del pie, la gata saltaba, se meneaba y subía hasta su hombro ayudándose de las garras. Y entonces iban juntas a darle los buenos días a los junquillos que crecían entre los adoquines. Aunque entre los adoquines del corazón de Hallie no volvería a brotar ningún junquillo.

Un corazón como una lápida solitaria, cubierta ahora de hierbajos invernales. Bajo ellos, el hijo yacía enterrado, el niño que sólo tenía tres años cuando murió. El que había sorprendido a su madre aquel triste y repentino otoño preguntándole:

—Mamá, ¿me servirán los guantes para el invierno?, ¿y las orejeras?, ¿será caliente mi abrigo?

Sus últimas Navidades, el niño había metido la mano detrás de uno de los adornos luminosos y se lo había acercado a la cara, absorbiendo extasiado su calor, hasta que ella le dijo que lo pusiera en su sitio.

Ahora, nueve enclaustradas Navidades después, ella paseaba maquillada, pintarrajeada y vestida con esmero a la falsa luz nocturna; y algo hinchado con forma de hongo, el tedio como un cáncer vivo, le pesaba en el corazón y en el cerebro.

Las mañanas no eran el momento más difícil, porque la gata coja la necesitaba, y las otras mujeres todavía no estaban en condiciones de sonreír para sus adentros cuando le hablaban: «¿Qué tal, filósofa?», le preguntaban, aunque no recordaba quién, ni por qué, la había llamado así por primera vez. Pero en el pasado había sido maestra de pueblo, así que a lo mejor tenía algo que ver con eso.

—No tengo ninguna filosofía, pero anoche gané más que tú. —A Frenchy era a la que más le gustaba burlarse de ella.

Así que Hallie y la gata iban a visitar los junquillos y mantenían charlas «de pelaje a oreja», como hacen desde tiempos ancestrales las mujeres y los gatos. A veces, en las mañanas tranquilas, ella leía libros que todavía amaba. Pero cuando acababa la mañana y la gata se tumbaba estirada en el alféizar de la ventana para pasar sesteando la tarde sofocante, se quedaba sola en esa casa extraña, el tedio se



abatía sobre ella como un enemigo en su espíritu y se cubría los ojos con la mano.

Pensaba entonces que pasaría las horas que todavía le quedaban por vivir al lado de una cama de hospital o acostada en la misma, en algún vulgar pabellón, condenada a alguna cuarentena final, uno de esos lugares donde da lo mismo que sea de noche o de día, en los que, salidos de las calles, acaban todos aquellos cuyas vidas son intocables por los que nadie reza.

Hasta que por fin llegaba misericorde el anochecer violáceo. Entonces se quedaba entre los cortinajes de la puerta y elegía los clientes que quería.

Las demás mujeres la miraban con una extraña mezcla de admiración y pena. Creían que se mantenía aparte porque había sido maestra, pero otras veces se daban cuenta de que estaba desamparada frente a ellas. Por eso, al escuchar el chirrido grave del metal sobre la piedra, miraban a otro lado y la olvidaban mientras Finnerty abría las puertas de par en par.

No miraban, pero notaban que, al oír las ruedecitas, las luces se intensificaban un poco y la vida volvía a brillar en Hallie.

El hombre sin piernas era su amante.

—Yo también soy una filósofa —pinchaba Reba a Hallie— porque también tengo mi propia filosofía de las pelotas. Por ejemplo: coges a una mujer casada con un buen hombre y ella lo engaña. Su hijo nace muerto. Bueno, ella se lo había buscado, ¿no? Todo el mundo recibe lo que se busca, ésa es mi filosofía. La aprendí trabajando para unos abogados. Decían que nunca habían escuchado nada semejante.

—Eso sí me lo creo. —Hallie solía estar de acuerdo con los abogados.

—Tenía que bajar dos pisos y cruzar la calle para buscar una Coca-Cola —recordaba Reba—, porque al otro lado de la calle había un burdel con una máquina de Coca-Colas. Así que, ¿para qué agotarme bajando y subiendo escaleras? Un empleo es un empleo. Uno con Coca-Colas es mejor. Ésa también es mi filosofía.

»Pongamos que no te gustan las cocas y te va el licor fuerte. Pues muy bien, hazte puta y emborráchate todas las noches. Pongamos que te gusta comer, que eres una glotona sebosa, pues búscate un empleo como camarera y llénate hasta reventar. Pongamos que vas llamando de puerta en puerta con una caja de medias de seda bajo el brazo y te empiezas a helar, ¿y qué?, búscate un trabajo como bailarina y sudarás.

»Me han sacado la mitad de los dientes y no tengo ovarios, ¿y qué?, todavía puedo ser enfermera, ¿no? Mi familia viene de esa parte de Europa donde dicen «piscas» en lugar de «pescaos», no sé exactamente de dónde, pero cuando mi madre me mandaba a la tienda siempre me decía: «Cariño, tráeme un buen trozo de piscas». ¡Eh! ¿Quieres todos los cigarrillos que podrías fumar? Pues ve a American Tobacco y diles que me conoces, te darán todo lo que puedas cargar en un viaje.

—Chica, no sé de qué vas —se asombraba Five—, pero nunca había oído nada semejante.

Reba se leía todos los periódicos y, cada vez que acababa uno, negaba con la cabeza. Alguien en Carolina del Sur había recibido dos cajas de bombones envenenados por correo, remitidos por alguien que firmaba «El Conejito Brer, Servicio Postal Rural». ¿Qué puede esperar conseguir alguien envenenando a otro por correo?

—Si le guardas tanto rencor a alguien, contrata a un profesional que le parta las piernas y no vayas mamoneando por ahí firmando que te llamas conejo.

Los envenenadores por correo eran de los pocos con los que no simpatizaba. La inquietó leer que un granjero había ahogado a sus tres hijas en un pozo porque «Jesús dice que tenemos que irnos».

—Si Jesús le dijo eso, ¿por qué no se tiró el granjero al pozo y dejó que Jesús decidiera por las niñas?

Tampoco le satisfizo del todo la explicación del ferroviario que mató a su mujer con un martillo: «Grace no servía ni para criar a un perro. Era el único modo que se me ocurrió de hacer de ella una dama».

—No sé qué le está pasando a la gente, se comporta como una pandilla de pirados. —Fue la reacción de Reba. Cuando leyó que una viuda se había caído y se había roto una pierna en una calle del centro de la ciudad, y alguien le robó cuarenta y ocho dólares del monedero mientras ella yacía impotente, Reba reaccionó con la misma impotencia:

—¡Esto ya es demasiado! —fue todo lo que dijo ese día, y tiró el periódico.

Una noche entró un actor.

—He bebido demasiado —les dijo a las mujeres como si quisiera dar a entender que, de otro modo, no habría acabado allí.

—Cariño, he visto tu fotografía en el periódico, ¿por qué no te vas a casita? —le aconsejó Reba.

A la mañana siguiente la fotografía del actor volvía a salir en el periódico, tras haber sido detenido por borracho y causar desórdenes en la vía pública. «He bebido demasiado», les había repetido la explicación a los periodistas. A Reba se le acabó la paciencia.

—«He bebido demasiado», «He bebido demasiado»... pero ¿qué le dije cuando vino aquí? «Cariño, has bebido demasiado», ni más ni menos, eso le dije. Os lo juro, chicas, cuando un hombre sabe que ha bebido demasiado y aun así sigue bebiendo, pues que le den. Me niego a reírle las gracias a mamones de tal calibre, y ya está.

La excusa del memo que ahogó a su hijita porque su mujer se había escapado con otro hombre no le valía a Reba. «Tenía algo metido en la cabeza, algo que me golpeaba», le había explicado a la policía, «no sabía lo que me hacía.»

—«He bebido demasiado» —se burlaba ella de toda la humanidad extraviada—, «Se me metió algo en la cabeza», «No sabía lo que me hacía»... disculpas de idiotas. Prefiero a los animales, al menos ellos sí saben lo que hacen.

Sobre todo los elefantes. Los elefantes siempre sabían lo que hacían.

—¿Sabes algo de elefantes, de cómo viven? —le preguntó con ansiedad a un cliente que se ajustaba una corbata negra de lana frente a un espejo resquebrajado mientras ella se afanaba en el ritual de la ducha, agitando frenéticamente una botella para que hiciera espuma.

—Si dejaras de hacer burbujas un momento a lo mejor oía lo que me estás diciendo —sugirió el tipo de la corbata de lana.

—Bueno —explicó la chica—, es que leí que un elefante macho cava un gran hoyo en el suelo con la trompa y luego empuja a la hembra dentro. Sólo así pueden hacerlo, si no, no habría elefantes.

—Bueno ¿y qué?

—Pues lo decía para que vieras que los animales saben lo que hacen.

—Me dedico al teatro —la tal Frenchy le explicaba a un acompañante—. Y mira...

—Extendió las pálidas manos ante los ojos del hombre—, tengo articulaciones hiperlaxas. También en las caderas, pero perdí a mi pareja.

—¿No puedes encontrar otra? —preguntó el acompañante.

—No lo entiendes. Seguramente no podría encontrar otra pareja en todo el país. Poca gente tiene articulaciones hiperlaxas. —Era una chica de pómulos altos y tez blanquecina—, íbamos por toda la costa y luego volvíamos hacia el oeste, Filadel, Cleveland, Cincinatti, Chattanooga, que es donde vive mi familia, que se gastó una millonada en mi educación.

Afuera, en la acera, bajo la lluvia, iba y venía el hombre con una visera que ocultaba sus ojos y una pancarta que rezaba: «Guardaos de la ira que vendrá».

Si la pálida rubia perdida no había bajado las escaleras cuando se encendían las farolas de la calle, alguien subía a buscarla y la traía. Que las farolas estuvieran encendidas o apagadas tanto le daba a la pálida rubia perdida.

Nadie había contado, porque a nadie importaba, cuántas veces se habían encendido y apagado las farolas desde la noche en que ella se había quedado bajo la marquesina del cine Loew, donde las luces parpadeaban bajo una lluvia intermitente, cuando un taxista le abrió la puerta del vehículo y ella le dijo, como si estuviera despierta y no sumida en un sueño profundo: «Al lago Pontchartrain».

No había nadie en casa en el lago Pontchartrain. Ella había simplemente pronunciado un nombre que habría escuchado en alguna parte, nada más, y le había pagado la carrera con una flor seca que había sacado del monedero. Él prefirió pasarse al asiento de atrás para cobrarse en carne. Luego se la había devuelto a Finnerty al que le exigió lo que marcaba el taxímetro.

—Si pudiera elegir —le dijo ella a Oliver—, preferiría que no me pegaras.

—Pues yo preferiría no pegarte —razonó Finnerty con ella—, lo único que te

pido es que dejes que te cuide en las grandes cosas y que tú me cuides a mí en las pequeñas. ¿Te parece mucho?

—Grandes cosas, pequeñas cosas —repitió la chica y le ofreció una sonrisa que también tenía algo de flor seca.

—¿Te acuerdas de cómo te llamas, nena? —le preguntó él.

—Floralee... —No recordaba más.

Finnerty la había utilizado primero para su propio placer, y luego la había convertido en parte de su negocio. Pero la facilidad con que lo había conseguido le inquietaba un tanto. Hizo que Mama la espiera. Mama le informó.

—¿Es que no tienes ni pizca de dignidad? —le preguntó él a Floralee con tono dolido—, ir con un cliente como si fuera por amor..., amor, ¿qué amor? ¿Te das cuenta de que te has pasado casi una hora entera con ese mierda por cuatro asquerosos dólares?

—Papi, perdí la noción del tiempo —dijo la pobre demente.

—Yo estoy aquí para ocuparme de lo que necesites —le recordó él—; procura no olvidarlo.

Pero unos días más tarde, él oyó un ruido sordo y algo que caía estrepitosamente en el piso de arriba, mientras ella tenía visita.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó él media hora después.

—Nada papi, nos caímos de la cama y seguimos dándole, sólo eso. —Se lo contó con tal inocencia que a él le costó lo suyo darle la paliza que tan bien se había ganado. Pero tenía que hacerlo por su propio bien, para protegerla de sí misma. Colgó la chaqueta en el abrigo de una silla.

—Si pudiera elegir —ella había visto lo que se le venía encima—, preferiría que no me pegaras, ahora que lo pienso.

—Pues yo no tengo nada que pensar —replicó Oliver, pero se puso los guantes y le levantó la coleta por detrás para descubrirle la nuca, donde los golpes no dejaban marcas: unos cuantos golpes ahí, los bastantes para hacerle doblar la cabeza, y se dio por contento.

—Pero la próxima vez que me fastidies con un cliente, papaíto no se molestará en ponerse guantes —le prometió.

Ella no volvió a cometer el pecado de fastidiarle.

Aunque las otras dos leales de Oliver, Reba y Frenchy, estaban de uñas día y noche, por alguna razón ninguna de las dos tenía celos de la errática rubia.

—No había nadie en casa en el lago Pontchartrain, ni más ni menos —fue el único comentario que hizo Frenchy. Porque la vida de Floralee era demasiado remota para que nadie se la envidiara. Vivía envuelta en una nube íntima a través de la cual se filtraba la luz del mundo exterior, a veces tenue, otras brillante, pero nunca como la luz del mundo en el que vivían y trabajaban las demás mujeres.

La chica tenía días en que parecía tan sensata que nadie habría notado nada raro. Pero antes de anochecer, le entraba una especie de euforia y subía o bajaba las escaleras cantando:

Un niño guiará  
a las bestias de la selva  
y yo ya no seré la que soy.<sup>[50]</sup>

Y a la mañana siguiente se levantaba deprimida. Una vez Oliver fue a buscarla para que bajara y se la encontró tumbada de lado en la cama, desnuda, con los ojos cerrados con fuerza, las rodillas subidas hasta la barbilla y la sábana tapándole hasta la cabeza. En la pequeña habitación sofocante no había más sonido que el zumbido incesante de un ventilador eléctrico.

—Hay personas pequeñas orando y cantando ahí —le dijo ella y Oliver comprendió que la chica oía el eco de las voces de su gente entonando sus viejos espirituales en el zumbido hipnótico del ventilador. Él lo apagó, volvió con una radio y sintonizó el canto de un coro de iglesia en domingo:

El hijo de Dios va a la guerra,  
una corona real está en juego,  
su estandarte ensangrentado ondea en la lejanía,  
¿quién sigue sus pasos?<sup>[51]</sup>

Floralee abrió los ojos y vio a su papaíto encaramado a una silla, simulando que dirigía el coro de una congregación.

—«¿Quién puede apurar mejor la copa de la aflicción y triunfar sobre el dolor?»... sólo tu papaíto sabe encontrarte los buenos programas —le dijo y se bajó de un salto de la silla. Ella escuchó con más atención, cada vez más orgullosa de cómo su papaíto le encontraba los buenos programas. Antes de mediodía había bajado y cantaba con fe renovada:

Su estandarte ensangrentado ondea en la lejanía...

—Eso no sirve aquí, cariño. —Mama tuvo que poner fin a aquello—. Soy una mujer que va a misa y seguro que moriré en gracia de Dios, pero cada cosa tiene su momento y su sitio, y no es éste lugar para ese himno. Si no puedes reprimir tus ganas de cantar, prueba con algo como *Mademoiselle from Armentieres*, algo que ponga a tono a los clientes, no que les quite las ganas.

—No pienso cantar melodías descaradas con palabras vulgares —se empecinó de repente Floralee—. Una vez canté una y esa misma noche Dios me dijo que no me aguantaba.

—Dios jamás diría nada parecido, cariño —le aseguró Mama.

—Pues lo dijo. Estaba al otro lado de la puerta de mi habitación, le escuché con toda claridad. Dijo: «Le he pasado por alto cuanto he podido a esa chica. Pero quitadla ya de mi vista».

—¿Y por qué crees que Dios te hablaría de esa forma, cariño?

El rostro de Floralee se ensombreció mientras se esforzaba por recordar, luego se le iluminaron los ojos:

—Porque le estaba hablando a alguien, no sé a quién, pero no paraba de repetir: «No. De ningún modo, no. No y no». Tenía que ser Dios. Si hubiese sido el diablo habría dicho: «Sí, oh, sí, sin la menor duda, y no creas que no me ha gustado».

Y presa de la ansiedad para que Dios la aceptara de nuevo, allí, en aquel mismo momento, pese a la advertencia de Mama, empezó:

¿Qué debo hacer para ganar una diadema?,  
¿cuándo llegaré a esa orilla resplandeciente?<sup>[52]</sup>

El único remedio fue poner en marcha la *jukebox*, con el volumen muy alto.

—Oyendo a esa loca gritona —dijo Reba estremeciéndose cuando las cosas se hubieron calmado un poco—, cualquiera diría que lo único que hacían en aquellas colinas era enterrar a sus muertos.

—No nos pasemos con la chica —reprendió Mama a Reba—, tiene la inocencia que Dios protege.

Y mientras Dios protegía su inocencia, Finnerty le llevaba las cuentas. Él le proporcionaba la ropa, la comida, la diversión y lo que, con toda seriedad, denominaba educación. El conjunto de trapitos para el local, como ligeros y demás, excedía el cien por cien de lo que la chica ganaba.

No es de extrañar que se hubiera olvidado por completo del fugado de O-Daddylandia.

El fugado llegó a Perdido Street con una maleta de muestras en la mano. Ya no ofrecía cafeteras ni ondulados de pelo. Ahora era un representante de Watkins.<sup>[53]</sup>

Ni que decir tiene, ser representante de Watkins en 1931 no era lo que había sido antes de que el hombre hiciera retroceder a la naturaleza indómita. Entonces suponía bastante más que recoger pedidos para lociones y bálsamos. El representante de Watkins había sido el que llevaba las noticias del mundo exterior a las regiones agrestes de Louisiana, pero también algo más. Sabía decirle al granjero qué mal aquejaba a su caballo y hasta sabía curarlo él mismo. Y más que un sanador de caballos, era un curandero de personas. Y también sabía predicar la Palabra, hacer de comadrona y recitar la *Evangeline* de Longfellow si hacía falta.

Lamentablemente, en el caso de Dove Linkhorn esos conocimientos se habían diluido un tanto. Es más, habían desaparecido por entero. Y por su manera de vestir,

uno tenía que preguntarse si este representante de Watkins no sabría ya que su verdadero oficio era el comercio carnal más que las ventas.

Dove se había gastado hasta el último centavo del oro de O-Daddy en ropa digna de su antiguo patrón. Vestía un traje de color blanco tropical, sobre una camisa a delgadas rayas rosas. En el sombrero lucía una pluma amarilla, a juego con sus zapatos de ante. Se veía a la legua que ya no tenía nada que ver con el chico que había llegado a la ciudad en vaqueros y descalzo.

Y así recorrió la calle por la que nadie reza, al anochecer.

Era esa hora nocturna, de color indefinido, antes de que empiece el verdadero movimiento, en la que las sábanas de las camas ya han sido cambiadas, y el lubricante y el jabón Lifebouy han sido repartidos; y una vez más, a lo largo de varias manzanas de aquellas calles, las chicas hacían mohines, se maquillaban o se empolvaban los ombligos, mientras se preguntaban, todas, qué clase de hombre — bobo, cobarde o cabrón— les traería esa noche.

Perdido Street, con aquel calor asfixiante, era como una tintorería en un sótano con las dos planchas en funcionamiento. Las chicas apoyadas en los marcos de las puertas tiraban de sus blusas para apartárselas de los pechos. En el hueco de las axilas el sudor se deslizaba hacia abajo. Y también les pegaba los pijamas a los muslos. La calle entera se sentía pegajosa, de los tejados a la acera, de las axilas a los muslos. Hacía demasiado calor hasta para buscar clientes. Al menos a los hombres normales les costaba mirar a las chicas con un calor como aquél, a no ser que descubrieran los ombligos empapados.

Pero el mismo calor que enerva a los hombres, infecta a las mujeres de impaciencia y la ciudad se llenaba de monstruos solitarios. Solitarios de callejones que no podían emborracharse, y que buscaban librarse de su aislamiento sin sacrificar su soledad. Chicos mortecinos cuyo único goce expiraba en un gruñido porcino. Cualquier cosa podía pasarle a una mujer que estaba al alcance de cualquiera. El aburrimiento de los lechos de los monstruos y el terror de la calle de las chicas los separaba.

Uno por uno, aquellos seres habían ido muriendo de inutilidad, pero seguían viviendo tras los fuegos de artificio del deseo, esperando que sucediera algo que jamás había pasado: la sirena que ululaba hacia el lugar del accidente, el jadeo del hombre con el cuchillo clavado en el costado, el salto del suicida sin motivo. Pero detrás de esos fuegos, se sentaban a resolver crucigramas mientras se quitaban de entre los dientes restos de dulces: la pasión y el aburrimiento los separaba a cada uno de los demás.

En el Spider-Boy Court, las persianas, bajadas, sumían la sala en una penumbra moteada sobre la que se proyectaban tenuemente las sombras, más oscuras, de los barrotes. Las ventanas se alineaban en la fachada que corría paralela a Perdido Street. Y un ventilador de techo, que cortaba la luz inquieta, hacía temblar las sombras por la pared y el suelo.

En esa penumbra moteada sonaba una *jukebox*, y mientras tocaba las mujeres estaban contentas. Pero en cuanto la música callaba, unos crujidos, monótonos y lentos, se oían en el techo y ellas empezaban a moverse inquietas, del diván a la puerta y de vuelta al diván, se destapaban otra Coca-Cola, se encendían cigarrillos las unas a las otras, sin llegar a acabarse nunca nada de lo que empezaban.

El descontento era como una enfermedad entre ellas. Reba estaba convencida de que el ventilador la constipaba. Floralee necesitaba algo que la animara; Frenchy quería que alguien le explicara por qué no podía echarle un chorrito de ginebra a la Coca-Cola y Kitty decía que se estaba ahogando allí dentro.

Dondequiera que se empolvaban o pasearan, la envidia y el tedio las separaban.

—Una lluvia ligera le iría bien al negocio —supuso Mama—, pero un chaparrón lo fastidiaría.

En ese momento un taxi tocó el claxon desde la acera.

Aunque siempre había alguien atento a la calle, nadie lo había visto acercarse. Un taxi que había salido de la nada, como los que aparecen en los sueños. Mama se acercó corriendo a la acera mientras las chicas se adelantaban juntas en la penumbra acuosa, protegiéndose los ojos de la luz de la calle.

Y vieron adelantarse bajo aquella luz verdosa a un oficial de la Armada de uniforme, un mando de los mares con gafas sin montura, un héroe de batallas navales todavía no libradas. Que además lucía como un arcoíris sobre su pechera azul celeste todos los galones honoríficos que una Armada podía conceder en tiempo de paz. Desde la gorra a las bocamangas cubierto de galones dorados, no se veían muchas cosas así en el puente de un buque en 1931. Mama nunca había visto nada parecido en su vida.

Pero la visión parecía reacia a dejarse atrapar. Mantuvo una seria conversación con Mama, hablando muy bajo para que no le escuchara el taxista.

—Mi mami negra, me colgué de ella —creyó entender Mama que decía—, y se fue hace tanto que no tuvo tiempo para enseñar a un niño a comportarse.

Mama se acercó más a él.

—No acabo de entender lo que dice, oficial.

Él se inclinó hacia delante y le acercó los labios.

—Hice un pastel de limón. Yo, un pastel de limón. ¿Quién lo diría? Un pequeño pastel de limón, yo solo.

Mama retrocedió un paso.

—¿De limón?, ¿usted solo?

—Al día siguiente de romper la mantequera.

—En ese caso, tengo exactamente la chica que le conviene —respondió Mama. Porque fuera lo que fuese lo que aquel tipo quisiera, ella no podía permitirse perder el chollo—. A todos los hombres les gusta un pequeño cambio de vez en cuando. Sé perfectamente cómo se siente.

El hombre se irguió:



—Nadie sabe cómo se siente un hombre enamorado de su mami —la informó sin rodeos—, sólo otro que haya pasado por lo mismo puede saber cómo se siente un colgado de su mami.

Si existiera una organización de esos tipos, él sería el presidente. Mama renunció y le dio la espalda para irse, pero él la retuvo con una caricia zalamera.

—Usted bien sabe —la cameló— cómo se menean por detrás.

—¿Quién se menea por detrás?

—Pues todas ellas, cuando tienen prisa. Admítalo, lo sabe.

Mama se quitó de encima la mano del oficial.

—¿Quién se menea?, ¿quién tiene prisa?, ¿qué tengo que admitir? —Mama se estaba enfadando pero no sabía por qué.

—Pues todas las mamis negras, es evidente —le dijo como si todo el mundo supiera que las mamis negras eran el no va más.

—Más vale que entre antes de que arrecie la lluvia —le invitó Mama, sintiendo que ambos estarían más a salvo dentro.

—No va a llover —dijo el marino con una seguridad propia de Dios, y de debajo de la americana sacó un pequeño delantal que desdobló. Se inclinó un poco para atárselo alrededor de la cintura de Mama. Era un delantal a rayas verdes y blancas, como de menta, y mientras él lo anudaba, ella se asombraba de lo pirado que debía de estar para haberla elegido. Tiró sin fuerza con los dedos de la etiqueta del precio. Él la arrancó sin miramientos y el taxista se marchó asqueado.

—Supongo que muchos hombres colgados de sus mamis negras la visitan —aventuró él en tono de confianza.

—El último pasó hace ya bastante tiempo —Mama decidió jugársela—, pero no dijo su nombre. ¿Le importaría decirme el suyo?

—Mis hombres me llaman Comandante —le informó con seriedad.

«Pues no será eso», pensó Mama, «lo que te llamen mis chiquitas», y seguidamente le hizo pasar a la casa.

En ese momento empezaron a caer las primeras gotas.

Dentro del salón, el niño de cinco años con mentalidad de chulo de cuarenta, al que su abuela llamaba Warren Gameliel y las mujeres «El Rey de los Ladrones de Salón», esperaba en un diván, preparado para lo que surgiese.

Con una camisa que nunca le llegó más allá del ombligo y una piel tersa que distaba bastante del ocre, Warren Gameliel tenía de hecho un color moreno subido. Más bien moreno oscuro. De hecho, era tan negro como una tetera en el infierno. Tan negro que tenía que ponerle una botella de leche encima de la cabeza para localizarlo en la oscuridad. Parecía un cruce entre un ternero Angus negro negrísimo y algún pez pescado en el Mississippi en una noche sin luna. Un matiz un poco más oscuro y habría desaparecido del todo.

Volvió la cabeza con orgullo sobre su cuello de tonos ferrosos y parpadeó con sus hermosas pestañas con humildad ante los halagos de las mujeres.

—Le presento a mi nieto. —Mama siempre presentaba a los parientes masculinos primero—. Un chico muy delicado, ¿verdad?

—Tiene cinco años y pesa treinta kilos... y ella dice que es ¿delicado? —La chica que atendía por Hallie Dear se mofó cariñosamente de Mama mientras el hombre corpulento vestido de pies a cabeza saludaba al pequeño casi desnudo.

—Presenta tus respetos —animó Mama a Warren G. para que demostrara su único talento. Pero Warren G. se limitó a separar aún más los dedos de los pies que tenía plantados en el suelo, como si dijera que quería saber algo más de aquel tipo con tanto galón dorado antes de presentarle ni un chupete.

Reba soltó una risotada sin alegría: el chico crecía muy rápido.

—¿No te da vergüenza? —le reprendió Mama con una voz en la que reverberó el orgullo.

Warren Gameliel no tenía vergüenza. A diferencia, como descubrió Hallie Dear de un simple y sorprendido vistazo, del héroe que tenía al lado. Porque la fantasmagórica sonrisa que cruzaba sus labios pertenecía al espectro de un mendigo, un pedigüño sin un céntimo suplicando una limosna..., y luego la sonrisa se borró. Y él se encogió retirándose a una caverna que sólo él conocía.

Hallie le cogió del brazo para que supiera que no estaba tan solo, y él, poco a poco, con cautela, fue asomándose fuera de su caverna hasta que, sintiendo la comprensión de la chica, salió del todo.

Pero despacio, con cautela.

—Cuando estaba en Chicago trabajé en un despacho con abogados —Reba se apresuró a dejarle claro al hombre que no tenía nada que ver con algunas de las vulgares furcias que le agobiaban—, me especialicé en indemnizaciones y embargos...

Entonces Floralee le dio un codazo en las costillas. Ella también se había encariñado del tipo de los galones dorados.

—Pues yo sé cantar como nadie, señor —dijo en una voz afinada como campanillas de plata—, aunque sólo canciones de buen gusto, claro, porque no me sé las letras de las vulgares... —Y le hizo una leve reverencia tan delicada que él jamás había visto nada igual.

Warren G. intentó recuperar la atención perdida, pero Mama le jaló la gorra, que él le había quitado de la cabeza al oficial, hundiéndosela hasta teparle los ojos, como si impidiéndole la visión fuera a mejorar sus modales. Alguien puso en marcha la *jukebox* y algún otro pidió una ginebra. Alguien dijo: «Pues que la mía sea doble» mientras la música empezaba a sonar:

Todo lo que soy,  
por qué no me tomas toda.<sup>[54]</sup>

—Yo sé cantar mejor que eso —insistió Floralee entre súplicas, peticiones, amenazas y chillidos, pues ahora todos se disputaban la atención del oficial.

—¿Por qué todo el mundo de por aquí habla con un acento sureño tan fuerte? —se quejó Kitty, que era de Chicago—, ¿por qué tenéis que hablar como negros?, ¿por qué no habláis como los que son como vosotros?

—Así hablamos, cariño —la tranquilizó Hallie—, fueron los negros los que nos copiaron la manera de hablar.

—¿Puedo recitar ahora? —rogó Floralee.

—En cuanto acabe la canción de la *jukebox*, cariño —le prometió Mama, que se volvió al invitado y añadió—: Esta chica es un verdadero ángel.

—Es una puta como las demás —intervino Kitty—, y cualquiera puede ser puta. Todas me dan asco, menos yo a mí misma.

—¿Es eso verdad? —preguntó el marino con curiosidad—, ¿cualquier mujer puede convertirse en puta?, ¿cualquiera?

—Sin excepción. —Mama se sentía optimista—. ¿Acaso no somos creados todos libres e iguales?

—Dime una cosa, marinerito —preguntó Kitty de Chicago—. ¿Dónde guardáis los submarinos?

—¿Por qué me preguntas eso? —El teniente pareció incómodo.

—Tengo que saberlo. Soy una espía pluriempleada.

—No quiero que nadie llame marinerito a nuestro huésped —reprendió Mama a Kitty y, de paso, a las demás—. ¡Respetad a este hombre! ¡Su presencia es un honor para nosotros! Escúcheme, Comandante, infórmeme directamente a mí de todos los insultos de que sea objeto. Warren Gameliel, pequeño negro bobo, quítate esa gorra de idiota de la cabeza y presenta tus respetos in-mediata-mente.

—¡Mama! —se quejó a su vez Hallie—, ¡deja de darnos órdenes como si estuviéramos en formación de combate! Este hombre no ha venido aquí a que le cuelgues una medalla. ¿No ves que le estás estropeando la diversión? —Apartó a todas a empujones y le cogió la cara al oficial entre las manos para obligarle a que le devolviera la mirada—. Marinero, no le hagas caso a Mama —le dijo—, la ha impresionado tu uniforme.

—No te atrevas a llamar a nuestro invitado de honor marinero en ese tono —Mama se iba cabreando por momentos—. ¡Este hombre representa a la flota del Atlántico entera!

—Yo representaba a dos abogados —recordó Reba con melancolía.

—Yo represento un tubo de lubricante K-Y y una ducha que gotea —comentó Kitty con amargura.

—Yo sé cantar como un pájaro —se asombró Floralee en voz alta—, pero no recuerdo cómo he llegado volando hasta aquí.

En la calle, los borrachos salían de los últimos bares clandestinos del país y las farolas empezaban a balancearse como los pechos de una joven bajo las manos de un

hombre que ha bebido demasiado. Warren Gameliel extendió las manos a ciegas y agarró en una llave negra el cuello del oficial.

—Si no te portas bien te mandaré a la escuela de negros —le amenazó Mama.

Y en medio de un inesperado y breve silencio se oyó la voz de una chica que decía:

—Estaba borracha, la *jukebox* sonaba y me eché a llorar.

Un fuerte olor a colonia impregnó el ambiente.

—Me parece que nuestro invitado quiere estar conmigo —supuso Hallie y apretó la cabeza del marinero contra su pecho. Él asintió moviendo la cabeza sin fuerza.

Ella lo ayudó a levantarse, y él se puso en pie más como lo haría un enfermo que como un borracho.

—Súbeme dos ginebras dobles a mi habitación —le pidió Hallie a Mama— y que los demás se tomen lo que quieran.

La puerta se cerró a sus espaldas y una lámpara iluminó una habitación que podría haberle servido a una meretriz de la antigua Babilonia: un camastro estrecho que pedía pan y una palangana que esperaba pureza. Una cortina de cuentas que impedía el paso a los mosquitos pero no a la música. Un aroma de leña seca procedente de un palito de incienso para disipar los olores del whisky y el tabaco; un calendario del año anterior y una imagen encima de no se sabe quién con la esperanza de que perdonase no se sabe qué. Concentrado ahí un mundo entero para millones, desde que se vendió la primera mujer, un mundo para otros tantos millones por venir.

El resplandor marrón de la lámpara, al incidir sobre su vestido ámbar, convertía a Hallie en una mujer dorada. Sus ojos eran grises, su piel olivácea y alrededor del cuello lucía una cinta amarilla.

El vestido, suelto en un hombro, no llegaba a caer gracias a la turgencia del pecho. Aun así dijo:

—No importa cuántas veces lo haga, cada vez que estoy con un hombre me estremezco.

—Conmigo no tiene que molestarse en estremecerse —le dijo el oficial de los mares tranquilizándola—, ni siquiera hace falta que se quite la ropa.

Debía de haberle descubierto algún defecto.

—¿Qué pasa?, ¿no le gustan las morenas?

—No es por usted, soy yo —volvió a tranquilizarla—; no sirvo, eso es todo. Pero le pagaré con gusto por su tiempo.

—No me hace falta su caridad. —A Hallie le había herido.

—No es caridad. Ya me ha ayudado de un modo que no puede pagarse con dinero.

—Pues en ese caso aceptaré efectivo. —Hallie se recobró y se sentó a su lado, en la cama deshonorada, dejando que el vestido cayera suelto sobre su pecho por si él no

resultaba ser tan impotente como creía.

—Soy de Virginia, claro —le explicó, como si eso fuera más importante que las carnes de una mujer.

—Pues yo de Louisiana —le siguió la corriente Hallie—, claro.

—Lo que quería decir —creyó que había llegado el momento de ser amable— es que soy un caballero.

—No me cabe duda. —Hallie le dijo que se le notaba que lo era—. Cuando una es una dama es algo que nota en cuanto ve a un hombre.

—Lo que quería decir —intentó él de nuevo— es que soy un caballero de Virginia.

—No pretendo ser sarcástica, señor —le aseguró Hallie—, pero, ¿eso qué importa?

—Bueno —nunca habría pensado que el ser un caballero de Virginia no explicara su importancia por sí solo—, pues, quiere decir que puedo enseñar en Washington y en Lee.

—Está muy bien tener dos empleos —dijo Hallie con seguridad—, y en tiempos como los que corren es toda una rareza.

—Pues le diré que es una rareza todavía mayor —por fin iba a ir al grano—: el modo en que las viejas mami negras menean el trasero... —en su voz apareció un tono de excitación secreta—, *el modo en que se acerca con la escoba y casi te tumba: «Chico, quítate de en medio cuando estoy limpiando, chico», y aquí vuelve con el cubo y la fregona, «Chico, ¿cuándo aprenderás a portarte bien?; ¿no te he dicho que te quitaras de en medio? ¡Chico!», y cuando estás a punto de marcharte ahí vuelve otra vez, «¡Chico! ¿es que no tienes otra cosa que hacer en todo el día más que meterte en medio? Tienes todos los números para acabar empapado»...* —Sólo con un gran esfuerzo recuperó la compostura.

—Señor —le preguntó Hallie con amabilidad—, ¿cuánto hace que está así?

—Desde el día que rompí la mantequera, claro. Hace diecinueve años que murió mi mami negra, si no, ¿por qué iba a estar así? Nos sirvió en todo y cuando le llegó la hora y lo único que podía hacer ya era sentarse en su vieja silla de mimbre, no tenía ni un alma a su lado, salvo yo mismo, que le acercara un vaso de agua.

»“Mami”, le dije, “tú me has cuidado, yo voy a cuidarte a ti. Voy a ocuparme de mi vieja mami negra”.

»Dormía junto a su silla, porque ella no podía tumbarse. Cuando me despertaba por la noche, estiraba la mano y le acariciaba el dorso de su delgada mano negra y sabía si estaba dormida o despierta con sólo tocarla. Casi siempre estaba despierta. ¿Sabe qué le preguntaba entonces?

Hallie sintió que le tocaba la mano.

—¿Qué le preguntaba entonces?

—Le preguntaba: «¿Quieres algo, mami negra?», eso le preguntaba.

—Ella debió de estarle muy agradecida por sus cuidados.

Él miró a Hallie con serenidad.

—Más de lo que imaginaba. Porque el mismo día que murió, alzó su agotado y envejecido brazo y me cruzó la cara de un bofetón con el dorso de la mano.

—¿Le había roto otra mantequera?

—Era su modo de hacerme saber que había comprendido desde el principio lo que había significado para mí su primer bofetón, cuando yo tenía diez años.

—¿Quiere decir que por fin le perdonaba el haberle roto la mantequera? —Hallie seguía intentando comprender.

—Estábamos demasiado agradecidos, el uno con el otro, para tener que perdonarnos nada —le explicó—, ¿no cree que sé que fue mi propia mami negra la que hizo de mí un colgado de las mamis? ¿Que ahora tendría esposa e hijos de no haber sido por su mano? Pero aun así le estoy agradecido. ¿Quién más pensó que yo merecía que se me quisiera como a un ser humano? Me alegro de que el porche estuviese resbaladizo.

Hallie se había perdido.

—Señor —dijo negando tristemente con la cabeza—, no acabo de comprenderle.

—El agua de la mantequera había empapado el porche. Cuando la manija se rompió, ella vio lo que había hecho y levantó la mano. Yo me resbalé y me caí, así que ella me dio unos azotes cuando estaba boca abajo. Yo chillaba fingiendo que casi me mataba. Mi mami negra tenía unas manos fuertes. Ésa fue la primera vez que me castigaron para que me portara bien.

Hallie empezaba a hacerse una idea.

—¿Y qué pasó exactamente?

—Bueno, lo que pasa cuando un hombre toma una mujer, eso pasó, ni más ni menos. Y desde entonces no he sido capaz de hacerlo de otro modo. —Se rió bajo la luz ambarina, pero su rostro parecía afligido.

—Estoy muy cansado, no sé por qué —dijo y hundió la cara entre las manos.

A Hallie se le ocurrió entonces que ése no era para nada un monstruo de la peor especie, sino tan sólo una especie de pobre chico solitario y pueril que jugaba a ser Comandante mientras todavía moqueaba.

—Señor —le dijo en voz baja—, usted no necesita una chica, lo que necesita es un médico.

—No hay médicos para los que están colgados de sus mamis —le replicó con sequedad, como si él mismo hubiera buscado ya uno en la guía telefónica de la ciudad.

—Entonces procure descansar —le dijo Hallie.

A toda prisa, Hallie preparó a Mama para la gran interpretación.

—¿No habrá robado el dinero de su barco? —quiso saber Mama—. No nos irá a meter en un buen lío, ¿verdad que no?

—No te habrás ganado un dólar tan fácilmente en toda tu vida —la tranquilizó Hallie—, no es más que un pardillo al que han amamantado unas tetas negras demasiado tiempo. Lo único que tienes que recordar es que el bribonzuelo se te mete siempre por delante, te estorba a todas horas. Pero no le pegues demasiado fuerte, sólo lo bastante para que parezca de verdad.

—No me verás cascándole a ningún miembro de nuestras fuerzas armadas —se opuso Mama con obstinación.

—Pues ha venido aquí precisamente para que le zurre su vieja mami negra, date la vuelta para que te sujete esto. —Empezó a meter una pequeña almohada en el pecho de Mama—. Cuanto más pechera tengas, más culera. Te voy a meter tanto relleno que vas a parecer la gorda Madame Queen de la radio.

—Chica, que yo he nacido en este país, como todas las negras.

Era obvio que Mama todavía no había captado de qué iba aquello.

—Mama —le rogó Hallie—, olvídate del uniforme de ese hombre. Ten en cuenta que no es como los demás.

Mama se tensó como una perra cobradora.

—Nena, ¿no será uno de esos *pervertíos*? —Estuvo a punto de arrancarse el pañuelo de pega de la cabeza y echar de la ciudad a la armada de *pervertíos* entera—. No pienso servirles. Ni por todo el oro del mundo.

—Si fuera uno de ellos le irían mejor las cosas —la tranquilizó Hallie—. Ahora date la vuelta. —Y le fue superponiendo faldas y más faldas hasta que Mama, vencida por el peso, se dejó caer en una silla.

—Cariño, estoy empezando a sudar —se quejó.

—El sudor te hará brillar la piel —la animó Hallie—, pero no dejes que él te vea la cara hasta que te haga una seña. —Y se fue desapareciendo por el cortinaje de la puerta.

Bajo los restos de la gorra con galones dorados, se había derrumbado por fin el Rey de los Ladrones de Salón, y la camiseta se le había enrollado al cuello como si alguien hubiera querido mejorar sus modales acabando con él para siempre. Roncaba con tal fuerza que se le separaban los dedos de los pies, se desperezaba hasta que el cuerpo le crujía en sueños en los que asaltaba una tierra que sería suya para siempre.

—Y vosotras, dejad de hablar por un lado de la boca como si fuerais Edward G. Robinson y todo hubiera acabado —Hallie intentó acallar a las mujeres—. Esta noche tenéis un huésped con mucho dinero viejo, así que procurad ser educadas.

Bajando la escalera con paso digno de un almirante, llegó el héroe de batallas navales todavía no libradas, con el aspecto de que unos perros lo hubieran acorralado, y un vaso de ginebra en la mano.

Hallie dobló un dedo señalando hacia el cortinaje de la puerta.

Mama se acercó con la frente resplandeciente, pañuelo en la cabeza y escoba en la mano, toda sudor, como una fondona tía Jemima de los anuncios de dulces de miel, y con el delantal color menta estirado suavemente por encima de toda la ropa.

En cuanto la vio, al oficial se le cayó el vaso de ginebra.

—No quería hacerlo —se disculpó inmediatamente, y empezó a intentar limpiar el suelo con la manga llevándose por delante trozos de cristal y líquido, montando un estropicio todavía peor.

(Hace mucho, mami me enseñó a portarme bien; el día que se rompió la mantequera, cuando me soltó una bofetada del revés y luego fingió que no sabía que algo más se había roto para siempre. Ella sabía qué sería de mí y me dejó hacer un pastel de limón. ¿Quién me va a enseñar a comportarme ahora?)

Mama se sentó frente a él, con todo su descabellado atuendo. Hallie se llevó un dedo a los labios, a modo de advertencia. Las chicas intercambiaban miradas, en parte de miedo y en parte de asombro.

—Soy protestante de nacimiento, pero de ascendencia católica. —Mama creyó que había llegado el momento de explicar la tierra de nadie en que se movía su fe—. Me he dejado esposar más de lo que hubiera debido. —Se refería a que se había casado cuatro veces—. Así que la Iglesia ya no me acepta. Pero, si no puedo morir santificada, espero morir bendecida.

El codo del oficial tocó el vaso de Floralee. Éste se tambaleó, él extendió la mano como si pretendiera evitar que se volcase pero, claro, lo tiró. La chica echó la silla hacia atrás y él empezó a limpiar el suelo con un pañuelo de seda, aunque no conseguía más que empapararlo en lo vertido.

—Sigue contándome tu historia —le dijo a Mama—, siento ser tan torpe.

Mama había perdido el hilo. Sólo se acordaba de que había tenido cuatro maridos.

—Tres de ellos eran ladrones y el cuarto un hombre honrado. No volvería a casarme con un hombre honrado. ¿Sabía que no hay hombre más gentil, fuera del ring, que un boxeador? Eso es porque sabe el daño que pueden hacer unos puños. ¿Sabe que una vive más segura con un hombre que mata por dinero que con uno que nunca ha matado? Eso es porque uno sabe qué es matar; el otro, no.

—Vaya —comentó el marino—, en ese caso las mujeres de mala fama deben de ser mejores esposas que las decentes.

Una vez más siguió aquel pequeño y extraño silencio. Nadie sabía qué responder al comentario.

—Marinero, me parece que es lo más bonito que me han dicho desde que me dedico a esto —dijo Hallie..., y el oficial volcó de un codazo el vaso de Mama sobre su regazo.

—Ahora no me venga con que «ha sido sin querer» —le regañó Mama, ahora en serio—; no me venga con que todos los hombres son torpes. Señor, mi sincera opinión es que lo ha hecho adrede.

—De verdad que no, mami —mintió él con paciencia.

—No le pegues, mami —suplicó Floralee en su nombre.



—Estoy segura de que no lo hará más —le defendió también Hallie.

—Dame otra oportunidad, por favor, mama —gimoteó él.

—Sólo por respeto al uniforme que lleva —dijo Mama a modo de último aviso—, y que sea la última vez.

Se dio la vuelta para sacudirse la falda, alguien se rió tontamente y silbó, y ella se volvió de nuevo y le pilló con dos dedos en la nariz, burlándose. Mami no sabía muy bien qué pensar.

—Vaya eso no es muy bonito que se diga, un hombre de su formación... ¡con esos modales!

—No tenía mala intención, Mama. —Hallie lo dijo convencida.

—No le pegues —suplicó Floralee.

—Te juro que no quería hacer nada malo —juró el oficial de Marina con un gimoteo tan pueril que, sólo por eso, le hacía merecedor de una buena tunda.

—Oh, claro que tenía mala intención —intervino Kitty—, lo vi con mis propios ojos. Y tengo muy buena vista.

—Me portaré mejor, por favor, mami —prometió él humildemente—; me esforzaré para portarme mejor y ser un buen chico... —Se levantó para reafirmar la promesa y, de paso, tiró del mantel, con lo que la botella, los vasos, las bandejas, las Coca-Colas, las jarras y cuatro botellas de cerveza cayeron y se hicieron añicos en el suelo.

—Oh, ¡idiota integral! —rugió Mama contra él, negra de rabia mientras el oficial empalidecía de miedo, sin que ninguno de los dos fingiera en lo más mínimo: el héroe de noventa kilos buscó refugio debajo de la mesa. Y desde allí abajo sólo se le oía suplicar:

—No me pegues, Mama, por favor, no me pegues.

Como no le llegaba con el puño, Mama le agarró por los tobillos de seda negra y lo arrastró boca arriba, mientras él se retorció, con los ojos cerrados y tapándose la cara con el brazo para desviar los golpes que esperaba.

—No me gusta nada la pinta de todo esto —le dijo Mama a Hallie—, no tiene por qué hacer tanto el tonto si no está borracho ni enfermo.

—Está más enfermo que veinte pirados juntos —le informó Hallie—, que alguien traiga un poco de agua.

—¿Te sirve un poco de cerveza? —preguntó Floralee que seguidamente vació una jarra entera en la cara del caído. Luego miró dentro de la jarra y se entristeció—. Vaya, está vacía, se acabó la diversión. —Parecía que iban a saltársele las lágrimas.

—Usa Coca-Colas —le mandó Hallie.

¿A quién más que a Hallie podría habersele ocurrido? Floralee saltó a por las botellas a medio beber que permanecían todavía en pie, como centinelas, sobre repisas y divanes, y en un abrir y cerrar de ojos había rellenado su jarra. Esta vez la vertió sobre la pechera de la camisa.

—No ha estado mal —le dijo entonces a Hallie.

—Ahora sí se ha acabado la diversión —le respondió ésta.

—Se acabó. —La chica aceptó los hechos.

Pero en el suelo, la diversión no había hecho más que empezar. Allí yacía él, relamiéndose con su gruesa lengua de buey, un Lázaro lamedor de Coca-Cola demasiado lánguido para levantarse siquiera.

—He estado por todas partes, allá donde Dios sembró su semilla —explicó Mama —, pero esto es lo más asqueroso que he visto en mi vida.

—Ya puedes soltarle las piernas —comentó Hallie, y Mama dejó ir los tobillos, que cayeron como los de un muerto.

Y entonces el Marino abrió los ojos.

Unos ojos muy azules, muy autoritarios.

—Ha sido la mejor fiesta en la que he estado desde hace una docena de años —dijo felicitando a todos.

Mama se dejó caer con todas sus galas en un diván y suspiró; sólo eso, suspiró.

—Traedme el periódico vespertino —pidió al cabo de un rato—. Quiero ver qué andan haciendo los blancos.

La figura, el rostro y los galones relucientes del loco que se había gastado un mes de salario en una sola noche se desvanecieron rápidamente. Una vez gastado su dinero, a nadie le importaba qué habría sido del oficial.

—Me pregunto —dijo una Mama cada vez más suspicaz— si aquel oficial nos contó toda la verdad.

—Al menos, él se creía lo que contaba —supuso Hallie.

—¿No te parece que se saltó una parte?

—Lo que me parece es que la mami negra no era tan ingenua como él quería creer. Yo pienso que ella había abonado bien el terreno.

—No te entiendo.

—Pues creo que desde el día que ella zurró a aquel niño supo qué tipo de material tenía entre manos. Creo que era consciente de que el que se convirtiera en un hombre hecho y derecho o siguiera siendo un niño toda la vida dependía de ella. La mami pudo elegir entre su propio bien y el del niño, y eligió contra él. Era la única forma que tenía de no acabar perdiéndolo algún día con una chica blanca.

—Sencillamente me asquea pensar que una negra de campo vulgar y corriente pudiera ser tan perversa. —Mami rechazó de plano la teoría de Hallie.

—No era una vulgar negra de campo. Era una negra de una casa, seguramente con cuentas pendientes con alguno de sus amos. Todo lo que tenía se lo habían arrebatado los blancos. Vio su oportunidad de recuperar algo. Pondría la mano en el fuego a que se estaba vengando de alguien.

—No —Mama seguía negándose a creerlo—, todo el mundo necesita amar a alguien y a esa mujer no se le concedió a nadie más que a aquel niño blanco al que amar, y al niño no se le concedió a nadie más que a una vieja mami negra. Cuando las cosas son así, no importa ni el color ni la edad. En el amor, ni siquiera importa el precio. Sí, la mami negra amaba de verdad a aquel niño.

—Es lo que intentaba explicarte desde el principio —coincidió Hallie—. En el amor, el precio no importa, ni tampoco qué amante paga. Por eso él no puede odiarla, ni siquiera hoy, cuando sabe perfectamente lo que le hizo.

Aunque el lánguido teniente andaba por esos mares de Dios y no parecía que fuera a volver, su visita había provocado un lento cambio de marea. Había gastado con tal generosidad que Finnerty se había animado a creer que debía de haber más pirados como él por ahí, con uniforme o sin él. Y estaba en lo cierto.

—Estamos en la era de la especialización, ni más ni menos —empezó a predicar su nueva fe—. ¿Acaso vas al oculista a que te quite una muela? ¿Vas a comprar sellos a la heladería? Se están abriendo nuevos campos, y uno de ellos es el de los pirados. Por ahí andan cientos de enajenados cargados de oro, a los que la Depresión ni siquiera ha rozado, deseando pagar a alguien que los haga felices. Y a un pirado no le hace feliz entrar en un tugurio, elegir una chica e irse a la cama con ella. Hoy en día busca algo más picante. Quiere que la chica le diga: «Haz lo que te apetezca conmigo».

Tal vez fuera la nueva chica de Finnerty, una jovencita enjuta y amargada recién salida de una cárcel de Houston, la que le había inspirado, porque ella parecía de vuelta de todo.

—Me llamo Kitty Twist —le había dicho—, y hago de todo.

El que fuera lisa de pecho y tuviera un aire asexual no importaba nada, como bien sabía Finnerty. Porque era el tipo de chica con la que un hombre podía recuperar algo de lo que le habían robado una esposa o una amante. La ciudad estaba llena de pobres desgraciados a la busca no tanto de amor como de venganza por los agravios, reales o imaginarios, de los que eran objeto por parte de las mujeres: esposa, enfermera, hermana, hija, amante o tía, tanto daba. La mujer era la culpable de todo.

Un comercio basado en la autocompasión, que siempre resultaba más rentable que el viejo comercio basado en el amor. Los dividendos del amor llegan en billetes de un dólar; los del odio se cobran en billetes de veinte.

—Es la nueva forma de hacer las cosas —concluyó Finnerty.

Y los hombres que llegaron hablando en voz baja en la estela del teniente tenían billetes de veinte de sobra. Según parecía, no leían los periódicos porque no daban la menor muestra de saber que el país estaba sumido en las profundidades de un desastre económico. Eran hombres que habían vivido bien amparados toda su vida, y así seguían viviendo. Su mundo era el mundo de sus propias necesidades, y si alguna vez se asomaban a una ventana para mirar la calle de abajo, nada de lo que vieran, nadie de los que andaban por allí, guardaba la menor relación con sus seguros salones.

Agentes de bolsa y jefes de compras, expertos en rendimientos del capital con medios privados, directores de personal de familias de banqueros, hombres que habían nacido poseyendo barcos, bancos, minas o pozos de petróleo..., el clan entero de satisfechos zorros de cuello blanco cuyos corazones estaban en sus cuellos y su amor bajo llave en sus archivadores, pero que aun así querían conocer la vida: «¿Cuál es la respuesta?», se decían, sin plantearse por un momento cuál era la pregunta.

—Éstos son tipos con clase. —Finnerty intentaba impresionar a las chicas—. Si uno os pide que os columpiéis de la lámpara, pues os columpiáis, nenas, os columpiáis.

—Entonces, ¿por qué no vendes las camas y con el dinero que saques compras trapecios? —preguntó rápidamente la nueva chica de Finnerty.

—Siempre tienes a punto el comentario de listilla, ¿verdad? —le advirtió Oliver.

—Porque tú tienes siempre a punto la réplica más inteligente, papaíto —se apresuró a calmarlo.

Poco podían hacer contra el clan de los cuellos blancos los brigadistas de la fiambarrera: fagoneros, porteros, trabajadores de la construcción, marinos mercantes, mecánicos, empleados de los mataderos, yeseros o albañiles. Los cuellos blancos habían hecho subir el precio del amor hasta que las mujeres más hermosas y más jóvenes quedaron fuera del alcance de los chicos de las fiambreras. ¿Por qué hacer

perder media hora a un trozo de mercancía con un tipo que olía a pescado o a alquitrán cuando otro que sólo olía a loción de afeitar pagaba cinco veces más y ni siquiera manchaba una toalla?

—Mama —explicó Oliver—, vamos a olvidarnos de estos obreros muertos de hambre que ni siquiera saben que las chicas tienen alma. Conozco a más de un chulo dispuesto a pasarse el día en la esquina esperando que su chica se saque tres dólares para irse a cortar el pelo, pero a éstos no los llamo chulos. Tengo aseguradas a todas mis chicas y hasta una avioneta para mantener el nivel. Lo que quieren los currantes pueden encontrarlo en cualquier otro sitio. A partir de ahora únicamente serviremos a los pirados que quieren algo que no se atreven a pedir a sus esposas, o que prefieren que no sean ellas las que se lo den, o que ellas no pueden dárselo.

—No acabo de entenderte, Oliver.

—Y tanto que me entiendes —le aseguró Finnerty.

—Bueno, no es que me importe lo que crea que estás tramando, pero ¿qué puede darle a un hombre una de nuestras chicas que no pueda dárselo también su esposa?

—La virginidad, mujer —el macarra casi escupió la palabra—, la virginidad. Escucha, cuando abordo a uno de esos tipejos y le digo: «¿Quiere ver a unas chicas, caballero?», me mira mal y sigue su camino. Pero si le digo: «Señor, ¿le interesa una chica que no lo ha hecho nunca?», es demasiado para él, no puede resistir la tentación. Afloja el paso, se lo piensa, dobla la esquina y vuelve por el otro lado de la calle..., lo único que tengo que hacer yo es esperar. Entonces me aborda él: «¿Qué quiso decir exactamente?», me pregunta y por el modo en que lo hace también sé si es un poli camuflado o un salido de verdad. «Me refería a si le interesaría ver a una chica que se entrega por primera vez.» Mama, te asombraría ver que casi todos ellos sacarían un billete de diez pavos ante esa oferta. Te lo juro, hay días que el mundo entero me da asco, todos menos yo, claro.

—Pues algunos días tú también me das asco —confesó Mama.

El hombrecillo se sentó agarrándose el estómago como si le doliera.

—¿Qué hombre no aprovecharía sin pensárselo una oportunidad como la que ofrecemos? Es como si le diéramos el alma misma de la chica. El amor puede encontrarlo en casa, pero el alma, ay, el alma: ¿le rechazaba su madre?, ¿le sedujo su tía?, ¿le robaba su suegra?, ¿le abandonó su esposa?, ¿le traicionaba su amante...? Aquí tiene la ocasión de saldar las cuentas con todas ellas.

—Cálmate, Oliver —le apremió Mama—, porque ningún hombre viene a mi casa con esas intenciones. —Mama pareció haber recuperado la voz finalmente—. He sido una mujer de los bajos fondos toda mi vida. Espero que el Señor sabrá perdonármelo, porque he sido leal con él y conmigo misma...

—... y leal con tus chicas, claro —la interrumpió Finnerty sólo con el tono en que lo dijo—. Siéntate, vieja. Llevo un tiempo queriendo aclarar algunas cosas contigo y éste es un buen momento.

Mama se sentó.

—Es por un problemilla con un billete que cuando llegó a tus manos era de cien, pero que al llegar a las mías sólo era de diez. Si hubiera sido otra chica, no la Chiflada, habría pensado que se lo había quedado ella y no tú. Pero lo cierto es que ella ni siquiera miró el billete. Me he fijado más de una vez en que jamás mira los billetes, los guarda hasta que me ve y entonces me los da todos. Así que sé que ella te lo entregó tal como lo recibió, mira, vieja, fuiste tú la que le diste el cambiazo a tu mejor amigo, a tu único amigo. ¿A eso le llamas ser leal, vieja, por el amor de Moisés?

—Oliver, si supiera de qué me estás hablando te besaría el trasero ante el mismísimo Dios.

Finnertyladeó un poco la cabeza ante el comentario.

—Acaba de salir de tus labios de negra de Louisiana un juramento muy serio ante un blanco, ¿te has dado cuenta?

—Oliver, es la verdad. No sé de qué me estás hablando.

—Escucha —Oliver empezaba a perder la paciencia—. Le pegué a la chica y dijo: «No». Le pegué aún más fuerte y repitió: «No». Por último me quité los guantes y me dispuse a darle de verdad. Y siguió diciendo «No». Mama no me gustaría tener que pegarte, a ti. Pero sé que no fue la putilla. Sé que fuiste tú.

Mama apenas podía contenerse ante la injusta acusación.

—Por el amor de Dios, chico, ¿por qué estás tan seguro de que no fue el tipo el que te hizo la jugarreta?

Finnerty esbozó una delgada sonrisa.

—Me preguntaba cuánto tardarías en venirme con ésas. No cuela, vieja. No le quité ojo al billete desde que lo puse en el bolsillo del tipo.

—¿Estabas en la habitación cuando se lo dio a la chica?

—Como si hubiera estado. No aparté el ojo de la cerradura.

—¿Y cómo podías ver la cifra del billete a través del ojo de una cerradura?

La sombra de una duda recorrió la mente del macarra, pero recordó la ingenuidad pura de Dove y la duda desapareció. Sencillamente, no podía ser. Porque aquel chico de pueblo pelirrojo no era un pringado cualquiera. Era el primo de los primos, uno de esos tipos que sólo se encuentran una vez en la vida, tan bobo que daba pena.

—Cualquiera menos él, Mama —le dijo..., y entonces, dándose cuenta de lo cerca que había estado la mujer de distraerle, redobló el convencimiento en su culpabilidad—. Mama, voy a escuchar de tus propios labios que fuiste tú, sólo tú, la que me la jugó.

Mama conocía ya aquel tono y lo único que podía hacer era quedarse allí sentada negando tristemente con la cabeza:

—No, no y no. Que muera con la peor de las muertes si fui yo.

Finnerty se levantó.

—Oliver, sé lo que vas a hacer. Pero simplemente de mi boca no pueden salir las palabras que quieres oír.

Finnerty sólo se puso un guante. Tiró de la tela hasta ceñirla a cada dedo por separado. Cuando alisó hasta la última arruga, giró lentamente la muñeca para probar la articulación. Luego sacó el otro guante.

—Sí —le dijo Mama—. Sí, sí, sí.

—Supe que habías sido tú desde el principio —dijo Finnerty—. Y no voy a castigarte por eso. Pero que no vuelva a oírte que juegas limpio conmigo. No, a mí no me vengas con ésas. Ven aquí.

Le sirvió un coñac en una copa que llenó hasta el borde y se la ofreció sin verter ni una gota. Pero a Mama le temblaba la mano, así que cuando la cogió él tuvo que ayudarla a llevársela a los labios. Tras haberla vaciado, se la acercó a él para que le sirviera más. Finnerty la relleno. Esta vez ella bebió con más pulso. Y pidió otra más.

—Si puedo evitar que un gorrión dé un mal paso —empezó ella.

—Con esto vale por ahora —le dijo Finnerty—. Tengo trabajo que hacer, y tú también.

Y se fue a mirar a su ratón.

«La ira que vendrá» a la que se referían los carteles de los hombres-anuncio de las aceras poco tenía que ver con la ira que se vivía dentro del salón, eran dos mundos aparte. Aunque el aficionado salvador de almas advertía a las mujeres de los pozos medios del infierno, las mismas mujeres estaban convencidas de que los fuegos quedaban reservados en exclusiva a los soplones. Sin duda, ningún Dios razonable guardaría rencor a una chica por ganarse el pan con el sudor del sexo con el que él la había bendecido. Pero salvar el propio pellejo chivándose de una hermana..., ningún Dios merecedor de tal nombre pasaría por alto un acto tan miserable.

Además, Dios debía de estar de su parte, porque estaba de parte de Mama. ¿Acaso no traía ella siempre a casa canarios que mudaban de pluma o pececitos de colores baratos porque le daban pena?, ¿acaso no repetía, casi cada día sin falta, «si puedo evitar que un gorrión dé un mal paso, mis propias equivocaciones habrán merecido la pena»?

Mucho después de medianoche viejos solitarios acudían a ver a Mama, como amantes que siempre llegaban tarde al amor. Venían desde el largo río de la aflicción, dejando atrás vías, torres y muelles, y se acercaban a ventanas que se habían oscurecido hacía mucho y puertas cerradas también tiempo ha; viejos galanes que habían recorrido Perdido Street hacía mucho, que regresaban a llorar pronunciando los nombres de las chicas que habían amado. Tenían mucho que gastar y toda la noche para amar. Pero las ventanas estaban a oscuras, las puertas cerradas, y las únicas chicas cuyos nombres conocía no tenían ya más nombre que polvo.

Mama, la mujer que el papa ya no quería, se levantaba de su cama ancha, ferozmente resuelta a defender al débil y al huérfano, atenta a evitar la caída del gorrión... siempre que no hubiera un dólar de por medio. Y veía entonces a aquel

amante demasiado tardío que se pasaba la noche bajo una farola, como si la hubiera alquilado.

En la esquina oyó a una mujer tintineando en busca de un servicio rápido de cuatro dólares. Y luego oyó a su marido, manzana adelante, haciendo gestos con un juego de llaves propias:

—Aquí tengo un servicio, cariño, anda, ven a casa.

Y la noche volvió a sumirse en el vacío.

Desde algún lugar del piso de arriba o puede que del de abajo, una voz tosca de pueblerina empezó a cantar a la oscuridad:

Oh, llevaos el rocío de la mañana...

Y sabía, Mama sabía, que tarde o temprano llegaría la hora en que el furgón de la policía se llevaría a todas las chicas, a las que tenían orgullo y también a las que no lo tenían, a las que habían ahorrado y a las que no habían guardado ni el primer centavo, a aquel sótano bajo los calabozos, con dos puertas, una que llevaba a la libertad y otra que llevaba a la cárcel. Una de vuelta a la calle y otra a la celda de una galería. Y sabía que de allí alguna saldría sobornando, otra pagando la fianza y alguna chivándose de sus hermanas.

Oh, llevaos el rocío de la mañana,  
qué dulces soplan los vientos.<sup>[55]</sup>

—Si no puedo morir santificada —se santiguaba Mama desde donde estaba—, al menos déjame morir bendecida.

Gracias a su aire tan viciado, al pésimo whisky, a las bebidas tan caras y a que resultaba tan difícil llegar al local, todo el mundo iba al Dockery's Dollhouse noche tras noche mientras otros bares se quedaban vacíos.

Todo el mundo, claro, menos los agentes de la ley. A esos tugurios caóticos y torcidos, donde hasta el suelo se inclinaba ligeramente, nunca iba la policía. Cuando se oía el silencio que avisaba de que se avecinaban problemas, el viejo cerraba los postigos hasta que pasaba el peligro.

Aquel viejo no se había peleado con otro hombre en toda su vida, pero le producía un placer senil ver a los demás hacerlo. Pretendía que eso, el dejar «que resolviesen sus diferencias a golpes», era lo viril, pero el goce que se le notaba en la mirada titilante cuando corría la primera sangre era inequívocamente femenino.

Y aunque eran frecuentes las broncas, se cuidaba mucho de que ninguna de ellas llamara la atención de los desconocidos que pasaban por la calle. El ruido sordo y continuo de los ventiladores del techo y el roce desesperado de zapatos y jadeos era lo único que se oía cuando dos macarras se peleaban por el suelo.



La pelea terminaba tan abruptamente como había empezado. Doc dejaría entrar de nuevo la luz, vencedor y vencido tomarían un trago a cuenta de la casa, los murmullos de las voces volverían a subir, en la *jukebox* sonaría «Dream Train» o «It's Only a Paper Moon», y todos sentirían que habían presenciado algo real.

—Vayamos a ver qué se traen entre manos los malditos macarrillas —se animaban las putas sus tardes libres—, prefiero ver una buena pelea esta noche que una película en el New York Central...

Si un hombre salía tan mal parado que ni podía levantarse para beber, el viejo Doc le daba el trago en persona y luego sus amigos se lo llevaban y lo dejaban en la parte de atrás de algún garito menos afortunado.

Ni que decir tiene, las peleas eran casi todas innecesarias, y ni una de ellas servía para resolver nada. Los macarras nunca se peleaban por nada que importara, como dinero o amor. ¿Le había dicho High Daddy a la chica de Easy Rider que no sabía vestir a su hombre con clase? ¿Le había dicho Easy Rider que el tal Spanish Max vendería a su propia madre? Se peleaban por su honor, y eso debería haber bastado.

No porque tuvieran demasiado whisky en las venas, sino porque no tenían bastante. Sus vidas estaban tan vacías como sus vasos: la falta de amor les reseca las gargantas. Deseaban estar borrachos, borrachos para siempre.

—Las patatas fritas están demasiado saladas —se quejaba siempre alguien a Dockery.

—Así dan sed a la gente —explicaba Doc—, por eso los cuencos de mostaza están siempre llenos y también hay unos *pretzels* bien salados.

Estar borrachos, borrachos para siempre.

Y así llegó Dove un mediodía, mucho antes de la hora de los bebedores, puso su maleta de muestras debajo de la mesa y su libro encima y pidió un sándwich de pobre muchacho y una botella de cerveza.

Entonces, con el libro delante, olvidada la cerveza, por fin reparó en lo mucho que se diferenciaban la A y la B.

Un mediodía estaba estudiando la M y la N cuando una sombra se posó sobre la página y el dedo de Finnerty cerró el libro de golpe, como si lo cerrara para siempre jamás.

—¿Qué tipo de timo es éste?, ¿*Cuentos de hadas*?, ¿es que ahora te dedicas a timar a los niños, chaval?

Dove cogió el libro y se lo guardó.

—Hola, Oliver —saludó.

Finnerty meneó la cabeza con incredulidad.

—Y pensar que te tomé por el mayor idiota de la ciudad. Pensar que la W que llevabas en la frente significaba Watkins.

—Soy representante de Watkins, señor —le recordó Dove al macarra con comprensible orgullo.

—Chaval, eres grande. Sencillamente grande. Y la maleta con las muestras ya es

demasiado. Demasiado. Cargando con ese maletón y la pinta de pueblo que tienes..., ¿quién sospecharía a qué te dedicas en realidad?

Arrimó una silla a la de Dove, y se le acercó tanto y le habló en voz tan baja, pegándole la boca a la oreja y cogiéndole el meñique con el suyo, que Dove se sintió atrapado entre él y la pared.

—Y ahora, de colega a colega —susurró Oliver con voz sibilina— es mi deber decirte que mi nueva niña está muy resentida contigo. No sé qué va a hacer si te pillas. Y no, no me refiero a aquel golpe que disteis en el que ella se llevó los palos y tú te piraste al sur con la pasta. No creo que Texas vaya a pedir tu extradición por eso. Pero ¿cómo vamos de conciencia, colega? ¿Sabías que la chica cumplió cien días sin nada? Tú y yo sabemos lo que es que te encierren sin un céntimo, ¿verdad? Claro que si es así como quieres que cumplan condena tus chicas, es asunto tuyo. Pero yo no trataría así ni a un perro sarnoso.

—Señor —Dove intentó soltarse el meñique—, esa chica le contó algo que no es verdad.

—Espero que no pienses que me creo más la palabra de una fulana que la de mi colega de la maleta de muestras. El mismo colega que me preparó la puta que más me hace ganar. —A Oliver le dolía que Dove sospechara siquiera que se había olvidado de semejante favor—. Naturalmente que ella mintió. ¿Quién ha conocido a una fulana que no preferiría mentir a trabajar aunque sea cobrando? Colega, lo que te estoy diciendo es que voy a sacarte de ésta. Amigo, yo he estado en la Ciudad del Dolor y sé bien lo que es. Hicieron que lamentara el día que nací, pero no voy a permitir que mi colega de la maleta de muestras lo lamente también. ¿Y si a ella se le ocurre declarar que era menor de edad cuando tú le hiciste cruzar la frontera del estado en un vehículo? Eso a Oliver Finnerty le entra por un oído y le sale por el otro.

—Señor —Dove por fin pudo decir algo—, yo nunca he llevado a nadie a ningún sitio. Simplemente viajamos juntos un trecho en un mercancías. Eso casi ni se puede llamar «vehículo», me parece.

Finnerty soltó el meñique de Dove como si hubiera sido idea de éste cogerle el suyo.

—¿Y entonces cómo lo llamarías, señor Pez Gordo?, ¿una zarigüeya en un poste de telégrafos?

—Bueno, no era lo que se dice un tren de pasajeros.

—Hermano —Finnerty puso una mano en el hombro de Dove—, hermano, tanto da que fuera en un furgón o sobre patines, esa fulana puede jurarlo y hacer que emitan una orden de detención contra ti en cualquier comisaría de la ciudad...

—¡Si la saqué de debajo de las ruedas! —recordó Dove gritando—, ¡la traté bien! Finnerty negó solemnemente con la cabeza.

—Uno siempre puede tratar a las mujeres demasiado bien —le recordó a Dove—, pero nunca demasiado mal.

—Le salvé su pequeña vida asquerosa —añadió Dove, aunque sentía que el valor

se le escurría por todos lados.

—Si yo te creo, te creo —aceptó Finnerty comprensivo—, pero el que yo te crea no importa nada.

—Ella quería —recordó Dove con desesperación—, la verdad es que quería más que yo. Y cada vez quería más. La verdad es que acabé durmiendo boca abajo para quitármela de encima.

—El que ella quisiera tampoco importa. Al ser menor de edad se trata de estupro, aunque ella te apunte a la cabeza con una pistola.

—No tenía ninguna pistola —admitió Dove—, pero desde luego yo no *estupré* a nadie, señor... —Sin embargo se ruborizó como si fuera culpable.

—Todos hacemos tonterías de vez en cuando —dijo Oliver bajando la voz porque había captado y comprendido el rubor—. Y lo que yo digo siempre es que si uno sabe que no es material de primera para esto, más vale que deje a las mujeres. Colega, una fulana no es más que una fulana, pero un colega es un colega, así que tranquilízate. No voy a permitir que Texas te eche el guante sólo porque una fulana quiera chivarse. Si lo hiciera se la estaría jugando de verdad, y así se lo dije. «Bonita», le dije, «una cosa es que me times a mí y otra muy distinta que delates a mi colega.» Y ahora, ¿quieres que te saque de este lamentable lío en el que te has metido?

Dove empezaba a sentirse asustado, más asustado de lo que lo había estado en su vida.

—Le agradecería mucho su ayuda, señor.

—Un favor se paga con otro. Espero tu total colaboración a partir de ahora. Yo soy el general. Tú, el soldado, cuando te dé una orden quiero que se cumpla. Porque no carezco de otras ayudas —añadió con suavidad.

—Usted es mi capitán —convino Dove—; yo, su machaca. Pero me gustaría pedirle un pequeño favor.

—¿Cuál viejo amigo?

—No me llame Señor Pez Gordo.

—Chócala, Tex. —Finnerty tendió la mano.

Dove se la estrechó agradecido.

—He cumplido mi parte del trato —le dijo Dove a Finnerty en el salón de Mama media hora más tarde.

—Lo hiciste, y estoy tan orgulloso de ti que lo pregonaré por toda la ciudad —le prometió—. Ten.

Le tendió un billete de cinco dólares.

Dove le dio la vuelta, como si la cifra del dorso pudiera ser distinta, y luego se lo pasó a Frenchy.

—Diles dónde lo conseguiste y lo poco que te costó —le dijo, y luego se encaminó con indolencia hacia la puerta.

El cerebro de Finnerty no tenía espacio para dar crédito a lo que acababa de ver. Alcanzó a Dove en la puerta de Dockery's. Se había quedado sin aliento y esperó a entrar para invitar a Dove a una copa.

—Ponle a este hombre lo que quiera —le dijo a Dockery, todavía sin aliento—, y cuando quiera.

—Siempre que este hombre quiera una copa —le aseguró Dove a Dockery—, se la pagará él mismo y puso un billete de cien dólares sobre la barra, ante los ojos del macarra.

Finnerty extendió la mano para cogerlo, pero Dove se la bajó amablemente.

—Tengo entendido que el precio es diez pavos por mirón, Oliver —le dijo con renovada confianza a Finnerty—. Tenía la casa llena. Me cobraré mis treinta ahora.

Finnerty echó mano a la cartera. Despacio. Pero la echó.

—Jamás lo hubiera creído —reconoció mientras ponía tres billetes de diez sobre el de cien—, no te imaginaba capaz de tener esos nervios de acero.

—Usted ponga las vírgenes, señor —le prometió Dove—, que yo pondré los nervios.

—Supongo que sabrás que por tu culpa tuve que darle una paliza de noventa dólares a una pobre fulana —le reprochó Finnerty a Dove mientras veía cómo los ciento treinta dólares desaparecían en su cartera.

—Es lo que digo yo siempre —le respondió Dove alegremente—, uno siempre puede tratarlas demasiado bien, pero nunca las tratará demasiado mal.

Días sin aire, en los que medias púrpuras y sujetadores negros, ligueros plateados y escotadas blusas estampadas colgaban de los tendederos en una especie de jungla de ropa de burdel tan inmóvil como Brasil en un mapa. Una jungla cuyo follaje lo componían tantas prendas íntimas brillantes como se podían lavar, y cuyo estridente ruido de fondo eran los gritos del vendedor de latas de pimientos:

¡Picantes! ¡Todos pican!  
Fortalecen la espalda,  
alargan la vida.  
Cómprame mis latas de pimientos...

Olores y gritos, una blusa manchada de rímel, el ruido del agua al caer en una palangana antes de que el primer amante que se había despertado ese largo día se acostase con la última chica que quedaba despierta. Y luego a darle como enemigos, ombligo con ombligo, hasta que el tipo gastaba su pasión de dos dólares. Entonces, mientras él se levantaba con un calcetín puesto y el otro pie desnudo, le asaltaba una repugnancia perfumada.

Una repugnancia que impregnaba una mañana que parecía perpetua, hasta que el mediodía se fundía en el atardecer y éste con la noche.

Entonces llegarían un olor acre, como a jabón o a sangre, y las voces de las mujeres, y un aire de premura se apoderaría del piso de arriba o de algún rincón de la planta baja. Luego el olor del humo de puro se mezclaría con el de colonia, el de incienso con el de whisky, y el de éste con el de ginebra. Y a esa hora, a veces arriba y otras abajo, siempre podría encontrarse a Dove Linkhorn.

A veces aparecía con una camisa roja, otras con una amarilla, siempre con botas de cowboy y un pañuelo de seda negro, apoyaba un pie en la base de la barra de Dockery's o se inclinaba sobre la *jukebox*, y no tardaba un segundo en darse a conocer.

—¡Venga esos cinco, soy el Gran Stingaree!<sup>[56]</sup> Acabo de llegar de Río Grande. ¿Veis estas botas? Cuestan cuarenta dólares. ¿Y veis el sombrero? Treinta y cinco. Casi siempre bebo aquí, y me gusta invitar. Lo que queráis, sólo tenéis que decirlo. Soy amigo de mis amigos. Si queréis saludar a una chica, decidme cuál, así de fácil. La mayoría son mías, pero no soy un tipo celoso, las dejo ir por ahí porque sé que volverán. Siempre vuelven con su Papi-Oooh. Así me llaman, Papi-Oooh, pero vosotros podéis llamarme Tex. Cuando os paséis por aquí y no me encontréis, decidle a ese abuelo que está detrás de la barra que esperáis a Tex. Pedidle lo que queráis para beber (trabaja para mí), y tarde o temprano apareceré con una chica en cada brazo y casi siempre con una camisa nueva que una de ellas acaba de comprarme. ¿Veis este cinturón? Me lo regaló una.

El whisky marrón, el ron negro, la cerveza oscura, la ginebra clara.

—No sabría leer mi nombre ni aunque estuviera escrito en letras de medio metro de alto en las paredes de un granero, pero gano más en un solo día de lo que algunos estúpidos con estudios ganan en un mes. Bebed.

Whisky, licor de maíz, ginebra o whisky de centeno, el Gran Stingaree se lo bebía. El Gran Stingaree bebía lo que le sirvieran, hasta que las gotas le chorreaban sobre la camisa, roja o amarilla, y la cerveza le empapaba las botas. Una vez se situó en medio de un charco de orines o vino, con la cara desencajada por el ron que todavía no había tragado. Agitó los brazos hasta que alguien apagó la *jukebox*. El Gran Stingaree tenía algo que decir a la congregación de macarras.

—¡Quemad vuestras ciudades! —pidió, y dudó un instante para acordarse de qué más se tenía que hacer—. Quemad vuestras ciudades, pero salvad nuestros campos —concluyó sin mucho convencimiento.

—Anda, sigue, sigue.

Pero, fuese lo que fuera lo que quería haber dicho, Dove ya no se acordaba de nada más.

Porque una vez al día, o hasta dos, los caballeros de Finnerty se quedaban con los ojos fijos frente a una pared para consumir vicariamente aquella lujuria ancestral: la desfloración de una virgen.

Finnerty estaba en lo cierto: era una fantasía que los había perseguido, sin excepción, durante toda su vida; no era algo que ellos hubieran buscado. Se habían

limitado a convertirla en un misterio secreto que nunca se haría realidad.

Un misterio que era tan falso como secreto. Pero Finnerty lo manipulaba haciéndolo brillar con colores chillones, como un remolino de luces en la oscuridad; el espectáculo corría el peligro de convertirse, si no se dramatizaba, en poco más que una pintada desvaída sobre un trozo de madera. Él instruía a las chicas para que no entregaran su castidad fácilmente, para que derramasen lágrimas, que se resistiesen.

Para ese juego, Floralee no servía, porque era incapaz de entender que el viejo juego tenía ahora un nuevo giro. Y tampoco quería entenderlo. En cuanto Dove entraba en la habitación y colgaba su sombrero Stetson, se quitaba hasta el último trapo que llevaba encima y, con una voz que sonaba como cascabeles en un hilo de plata, empezaba a canturrear:

La gata tenía una garita; la garita, una cachorrilla.

E invitaba a Dove a dar palmas con ella:

Dime, abuelo, ¿tienes levantada la espiguilla?

Nadie fue capaz de hacerle entender que no era así cómo se comportarían unas reticentes y encantadoras vírgenes.

Por toda la granja hay muchas espigas  
y otra copita no nos vendría mal.<sup>[57]</sup>

Por su parte, Reba se tomaba demasiado en serio su papel. Corriendo de un rincón al otro, se escabullía como un animal atrapado, se tapaba la cara con las manos y gritaba:

—¡Nunca! —chillaba a las paredes—. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Jamás!

Golpeaba con ambos puños el pecho de Dove, y se le caía la dentadura postiza mientras suplicaba por su honor. Pero ni eso la desanimaba. Como buena artista que era, seguía golpeándose las encías con los puños:

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

Teniendo en cuenta los abortos a los que había sobrevivido, era asombrosamente ágil. Esquivando a Dove y descolocándolo, lo dejaba sin aliento, pese a no llevar puestas más que las ligas rojas y las botas. Al final, él tuvo que quejarse a Finnerty.

—Admiro el talento en una mujer —se quejó—, y no espero que ninguna me ponga las cosas fáciles, pero correr detrás de ésa por todas partes me está haciendo polvo. Es una fulana encantadora y todo lo que quiera, pero se lo toma demasiado en serio.

A veces la virgen era Frenchy. Kitty pedía a gritos que la dejaran participar, pero los tatuajes de aficionado de sus brazos y piernas, que ella misma se había hecho de niña, la eliminaban para el papel.

—¿Dónde se ha visto una virgen tatuada? —la rechazó Finnerty.

—Me quedaré con la ropa puesta —dijo ella.

—Me pedirían que les devolviera el dinero —le respondió Finnerty—, baja a la puerta, que es donde tienes que estar y que no te pille fuera de tu sitio otra vez.

Ella no se dio cuenta de que si no hubiera mostrado tanto interés en participar en la farsa, él le habría mandado que la desflorasen en el piso de arriba en lugar de hacer guardia abajo, una hora tras otra, aburrida.

La que nunca lo hizo fue Hallie. No podía ser. Pero, ¿qué no habría dado Finnerty porque ésa, justamente ésa, lo hiciera! Pero no hubo forma de que se rebajara. Ella, que había estado en mil esquinas con mil hombres distintos, pero que siempre había salido incólume.

Esa negativa le carcomía, tanto como le carcomía el que cada vez que una de esas inocentes del ¡Nunca! ¡Jamás! perdía la virginidad, tuviera que repartirse sesenta dólares con Dove, lo que suponía un salario objetivamente demasiado generoso para ese tipo de trabajo.

—Hay a quienes les encantaría echarme una mano sin cobrar —le dijo a Dove.

—Tipos poco fiables —le recordó Dove—, hoy aquí, mañana allá.

Era verdad, y Finnerty lo sabía, que Dove era insustituible. Cada vez que Finnerty pegaba el ojo a la pared para controlarlo, allí estaba el chico cumpliendo honradamente con su jornada laboral para ganarse el suelo. Digno de confianza. Y no parecía haber nada que obstaculizara sus poderes, como la marea.

Como el mar, iba y venía.

Por supuesto, Finnerty no reprimía su entusiasmo secreto por la capacidad de Dove.

—Jamás has visto nada igual —le dijo a Schmidt *el Sin Piernas* invitándole a que mirara—, Dios ha sido generoso con un pobre payaso impío.

—¿Por qué iba a fijarse Dios en alguien como ése? Más vale que dejes a Dios aparte, y no cuentes con que pague ni un centavo por verlo.

—Ni se me ocurriría pedirte a ti que pagaras. —Finnerty adoptó su ensayado aire de persona dolida—. Sólo creía que te reirías un rato.

—Pues no le veo la gracia —le dijo la enorme mitad de hombre al macarra.

—¿Cómo lo sabes si no lo has visto? —insistió Finnerty—. Tendrías que ver el modo en que ese semental enloquecido se pone a la tarea. Tío, es educativo.

—Gracias, prefiero seguir en la ignorancia —concluyó tajante el tullido.

—Piénsatelo, amigo —le sugirió Finnerty—, la oferta sigue en pie.

Ni el propio Finnerty sabía por qué quería que Schmidt presenciara el numerito. Le irritaba el aire de independencia de aquel tullido, lo consideraba excesivo cuando hombres plenamente capacitados andaban por ahí mendigando, pero eso no lo explicaba todo. En el fondo, se trataba del desprecio, tan sutil, que mostraba Hallie hacia sus propios encantos. ¿Cómo era posible que una mujer prefiriera a un hombre sin piernas antes que a un apuesto caballero como él?

Si no puedes con ella, bien lo sabía Finnerty, lo mejor que puedes hacer es atacar a las personas que ella ame.

Y fuera por risas o por lujuria, sus matemáticas del alma empezaron a rendirle beneficios. Un pirado de cuello blanco entraba con la excusa de que iba a buscar a un amigo, luego venía otro buscando, y luego otro, hasta que eran cinco o seis. Uno por uno, Finnerty mantenía una breve charla privada con ellos, y luego se oía su voz, segura de sí misma, persuasiva y tranquilizadora desde detrás de una puerta entornada. Seguidamente un billete de diez cambiaba de manos.

El cliente pegaba el ojo a la mirilla, derecho por el que había pagado, y sólo veía a una chica pálida, enloquecida, con trenzas rubias ceñidas firmemente alrededor de la cabeza, con un vestido simple de seda y las blancas manos sobre el regazo.

Irrumpía entonces una especie de paleta pelirrojo con un sombrero de sheriff, pantalones de pana chillones y botas sin espuelas; los mirones casi podían oler su aliento a whisky. ¡Menuda pinta de zopenco! El único sonido que se oía en la habitación era su respiración profunda y el zumbido incesante del ventilador del techo que cortaba aquel calor obscuro. ¡Menudo payaso! Se ponía manos a la obra como si fuera la tarea del héroe, algo que seguramente nadie más sería capaz de hacer.

Algunos despreciaban a aquel desvergonzado palurdo, pero no todos. Cada mirón se lo tomaba de un modo distinto.

Uno empalidecía poco a poco mientras miraba y, nada más empezar el espectáculo, se iba pensando en qué triste, era todo.

Otro se reía hasta que se le revolvía el estómago al ver demostrado por fin algo que siempre había sospechado: que el hombre era un animal bípedo y la mujer uno cuadrúpedo, ni más ni menos. Y se iba pensando la suerte que había tenido al haber presenciado el acto que corroboraba su teoría.

Y un tercero se quedaba mirando pensativo, como ante una demostración del método de tejer alfombras: ¿ves?, todavía puede ganarse dinero con la pequeña empresa.

Otro sentía los envites de la lujuria creciendo en su interior y se mordía los labios por no tener dinero: de haber tenido en sus manos cuanto efectivo corría por la ciudad esa noche, se lo habría gastado antes de amanecer.

Pero el gran tullido ni se rió ni empalideció. Las arrugas de su curtida cabeza se marcaron, hizo oscilar el torso sobre sus diminutas ruedas y se alejó rodando por el salón, produciendo un gran estrépito para ocultar su indignación.

No, a Schmidt no le iban para nada esas historias.

Los mirones estaban sentados de nuevo en el salón cuando Dove bajaba, acabado el trabajo, y era entonces cuando empezaba la verdadera diversión. El ver al tipo peinándose o poniendo discos en la *jukebox*, aparentemente ajeno a que había actuado en público, disparaba tales miradas de regocijo silencioso entre unos y otros que todos daban por bien gastado el dinero. El que, al fin y al cabo, fueran ellos el



verdadero objeto del engaño era algo que Finnerty se esforzaba hasta lo indecible por no divulgar. Si ellos hubieran sabido que el palurdo del Stetson no sólo era plenamente consciente de que lo estaban mirando, sino que se enorgullecía en secreto de la exhibición de sus poderes, le habrían linchado, y también a Finnerty.

Schmidt, por descontado, estaba al tanto de todo y no compartía la diversión de los demás. Desde un rincón apenas iluminado estudiaba a Dove. El Gran Stingaree llevaba el cuello de la camisa desabotonado, y se le veía enrojecido hasta la barbilla, porque tenía treinta dólares más que gastar. Y se los gastaba tan rápido como podía, invitando a beber a todos.

«No se da cuenta de que la función ha terminado», pensó Schmidt mientras en la *jukebox* empezaba a sonar:

En el Cielo hacía falta un pájaro cantor  
por eso Dios se llevó a Caruso... [58]

Dove empezó a seguir en silencio la canción, simulando que era su propia voz la que lamentaba la muerte de Caruso.

—Ojalá supiera cantar bien —se quejó cuando acabó—, pero perdí la voz de tanto gritar pidiendo salsa de carne.

El hombre sin piernas era un antiguo artista de feria que había vivido entre esqueletos humanos, mujeres de doscientos cuarenta kilos, chicos con cara de perro, hombres araña, cabezas sin tronco, encantadores de serpientes, hermafroditas y enanos en el mundo deforme de los circos ambulantes. Pero le dio la impresión de que ninguno de ellos le había asqueado tanto como este sonriente palurdo bravucón y chulesco imitando a Enrico Caruso.

Cuando acabó la canción, Dove se fijó en Hallie. Se puso a su lado, levantó el vaso de la chica, lo vació y gritó:

—¡Camarero! ¡Esta dama necesita una copa!

Hallie tapó el vaso con la mano.

—¿Qué haces sentada en el bar si no quieres beber? —preguntó Dove.

—Prefiero pagarme mis copas.

—¿Qué te pasa, Hallie? —Sus ganas de pavonearse empezaban a flaquear—. Yo no te he hecho nada.

—Simplemente no me gusta que me pague las copas alguien que no sabe lo que se hace, eso es todo.

Como respuesta, él cogió un vaso lleno de ginebra y se lo bebió de un trago, luego lo dejó sobre la barra con un suspiro.

—¿Y qué ha probado eso esta vez? —le preguntó ella.

—Prueba que puedo beber ginebra —le informó Dove.

—Eso lo tienes más que demostrado. Hace una semana que no te he visto sobrio.

—¿De quién es el dinero, tuyo o mío?

—Tuyo —le tranquilizó ella, se dio la vuelta y lo dejó tambaleándose.

Schmidt la esperaba en la puerta.

—¿De qué estabais hablando? —El tullido le impidió el paso.

—Le he dicho que se está matando.

—Pues déjale. Cuanto antes, mejor.

Otra mañana, Hallie bajó al salón con su gata coja. Tras una larga noche de alboroto, las arañas, que a medianoche se habían retorcido y se habían mecido en sus hilos de metal, colgaban ahora inmóviles. La noche había acabado y la luz de la hora temprana se esparcía por la sala como trozos de cristales rotos, como si la gente hubiera hecho un picnic en un mausoleo. Y como en un mausoleo, el aire estaba viciado. Tan viciado, tan quieto, que una mota de sol sobre su despliegue silencioso parecía un niño en un hospital al que le hubieran mandado callar mientras dormía su cuidadora.

Hallie vio la mota pálida registrando un suelo en el que se amontonaban los muertos: un pelotón entero de Coca-Colas había caído a los pies de la *jukebox*, y hasta la propia *juke* parecía que jamás volvería a sonar.

Un botellín de ginebra, el último de su fila, yacía boca abajo donde había caído, rodeado de colillas que se habían consumido solas en el suelo. Horquillas, pañuelos de papel, chapas de cerveza, corchos de botellas de vino, una baraja entera desgarrada por la mitad y tirada sobre la alfombra en algún momento de desesperación, daban al salón el aspecto de un campo donde se había librado una batalla sin cuartel.

Pero desde algún rincón le llegó el murmullo de una respiración, lenta y regular. Hallie siguió la mota que, como ella misma, buscaba también al único superviviente.

Acurrucado en un rincón, tan encorvado que ella creyó que dormía, estaba sentado el chico con la cara demasiado aniñada y demasiado envejecida a la vez.

—Despierta —le dijo.

Él se levantó y se esforzó por recomponer la figura desarticulada del Gran Stingaree mientras escondía algo a su espalda.

—Pero ¿qué estabas haciendo?

—Estoy sobrio. —Fue su curiosa respuesta.

—Estarás borracho a mediodía.

—Con mi dinero.

—Eso ya me lo dijiste ayer.

—Ayer gané sesenta dólares, ¿cuánto ganaste tú? —Ya casi había recompuesto del todo la pose del Gran Stingaree.

—Ya que me vienes con ésas, devuélveme mi libro.

Lo sacó de detrás de la espalda.

—No sé cómo llegó a mis manos —mintió—. Tiene que ser tuyo, claro, porque tú

entiendes de libros y yo no tengo ni idea. Pero no creo que eso te dé ningún derecho a burlarte de la ignorancia de los demás.

—Nunca me he burlado de ti, Dove. Puedes quedarte el libro.

—No me sirve de nada porque, como tú bien sabes, no sé leer, y me lo dejas para reírte de mí.

—Si eres capaz de mantenerte sobrio hasta mediodía una semana entera, te enseñaré a leer.

Él aceptó tan deprisa que ella sospechó algo e hizo ademán de coger el libro.

—Si estás sobrio a mediodía te lo devolveré.

Él no lo soltaba.

—Si no estoy sobrio, yo mismo te lo devolveré. Es una promesa.

—Estarás demasiado cargado para acordarte de ninguna promesa.

A mediodía estaba sobrio. Y seguía sobrio a las cuatro. A las cinco empezó el espectáculo de Finnerty. A las cinco y media, Dove fue a buscarla, todavía sobrio, y sin decir palabra le devolvió el libro.

—¡Camarero! —le gritó a Dockery, golpeando la barra con los nudillos hasta que le quedaron blancos—, ¡Ginebra! ¡Ginebra! ¡Ginebra!

Esa noche, Dove soñó que estaba solo en un hotel de Houston. En algún rincón de la habitación, un gato intentaba vomitar: tenía algo atascado en la garganta que no podía tragar. Lo buscó debajo de un diván, detrás de una *jukebox* y debajo de un catre, pero todo estaba envuelto en una bruma y no veía nada con claridad. De pronto una sombra sesgó la bruma: la gata de Hallie corrió y desapareció en otra habitación. La gata ocultaba algo allí que no quería que nadie viera, llevaba tiempo tramando algo. Algo le pasaba al animal pero nadie sabía qué.

Detrás de un radiador enseñaba los dientes el cadáver de un cachorrillo que llevaba semanas muerto, y ella lo amamantaba. Los dientes del cachorro estaban descarnados hasta los huesos de la mandíbula, pero la berrenda acercó su boca al vientre yermo y empujó el pellejo tensado por la muerte. Dove empezó a pegarle para que lo soltara, pero la gata no sentía los golpes, por más que le estuvo dando un buen rato. Al final se dio la vuelta y le miró.

De los bigotes le chorreaba leche fresca; y el sueño se fue desvaneciendo poco a poco, como una bombilla de veinte vatios que da las buenas noches.

Nadie en Perdido Street tenía al hombre sin piernas por un fenómeno de feria. Nadie contaba que en el pasado, durante unas breves semanas, había permitido que se le presentara como tal. Porque nadie que hubiera visto su mirada bajo su frente leonina habría cuestionado que fuera un hombre perfectamente normal. Bajo las espesas cejas, los ojos, muy separados, ardían firmes como llamas de velas en una habitación sin viento. Schmidt nunca parpadeaba. Se acomodaba en su plataforma tal que un santo de los amputados y devolvía cada mirada. Cuando finalmente uno apartaba la

mirada, él se acariciaba la pequeña barba castaña como si dijera: «Ya te tengo muy visto, amigo».

Vendía sus mercancías, hacía sus apuestas y se bebía sus cervezas, tanto negras como rubias, sin perder nunca la dignidad, ni permitir que los demás olvidaran que la tenía. Una vez, una chica le había dicho:

—Guárdate tu dinero, lo necesitas más que yo. —Lo dijo con la mejor de las intenciones. Pero el hombre, que esperaba como una estatua mutilada en el reborde de la cama, palideció bajo su piel morena.

—No deberías haberme dicho eso, hermana —le respondió, se bajó de la cama y se marchó.

Aun así, la tarde siguiente, la misma chica le pagó con un billete de cinco dólares por un frasco de agua de perfume que valía veinticinco centavos y él se guardó el dinero en el bolsillo sin hacer siquiera el ademán de devolverle el cambio.

Todo un santo. Cuando uno daba, pensaba, tenía que darlo todo. Cuando uno tomaba, lo tomaba todo.

Ahora, cuando se acercaba a los cuarenta años, tras reconstruir su vida entera sobre una roca de coraje puro, notaba que la roca se tambaleaba y no daba crédito. Sin duda, pensaba, un hombre que ha sido destruido una vez y que había luchado con todas sus fuerzas para volver al reino de los vivos no sería elegido para sufrir una segunda destrucción. Dios no lo permitiría.

Él era Schmidt, el hombre que no necesitaba a nadie; Schmidt, que nunca volvería a perder. Y aun así, cada vez que pensaba en Hallie, la roca parecía tambalearse. ¿Cómo era posible que su vida, que él había amarrado con tal firmeza, hubiera acabado posada sobre la palma de la voluble mano de una mujer? Una mujer que, además, pasaba por los brazos de cualquier extraño anónimo.

Cada vez que lo pensaba empezaba a dar vueltas de rodillas por su pequeña habitación, golpeando el suelo con los muñones en un ataque de rabia del color de la sangre, pues la luz de neón del tráfico que se filtraba desde la ventana lanzaba destellos que iban del rojo a un dorado apagado para acabar con un matiz de sangre. ¡Los muñones! ¡Todo era culpa de los muñones!

—Uno en la cadera y otro en la rodilla. —Se golpeaba ambos a la vez con manos que eran como martillos, lo que mandaba una descarga de dolor blanco zigzagueando a través de su pecho hasta su cerebro.

¡Los muñones! ¡Los sucios muñones! Jadeaba como una gran foca a la que le faltara el aire. ¡Otra vez no! ¡Dos veces no!

Luego, serenándose, empezó a rodar lentamente, pues el rodar sobre la plataforma era como una terapia para su ira. Y mientras rodaba, recordaba, y al recordar, volvía a amar. La veía de pie junto a un umbral con una cortina de cuentas, como si incluso entonces estuviera esperándole sólo a él; y cómo volvía lentamente la cabeza cuando él entraba rodando, y cómo le miraba, sin pena, y cómo sus labios sólo a él le decían «cariño».

«Tengo que sacarme esto de dentro de una vez y para siempre», se prometía Schmidt.

Pero antes de ir al local de Mama se pasaría a tomar un trago a Dockery's, para calmar el dolor de los muñones antes de hacer el amor. Y también charlaría un poco con otros tullidos para calmar el dolor de su pecho.

Dockery servía a lisiados y uno de los que seguramente estaría por allí era *Rodillandante* Johnson, cuyas minusvalías eran todavía mayores que las de Schmidt. Además, Johnson era negro y ni siquiera tenía una plataforma para moverse. Había almohadillado sus muñones con cuero, reforzándolos con hojalata. A Schmidt le parecía tan atrasado andar por las aceras de la ciudad sobre unos muñones de hojalata que creyó su deber modernizar a Johnson.

—Súbete aquí —le ordenó. A Johnson no le hacía ninguna gracia la plataforma, pero tampoco quería ofender a la Gran Mitad.

—Yo ya me valgo muy bien así, señor «Chilles» —le dijo sin mirar la tabla—. Voy mejor a mi aire.

—¿Puedes ir hacia atrás? —le preguntó Schmidt—, ¿puedes girar?, ¿puedes moverte de lado?, ¿puedes ir deprisa? —Y para demostrarle lo que decía, rodó directo hacia la *jukebox* y frenó en seco—. ¡Atrás! —Retrocedió—. ¡Giro! —Dio la vuelta—. ¡De lado! —Con las manos sobre las ruedas, con tal fuerza que parecía impulsado por una fuerza mecánica, dispersó a chulos, lisiados y a sus chicas mientras algunos, más fríos, le ponían sillas delante: era como estar en una piscina con una lancha motora sin timón.

Dockery permanecía en la zona oscura de la barra para que nadie viera la pequeña sonrisa que esbozaba. Al viejo Doc Dockery le encantaba ver a hombres y mujeres huyendo presa del pánico, perseguidos por sus pecados. Fuera lo que fuese lo que les pasase, se lo tenían bien merecido: eso delataba su sonrisa.

—Ahora, prueba tú. —Schmidt se detuvo por fin.

Johnson no tenía otra opción. Unas manos lo levantaron y otras le sujetaron las correas con firmeza, luego todos se apartaron.

—Háganle sitio —ordenó Schmidt—, denle una oportunidad.

Y así el viejo de pelo ondulado ya encanecido, y sin nada bajo el pecho más que unos pantalones cortos de niño, puso las manos, que eran la mitad de anchas que las de Schmidt pero bastante más largas, en las ruedas. Se impulsó para rodar suavemente adelante y atrás, atrás y adelante. Pero apenas se deslizaba hacia delante y muy tímidamente hacia atrás, como si no tuviera un espacio tan amplio como una pista de baile a su disposición sino tan sólo una diminuta celda.

Era inútil. Nadie consiguió convencer a Johnson para que hiciese algo más atrevido. Al poco rato, acabó aburriéndose verle rodar unos metros adelante y otros tantos atrás, hasta que alguien metió una moneda en la *jukebox* pensando que tal vez la música animaría al anciano.

Pero cuando empezó a sonar lo único que ocurrió fue que se puso a cantar, pero

no varió su rodar pausado.

Noventa y nueve años saltando de un lado para otro

Empezó un grotesco baile de tullido...

Y sigo aquí, rodando, y no puedo volver a casa.  
Debería volver al río en 1910,  
allí estaban las mujeres y los hombres,  
me pregunto qué pasa ahora, algo debe de ir mal,  
porque yo sigo aquí rodando pero todos los demás se han ido.<sup>[59]</sup>

—¿Ves ahora que mi sistema es mejor? —le dijo Schmidt cuando Johnson hubo hecho ya todo lo que podía y le habían dejado soltarse las correas y acercarse de rodillas hasta la barra para tomarse la cerveza que se había ganado—. En cuanto te acostumbres —le aseguró Schmidt—, te avergonzarás de haber andado por ahí tal como vas. Te conseguiré la madera, te conseguiré los patines y las correas. Te lo armaré. ¡Tío, te sentirás orgulloso de ir sobre patines!

—Señor Chilles —el negro se sintió obligado a decir por fin lo que pensaba—, lo que usted no tiene en cuenta es que no puedo ir por las calles principales por donde va usted. No se me permite entrar en Canal, ni en los barrios de blancos. Me dicen que me busque la vida entre los míos y allí las aceras están resquebrajadas y rotas. Y en muchos sitios no hay ni aceras, sólo viejos caminos de carros llenos de baches. Si llego a una acera rota o a un agujero lleno de barro tras la lluvia, ¿qué voy a hacer con un pedazo de tablón viejo como ése? Tendría que quitarme las correas y cargar con el tablón por el barro o bajo la lluvia, luego volverme a sujetar. Así que ya ve, señor Chilles, no ahorraría tiempo, lo perdería.

Pero a esas alturas, Schmidt había perdido interés de repente. Se volvió a un completo desconocido que estaba detrás de él y preguntó:

—Jack, sinceramente, ¿qué opinas de una mujer que se acuesta con un hombre del que no sabe ni cómo se llama?

Él se atormentaba así, como siempre se han atormentado los amantes.

Porque lo que empezaba cuando él entraba rodando en el local de Mama era uno de esos misterios que sólo se dan en los burdeles, una relación con la fuerza desbordante de un río profundo que había arrastrado en su corriente a dos personas que no se lo esperaban y los llevaba ahora ante los rostros pasmados que los miraban desde la orilla. Rostros preñados de asombro o de pena al ver a una mujer tan fuerte y a un hombre no menos poderoso repentinamente más débiles que ellos, que seguían a salvo en la orilla.

Finnerty sostuvo abierta la puerta para dejar entrar a Schmidt.

Como una estatua de la serenidad, sonriendo con calma.

—¡Hallie! ¡Por fin ha llegado tu marido! —gritó Mama al instante.

Él dedicó un saludo y una sonrisa a todas las chicas salvo a Hallie. Floralee le besó la enorme mano, Frenchy le acarició el pelo oscuro pero ya plateado, la chica que había perdido un tornillo y la otra, la que no tenía ni tornillos que perder, compitieron por ver cuál era la primera que le desataba las correas. Cuando cada una de ellas retrocedió con una correa en la mano, como si los muñones tuvieran muelles, el tullido saltó hasta caer justo en el medio del diván, se tambaleó, recuperó el equilibrio y miró a su alrededor con orgullo triunfante.

Pero ni siquiera se había fijado en Hallie. Se metió las manos en los bolsillos y las sacó con las palmas llenas de monedas de cinco, diez y hasta cincuenta centavos.

—¡Contadlas, chicas! ¡Contadlas! —Y arrojó hasta el último céntimo al aire levemente pasmado—. ¡Contadlas todas!

Frenchy y Floralee se pusieron a gatas, se metieron por debajo de los divanes, saltaron como conejos, se escurrieron como ratones. Al momento las imitó Kitty Twist, arrastrándose por el suelo, apartando a codazos a las otras.

Pero la mujer cetrina que estaba entre los cortinajes siguió de pie y en silencio, sin moverse, aunque una moneda había ido rodando hasta sus pies.

—El hombre más generoso que he conocido —dijo Mama en ese momento.

—Lo único que hace es comprarnos, como todos los demás —opinó Kitty Twist.

—Me he fijado que cuando él viene a «comprar» tú siempre estás aquí, metiendo el codo en los ojos de las demás para llevarte tu parte —le recordó Hallie a la recién llegada.

—Como tú te llevas la tuya —le replicó rápidamente Kitty—, tú te arrastras como todas.

—Bueno, es que me gano la vida aquí, cariño, si es eso lo que quieres decir —respondió Hallie sin acalorarse—, ¿a qué te dedicas tú?

Kitty se anduvo con más cautela a partir de ese momento, porque por más que entre ellas se picaran metiéndose con sus respectivos clientes, nunca comentaban la relación de Hallie con Schmidt.

—Tú, la del vestido marrón —la llamó como si no la hubiera visto hasta ese momento—, acércate para que veamos qué ofreces.

Hallie se situó sola en el centro del salón, entre Schmidt y el ojo imperturbable de la *jukebox*. Como un sultán, él se agarró la punta de su pequeña barba castaña y estudió su modo de andar. Y como un sultán, giró la mano, para indicarle que estaba preparado para verla por detrás.

—¿Está sana? —le preguntó a Mama al cabo de un momento—. Te hago responsable.

Pero Mama ya se había puesto a revisar las cuentas, las otras miraban por la ventana o por la puerta, era obvio que se habían dado cuenta de que el gran papi estaba sobreactuando.

Pero Big Dad no creía que se estuviera pasando ni un pelo. Se bajó del diván y sobre las rodillas empezó a dar vueltas alrededor de su elegida.

Girando la cabeza sobre su cuello oliváceo para seguir los pasos del torso sobre sus muñones, ella pensaba: «¡Menudo hombre debió de haber sido!», pues hasta sobre los muñones Schmidt se movía con gracia.

—Probaré a ésta —dijo él en voz alta y la siguió a través de los cortinajes y, aunque la cabeza apenas sobrepasaba la cintura de la chica, sonreía con el orgullo satisfecho de un hombre que gracias a su astucia ha hecho un buen negocio.

Pero en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, el orgullo y la satisfacción se desvanecieron: él le cogió la mano, besó cada dedo por separado, arrimó la cabeza con fuerza justo debajo de su corazón y la abrazó como si ella fuera la vida que él había perdido. Eran los muñones los que le hacían comportarse así, le dijo. Todo era culpa de los muñones.

Hallie permanecía inmóvil, compadeciendo aquella fuerza que no podía contenerse. Al cabo de un rato bajaba la cabeza y sonreía, le acariciaba el pelo y le daba la razón como a un niño: sí, todo era culpa de los muñones.

Ante tal ternura, él reaccionaba como un gato enorme. Y ella, rodeada de sus inmensos brazos, apretada contra la gran caverna de su pecho, con su aliento de león empañándole los senos, sentía su pasión empujando sin descanso. Y entonces era como si ningún hombre hasta Schmidt *el Sin Piernas* la hubiera poseído jamás.

Muchos la habían alquilado, ninguno la había poseído. Nadie, ni por un instante, ni siquiera el hombre con el que se había casado, había subyugado a Hallie como la subyugaba este atleta destrozado. El verse reducida a simple objeto para la lujuria era su profesión, y a ella se había resignado hacía ya mucho. Pero el sentir, bajo la pasión, el amor que fluía como un río desbordado la aterrorizaba; porque se abandonaba a él, se perdía en él, no podía hacer nada contra él. Luego se avergonzaba, no por haberse entregado a un tullido sino porque había infringido la primera regla de su profesión.

Había momentos, a su lado, en los que ella lloraba débilmente y suplicaba que la carne de su amante, como si fuera algo separado de él, la dejara en paz. Y al instante, lo atraía hacia ella con tanta fuerza, lo metía tan dentro de su corazón, con fiereza, para que no se le escapara, que hasta él estaba a punto de llorar mientras yacía sin fuerzas y exhausto.

Schmidt nunca había sentido nada parecido con una mujer. En su caso, era como si no hubiera estado jamás completamente con ninguna hasta conocer a Hallie. Sólo con ella, jamás antes, en ningún momento salvo los que compartía con ella, se había sentido hombre, capaz, amado, poseedor y poseído, el verdadero hombre que era, otra vez.

En ella, él gastaba la ira de una vida entera. En él, ella también volvía a vivir de nuevo. Ella había estado enterrada nueve navidades, y él, el doble. Cada vez que estaban juntos, cada uno volvía un momento a la vida.



Una vez, al despertarse, a ella la asaltó la imagen de aquellas ruedas del tren de Santa Fe que habían pasado sobre sus muslos, una a la altura de la cadera y otra a la de la rodilla, convirtiéndolos en pliegues volcánicos en carne viva. Lo tapó con la sábana para ocultar, a la vez, la deformación y su asco.

—Tengo miedo de que te resfríes —dijo fingiendo.

—No te preocupes —ella no le había engañado ni un segundo—, tú no tienes mejor pinta de la que tengo yo para ti.

Siempre terminaban así. Y ella nunca intentaba responder abiertamente a sus insultos, tan amargos ahora que la había poseído como lo eran antes.

—No voy a pasar más por esto —le dijo una vez más lo que ya le había dicho tantas otras—. Voy a dejarlo.

—Hermana, si te crees que voy a decir «por favor, no te vayas», estás ladrando al árbol equivocado. Cuando he bebido lo suficiente, tanto me da qué chica elijo. Todas las fulanas me parecéis iguales.

—En ese caso, no me echarás de menos. Adiós.

Pero después de vestirse y mientras ella todavía yacía en la cama él se acercaba a la cómoda con un puñado de billetes. Ella tenía los ojos cerrados, fingiendo que no sabía qué iba a hacer.

—Ahí te quedan unos cien pavos debajo del peine y el cepillo —le decía—, es un viaje a ninguna parte. Te veré en la cárcel. —Y así, tras salvar su orgullo a costa de su corazón, se marchaba.

«Un día de estos te tomaré la palabra», se prometía Hallie después de que se hubiera ido.

Y entonces, entre las penumbras y las humedades de su pequeña habitación, se quedaba dormida.

La mayor alegría de Schmidt era Charlie *el Manco*, un mendigo cuyo rostro era una máscara de miedo y cuyos brazos acababan en unas puntas delicadas, que más parecían aletas con dedos que manos, a la altura en que los hombres normales tienen los codos. Qué vientos extraviados lo habían sacado del barrio abandonado donde naciera para arrastrarlo hasta Perdido Street nadie lo sabía. Pero ahí estaba, con una moneda de diez centavos entre los dientes, depositándola cuidadosamente sobre la barra.

—Escuchad esto. —Schmidt imponía silencio. Y en aquel silencio el mendigo pedía, con un ceceo infantil de los que se oyen en las escuelas de primaria del este:

—Zeñó Dockagui, ¿me pone una ceveza, po favó?

—Fijaos, fijaos —mandaba Schmidt en cuanto le servían la cerveza.

Charlie cogía el vaso entre los dientes, lo inclinaba hasta que la cerveza le caía por la cara mientras tragaba frenéticamente, atrapando cuantas gotas podía. Empapado y atragantado, no soltaba el vaso hasta que lo había vaciado. Entonces lo

dejaba sobre la barra con el mismo cuidado con el que lo había levantado, se inclinaba levemente y decía:

—Gracias, *zeñó* Dockagui.

—¡Dios mío, menudo guarro! —Schmidt corría arriba y abajo sobre su plataforma, palmeándose los muñones—. ¿No es lo peor que habéis visto en la vida?

Otra clase de inocente era uno que nunca entraba en Dockery's, pero no faltaba en el local de Mama. Se trataba de un anciano negro que cargaba con una jaula con cortinas más vieja que él. La dejaba en el suelo sobre su base de hierro forjado, se quitaba su gorra rojiza para saludar a cada una de las mujeres por separado y luego tiraba de un pequeño cordel que levantaba la persiana de la jaula.

Y así descubría a un loro que lanzaba una mirada vidriosa a su alrededor y chillaba:

—¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir! ¡Soy un hombre casado!

Luego se colgaba boca abajo apretando el pico con rabia mientras picaba la madera ya desgastada por otros picotazos.

El anciano se apartaba un poco, dando a entender que el pájaro estaba ahora a su aire. Pero mantenía la gorra extendida, por si alguien dejaba caer un centavo. Si le daban algo, abría un cajón de la base de la jaula, donde había un montón de papelitos multicolores primorosamente doblados. El loro cogía uno y dejaba que el comprador se lo quitara del pico. El mensaje siempre era el mismo:

¡Pobre tonto! No vuelvas por donde has venido.

¿No ves que te sigue un tigre? Mantente fuera de los senderos, los han minado sólo para ti. No levantes esa piedra, bobo, han dejado un crótalo esperándote.

Si te quedara una pizca de sensatez, caminarías contra el viento, pues seis hienas de hocico romo ya te han olido. Evita las llanuras despejadas, pues los buitres ya te han visto. No prestes atención a nadie que esté en los árboles, son los monos, que se están riendo de ti. Los nativos baten la maleza en tu busca. ¿Y todavía lo llamas «civilización»?

Llámalo como quieras. Yo lo llamo jungla.

Y ahora me debes quince centavos para un plato de gumbo por ser el único que no te persigue.

—No creo que el viejo escribiera todo eso, no tiene tantas luces —dijo Finnerty.

—¿Y quién lo escribió? —preguntó Hallie.

—El puto loro, ¿quién sino? —le aseguró Finnerty.

Y se fue a buscar a Kitty Twist. La chica todavía tenía que aprender un par de cosas de su ratón.

Y aún otro personaje asombroso, que ni afanaba ni era profeta, se presentó en taxi a la caída de un crepúsculo, dio un breve espectáculo y ya no hubo más crepúsculos que lo trajeran de vuelta.

—¡En persona! —se anunció—, ¡Adler! ¡El rey de los acróbatas! ¡En mejor forma que nunca! —De barriga prominente y pálido, calvo y tatuado, un hombre en mejor forma que nunca, o no. Se situó en el centro del salón con un traje de sirsaca tan sucio y ajado que uno se preguntaba cuántos suelos de escenarios habría conocido desde la última vez que se lo había cambiado.

—¡El que es acróbata, lo es para toda la vida! —explicó—. Yo inventé el doble salto mortal hacia atrás sobre el alambre.

—Tú lo inventarías, pero ¿quién fue el primero que lo hizo? —preguntó Kitty Twist; pero el rey hacía oídos sordos a preguntas como ésa. Se limitó a dar un paso atrás, resplandeciente, hasta que todos lo hubieron contemplado y luego preguntó con tono benevolente:

—¿Cómo os sentís ahora que habéis conocido al rey?

—Pues de pena —le respondió Kitty.

—Estas señoritas están esperando que las salude, señor rey —le dijo Mama para hacerle saber que a nadie le importaba un comino lo famoso que fuera. Si quería quedarse tendría que empezar a aflojar la bolsa.

El comentario no amilanó a Adler. Sabía lo mucho que le gustaba burlarse a la gente fingiendo que no había oído hablar en su vida del gran Adler.

—¿Ha venido con un circo a algo así, señor? —preguntó Floralee sin doblez, y la pregunta pareció desencadenar el ánimo del acróbata.

—¡Hagan sitio! —Para el número, adoptó el tono que habría utilizado un director de cine o, al menos, el que imaginamos que utilizaría—. ¡Que las mujeres salgan del escenario! ¡No se amontonen! ¡Apague ese cigarrillo! —Entonces señaló a Dove, que ni siquiera llevaba puestas sus botas de cowboy—. ¡Eh, tú! ¡Junta dos mesas!

Dove se puso manos a la obra, empujando a las chicas hasta que Mama pudo reunir las y colocarlas a salvo a sus espaldas. Entró Finnerty a toda prisa y vio a Dove juntando dos mesas y al rey al mando de la situación.

—Un poco más bajas —le decía el rey a Dove—. No tanto, un poco más altas. Ahí, eso, justo ahí.

—¿Qué coño es esto?, ¿una casa de putas o un circo? —preguntó Finnerty.

—El hombre se ha ofrecido, déjale hacerlo, Oliver —le apremió Dove a dar un poco de vidilla a Adler.

—Pues más le vale que sea bueno, sólo digo eso —cedió Finnerty.

El rey se había desnudado hasta la cintura y el vello del pecho resplandecía

entrecano donde no era ya totalmente blanquecino; un pecho en mejor forma que nunca. Pero se demoró un poco:

—El rey siempre dice unas breves palabras primero.

—Pues dígalas ya, rey —le rogó Floralee.

—Y que sean breves de verdad —sugirió Kitty.

—Ay Dios, más vale que sea bueno —concluyó Finnerty.

—Damas y caballeros —Adler hizo un gesto con la cabeza hacia Hallie—, dedico esta asombrosa exhibición de agilidad humana a la dama del vestido marrón y los pendientes verdes.

—Harías mejor rompiéndote el cuello y dedicándomelo a mí —le invitó Kitty.

Hallie no interpretó la dedicatoria más que como un intento de quitarle la etiqueta con su precio de venta. Ex payaso, ex poli, ex acróbata, ex cualquier cosa, todos se empeñaban en complacer a aquella mujer morena en todos los sentidos menos pagándole más de lo que pedía. El dinero, parecían creer, no podría complacerla jamás.

—¡Haz de una vez lo que vayas a hacer! —dijo Finnerty.

El rey dio la espalda a las mesas, dobló una rodilla, arqueó la espalda con asombrosa flexibilidad, dio un paso corto y confiado adelante, se subió a la mesa dando una mísera voltereta, se exhibió majestuosamente un momento sentado al borde y se dejó caer cuan largo era, mientras los hombros se le agitaban en una risa silenciosa.

—Vaya, no sé por qué no lo ha hecho antes. —Dove sencillamente no daba crédito a lo que había visto.

—¿Por qué no vendemos la *jukebox* y compramos camas con el dinero? —preguntó Kitty—. Cada vez que miro alrededor veo a alguien tumbado.

Finnerty levantó al tipo a patadas, lo echó por la puerta, hizo un bulto con la gorra, la camisa y la chaqueta y lo tiró tras él. Luego, como para asegurarse, tiró también una escupidera. Resonó con estrépito metálico al golpear la piedra, y fue rebotando cada vez más débilmente, hasta que acabó salpicando con su interior la cuneta. Entonces, por un instante, todo quedó en silencio. Y entonces la estúpida jeta de Adler volvió a asomarse dentro:

—¡Tan en forma como siempre! —desafió a todos, y con la gorra en la mano y la camisa arrugada, se escabulló en busca de otra puerta donde todos exclamaran nada más verlo: «¡Champán para todos!, ¡El rey ha vuelto!».

Algún sitio donde pudiera hacer saltos mortales hacia atrás toda la noche entre ovaciones que nunca se interrumpirían.

—Ahora no me eches la culpa, Oliver —le dijo Mama a Finnerty—, yo no invité a ese hombre. Y, la verdad, no puedo entender por qué todos los locos que llegan a Nueva Orleans acaban llamando a mi puerta.

Las mesas volvían a estar en su sitio habitual cuando entró el hombre sin piernas. Inmediatamente, todas, menos Floralee, se pusieron a contarle el numerito que se

había perdido. Floralee se sentía tan eufórica por lo que había pasado que sólo quería cantar:

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

¡Jesús ha venido a quedarse entre nosotros! [60]

—Anda, cariño, sé buena y ve al piso de arriba —le pidió Mama porque sabía lo mucho que le gustaba a la chica hacer cualquier recado para Hallie—. Dile a Hallie que ha llegado su marido.

Floralee tardaba tanto en bajar que al final Mama tuvo que subir con sus andares patosos. Encontró a Floralee en medio de la habitación de Hallie mirando a su alrededor como si ésta se estuviera escondiendo de ella.

Pero el armario estaba vacío, en el zapatero no colgaban zapatos, y sobre la cómoda no había cepillo ni peine ni polvera.

Todo el mundo se quedó tan petrificado por la noticia que a nadie se le ocurrió preguntar a dónde había ido el Gran Stingaree dejándose las botas de cowboy debajo de la cama.

Achilles Schmidt había llegado a olfatear de lejos la fama, un aroma que se impone a los demás perfumes. Nacido en las afueras de Mobile, en un circo ambulante, se había criado como un chico salvaje y astuto que había aprendido a leer y escribir en las carpas de bingo. Todavía era capaz de adivinar el peso de una mujer, hasta los gramos, pasando las manos bajo sus ropas.

Había empezado a boxear profesionalmente a los diecisiete años y en su primer combate había durado dos asaltos: no servía para boxeador. A los diecisiete ya estaba demasiado musculado para eso.

Se había puesto el apodo de ACHILLES, EL FORTACHÓN DE BIRMINGHAM y las chicas de los pueblos se rendían a los pies de aquel chico con un cerebro de IBM en el cuerpo de un oso sobrealimentado de miel. Para atraer a los palurdos, era capaz de trepar una fachada y amenazar al *sheriff* local mientras les guiñaba el ojo a las chicas.

Pero hasta que salió a la carretera como luchador profesional en una gira de costa a costa, representando a un supuesto aspirante al campeonato mundial, no encontró su verdadero oficio.

Un oficio en el que no tardó en descubrir tal superioridad física sobre los demás que empezó, como el oso sobrealimentado, a proteger a los otros hombres de su propia fuerza. Porque, como comprobó sin atisbo de arrogancia, su fuerza no radicaba en que tuviera los bíceps y el pecho más voluminosos que los demás, sino también en su mente y su corazón. El que careciera de la mezquindad que veía en otros no lo consideraba tanto una virtud cuanto una ventaja, como la anchura de su pecho, y era

una ventaja que sabía agradecer. Quién lo había hecho un hombre tan completo, era algo que no sabía, pero aun así deseaba honrar aquella maravillosa fortuna. Apoyado en las cuerdas, envuelto en una gran capa roja, mirando a las hileras sucesivas de espectadores en los coliseos y carpas cargados de humo, veía con qué inexorabilidad la riqueza de todas las carpas de la tierra, con las mujeres dentro de ellas, además de la fama, vendrían a él. Había tiempo, tiempo de sobra, para que todo llegara a Schmidt.

—¿Cuándo vas a dejar de crecer, Achilles? —le preguntó una chica de ciudad que una vez se quedó a esperarle fuera de la carpa.

—Cuando gane el título para siempre —le respondió de broma, porque la conciencia de sus fuerzas le había llegado con tal rapidez que todavía no había tenido tiempo de darse cuenta del todo de que, en realidad, nada se interponía en su camino hacia la conquista del disputado título. Aun así, era capaz de cogerle la mano a una chica como aquélla, o a su hermano de diecinueve años, y decir:

—No quiero crecer más. No me gusta asustar a la gente.

—Ya eres lo bastante grande para asustar hasta al mismísimo campeón —le dijo la chica aquella noche—, pero no tanto como para asustarme a mí. —Y le acercó la cara para que hiciera lo que quisiera.

Una cara que había olvidado durante los últimos veinte años. Pero la mano que se había posado levemente sobre la suya seguía notándola como si estuviera allí.

Ella tenía razón. Aquella noche hubiera sido lo bastante fuerte para cualquier cosa. Tan rápido era su avance hacia el combate definitivo con El Estrangulador que tuvo que contenerse para conservar su empleo. Cuando llegaron a las ciudades mineras del este, sabía que no había nadie en el mundo que pudiera vencer al astuto niño salvaje con el corazón de un oso sobrealimentado de miel.

Pero al Estrangulador le quedaban pocos años por delante, y él tenía toda la vida. Y le caía bien el Estrangulador, pobre animal.

Un antiguo promotor de peleas, uno de los parásitos habituales de Dockery's, todavía admiraba al Fortachón de Birmingham: «Si te pegaba en el culo, sin querer te rompía una pierna. Y aun así lo he visto sufriendo los dolores de los condenados, dejando que un cachas pueblerino lo llevará en volandas de un rincón del cuadrilátero al otro, mientras él contaba cuánto público había, aunque nadie que fuera desarmado podría hacerle el menor daño. Una vez, un chaval valiente lo tiró a las sillas plegables antes de que hubiera acabado de contar las localidades caras. Achilles cogió dos filas de sillas, arrinconó con la primera al chico y con la otra a su apoderado, y mantuvo la posición hasta que llegó la policía. Ningún hombre, ni siquiera las necesidades de la taquilla, podían derrotarle. En mi opinión, hasta hoy mismo podría aplastar a los polis».

Y sin embargo, en menos tiempo del que tarda un minuterero en pasar de las doce a las seis, había sido derrotado para siempre, y su rutilante virilidad, que había empezado con tan buena fortuna, tan limpia, se vio reducida a una especie de

dolorido espectro de un medio hombre en una medio plataforma. Las ruedas del mercancías de Santa Fe habían sido más astutas que él.

Lo que pudieron salvar, tras horas del dolor más insoportable en las que no se permitió desmayarse ni una vez, ya no era Achilles, el Fortachón de Birmingham, sino Schmidt, *el Sin Piernas*. Schmidt, una por la cadera y la otra por la rodilla, para quien cualquier hombre con dos piernas podría ser el que le había empujado bajo las ruedas.

Claro que estaba borracho, pero ¿qué importaba eso? Se había emborrachado muchas veces antes, y, en el trayecto de una feria a la siguiente, se había ido a echar un sueñecito con una pierna metida en la base de un furgón.

Si hubiese sido él el responsable, si no hubiese habido más culpable que él mismo, le habría resultado más fácil de aceptar, incluso hoy día. Pero en las profundidades de su memoria se cernía la sospecha de que alguien le había empujado a propósito. Había momentos en los que casi sentía las manos en sus hombros, la rodilla en su espalda.

Pasó dos años en un polvoriento hospital del desierto en los que la fuerza que había movido los muslos del desaparecido Achilles empezó a fluir con un orgullo más salvaje si cabe por el tullido Schmidt.

Lo único que recordaba ya del hospital era el rumor del soplido implacable del polvo alcalino contra los cristales, el día entero. Y el rostro de la mujer de otro de los internados, que le había confeccionado un jersey de cuello alto con la tela de su capa roja.

En el que, en letras que habían sido doradas y ahora se habían desteñido a un gris apenas visible, se leía desvaneciéndose cada día más lo que restaba de su efímera fama:

### El joven Achilles

Perdido, lo había perdido todo, tan rápido como el polvo del desierto arrastrado por el viento, que repiquetea una vez y no vuelve más.

Todo se lo había llevado ese viento, todo, la fama, las fuerzas, las chicas, el dinero, el poder. Su profesión y su orgullo desaparecidos en un viaje de una sola noche, y tan estúpidamente.

Después del accidente durante un breve periodo dejó que lo llamaran «La Mitad Humana Viviente». Y así se había sentado en su plataforma de fabricación casera, exhibiéndose al sol caprichoso, mirando con desprecio a los granjeros que iban a la ciudad a ver a monstruos como él. Y el oso sobrealimentado, que antes retraía sus garras, allí sentado no deseaba más que ser una única zarpa enorme.

El número de la feria había sido la mayor humillación de su vida, sobre la que había corrido un tupido velo. Nunca hablaba de ello, y su secreto estaba a salvo entre los parias y los condenados de Perdido Street.

Pero en el fondo de su corazón nunca había superado el haber sido La Mitad Humana Viviente, una barbaridad como ésa.

Un día, mientras charlaba con unas chicas que se apelotonaban detrás de una puerta de Perdido Street, un hombre con una extensión ortopédica metálica que compensaba la diferencia de largura de sus piernas, se acercó corriendo por la calle. Llevaba un maletín bajo un brazo y en la chaqueta se veían lápices y plumas. Llegaba tarde a alguna reunión de negocios, eso era evidente.

Nada más verlo, Schmidt se encabritó y se precipitó rodando silenciosamente hacia él, lo atropelló y le hizo trastabillarse de modo que, de no haberse agarrado a la pared, se habría caído de bruces. Entonces giró sobre sí mismo pivotando en las ruedas con agilidad y destreza y encaró al hombre con una mirada desafiante.

Pero lo único que quería el otro es que lo dejaran seguir en paz su camino. Renqueante, con sus pies zopos, se bajó de la acera, lo sorteó y se marchó libre.

Schmidt volvió triunfante junto a las chicas.

—¿Por qué iba a darle una oportunidad? —preguntó—, ¿me la habría dado él a mí?

Y las chicas maquilladas y con los ojos pintarrajeados convinieron con alegría vengativa:

—¿Por qué ibas a darle una oportunidad?, ¿te la habría dado él a ti?

Hallie y Dove vivían detrás de una barandilla de hierro forjado, muy lejos de Perdido Street. La barandilla rodeaba una diminuta galería en la segunda planta de una casa de Royal Street. Enfrente, hacía mucho tiempo, alguien había pintado de blanco una luna de latón sobre un cielo azul también de latón. Un cielo azul de medianoche. Una luna de nieve navideña. De eso hacía mucho tiempo.

El óxido y la lluvia habían desvaído los colores, el sol había derretido la nieve de medianoche. Lo único que quedaba era una luna en ruinas sobre un cielo que se desmoronaba.

Ahí, en la hora de las luciérnagas, mientras Hallie y él contemplaban el parpadeo de las luces del viejo barrio francés, Dove conoció la felicidad. La única verdadera que había conocido en su vida. Desde un patio o quizá de un garito invisible, a veces más cerca, otras más lejos, un piano les invitaba a unirse a la fiesta. Cada noche oían el piano y sabían que de nuevo había empezado el baile.

Detrás de ellos, una habitación, no más grande que una botella de cerveza boca abajo, con una sola cama en la que dormía el alumno con los dedos extendidos sobre el pecho de su maestra, y ella dormía pegada a él.

Hasta que la mañana los despertaba con las voces de los vendedores ambulantes:

Traigo chicharrones y callos,  
bajad las cazuelas,



chicharrones a cinco centavos la libra

Una vez él se despertó y vio que ella le estaba sonriendo. Cuando le preguntó por qué sonreía, ella le dijo que porque le entristecía «que seas como eres y que aun así no parezca importarte».

Sobre una mesilla había una hilera de libros encuadernados en tafilete, que era cuanto quedaba de las horas que había pasado en las aulas la señorita Hallie Breedlove. Unas veces leía ella, otras, él. Porque en la imparable precipitación de los primeros días que habían pasado juntos él había aprendido, boquiabierto, entre inmensas exclamaciones, a leer sin ayuda:

El agua se ha vuelto piedra,  
la niñera y yo podemos caminar por encima,  
pero todavía encontramos arroyos que fluyen  
en los libros ilustrados.

Podemos ver cómo son las cosas,  
los mares y las ciudades, vecinas y remotas,  
y la belleza de las hadas voladoras  
en los libros ilustrados.

Cuánto voy a cantaros,  
días de felicidad junto a la chimenea,  
sentado a salvo en el rincón de la niñera,  
leyendo libros ilustrados.<sup>[61]</sup>

Y cuando había acabado de pronunciar el último sonido redondo, estiraba los labios para esbozar una sonrisa tan satisfecha que ella se quejaba:

—Pareces un gato relamiéndose al comer sopa caliente una mañana helada. —  
Entonces le quitaba el libro de las manos—. No has hecho nada que no sepa hacer un  
niño de seis años para sentirte tan orgulloso —le recordaba para que se le borrara de  
la cara aquella sonrisita felina—. ¡Lee aquí! —Y le señaló un pasaje en el que la  
lengua se le trabó de tal modo que ella se apiadó y lo empezó desde el principio:

Tal vez no todos durmamos, pero todos seremos transformados  
en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la última trompeta:  
porque la trompeta sonará y los muertos se levantarán,  
incorruptibles, y nosotros seremos transformados.  
Pues lo incorruptible se vestirá de incorrupción,  
y lo mortal se vestirá de inmortalidad. <sup>[62]</sup>

—Bueno, ¿qué me dices de eso?

—Pues no te digo nada de nada —respondió Dove—, me recuerda mucho a mi

pobre padre loco. Mi querida maestra, léeme ese trozo en el que el padre de no sé quién se ahoga.

A cinco brazas de profundidad yace tu padre

—Sí, ése es el trozo bueno —le dijo Dove.

Con sus huesos se hace el coral,  
éstas son las perlas que fueran sus ojos:  
nada de él se ha perdido,  
sino que ha sufrido un cambio en el mar,  
que lo ha transformado en algo prodigioso y extraño. [63]

—Mi padre no tendría que cambiar mucho para parecer extraño —reflexionó—. Con la vida que había llevado, no es raro que esté un poco ido.

—Todos estamos un poco idos —supuso Hallie— por la vida que llevamos. —Y, cogiéndolo de la mano, le llevó a la cama.

—No quería que me hicieras el amor —tuvo que decirle al cabo de un momento —, sólo que me abrazaras fuerte. Abrázame.

Dove la abrazó, y percibió vagamente que, al hacerlo, la estaba salvando.

Porque en los márgenes de la mente de Hallie, como por un suelo que se inclinaba lentamente, rodaba y giraba un torso tiránico.

El hombre del maíz molido ha llegado.

Gritó alguien en la calle.

Para vender su rico maíz.

Los últimos gritos metálicos de la jornada resonaron entre las sirenas gimientes y graves de los primeros transbordadores vespertinos. Y entonces, en el gran crepúsculo azulado, ella le contaba historias de batallas perdidas en el mar y de ciudades tan antiguas como la mitad del tiempo. Y juntos leían:

En muchos sitios, las cenizas llegaban a la altura de las rodillas, y las lluvias hirvientes que salían del aliento encendido del volcán entraban en las casas, llevando consigo vapores fuertes y asfixiantes. En algunos lugares, fragmentos inmensos de roca caían sobre los tejados de las casas o arrastraban por las calles masas de ruinas caóticas que bloqueaban el paso a medida que transcurrían las horas; y según avanzaba el día, los movimientos de la tierra se sentían cada vez más, los pies se resbalaban o perdían el equilibrio, ni los carros ni las literas podían mantenerse firmes, ni siquiera sobre el suelo más liso.

A veces, las rocas más grandes, chocando entre sí al caer, se deshacían en

incontables fragmentos de los que salían despedidas chispas que incendiaban cuanto de inflamable encontraban en su camino; y en las llanuras que se extendían más allá de la ciudad, la oscuridad se veía mitigada por el resplandor, pues varias casas, e incluso viñedos enteros, ardían a fuego vivo; y cada poco, los incendios se elevaban siniestros y con fiereza contra las sólidas tinieblas. Para mitigar un poco más todavía la oscuridad, los ciudadanos habían colocado, aquí y allá, en los lugares más públicos como los pórticos de los templos y las entradas al foro, hileras de antorchas, pero sus llamas apenas aguantaban un rato, pues las lluvias y las ráfagas de viento las apagaban, y la repentina oscuridad en la que se transformaba su luz intermitente expresaba algo doblemente espantoso y desolador sobre la impotencia de las esperanzas humanas: era una lección de desesperación. [64]

—¡Pescadito! ¡Pescadito! —gritaba otro vendedor—. ¡Salmonete, platija, tautoga negra! Filetes de tiburón para quien los quiera. Pez espada para los peleones. ¡Pescadito! ¡Pescadito!

Cuando se acercaba la medianoche, se dirigían por callejuelas apartadas al transbordador. A medida que se aproximaban las luces de la costa oriental, Dove dijo de repente, como si se le hubieran aclarado las ideas:

—¡Hatajo de necios! Mira que empeñarse en seguir viviendo en las faldas mismas de una montaña, sabiendo que el volcán podía estallar en cualquier momento. ¿Es que tan poco les importaba su vida?

—¿Por qué viviste tú en un sitio donde a nadie le importaba si vivías o morías?

—Me largué de allí, ¿no?

—Pero volverás, ¿verdad que sí?

—Supongo que sí —reconoció—, algún día. Es mi casa. —Pues las faldas de la montaña era su casa para la gente de Pompeya. Y la verdad es que ellos llevaban viviendo allí mucho más tiempo del que tú y los tuyos habéis vivido en Arroyo.

Fueron andando por Gretna hasta Algiers, a un pequeño bar donde bebían vino tinto o blanco y un pianista negro tocaba y cantaba:

Cada vez que se pone el sol,  
mi amor corre hacia ti.

Pero tanto a la luz del muelle, como en el transbordador, tanto con el vino blanco como con el tinto, las lecciones seguían.

—Yo no habría marchado sobre Moscú —le dijo inclinándose ansiosamente sobre ella después de haber examinado la cuestión desde todos los puntos de vista.

—Escucha la música, Dove.

Cada vez que llueve,  
mi amor corre hacia ti.

—... Yo habría esperado a que el hielo se fundiera, así los caballos habrían comido la hierba de la primavera.

—Bébetelo el vino, Dove.

—Porque mira, hasta habría comido carne de caballo durante unas semanas para ser el rey de una maldita ciudad.

Cada vez que sale el sol,  
mi amor corre hacia ti.<sup>[65]</sup>

Junto a la campana del barco, o a la luz de la lámpara de la mesita de noche, entre canciones de amor o bajo las estrellas, las lecciones seguían por los estrechos callejones del barrio europeo donde estaba su casa y hasta que subían los dos tramos de escaleras para llegar a su cuarto, donde estaban a salvo sobre su calle de luciérnagas.

—Si teníamos generales tan buenos y todo eso, ¿cómo es posible que nos dieran tal repaso, Hallie?

—Los del norte tenían más armas. Duérmete, Dove.

Pero en la azulada madrugada ella sentía un codazo.

—A ver, pues en ese caso no fue una cuestión de que el bien se impusiese sobre la fuerza, ¿no? Más bien al contrario, fue la fuerza la que impuso el bien.

—La fuerza impone la fuerza —murmuró ella adormilada.

—Ya, pero tal como yo lo veo —llegó a otra de esas conclusiones eternas típicas de él—, el motivo por el que los del norte tenían más armas es porque tenían razón desde el principio. Lo que no acabo de entender es por qué tardaron cuatro años en derrotar a una pandilla con una causa tan lamentable como la nuestra.

Él sabía cómo desvelarla. Hallie no había aceptado la venganza de la reconciliación impuesta tras la guerra. Se despertó espabilada como si él le hubiera disparado en Sumter.<sup>[66]</sup>

—Para tu gente, escondidos en los montes Cookson, cualquier causa que no fuera la de destilar whisky de maíz era lamentable.

—Pues lo destilaban para que se lo bebieran los tuyos.

—¿Los míos?, ¿mi gente?, ¿a qué te refieres?... ¿los míos?

—Sabes muy bien a qué me refiero —replicó él porque también le había tocado la fibra más sensible—, sólo porque tengas pelo ensortijado no quiere decir que...

—Soy francesa y española y una dieciseisava parte de mi sangre es india.

Él la había sacado de sus casillas y no quería pararla.

—Háblame de esa dieciseisava parte...

—Ya estoy harta. —Se levantó de la cama, encendió la luz y empezó a sacar la ropa del armario y los cajones.

—¿Adónde vas, Hallie? —Dove se asustó.

Como respuesta, ella volcó un bolso, uno que no había tocado desde hacía

semanas, y sus contenidos se desparramaron sobre la cama: todas las herramientas de su antigua profesión.

Él los tiró al suelo de una patada, la atrajo hacia sí y encontró en su boca todavía restos de vino tinto. Ella cedió cansinamente, como una mujer que había tenido ya amor suficiente para que le durara una vida entera de vino tinto.

Más tarde, en sueños, ella acusó a alguien invisible: «Si hubieras aceptado a la criatura, no habría muerto».

Ella llevaba un sombrero de paja blanca el día que fueron al zoo, en el mes en que la estación del sol se encuentra con la de las lluvias. Ese día eran tan felices juntos que tanto les daba que lloviera o hiciera sol. Él, que llevaba un traje de sarga azul comprado en una tienda de ropa usada, la dejó que le prendiera una pequeña pluma verde a la gorra a cuadros blancos y negros, y se sintió mejor que nunca. Y mientras ella se la prendía, el amor suavizó sus rasgos un poco. El amor y el orgullo de saber que ahora podía leer el *Times-Picayune* o el *Item*, según le apeteciera.

El amor, y el orgullo. Y el palpar cierto billete de cien que todavía no había gastado.

La música de un tiovivo les atrajo: vueltas y más vueltas daban a la carrera majestuosos corceles, unos blancos como la nieve, otros negros como la noche, pero todos con crines que se desplegaban y rizaban al ritmo de la música, y él quería cabalgar, pero le daba vergüenza decirlo. A su lado, Hallie sonreía para sí, pues no resultaba difícil saber lo que le apetecía a Dove. Ella lo alejó de la tentación.

Cuando llegaron a la caseta de los monos, él se quedó paralizado. En una de las jaulas, un pequeño ejemplar peludo golpeaba el cráneo de su novia con los nudillos para obligarla a trepar a un árbol, con un propósito que sólo él conocía.

—¡Mira! ¡Son Oliver y Reba! —le dijo Dove a Hallie regocijado, y le tiró unas palomitas a Finnerty. Pero al instante, de golpe dejó de parecerles gracioso y se alejaron.

Una solitaria lechuza de color herrumbroso aguardaba en las sombras del mediodía como un sueño que esperara la caída de la noche para que alguien lo soñara. El animal desprendía un olor a descomposición, como si se estuviera pudriendo por debajo de las plumas.

Fueron a ver al elefante que, coronado de niños, se bamboleaba para divertirlos. El propio elefante tenía algo de niño tonto, pero cargaba a los pequeños sobre el lomo.

Dove compró dos cajas de palomitas acarameladas. El premio de Hallie fue un pequeño payaso de latón rojo y azul; lo sujetó a la solapa de Dove. El suyo fue un silbato también de latón que rápidamente se puso a soplar al sol de aquel día tan dulce.

Pitidos de bolsa de palomitas y voces infantiles, paseos en pony y tiovivos,

cuanto Dove oyó y vio aquel día en el zoo vivía en una ciudad distinta, inocente y alegre.

Que les pertenecía en exclusiva a Hallie y a él.

En el pabellón de las serpientes, habían cogido a una, que se retorció. Un empleado la sostenía por el cuello y la cola, otro le forzaba las fauces para mantenerlas abiertas y permitir que un tercero la alimentara con un biberón.

Cuando rugió el león, Dove dio un paso atrás.

—También debe de tener hambre —le dijo a Hallie.

—Yo diría que ruge más por nostalgia —opinó Hallie.

Los grandes lobos grises de las inhóspitas llanuras nevadas se habían tumbado a la espera de diciembre. Pero en las jaulas de al lado, los pequeños e inquietos zorros corrían sin parar como si el verano no fuera a acabarse.

A Dove le asombró ver cómo, sobre la hierba, la luz cambiaba después de la lluvia, nunca se había fijado en ese detalle hasta entonces. Mentalmente empezó a oír un organillo tocando melodías otoñales que jamás había oído.

En la penumbra que olía a heno, la flexible gacela saltaba grácil en la delicada oscuridad, interpretando una danza en la que ella era sin duda la reina.

Y como un borracho de las calles, indiferente a la lluvia o al sol, el gran oso yacía con las garras al aire, mientras sus crías retozaban y se peleaban a su alrededor. Lentamente, saliendo de una roca antigua, apareció la vieja madre de los osos, parda de arriba abajo. Una madre trabajadora casada con un gigantón inútil, único sostén de él y de la numerosa familia.

Avanzó con las patas arqueadas y las garras honestamente retraídas, del mismo modo que se había acercado al primer hombre. Dove le arrojó un cacahuete y, por una vez, ella se decidió a recogerlo.

A media tarde empezó a llover otra vez, rociando el paseo, la caverna y la jaula. Ellos agacharon las cabezas, se las taparon con periódicos y se recogieron en un pabellón enrejado. Un lugar para amantes otoñales. Acababan de pedir unos refrescos y sándwiches de pobre muchacho cuando una anciana con medias grises y un periódico mojado en las manos se les acercó.

—Cuarenta años de una vida buena —le dijo—, cuarenta años casada con un buen hombre. Está mojado, así que pueden quedárselo por un centavo. —Y les ofreció el periódico.

—Además es de ayer —dijo Hallie, y le dio cinco centavos—. Quédese el cambio.

—No puedo aceptar limosna —replicó la anciana herida en su orgullo. Y se hubiera marchado, pero Dove la retuvo.

—Yo le compraré el periódico —le dijo—, ayer pasó algo que quiero leer, así que puede cobrarme el precio de ayer. —La mujer lo entendió. Le entregó el periódico. Dove le dio un dólar y esperó el cambio.

—¿Tengo que devolvérselo? —rogó.

No hubo cambio.

Mientras comían salió el sol, aunque seguía lloviendo.

—Eso es que el diablo está pegando a su hija, decimos en mi tierra —comentó Hallie a modo de explicación de la variabilidad del tiempo.

—¿Era ésa que me acaba de birlar un dólar? —preguntó Dove no sin un matiz de amargura.

Sin saber muy bien por qué, Hallie empezó a contarle cómo se hizo prostituta. Durante mucho tiempo, después de la muerte de su hijo y el abandono de su marido, se había sentido mal, y un amigo de su marido fue el único blanco que siguió a su lado. Ella no se levantaba y él permanecía a los pies de su lecho, velando su sueño. Cuando mejoró, él le compró un par de zapatos, de su número, de tacón francés. Luego se la llevó a la playa.

Él se tumbó al sol a mirar cómo las pequeñas olas mojaban los tacones mientras ella paseaba arriba y abajo al borde del agua. Luego la había llevado de vuelta a casa. Así de fácil había empezado todo.

—Pero sigo prefiriendo tener a un hombre durmiendo a mi lado que a los pies de mi cama sin saber siquiera que está ahí —le dijo a Dove—; me da miedo lo que puede pasarle por la cabeza a alguien así.

Entonces volvió la hija del diablo y les pidió el periódico mojado como si nunca hubiera visto a ninguno de los dos.

—¿Me dan su periódico? He tenido una vida buena, cuarenta años de matrimonio, cuarenta años de una vida buena. Gracias. No sé cómo agradecerse..., a lo mejor vuelvo otro día y pueden darme otro.

Parecía un día dichoso para todos.

Cuando empezaba a anochecer se levantó una leve brisa que se llevó rápidamente los minutos hasta que llegó la hora de marcharse.

De camino a la salida pasaron de nuevo ante las prisiones donde los lobos yacían sentenciados, aunque ahora la primera lluvia del invierno les había humedecido el pelaje.

Y también dejaron atrás a los zorros estivales cuyos pasos eran aún más inquietos debido al tiempo variable.

Y el obediente elefante seguía cargando niños en su lomo, y oscilaba la trompa como un director de orquesta que dirigiera un vals pasado de moda.

Volvieron a ver también a los sementales de crines blancas del tiovivo, a la carrera, uno sacando un hocico de ventaja al otro, hasta que se igualaron cuando paró la música.

El león nostálgico rugía por su hogar. La lechuza de plumaje herrumbroso esperaba tan sólo que anocheciera para batir silenciosamente las alas e introducirse en los sueños de la gente, de los que regresaría al árbol por la mañana.

La novia de Finnerty, asida a una rama demasiado frágil para que él la siguiera, gimoteaba de miedo por si se caía o puede que por temor a Finnerty.

En la oscuridad que olía a heno, la ágil gacela saltaba de puntillas, ensayando eternamente una danza animal en la que ella era la única bailarina.

En las profundidades de la piedra antigua, la vieja osa se había acurrucado, y esta vez no la harían salir ni cacahuets ni personas, ni el diablo ni su hija.

Y así regresaron por fin a esas calles por las que campaba a su aire la bestia más salvaje de todas.

Al pie de Canal Street vieron un gran vapor que hacía excursiones por el río que había llegado desde Baton Rouge ese día. Una valerosa invitación avisaba a la entrada de la pasarela:

## ESTA NOCHE OTELLO

Hallie no había visto una obra de teatro desde sus días escolares. Dove jamás había visto ninguna.

—Hoy es tu día, y no hay más que hablar —dijo ella.

Ella estaba muy cansada por el sol de aquel largo día para desear otra cosa que sentarse en la cubierta inferior y mirar cómo el viejo gran río arrastraba cajas de comida rotas al mar.

Cada diez minutos, él volvía a su lado con noticias: el barco zarparía a las ocho y media y la función empezaría a las nueve. Había bajado y estaba seguro de que las máquinas iban a ponerse en marcha de un momento a otro. Ahora estaban probando las luces en el salón de baile. Había visto a un tipo y a una chica jóvenes bebiendo cerveza en el bar y le habían dicho que eran O-tilo y Desi-mona.

En ese momento sintieron cómo el barco se estremecía y la enorme rueda empezó su primer giro lento y firme, ¡rumbo a alta mar! Volvió al lado de Hallie y se marchó de nuevo para ver si el capitán necesitaba su ayuda.

A medida que las luces de la costa oriental perdían intensidad, Hallie oyó una canción abajo que hacía muchos años que no escuchaba:

Tendremos ramos de florecillas  
y las pondremos en las cabezas de las chiquillas. [67]

Y sintió una inesperada alegría, como si las aguas la cortejaran, y un estremecimiento por dentro que había sentido todo el día pero al que hasta ese momento no había prestado atención.

Vio las luces de proa y popa de una gabarra de mercancías a la que remolcaban río abajo. Y los hombres, las camas y los olores, la monstruosa pesadilla íntegra vivida durante los años transcurridos desde la muerte de su hijo le parecieron que eran remolcados también río abajo, junto a la gabarra. Y en el lugar donde había estado su corazón sintió de nuevo un débil y profundo estremecimiento.

El barco se balanceó sobre la estela de la gabarra, ella cerró los ojos porque sintió



un agradable mareo. Y mentalmente vio, dando vueltas y más vueltas, los caballos de crines grises del tiovivo corriendo de nuevo. «Un dieciseisavo», pensó sin ninguna razón aparente, y le entraron ganas de reír pero no supo de qué, a menos que fuera del pelirrojo que venía hacia ella a traerle noticias.

Le escuchaba pero sin prestarle atención. Sólo cuando él la cogió de la mano se dio cuenta de que la función estaba a punto de comenzar.

A mitad del primer acto, el barco cruzó otra estela y el escenario entero se inclinó un poco. A esas alturas era obvio para las primeras filas que aquel Otelo, mal maquillado, también se inclinaba por sí solo. Pero conservaba la suficiente presencia de ánimo para cargar el peso de su cuerpo contra el aire y se equilibraba aprovechándose de la inclinación del escenario en lugar de dejarse vencer por ella. Con esa argucia instintiva, Otelo mantenía en suspense a las primeras filas de espectadores, preguntándose de qué lado caería si se equivocaba al inclinarse.

Pero el barco podría haber volcado y Dove ni siquiera se habría enterado. Le había atrapado el retumbar triunfal de versos tan consagrados por el tiempo que justificaban a toda la humanidad:

Te besé antes de matarte, no había otra forma:  
darme muerte para morir con un beso. [68]

«Un dieciseisavo», se empeñaba la mente de Hallie en repetir mientras el escenario recuperaba la verticalidad, y al momento se oyó rezando una curiosa oración de invención propia: «Señor, que sea varón o que sea hembra, que sea negro como la medianoche, tanto da, pero que sea mío. Esta vez deja que sea mío». Y su corazón se cerró presto ante la posibilidad de que un hombre blanco, cualquiera, pudiera compartir aquel hijo. Y mentalmente empezó a echar por la borda a aquellos antepasados franceses y españoles, como cajas de comida vacías.

En ese momento deseó, y se dio cuenta de que llevaba ya tiempo deseándolo, volver a la aldea de mulatos donde había nacido. Y allí recogerse el pelo en trenzas al modo ancestral de su pueblo hasta que llegara el bebé. Habría que hacerlo todo rápidamente, antes de que se diera cuenta este hombre blanco.

Pero entonces la invadió una lánguida sensación que le produjo el irracional convencimiento de que sobraba tiempo para todo.

Cuando desembarcaron los dos, agotados tras aquel largo día, Dove oyó un tintineo y vio un carrito de helados en la acera. Hacía calor esa noche y un helado era justamente lo que le apetecía.

—¿De qué sabor lo quieres, Hallie? —le preguntó.

—De naranja.

Con el polo de naranja en la mano y tres céntimos de deuda con el vendedor, tardaba en decidirse entre la frambuesa y la piña cuando un voz a sus espaldas dijo: «Chocolate» y una larga sombra se proyectó sobre la acera y el carrito.

Dove no esperó a decidirse, esa noche pasaría sin helado.

—¿Lo conocías?

—De antes.

—¿Por qué te has asustado?, ¿te persigue?

—No lo sé.

Al llegar a la esquina se atrevió a mirar atrás. Fort se había inclinado mucho para cerciorarse de que el vendedor no se equivocaba y le daba jarabe de arce en lugar de chocolate, y Dove se dio cuenta de lo difícil que debía de resultar distinguir los colores desde detrás de unas gafas oscuras.

En los días que siguieron Hallie se hartó de oír «Te besé antes de matarte, no había otra forma: darme muerte para morir con un beso».

—Si supiera que entendías lo que estás recitando, me sentiría bastante mejor —le dijo ella.

Ella nunca estaba segura del todo de que él no supiera de qué estaba hablando. Una noche le oyó leer en voz alta:

Hasta el sepulcro de Cristo,  
del que somos soldados y bajo cuya cruz bendita  
nos hemos juramentado a luchar,  
en el acto reclutaremos una fuerza de ingleses,  
cuyos brazos se moldearon en el seno materno  
para perseguir a esos paganos en aquellas tierras santas  
sobre cuyos suelos caminaron los pies benditos  
que hace mil cuatrocientos años fueron clavados  
por nuestro bien en la amarga cruz... [69]

Y cuando ella le preguntó qué creía que significaba todo eso, él le respondió como si lo hubiera sabido de siempre:

—Oh, va de algo de los reyes de los viejos tiempos y de otra gente que andaba por allí. Va a haber una guerra y tiene la pinta de que los nuestros van a recibir. ¿Quieres que baje y te compre unos camarones?

Más tarde, cuando se hubo aclarado la cuestión de los camarones y ya se los habían comido, ella le leyó:

Cuando era un niño muy pequeño,  
lloviera o soplara el viento,  
cualquier cosa era un juguete,  
pues llover, llovía todos los días.

Pero cuando me hice hombre,

lloviera o soplara el viento,  
contra los granujas y los ladrones los hombres cerraban las puertas,  
pues llover, llovía todos los días. [70]

—Vaya, no está nada mal —le dijo él. Y nunca sospechó que, por detrás de las palabras que recitaba, giraba sin parar un torso tiránico.

Las noches sureñas refrescaron. La lluvia les visitaba todos los días.

Una noche, mucho después de que Hallie se hubiera acostado, Dove se sentó a solas en la galería. Cada vez que llegaba una ráfaga de brisa desde el río, se apagaba una luz en la calle, hasta que pareció que la brisa soplaba a propósito para apagarlas. Cuando las ventanas de ambos lados de la calle quedaron a oscuras, él encendió la lámpara en la pequeña habitación donde ella dormía.

Sobre el rostro de la durmiente se extendió una sombra, dejándole la boca expuesta a la luz. Siguió durmiendo, sin saber que la brisa del río acababa de apagar las luces. Ni que el viento cargado de lluvia enfriaba su habitación.

Ni tampoco lo suavemente que fluía el tráfico nocturno dos plantas más abajo. Ni cómo toda la angustia que Dove había sentido a causa de su ignorancia se había desvanecido por primera vez en su vida. Y nada importaba, le pareció en aquel instante, salvo que aquella mujer siguiera durmiendo y nunca supiera que el viento estaba apagando las luces.

En algún rincón del patio de abajo alguien empezó a tocar delicadamente un piano, como si temiera despertarla. Sentado al borde de la cama, escuchando la música que a veces sonaba cerca y otras lejos, recordó la primera vez que ella le enseñó a formar palabras con las letras.

El agua se ha vuelto piedra,  
la niñera y yo podemos andar por encima,  
pero todavía encontramos arroyos que fluyen en los libros ilustrados.

Podemos ver cómo son todas las cosas,  
los mares y las ciudades, vecinas y remotas,  
y la belleza de las hadas voladoras  
en los libros ilustrados.

Cuando apagó la luz y se acostó a su lado, ella se dio media vuelta, como si se apartara.

Cuánto voy a cantaros,  
días felices junto a la chimenea,  
sentado a salvo en el rincón de la niñera,  
leyendo libros ilustrados.

Debió de quedarse dormido al instante, porque le pareció que habían transcurrido

sólo unos segundos cuando se despertó y vio que la lámpara estaba encendida.

La miró fijamente un momento, preguntándose un poco aturdido si se habría olvidado de apagarla. El aire estaba revuelto afuera y resonaban los ruidos de la calle.

Sobre la cómoda vio el lápiz de labios, la polvera y el peine. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba solo en la cama.

Ella tampoco estaba en el lavabo ni en el pasillo. Se vistió, convencido, sencillamente porque no se le ocurría otra cosa, de que ella había vuelto al local de Mama.

Lo último que vio Dove de la pequeña habitación encima de Royal Street fue un peine roto en medio de un charco de luz.

Salió bajo una lluvia incesante, la más triste que jamás había caído. Fue por calles empinadas y por otras estrechas y en ningún momento dejó de llover.

A aquella hora, los remolcadores tocaban las sirenas una y otra vez, como amantes que se han perdido.

TRES

Oliver Finnerty, atragantado de asco, fue a Dockery's con la intención de ahogarlo en alcohol. Las promesas de granjas de pollos, las advertencias de Mama, las entrañas de Reba, el ratón en una polvera, las putas altivas y las humildes, las putas sobrias y las borrachas, los lisiados que tiraban dólares al suelo para que los recogieran las furcias a gatas, la fiebre y la fantasía, los sueños calenturientos y el dinero frío... todo se le agolpaba como carne muerta en el fondo de la garganta, demasiado abajo para escupirlo, pero demasiado arriba para tragarlo.

«En Storyville hay un chulo con ganas de vomitar esta noche», se dijo sin compadecerse. Luego echó dos tragos de whisky de centeno canadiense tan seguidos que le pareció un único trago, pero lo único que consiguió fue que le subiera más la pelota de carne muerta.

El hombrecillo apoyó la cabeza en sus pequeñas manos y se asomó al interior oscuro de su cerebro: una cortina de niebla baja e inmóvil, formada de humo de carbón o *smog*, se cernía sobre los tejados de una calle extraña, flanqueada por dos hileras de *bungalows* que llevaban mucho tiempo sin pintar, como casas de una vieja colonia obrera; en uno de los porches había una luz encendida.

Pero no era el humo ni la falta de pintura ni siquiera la manera como, bajo el porche, un charco de agua de lluvia reflejaba la luz encendida con la fuerza de un fuego vivo, no, nada de eso inquietaba al macarra abstraído.

Porque aunque en los estrechos armarios seguían colgadas las ropas de las mujeres y sus estufas todavía seguían desprendiendo débilmente calor, las jarras de cerveza estaban mediadas y el whisky por beber. Alguien había fijado el espejo del tocador colocando una zapatilla entre éste y la pared de madera. Afuera, un perro husmeaba por todas partes correteando entre las casuchas desiertas. En las habitaciones vacías se respiraba una atmósfera de rabia y precipitación desbocada que no anunciaba nada bueno.

Y lo peor llegó en un coche con los guardabarros embarrados, del que bajaron bruscamente hombres y jóvenes de mala pinta: él oyó cómo se rompía el primer cristal y vio cómo prendían las primeras llamas.

Lo que produjo en el chulo una sensación de agradable melancolía, como una especie de liberación de todo.

El mismo placer enfermizo en el mismo sueño muerto. Aunque era incapaz de recordar el curioso nombre de aquel local ni el de las chicas, ni de las morenas ni de las rubias.

Jamás había visto a aquellos tipos de mala pinta; ni tampoco el fuego que prendía en un charco de agua de lluvia la última luz que había quedado encendida en un porche.

El pobre y desgraciado chulo que era Finnerty no sabía si de niño había presenciado ese asalto desde la ventanilla de un tren en marcha o si no se trataba más que de su deseo de librarse de todas las mujeres de una vez y para siempre jamás.

—Oliver, no tienes buen aspecto.

El chulo alzó un rostro que había perdido toda viveza, como el de un embrión más espabilado que los demás, pero muerto antes de nacer. Y se le ocurrió que ver a su lado a aquel semental arrabalero de Texas debía de formar parte de su enfermiza pesadilla.

Su buen semental, su único amigo. Que esperaba allí, con la lengua colgando.

Alguien le había puesto una gorra a cuadros blancos y negros en la cabeza, aunque una talla demasiado grande, y alguien le había embutido en un traje de sarga azul, pero de una talla menos que la que le habría sentado bien. Alguien le había cortado el pelo y alguien le había abrigado las botas. Alguien le había prendido en la solapa un pequeño payaso de latón rojo y azul; pero seguía siendo su viejo semental muerto de hambre. Y como el polvo en un mundo que recobra la esperanza, el alma enferma del macarra se limpió. Una sensación de bienestar lo llenó como se llena una copa. Se sintió agradecido por las pequeñas y las grandes alegrías y deseó que fuera la hora de comer para bendecir la mesa. Su viejo colega con cara de bobo. El mismo bocazas grandullón, maloliente, rastrero e inútil de siempre.

—¡El Gran Stingaree! —saludó a Dove, y dio un paso atrás protegiéndose los ojos como si no diera crédito a la visita del personaje más asombroso de la ciudad—. ¿Sabes que por un momento no te reconocía con esa pinta que me llevas?

—Me pareció que estabas cabreado conmigo.

—¿Cabreado?, ¿yo?, ¿cabreado contigo? —Deshizo el nudo demasiado apretado de la corbata de Dove de un tirón rápido y lo rehizo, con sumo cuidado, para que quedara más suelto y elegante—. ¿Cabreado? Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien. Cabreado, dice. Colega, yo he hecho de ti lo que eres y no me avergüenzo de mi obra. ¿Qué es esto? —Del bolsillo lateral de la chaqueta de Dove sacó un pequeño libro y se le afinó la sonrisa—. ¿Otra vez con el timo del libro? ¿Qué es lo que les vendes ahora? Por la ropa que llevas veo que te cunde y me interesa mucho saber en qué andas. Cuando yo tenía algo que merecía la pena siempre contaba contigo, así que espero que hagas lo mismo.

—Ahora sé leer y escribir, Oliver, eso es todo. —Un matiz de bravuconería volvió a la voz de Dove mientras se guardaba de nuevo el libro en el bolsillo.

—¡Vaya! ¡Me lo creeré si tú lo dices! ¡Y te aceptaré unas copas para celebrarlo! —Finnerty pareció aliviado—. Por algo he sido yo el que les decía a todos: «No os preocupéis por el señor Pez Gordo; cierta persona le está dando lecciones. Le está enseñando las letras», y se partían de risa porque se creían que había dicho que te estaba enseñando las tetas. «Ese chaval os da mil vueltas a todas», eso les decía. —Y bajó la voz para dar a entender que había llegado el momento de sincerarse—. Apuesto a que la chiquita y tú la habéis estado armando buena.

—No sé dónde está la chica, Oliver, ésa es la verdad. Ojalá lo supiera.

—Hace poco estuvo aquí, buscándote.

—No creo que fuera ella porque... —Dove reflexionó con tristeza.

—Claro que era ella —dijo rápidamente Finnerty que ya sabía todo lo que

necesitaba saber—. Pero ¿por qué vino aquí cuando sabía muy bien dónde encontrarte? ¡Dockery! ¡Sirvenos dos copas!

—Ya no bebo tanto como antes, Oliver.

—¡Que sean dobles!

Una muleta recortada abrió la puerta de par en par, dejando que la luz de la calle se reflejara en las ruedas. Entró y una oscuridad como la noche se cerró a sus espaldas y, como la noche, se acercó silenciosamente. Schmidt podía acallar sus ruedas cuando no quería dar la nota.

Finnerty estiró el pie.

—¡Hombre, aquí viene Big Dad! Mira, una pequeña celebración en tu honor. Éste es un antiguo admirador tuyo, ¡hasta te vio en la pantalla! ¡Toma algo con nosotros!

—Ya nos conocemos —el tullido se disculpó—. Y esta noche no me apetece beber con admiradores. —Puso las manos sobre las ruedas, pero se detuvo a mirar a Dove de arriba abajo. Finnerty supo interpretar su vacilación.

—Una copa sólo, Big Dad —le rogó el macarra.

—Cabrón —le espetó Schmidt a Dove por las buenas—. Parece que tienes una buena racha. Si llevas oro encima, reclamo mi parte.

—Y si no lo llevas —le prometió Finnerty a Dove esbozando una sonrisa mezquina—, él se encargará de que lo consigas. Todos tenemos que vivir —dijo buscando la aprobación de ambos rivales—. Aquí, el estudiante éste, me estaba preguntando si llegaste a enfrentarte con El Estrangulador. —Y entonces le acercó el whisky a Schmidt.

—Bueno, aquello no fue nada. —Schmidt pareció no tener ya tantas prisas—. El Estrangulador me hizo su llave y yo le dejé hasta que acabé de contar cuánto público había, porque por entonces cobraba un porcentaje. Luego me desmoroné, dejé que me inmovilizara un hombro y me volteara para solaz de los palurdos, que se creyeron que me tenía. Le dejé hacer hasta que noté que empezaba a cansarse. Entonces saqué mi tijera... —cruzó dos dedos que representaban dos muslos—, me lo quité de encima y le hice mi llave... —Cruzó las muñecas para atrapar la cabeza del Estrangulador—. Entenderéis que si hubiera hecho más presión me habría quedado sin trabajo. Pero él nunca me venció. —Levantó el vaso vacío—. No, nunca.

—Bebe —ordenó Finnerty impasible—. Nunca te venció.

—Yo una vez me peleé con un chico mejicano en mi pueblo —intervino Dove—, pero me dio tal paliza que no volví a intentarlo.

De repente, el tullido, como si no viera a Dove ni a nadie, gritó:

—¡No! ¡Nunca me venció! —Y se golpeó los muñones con sus dos grandes puños, como si no quisiera verse a sí mismo tampoco—. ¡Zybysko no pudo ganarme! ¡Nunca me venció!

—Tranquilo, Big Dad, cálmate. —Finnerty le calmó pero sólo para excitarlo más —: Seguro que las chicas te hicieron llaves de las que nunca te pudiste soltar, eh, ¿qué me dices de eso? Me refería —se apresuró a añadir— a tu carrera en el cine,



claro.

—¿Cine?, ¿carrera? —Schmidt mordió el anzuelo como un róbalo hambriento—. Bueno, sí, hice un papelito con Beery, pero no sabía que lo hubiera contado.

«De poca cosa más has hablado durante los últimos veinte años», pensó Finnerty, pero en voz alta dijo:

—Me lo contaron unos amigos comunes del mundo del cine. Tengo entendido que hiciste una escena de lucha. Por qué no nos cuentas algo más, así lo sabremos de primera mano, no sé si me entiendes.

—Todo eso es ya pasado —le dijo Schmidt—. Conocí a una mujer que también tuvo un pequeño papel en la película. Nos comprometimos antes de empezar la gira de costa a costa con El Estrangulador. Pero el espectáculo quebró en el este y se me acabó el dinero para viajar en un pueblucho, Needles. Tenía tanta prisa por volver con la chica que no quería perder un minuto. En lugar de telegrafiarle para que me mandara dinero, me gasté el último dólar en una botella y me subí al primer furgón vacío que encontré. Pasaba un minuto de la medianoche del treinta y uno de diciembre de mil novecientos trece.

»La siguiente vez que la vi fue después de la operación. Me atendió, me devolvió a la vida con sus propias manos. Me suplicó que siguiéramos adelante con la boda, como si no hubiera pasado nada, era una verdadera mujer. ¿Cómo podía aprovecharme yo de semejante generosidad? Ella, que tenía toda su carrera por delante. ¿Iba yo a arruinar dos carreras porque una se hubiera estrellado contra las rocas? La rechacé y desde entonces me he cuidado yo solo, y mejor que muchos con más suerte que yo.

—Pero —preguntó con frialdad Finnerty—, ¿no tardaste en acostumbrarte a ser más pequeño que los demás cuando habías sido el más corpulento durante toda tu vida?

¿Qué era más desagradable, la pregunta o el tono con que la hizo el macarra? Que a Schmidt no le importaba quedó claro al instante:

—Pues no veo aquí a nadie más corpulento que yo. —Alzó la mirada hacia Finnerty justo cuando Dockery servía otros tres whiskies; Schmidt no cogió el suyo—. Si te crees capaz de hacer algo que yo no pueda, dímelo ahora.

—No te piques conmigo, Big Dad. —El tono de Finnerty era sereno—. No quiero competir contigo. Pero aquí, el estudiante, es otro cantar, se las sabe todas.

Schmidt se volvió hacia Dove girando las ruedas.

—¿Sabes hacer algo mejor que yo, pringado?

—Ni siquiera sé hacer muchas cosas de las que hace cualquier hombre normal, señor —se apresuró a decir Dove, y ni siquiera él mismo se lo creyó.

—Por ejemplo —Finnerty acudió en su ayuda—, nunca podría trabajar como LA MITAD VIVIENTE.

Ahí estaba el dardo. Finnerty por fin lo había clavado.

—Pues me alegro, que os vaya bien el negocio —le dijo Schmidt a ambos, y se

alejó rodando tan silenciosamente como se había acercado.

Pero Finnerty, burlándose ya abiertamente, le gritó:

—Si ya no sirves para campeón, más vale que vivas de las mujeres.

Y entonces, clavando el índice en el pecho de Dove le dijo:

—¿Sabes a quién se refería con eso del negocio? A tus trapicheos, ni más ni menos. No puedes consentirlo, Tex. Y no te preocupes, yo te respaldo.

Dove vació su vaso y también el de Schmidt.

—Cuenta tú también conmigo, Oliver. —Y deseó que quedara otro vaso por vaciar.

—Y cuando yo respaldo a alguien, lo hago hasta el final. Porque, ya lo sabes, Finnerty no se pelea. Sólo mata y se larga.

A veces tenía lleno uno de sus vasos; otras, los dos. A lo largo del espejo de la barra, las caras de la gente no dejaban de mirarlo. Y a lo largo de la misma barra las caras de las muñecas miraban a la gente. Caras de gente y caras de muñecas, y su vaso volvía a estar lleno. Había ido a buscar a alguien cuyo nombre tenía en la punta de la lengua, pero cuando iba a salirle, en la *jukebox* empezó a sonar algo sobre unos santos que desfilaban. Los parroquianos empezaron a desfilar detrás de los santos y las muñecas detrás de los parroquianos, y Dove se unió también a ellos. Y mientras sonaban las campanas, los trenes cambiaban de vía, los santos desfilaban, el tiempo pasaba y su vaso volvía a estar lleno.

Hasta que una voz penetró la bruma de whisky y dijo que ningún Linkhorn sabía leer.

—¿Quién no sabe leer? —oyó que preguntaba alguien con ganas de pelea—, ¿quién dice que no sé leer?

—Nadie ha dicho que no sepas. Y ahora, cálmate o lárgate.

—No me hables así, O-li-ver —le advirtió a Finnerty.

—No soy Oliver.

—¿Y quién eres?

—Dockery.

—Y yo soy el Gran Stingaree, que lo sepas.

El suelo se inclinaba pero él se agarró a algo y pudo mantenerse en pie, aunque poco más. Hasta que las luces se intensificaron y allí, con un pequeño halo alrededor del borde, estaba su pequeño vaso de whisky lleno una vez más. Por puro amor al whisky se echó a llorar. Y mientras, las muñecas desfilaban, los santos desfilaban y la gente se reía. Se sentía perdido en una jungla de muñecas de trapo sin fin.

—Se pondrá bien, Doc —dijo alguien que era el mejor amigo que nadie tuvo jamás a otro que no lo era. Dove tiró de la manga de Finnerty para que le prestara atención:

—La gente quiere burlarse de mí otra vez, Oliver.

—Léales un cuento de niños de tu libro.

Pero las palabras impresas empezaron a saltar como pájaros descerebrados, así que quien dijera que ningún Linkhorn sabía leer estaba en lo cierto al fin y al cabo, y todo el mundo estaba tan decepcionado con él que se echó a llorar por todos, por las muñecas y los demás, a los que había decepcionado.

—¡Cantaré para la gente!, ¡cantaré y bailaré! —Ésa era la solución a todo, o eso le pareció. Y apoyando una mano en la *jukebox*, levantó un pie enorme como si ese simple gesto ya fuera una proeza. Miró a su alrededor a través de la bruma de whisky para asegurarse de que le prestaban atención. Bien mirado, sostenerse sobre un solo pie era algo que no todos podían hacer. Él era el único que sabía exactamente cómo tenía que hacerse. Pronto lo verían. Alguien aplaudió: se los había ganado. Si pudiera cambiar de pie de apoyo, el local se vendría abajo.

Y lentamente empezó a cambiar de pie.

Se adelantó un poco, dejando caer las manos a los costados y, meneando la cabeza, se inclinó tanto que se tambaleó. Alguien más empezó a dar palmas, luego otro, y aun un tercero. El baile se aceleró mientras saltaba de un pie a otro. Algunos creían ver amor en la danza, otros, desesperación. En una jungla de muñecas, el rey de los elefantes bailaba otra vez.

Se puso las manos en las caderas y empezó a cimbrear la cintura, lenta, obscenamente. La música paró, pero nadie aplaudió.

—¡Basta! —se quejó alguien—, ¡aquí hay mujeres!

—¡Dejadle que enseñe lo que tiene! —comentó alguien que no opinaba lo mismo.

Entonces, entre la bruma de whisky, cada vez más cerca, los ojos de Dockery, como los de una abeja, se clavaron en los suyos.

—Hijo, te estás pasando de la raya. Si no te sabes comportar, mejor será que te largues. No te lo repetiré.

—¿Y tú quién eres?

—Dockery, ése soy.

La gente empezó a acercársele; él sólo había ido a buscar a alguien, pero ¿dónde estaba ella? «Quién», preguntaba una y otra vez, «¿Quién-quién-quién?», e hizo retroceder a los que le rodeaban.

—Soltadme. ¿Quiénes sois?

—Si te soltamos te caerás de cabeza.

—Caerme de cabeza... ¡eso es lo que quiero! ¡Darme un buen cabezazo! —Y forcejeó ferozmente con los que le aguantaban para darse el cabezazo.

Pero no le soltaban, por más que les rogaba e intentaba sobornarles para que le dejaran caer. Las campanas empezaron a escuchar sus propias melodías estúpidas, los trenes corrían los unos contra los otros. Las mujeres le esperaban en las puertas. Su vaso volvía a estar lleno.

—Si ya no sirves para campeón —anunció—, más vale que vivas de las mujeres.

—Quiere vivir a cuenta de las mujeres, pues que viva —convinieron todos.

—Sacadle de aquí. —Dockery ya estaba harto; y lo sacaron por la puerta rodeado de una turba de macarras burlones, la pluma de su sombrero se agitaba más alta que las de los demás, y Dove se tambaleaba intentando darse un cabezazo. Pero siempre se lo impedían.

Cuando por fin llegaron a la puerta de al lado del local de Mama, su americana nueva había desaparecido, una de las perneras del pantalón estaba desgarrada de la cintura a la rodilla, y el bolsillo de la camisa le colgaba sostenido por un único hilo. Sin embargo, conservaba el sombrero, aunque la pluma se había roto.

—¡Aquí está el Gran Stingaree, dispuesto a dar guerra! —gritó uno de los chulos.

—Hemos venido a que se lo queden las chicas —explicó otro.

—No lo queremos. —A las chicas no les cupo la menor duda.

Mientras tanto, en la puerta, fiel a sí mismo, Oliver Finnerty contemplaba la escena.

Y sentía que se le iban pasando las nauseas.

Cuando los taxis se apartan marcha atrás de las aceras y la oscuridad entre las farolas se alarga, cuando el whisky que uno tiene delante ya no apetece y en el cielo se cierne un resplandor criminal cargado de anhelos y de sensación de pérdida, es que ha llegado la hora de las súplicas, la del «ven aquí y cuéntamelo», del «déjeme explicarle, caballero, con veinte centavos me basta para salir adelante», del «si me echa una moneda de diez centavos que le sobre dormiré en una cama»... Y entonces los pálidos espectros perdidos de las chicas en las últimas puertas en cerrarse (¡qué blancas las deja el hambre de toda una noche!), ven que ya no hay manera de impedir que se apaguen las últimas farolas y hasta los chulos empiezan a darse por vencidos.

El hombre sin piernas fumaba el primer cigarrillo del día que llegaba y contemplaba a los últimos bípedos apresurándose, corriendo, corriendo a casa, a amar y a descansar. Y una punzada, la punzada de la derrota absoluta, como un viento procedente de las llanuras gélidas de la muerte, le atravesó el corazón y se lo estremeció como una hoja.

¿Qué importaba que se rieran un poco de él? Cosas peores le pasaban a la gente cada día. Un inválido tenía que aprender a sobrellevar la amargura con dignidad, eso formaba parte del juego, no había vueltas que darle. Todo el mundo sabía que aquel par no eran más que unos chulos baratos, mientras él en su vida le había sacado un centavo a ninguna mujer.

Pero en un ensueño melancólico sus ojos miraron hacia donde habían estado sus poderosos muslos.

Y comprendió que no había modo de recuperar su propia vida, su espléndida vida, que se había quedado lejos, muy lejos.

Un muñón a la altura de la cadera; el otro, de la rodilla.

¿Por qué darles una oportunidad a aquel par?

¿Quién se la había dado a él?

Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho Floralee para creer que Dios ya no la soportaba, de eso no se seguía necesariamente que hubiese sido él quien llamó a la poli.

En la *juke* empezaba a sonar «Please Tell Me How Many Times» cuando, en un abrir y cerrar de ojos, el salón se llenó de los chicos de azul y alguien rompió el cristal de la *juke*... ¿qué necesidad había? Pero la canción sonó todavía más fuerte sin el cristal: *Me sentiría mal si hubieras besado a muchas, pero peor si no hubieras besado a ninguna.*<sup>[71]</sup>

¿Dónde estaba Reba cuando rompieron el cristal?

Sin duda, mirando a las musarañas.

¿Dónde estaba Five cuando destrozaron la *juke*? Corriendo de puerta en puerta sin nada más encima que los pendientes y una toalla de baño, gritando: «¡Echad a los chicos!». Y a la carrera huyeron tres clientes por el pasillo, con los pantalones en las manos, y tantas ganas de no ser testigos de lo que pasara como Five las tenía de evitárselo. A uno lo empujó por la ventana; otro, con un billete en la mano, se topó con un poli y el poli le dijo a otro: «es el tío Charlie», y lo dejó pasar.

¿Dónde estaba Mama cuando se acabó la *juke*? Estudiando un recibo por valor de dos mil doscientos dólares como adelanto por una casa y una parcela, seis casetas de perro y un par de dóbermans, y sintiendo las primeras aprensiones.

¿Dónde estaba Finnerty mientras sucedía todo eso? En una avioneta monomotor, con dos mil doscientos dólares en billetes de cinco y de diez, de camino a Miami para broncearse las axilas. Y mordiéndose la uña, carcomido por la rabia, preguntándose una y otra vez: «¿Por qué no enterraría a ese lisiado?».

¿Y dónde estaba Floralee entretanto? Humillándose ante el Señor bajo el pesado cuerpo de un borracho gritón mientras otros borrachos gritones lo animaban.

¿Y dónde estaba el encanto de Kitty? Pensando en Finnerty y deseando estar muerta. Cuando oyó romperse el cristal, dio un largo trago a la botella de ginebra, luego la tiró por la ventana y salió detrás de ella... para caer directamente en brazos de dos de los polis.

—Sencillamente, no tengo suerte, no hay nada que hacer —dijo la curtida Kitty Twist.

—Tienes tanta suerte como las demás, diría yo —comentó un poli—. Arriba, hermanita.

Y arriba, dentro del furgón celular, fue Kitty Twist.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en la penumbra de la jaula—, ¿quién más viene de paseo?

—Desde luego no Herbert Hoover —dijo la voz de Frenchy.

—Oficial —le dijo Kitty Twist al poli que vigilaba la puerta—, ¿a qué espera? Ya

podemos irnos.

—Puede que vengan más a haceros compañía —dijo el agente.

—¿Y sólo tienen un furgón para todas?, por el amor de Dios —se burló Kitty.

—Queremos hacer un solo viaje, hermanita —se disculpó él, y un rugido que parecía un grito de batalla estremeció las estrellas en ese momento. Las chicas asomaron las caras tristes y maquilladas y oyeron un clamor metálico.

—Suena como si alguien no quisiera venir —aventuró Frenchy.

Vieron a alguien enmarcado en la luz que se proyectaba por una puerta. Dove sin nada más encima que una camiseta, gritando:

—¡Quitadme las manos de encima!

Soltaba golpes a diestro y siniestro con el canto de un libro, enfurecido por el whisky y el miedo. Kitty vio que un poli recibía un librazo en plena mejilla.

—¡Que me quitéis las manos de encima he dicho!

Otro poli recibió un golpe en el ojo. Entonces uno de ellos lo agarró por la nuca y otro le retuvo la mano con el libro.

—Sé un buen chico, como lo era yo a tu edad —le dijo uno, mientras otro le agarraba las piernas por debajo. Una vez bien cogido entre tres, contaron:

—¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!

Kitty y Frenchy tuvieron el tiempo justo de apartarse cuando entraba volando el chico con el culo al aire, ¡Plong!, y el antiguo representante de Watkins quedó tumbado boca abajo, agarrado a un suelo de hierro.

—Al menos esta vez has venido —le saludó Kitty, y le tateó con la punta del pie.

El cuerpo no se movió.

Kitty se dio cuenta en ese momento de que tanto le daba que él viniera como que no. En realidad, no le importaba nadie ni nada, y menos que nadie ella misma. Pasa lo que tiene que pasar, así que, ¿qué importa a quién le pase? Así se sentía Kitty.

—Oí un estornudo dentro de un armario —les explicó el poli a las chicas—, y cuando abrí la puerta, ahí estaba el chico, completamente desnudo, salvo por una camiseta y un sombrero, con un libro debajo del brazo.

—Uno más que no tuvo tiempo de ponerse los pantalones —dijo Frenchy para sondear cuánto sabía el poli en realidad.

—Siempre que no sea de la casa no le pasará nada —opinó el poli—. No le veo yo mucha pinta de chulo.

—Yo no le había visto en mi vida —dijo Frenchy y le dio un codazo a Kitty.

—Yo tampoco —dijo Kitty Twist.

Dove se despertó en un caluroso calabozo, con algo encima de la cara.

Hola, pantalones.

Sentía que la cabeza se le hinchaba y deshinchaba, una y otra vez. Le bastó con

dejar de pestañear para que le doliera un poco menos. Cuando alguien le quitó los pantalones de encima de la cara miró hacia arriba.

—Me parece que el hijoputa está muerto —oyó que informaba una voz de tono indiferente y le llegó una vaharada de humo de puro.

—Yo no veo sangre, Harry.

—Sangran por dentro.

—Entonces nos la cargaremos los dos.

—¿Los dos? ¿Desde cuándo no entra Smitty?

Los pantalones volvieron a caer sobre su cara.

—Sí, eso es verdad. Ese Smitty..., se supone que es él quien debe vigilar a las putas en el furgón, pero va por ahí alardeando de que es un placador del equipo universitario de fútbol americano.

—¿Te acuerdas de aquella vez que se cargó a un negro con la mano abierta? Eso te demuestra para qué sirve el jiu-jitsu.

—No, no me acuerdo. Pero estaba con él la vez que perdió los nervios con el chico hispano que fingía que no sabía hablar bien inglés. Eso te demuestra para qué sirve fingir.

—Agente —metió baza un farsante desde algún calabozo de la galería—, puedo pagarle por una aspirina, si no es pedir mucho.

—Es mucho pedir, ya te darán una cuando llegues a tu destino —le prometió Harry al farsante y le soltó una ruidosa patada a Dove en el costado, a modo de pequeña sorpresa crujiente.

«Me han pateado mucho más fuerte otras veces», reflexionó Dove y deseó que dejaran de fumar. No parecía muy respetuoso por su parte fumar en un momento como ése.

—¿Sabes una cosa, Jeff? —preguntó Harry en voz baja.

—¿Qué? —quiso saber un ansioso Jeff.

—Me parece que este cabrón está muerto de verdad.

Al fondo de la garganta de Dove temblaba una enorme lágrima, que formaba una burbuja que le hacía cosquillas en el cuello. No quedaba ni una pizca de aire en la celda y si no dejaban de fumar, tendría que toser y resucitar una vez más. Y más valía estar muerto, pensó Dove, que eso.

—Pobre borracho. Entre tanto whisky y tantas mujeres, le ha fallado el corazón.

—¿Te parece que fue su corazón lo que resonó como una campana hueca cuando lo tiramos sobre el hierro del furgón? Si no sabes lo que dices, no digas nada.

—El capitán estará de nuestra parte. —Jeff lo seguía intentando, tanto si sabía lo que decía como si no.

—¿Ese paleta?, ¿estás seguro de que te encuentras bien? Estoy convencido de que nada le gustaría más que ver su jeta de paleta en primera plana del *Picayune* por limpiar de matones el departamento. No te quepa duda.

Entonces se hizo un silencio elocuente que decía que habían llegado a un acuerdo.

Dove sintió que uno lo cogía de los brazos y el otro de los pies.

«La gente te trata mejor cuando estás muerto», se dio cuenta Dove cuando lo alzaban con cuidado. «Así se va la mar de cómodo.»

—¿A dónde lo llevamos, Harry?

—¿A dónde crees, al cine Loew's?

Un barco fluvial gimió como muge una vaca cansada que abandonara toda esperanza en la oscuridad del matadero.

Dove sintió aire fresco de repente y supo que habían salido a la noche. Por encima de él, una ventana se abrió de golpe.

—Pero ¿qué coño estáis haciendo, memos? —Dove oyó una tercera voz, más autoritaria que la de Harry.

—Otro que nos ha palmado, capitán.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que un hombre puede morir en la cárcel igual que en el hospital? Llevadlo a beneficencia y que os den un recibo. Estoy harto de repetíroslo.

La ventana se cerró ruidosamente. Dove esperaba que no lo dejaran caer; le daba la sensación de que estaba sobre cemento.

—¿Qué quiere decir «que os den un recibo»?

—Quiere decir que tenemos que registrar el fiambre en el hospital.

—¿Y no podríamos dejarlo en las escaleras y confiar en la amabilidad de las enfermeras?

—Preferiría que me metieran dentro, si no les importa —pidió educadamente Dove.

Los dos polis se quedaron petrificados, como estatuas que honraran el pasmo. En ese instante, Dove se dio cuenta de que había hablado con su propia voz, se soltó de un tirón y empezó a correr a ciegas, directo hacia una pared de ladrillo rojo.

Harry lo atrapó cuando rebotaba de la pared y de la mano lo llevó junto a Jeff.

—Desde el principio supe que fingía —dijo Harry—, sólo estaba esperando a que diera un paso en falso. Y ya ves, hice que la pifiara.

Dove dobló sus pantalones con cuidado para formar una almohada, los puso debajo de su cabeza, se tumbó en el suelo y esperó que lo cogieran en volandas otra vez.

—¿Saben? —se disculpó ante las estrellas sureñas que se desplegaron sobre las cabezas de los dos polis—, no quería irme de este viejo mundo, porque es el único que conozco.

Jeff miró a Harry. Harry miró a Jeff.

—Hijo —fue Jeff el que finalmente le dio la noticia—, llevamos de servicio todo este puto día sofocante, y nos ha caído un palo tras otro. ¿Te importaría mucho volver andando a la celda?

—Bueno. —Dove se levantó de un salto y empezó a ponerse los pantalones, con toda seriedad, como si le hubieran invitado a cenar pollo—. Es justamente lo que me



apetece. Un pequeño paseo al aire fresco de la noche me despejará la cabeza. — Luego miró con suspicacia a uno y otro agente. Algo raro flotaba en el ambiente.

—¿Están cabreados conmigo por algo?

—Claro que no, hijo —le tranquilizó Harry con una voz ronca pero amable—. Eres todo un personaje. Has tenido tu momento de gloria, y a nosotros nos ha divertido. Nos cae bien la gente bromista. —Y golpeó con tal fuerza a Dove en la sien con la mano abierta que casi le hizo girar como una peonza. Dove se mantuvo en pie y sacudió la cabeza para que el aire nocturno le despejara aún más. Las noches estaban refrescando, de eso no había duda.

—Prométenos que le contarás al tribunal todo lo que pasó. —Harry le amenazaba con la enorme mano levantada—. Promételo.

Dove se restregaba la nuca. Una gran idea empezaba a cobrar forma dentro de su cabeza.

—Voy a decirles una cosa —decidió por fin—, no veo por qué tendría que llevar esto a los tribunales. Quedaría como un tonto.

—Ya te dije que éste era un chico de buena cuna —Jeff acudió en su ayuda.

Harry le estudió atentamente, con la mano todavía levantada.

—Ya te he aguantado bastante, hijo —le anuncio—, no te voy a pasar ni una más.

—Oh, baja la mano, Harry, el chico ya se ha llevado lo suyo —dijo Jeff—. Es un chaval listo y va a hacer lo que dice.

Harry dejó caer la mano.

—Que Dios le ayude como no lo haga —dijo.

Un minuto después, la gran puerta se cerró tras Dove.

—Me parece que voy a descansar un rato —dijo y buscó a tientas en la oscuridad hasta que dio con un banco.

Cada mañana, los inquilinos de la Décima Penitenciaría hacían turnos ante la única ventana del recinto. Daba al patio de Los Protectores del Reino Animal, cuyos miembros, con gruesos guantes, se afanaban en proteger a los pequeños súbditos de ese reino desde por la mañana temprano hasta avanzada la noche.

SED BONDADOSOS ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE era el lema del reino, pintado en un blanco hospital. A veces, una mujer de aspecto efectivamente bondadoso, con uniforme de enfermera, salía al patio a colaborar en la buena obra. Obra que se cumplía pegándole un tiro a cada perro entre los ojos y echando su cadáver con una pala a un carro. Los gatos suponían menos trabajo, como comprobó Dove desde el principio, porque sólo había que agarrarlos por la cola, balancearlos y reventarles los pequeños cráneos contra un poste de hierro. Y ni siquiera hacían falta las palas. Iban directos al carro: ¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!

Por alguna razón muy sentida, los presos se habían dedicado a llevar la cuenta del número de perros frente al de gatos. Un desertor del Servicio de Empleo Rural

llamado Murphy *el Fantasmón* empezó a hacer de corredor, y aceptaba apuestas en tabaco Bull Durham sobre los totales diarios. Se necesitaba a alguien que no apostara, ni tuviera favoritismos hacia perros o gatos, para que llevara un recuento fiable. Dove se ofreció, y nunca dejaba su puesto sin dar a su relevo las cifras exactas de cada muerto durante su guardia.

Y a veces, al pensar que los hombres y chicos cuyo hogar era la Décima Penitenciaría eran considerados delincuentes, se preguntaba dónde encerrarían a los verdaderos criminales.

—Los mejores días de mi vida, mis años más felices —recordaba un guiñapo humano llamado Pinky— fueron cuando hacía instrucción vespertina en la Guardia Nacional.

Pinky había robado quince metros de manguera para compensar unos salarios atrasados. El que los salarios fueran imaginaciones suyas no hacía menos real la manguera y a Pinky todavía le quedaban cinco meses por cumplir.

Su compañero de celda era un tipo de aspecto lobuno, espesas cejas negras y dientes protuberantes salido de la espesura del bosque, con un tajo ensangrentado a modo de lengua colgante y manos como garras listas para desgarrar. Un hombre del saco devorador de niños con unos antecedentes que helaban el espinazo: se había colado por el tejado de un invernadero y casi se escapó con dos macetas de violetas africanas. Desafortunadamente, se había caído al ceder un cristal y quedó atrapado rodeado de crisantemos, boca abajo sobre la hiedra recién plantada, pero sin soltar sus preciosas violetas. La caída, al parecer, había amansado la parte más salvaje de su naturaleza, porque ahora se daba por contento con que se le permitiera lavar y secar el cucharón de Pinky un par de veces al día.

Otro de los presos era un viejo y solitario lascivo con una cara que nunca había visto la luz del sol, y que no caía bien a nadie, ni siquiera a sí mismo. El celador lo había apodado «El Gabardina», un sobrenombre más amable que el que le daban los demás reclusos.

El delito de este viejo y bobo sátiro no había sido más escabroso que el concebir una operación para ahorrar tiempo y dinero. El Gabardina había descubierto un método para ahorrar tiempo y dinero al hacer el amor, y, de paso, para proteger al amante de cualquier enredo emocional. Un par de gomas y una gabardina con un botón suelto era todo lo que necesitaba el amante autosuficiente.

Ataviado de tal guisa había salido a dar un paseo, una exuberante tarde de abril, por Carondelet Street. Antes había tomado la precaución, perfectamente lógica, de cortarse los pantalones a la altura de las rodillas y ponerse tan sólo la parte inferior de la pernera, sujeta a las pantorrillas con las gomas, lo que daba la impresión, al paseante casual, de que iba completamente vestido. De vez en cuando, al cruzarse con alguna mujer que le parecía atractiva, se abría la gabardina de par en par, para el asombro y disfrute de la desconocida, y luego pudorosamente se abotonaba y seguía su camino a toda prisa.

El talento puede brotar en cualquier sitio.

—No estoy aquí por haber ofendido a una mujer —decía, criticando suavemente a la sociedad—, sino por no haberla ofendido. Realicé mi pequeño e inocente espectáculo para ella y va la fulana, y en vez de seguir con sus cosas, se vuelve a mirarme por encima del hombro, invitándome a que la siguiera. Debió de creer que era imbécil para pensar que yo le obedecería. Por el amor de Dios, un hombre puede pillar cualquier enfermedad de esa manera.

»Se me acercó: “No tengas miedo”, le oí decir, “no voy a hacerte daño”. Oh, no, claro que no, porque no podía. Conozco a las de su clase. Pero no había esperado que una de ellas se volviera contra mí. Se me acercaba cada vez más, yo estaba petrificado, extendió la mano hacia mí, “Oh, Dios”.

El Gabardina escondió la cara entre las manos mientras los demás lo rodeaban. Todos habían tenido que pasar por la Oficina de Delitos Sexuales, y sabían lo que habría sufrido aquel hombre. Así que esperaron educadamente a que se serenase.

El Gabardina se secó los ojos y prosiguió:

—¿Y sabéis qué tuvo el descaro de preguntarme aquella... aquella cosa?; «¿Te gustaría acostarte con una chica guapa?», eso fue lo que me preguntó, ¡a un metro de mí! La mujer era una obsesa del sexo, eso estaba claro. Pero, ¿a que no sabéis qué le contesté?, pues le dije: «Preferiría acostarme con el perro meado de un pastor», ni más ni menos. Todavía no sé cómo se me ocurrió. Luego salí corriendo.

»Antes de que me diera tiempo ni de abrir la boca para coger aire, había media docena de tipos a mi alrededor, todavía no sé de dónde salieron. Me zarandearon, me desgarraron la ropa, me gritaron: «¡sátiro! ¡sátiro!»; pero si lo hubiera sido me habría ido con la mujer en lugar de marcharme corriendo, ¿no?

Siempre había media docena de encerrados por beber o por destilar licor de maíz, y no era raro que quienes habían comprado mucho licor y quienes habían sacado poco dinero vendiéndolo compartieran celda. Lo que no resultaba tan fácil de entender era cómo hombres que no se habrían sabido comunicar en el mundo exterior, que apenas se habrían relacionado entre murmullos apáticos, se llevaban automáticamente bien. Estos ciudadanos de la República de los Tarados Naturales se sentían atrapados juntos en una tierra extraña.

El compañero de celda del Gabardina, sin ir más lejos, era un simplón al que su esposa había hecho encerrar porque se le había metido en la cabeza tener un hijo de una hija suya de quince años. Nadie podía convencer al Tarado de que aquello no era normal. Ni por las buenas ni por las malas. Él sabía que tenía razón. Pero el Gabardina fue el único ante el que argumentó su defensa.

—Dice que la niña es mucho más guapa que su esposa —interpretó el Gabardina—; y no sólo eso, además es mucho más joven.

E indefectiblemente, en una celda u otra, siempre había alguna reinona de los lavabos, de la maleza y los bancos de los parques, asexuado y desdentado. Uno de éstos era El Colgado, que afirmaba haber sido saxofonista y que se había hecho adicto

a algo, pero todavía no sabía a qué. Estaba demasiado colgado para eso.

—El médico no me lo explicaba y yo no sé leer latín —era su excusa—, pero fuera lo que fuese, alguien no paraba de subirle el precio al médico que, claro, me lo subía a mí.

Tanto subió el precio que al final tuvo que empeñar su dentadura postiza de arriba. Luego tuvo que empeñar el saxofón para recuperar la dentadura porque sin ella no podía tocar. Y entonces, cuando ya podría haber vuelto al trabajo, no tenía saxo que tocar. Así que se vio obligado a hacer algo para cumplir sus compromisos. Lo hizo y ahora lo que cumplía era una condena de un año y un día.

—Lo entendéis, ¿no? —explicaba como si todavía no lo hubiera superado—. No podía tocar el saxo sin dentadura.

—Ya nos lo han contado —le interrumpió el Enterado—, no es que te hayan colgado, es que te han decapitado.

Y durante un buen rato el asexuado, desdentado, desesperado, sin saxo y sin droga, la reinona de los lavabos, de la maleza y los bancos de los parques se quedaba sin palabras.

El Enterado, por el contrario, sabía muy bien lo que le pasaba. Era un viejo y curtido trabajador que había tomado morfina para las migrañas que le produjeron los años que pasó en las minas de cinc rojo de Oklahoma. Había estado ingresado en el Hospital Federal de Lexington, en Kentucky, para curarse del hábito, y recordaba aquella institución con sincera gratitud.

—Lo cojonudo del Lex es que te quitan la adicción que tengas haciéndote adicto a algo de lo que nadie ha oído hablar todavía porque ni siquiera le han dado un nombre. Entonces, tienes que dejar dos adicciones en vez de una sola. Me encantó aquel antro. Un hombre sería muy tonto si no quisiera cambiar una adicción a una sustancia flojita por otra que verdaderamente quemara, ¿no?

El Enterado prefería compartir celda con otro adicto, pero, si no había más remedio, podía soportar a un delincuente sexual.

—Estáis más enfermos que yo —les decía a hombres como el Colgado.

A los que no podía soportar era a los borrachos. En aquellos cuya debilidad era el whisky veía una tribu hostil, inmerecidamente beneficiada por los que ostentaban el poder. ¿Por qué bastaba una pequeña pastilla blanca para condenar a trabajos forzados a un hombre con pinchazos en los brazos, mientras que a otro, que se tambaleaba en una esquina con una botella destapada de ginebra asomándole del bolsillo, lo llevaban gratis a casa, si es que todavía estaba en condiciones de darle su dirección a los polis?

—Cuando veis a un tirado agacharse dentro de una cuneta para recoger una colilla —desafiaba el Enterado a los enganchados al licor de maíz—, podéis estar seguros de que le da al vino o a la ginebra. Ningún yonqui que se respete caería tan bajo.

Dundee aseguraba que se había pasado todos los fines de semana de los últimos trece años en la misma celda. Su mujer tenía un hermano en el Cuerpo, y para evitar

que Dundee se gastase la semana en whisky, el cuñado pasaba a recogerlo al trabajo cuando sonaba el silbato del sábado a mediodía y lo encerraba por vagabundo y maleante. Luego le entregaba el sobre con la paga a su hermana, «para protegerte de ti mismo». El lunes por la mañana, el hermano le daba la fiambra con la comida y lo soltaba a tiempo para que llegara puntual al trabajo y no le descontaran nada.

—Pero siempre me empeñé —se jactaba ruidosamente—, en que no viniera a buscarme hasta que hubiera acabado la comida del sábado.

El compañero de celda de Dundee también había sido una víctima peculiar. Se llamaba Wren y le gustaba comprar coches Ford los domingos, sobre todo en pueblos pequeños. Pagaba unos mil dólares por cada uno, con cheque, tras enseñarle al vendedor la libreta con la cuenta en la que tenía fondos suficientes para cubrirlo. Entonces conducía hasta el concesionario de coches de segunda mano de la misma calle y lo vendía por seiscientos. El vendedor hacía que lo arrestaran y lo retuvieran hasta que abrieran los bancos el lunes por la mañana, y Wren afirmaba que había sido leal y le había advertido: «Está cometiendo un gran error, amigo».

El lunes se comprobaba que el cheque era perfectamente válido, y Wren ponía una demanda por detención injustificada por cincuenta mil dólares. Lo máximo que había llegado a cobrar eran treinta mil.

—Debo de haber ganado un millón —calculaba. Pero entonces ocurrió un siniestro cambio en los vendedores de Ford los domingos, sobre todo los de los pueblos pequeños. Empezaron a fiarse de él. A medida que pasaba el tiempo, se vio obligado cada vez más a actuar de modo furtivo y huidizo. Llegó al extremo de pegarse un bigote postizo en el labio superior que parecía a punto de caérsele en cualquier momento; y aun así, seguían sin detenerle. Wren se había topado con un sólido muro de confianza humana. Y cada vez que tropezaba con él, le costaba cuatrocientos dólares. Finalmente, tras una racha espantosa sin que lo detuvieran, se había quedado sin nada, salvo un pequeño taladro, un trozo de alambre y tizas de colores. La policía local lo detuvo en un bar de carretera por manipular tragaperras.

—Taladro un agujero de tres milímetros en un lado de la máquina, que es sólo una fina capa de aluminio. Cuando las tres palancas de premio suben las paro con el alambre y me da el premio. Luego tapo el agujerito con tiza del mismo color, por lo general azul, rojo o plateado. Cuando los bobos han vuelto a llenar el bote del premio, regreso. A veces me acompañaba un colega para cubrirme mientras taladraba; éramos unos cuantos que nos reuníamos en organizaciones fraternales. ¿Qué podían hacer los dueños? Las tragaperras tampoco son legales.

Era verdad que las autoridades no tenían muy claro hasta qué punto era legal detenerle. Pero parecía que alguien tenía que hacerlo.

Las puertas de las celdas de la Décima Penitenciaría no se cerraban. Sólo la gran puerta que daba al patio y funcionaba con un mecanismo de aire comprimido, les impedía a los presos salir al mundo exterior. Eso permitía que la zona entre el muro de la cárcel y las celdas se destinara al ocio de los presos. Y como éste dependía de

ellos, por las mañanas se dedicaban a que alguien llevara la cuenta e informara de las bajas en el reino animal, o, por las tardes, organizaban una competición de escupitajos. Pero hasta esas competiciones fueron perdiendo interés pues siempre ganaban los que mascaban tabaco.

Los presos se cambiaban de celda cuando querían. Cuando Wren se hartó de las quejas de Dundee contra su cuñado, se mudó, sencillamente para cambiar de quejas, a la celda de un cretino de pueblo llamado el Plumas.

Al Plumas lo habían cogido con las manos en la masa, dándole una paliza a una gallina.

—No sabía que eso fuera delito. —A Dove le costaba aceptar que pegar a una gallina fuera delito—. Debieron de pillarle intentando robarla.

—Plumas no quería robar ninguna gallina —se quejó el Fantasmón—. Lo único que hacía era ponerse al bicho en el regazo y darle una zurra. Entiéndeme, no digo que el tipo estuviera en sus cabales. Después de todo, la gallina no había hecho nada para merecerse la paliza.

—Es que a mí me gustan las gallinitas —cloqueó Plumas desde su celda.

—Yo le representaría ante un tribunal aunque me importe un bledo su caso —le aseguró Murphy a Dove. Parecía haberse asignado el papel de Defensor Público en los juicios de pega que celebraban los presos. Pero Dove no preguntó quién defendía a Murphy.

Sin embargo, a Murphy le iba más el caso de «González contra González» que el de «Plumas contra Louisiana». González, que trabajaba seis días a la semana, estaba descansando el séptimo cuando la señora de G. le sugirió despreocupadamente que fueran de segunda luna de miel. Eso alteró a Vicente, pues ni siquiera habían disfrutado de una primera. Entonces recorrió la casa de punta a punta con una pala enorme y destrozó metódicamente imágenes sagradas, fotografías, vajilla, sillas, cerámica, un gramófono Victor, y cada vez que daba un golpe con la pala gritaba:

—¡A ver si esto es una luna de miel!

Estaba concentrado arrancando la bañera del suelo apalancando sus testarudas garras de loza, cuando oyó que Consuelo entraba en el dormitorio, cogía algo y salía corriendo de la casa. Él la pilló cuando intentaba salvar la fotografía de su boda y le señaló la estufa. Ella siempre había sido una esposa obediente, e hizo lo que le mandaba: tiró la foto al fuego.

Y allí se habían quedado ambos, cogidos de la mano, hasta que prendieron las llamas.

—Señor González —le dijo entonces Consuelo—, esto es la gota que colma el vaso. —Y seguidamente había llamado a la policía, hizo que lo detuviera y ahora, cada vez que venía a visitarlo cargada de dulces, le prometía que conseguiría que le cayeran noventa días, al menos, por daños y perjuicios, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—¿Por qué lo hiciste, Vicente? —le preguntó Dove con cierta preocupación.

—Cuando me cruzo, me cruzo —explicó Vicente con un argumento que sólo le satisfacía a él.

—Estabas en tu derecho —le dijo Murphy con seguridad—, no hacías más que renovar tu casa. Ningún tribunal de este país puede condenarte por eso.

—Pues lamento que considerara oportuno renovar también aquella fotografía —opinó Dove—, si quieres que te diga lo que pienso, me parece una pura mezquindad.

—Me alegra que saques el tema —dijo Murphy—, porque también lo puedo rebatir. Lo que mi cliente pretendía era quemar sólo la mitad de la fotografía en la que aparecía él.

—Pues a la mitad con ella no le hizo mucho bien —Dove se sintió obligado a señalar.

—Ya veo —dijo Murphy mirándolo con frialdad— que eres de esos tipos que privarían a un hombre de su libertad por una vieja fotografía. ¿Qué clase de hombre eres, si puede saberse?

—Te lo diré —le respondió Dove—, soy la clase de hombre que, si fuera su mujer, le confiscaría esa pala mejicana antes de volver a dejarle entrar en casa. Esa clase de hombre soy.

—La pala no importa nada —prometió González a todos alegremente—, cuando me cruzo, me cruzo.

—Un poco terco —tuvo que admitir Murphy *el Fantasmón*, acucillándose junto a Dove. Era un larguirucho desamparado de ninguna parte que se había perdido por el camino; tenía un par de años más que Dove. Los presos más curtidos toleraban que se hiciera pasar por abogado de mentirijillas, sabedores de que era lo más cerca que Murphy iba a estar de ejercer el derecho.

—Por el amor de Dios —se maravillaba ahora—, con lo que le cuesta a este país mantenernos a nosotros aquí dentro podríamos enviar una flota a México.

—¿Y para qué? —se preguntó Dove—, no estamos en guerra con México.

—Pero, por Dios —respondía el otro chico—, por Dios bendito, si la enviamos allá, ya lo estaremos.

El único auténtico delincuente en aquella cárcel llena de pirados, el único que había trabajado honestamente contra la ley y el orden, era un veterano llamado *Cross-Country Kline*, con una cara redonda, curtida y llena de cicatrices, que parecía una pelota pateada mil veces fuera del campo y devuelta una y otra vez al partido desde la tribuna. Era muy difícil acabar con alguien como él.

—Quédate con esto, amigo —le aconsejó a Dove—, siempre es más fácil condenar a un hombre por algo que no hizo que demostrar que lo que hizo era un delito. Por eso los polis son mucho más duros con los que no tienen antecedentes que con los que ya tienen un historial acabado. Éstos no les suponen ningún problema, pueden echarles el guante cuando quieran, por eso pueden tratarlos bien. Es el pájaro que aparece cualquier día en una esquina donde no lo habían visto antes, que dice que nunca lo han detenido, que no tiene marcas de agujas, que no se comporta como un

delincuente y del que no tienen huellas el que los fastidia. Se imaginan que es un listillo. Tienen que encontrarle un delito que le encaje. Y, si es inocente, eso requiere mucha capacidad de persuasión.

»¿Sabías que la mitad de los hombres que están cumpliendo condena la cumplen por otros? Se chupan la cagada de otro declarándose culpables de su delito y así pringan por un delito menor que el que en realidad cometieron.

»Lo que tiene que pensarse bien un joven como tú, si es que te vas a dedicar al crimen en serio, es lo que cualquier hombre de negocios joven tiene presente cuando hace una inversión: ¿dónde puede agarrarse para que, en el caso de caer, lo haga desde poca altura y no desde muy arriba? Lo que debe hacer es tender cables, y bien firmes, con los tribunales, la fiscalía y el departamento de policía. No puede fiarse sólo de un viejo abogado; uno no aprende de leyes yendo a la Facultad de Derecho. Debe tener algún contacto que sepa moverse detrás del juez, tanto como delante; detrás del fiscal, tanto como delante. Entonces, si cae, tiene al menos una oportunidad: ¿qué prefieres: de un año a cadena perpetua por robo a mano armada o de uno a tres años por hurto?

»Pero quédate con esto, chaval, grábatelo bien: nunca juegues a cartas con un tipo que se llame Doc. Nunca comas en un restaurante que se llame Mamá. Nunca te acuestes con una mujer cuyos problemas sean más graves que los tuyos. Nunca dejes que nadie te convenza de chuparte el delito de otro. Y nunca cumplas la condena de nadie. Te lo digo porque yo he hecho todo eso y lo sé bien: no sirve de nada.

»La vida es dura si quieres apurarla muy rápido. Pero uno no tiene por qué hacerlo. Pasito a pasito la cosa es mucho más sencilla. Y el dinero no puede comprarlo todo. Por ejemplo, no puede comprar la pobreza.

»Fíjate en mi experiencia con el dinero, por ejemplo. Se suponía que era un escritor en la costa, pero lo único que escribía eran números de teléfonos. Me colaba en alguna fiesta como si me hubieran invitado, buscaba a alguna gachí que tuviera pinta de haberse dejado las joyas en casa, le sonsacaba el nombre y la dirección y llamaba por teléfono a un par de colegas que estaban alojados charlando de religión en algún hotel de la zona. Cuando ella volvía a casa, el joyero estaba vacío. ¿Cómo iba yo a saber que el par de tíos eran de ese tipo de gente?

»Sacábamos tanta pasta que no tenía tiempo de gastarla. Con todo, me parecía que los colegas me la estaban pegando. Lo dejé y volví a trabajar por mi cuenta. Me fijé en una mujercita con clase, entiende que en mis tiempos yo estaba de buen ver. El marido estaba forrado. Ella hasta tenía coche propio. Un día me dio la llave del coche, en un llavero en el que estaban también las demás, para que la llevara de compras por ahí. La dejé en la zona de tiendas, conduje a ciento veinte hasta su casa, le limpié todas las joyas y también las del marido, y volví a esperarla a que acabara de comprar.

»Así todas las semanas, hasta que llenaba una maleta y hacía un viaje a Chicago. Allí tenía un perista de confianza. Lo que me hizo tropezar fue que creí que había



llegado mi hora de dar una fiesta.

»Para entonces el país se había secado. Yo vivía en Catalina y me acerqué a Los Ángeles, me compré una maleta de segunda mano y la llené de whisky de centeno canadiense. Al desembarcar subí andando la colina con la maleta hasta mi casa. Tenía que pasar por delante de comisaría. Yo conocía a todos los polis. Dejé la maleta en el suelo y eché unas apuestas con ellos un buen rato. Uno de ellos preguntó: “¿Qué llevas en el maletón, Kline?”.

»“Ni más ni menos lo que te imaginas, MacElheny, amigo mío”, le dije, “licor.” Todos nos reímos. Yo también.

»Acababa de entrar en mi casa cuando alguien llamó a la puerta. Cuatro polis a los que no había visto en mi vida. “¿Qué lleva en la maleta, Kline?”, pero esta vez la pregunta iba en serio.

»“Licor”, respondí al instante, “¿quieren un trago?”

»“Tendrá que acompañarnos a comisaría, nos han dado el chivatazo de que se dedica al contrabando.”

»Fui con ellos, ¿qué iba a hacer? Un payaso que hacía de juez de paz me puso una multa de ciento cincuenta dólares. No llevaba esa suma encima, así que me metieron en el calabozo. Jugué a cartas con el carcelero y luego me acosté. Todavía me reía, pero no tan alto.

»A eso de las tres de la madrugada, un ayudante del *sheriff* me despertó zarandeándome, me llevó a la oficina y me señaló algo con el dedo.

»Y allí estaba todo, esparcido por la mesa. Ciento veinte mil dólares en joyas. Debían de haber reventado mi casa para encontrarlas.

»La cabeza me estuvo dando vueltas como una peonza el resto de aquella noche, intentando que se me ocurriera un modo de librarme de aquel marrón. Nunca me habían acusado de robo, si no tuvieran las joyas estaría limpio. Por la mañana, el jefe me entregó a uno de sus ayudantes, para que me trasladara a Los Ángeles.

»Al ayudante le volvían loco las faldas. En cuanto la banda empezó a tocar, salió a la pista de baile, cargado con las joyas en una caja de cartón bajo el brazo. En una ocasión se la pasó al batería para que se la guardara mientras bailaba con una chica.

»Yo no iba esposado. Porque ¿a dónde iba a escaparme? A ningún sitio, a no ser que quisiera saltar por la borda y no nado tan bien como para preocupar a nadie. Así que me senté a morderme las uñas durante veintiocho millas, esperando una ocasión. Cuando casi habíamos llegado, se presentó.

»El ayudante recuperó la caja de zapatos y subimos a cubierta para ver cómo el barco entraba en el muelle. Le dije que me estaba mareando y me acerqué a la barandilla. Ya estábamos en el canal, casi en la bahía de Wilmington. El ayudante se puso a mi lado, para sostenerme la cabeza, imagino; y cuando llegamos a la barandilla le solté una patada en el tobillo y le di de lleno.

»Se golpeó la nuca en la cubierta, yo le arrebaté la caja de zapatos y la tiré por la borda. Cayó ruidosamente en la estela de la hélice y reventó como una bomba. Las

joyas se esparcieron como lluvia fina sobre la porquería del canal.

»El poli echó mano a su pistola y yo levanté las manos para que no se atreviera a acabar conmigo delante de los pasajeros. Se guardó la pistola y empezó a berrear, me esposó a la barandilla y se echó a llorar como un niño, todo a la vez, salpicándome de baba. Luego corrió a recuperar su caja, sin dejar de sollozar. Podría haberse ahorrado tanto lloriqueo. Tuvieron a un equipo de buceadores rastreando el fondo del canal durante diez días, sin sacar ni una sola pieza. Cuando llegamos al muelle, nos esperaban cuatro coches de la Oficina de Identificación. De camino, el poli me abordó tres veces y me suplicó, me suplicó como un niño suplica que le den caramelos, que me bajase y me escapase. “Dame una oportunidad”, así lo veía él, “me la debes.” Yo seguí sentado totalmente inmóvil.

»En la Oficina de Identificación me putearon a conciencia. Durante setenta y dos horas me retuvieron en la sala azul, y las cosas que puede ocurrírsele a una pandilla de polis duros hacerle a un tipo que no quiere hablar todavía me hacen estremecer cada vez que me acuerdo. Podría contarte barbaridades que ennegrecerían los bigotes del Tío Sam.

»Me saltaron encima de los pies. Me dieron golpes en las orejas hasta que no pude oír. Me pusieron un foco delante de los ojos mientras me mantenían los párpados abiertos hasta que creí que me iba a quedar ciego; y todo el tiempo alguien no paraba de gritarme a voz en cuello al oído. Llevo un diente postizo en lugar del que me partió uno de los agentes con mano de piedra. Pero resistí. Años más tarde, en chirona, me despertaba pensando que venían a por mí otra vez; pero resistí. Resistí hasta que una de mis chicas se enteró por la radio de lo que me había pasado y me mandó un abogado. Ahí fue cuando empezaron mis verdaderos problemas.

»Deberías haber visto los marrones que me colgaron. Un cargo por cada atraco de joyas habido en California desde el terremoto. Y así fui el Bandido del Taxi de Hollywood y también un ladrón de cajas fuertes de San Diego que llevaba un año fugado. Me pusieron delante de un bobo con quevedos, que chillaba que yo era el tipo que le había asaltado en Pasadena y se había llevado su máquina de escribir portátil. A ver, ¿iba a andar tonteando por ahí con todas esas piedras en el bolsillo?

»Pero yo seguía sin largar nada sobre las joyas. Lo único que decía era que me habían tendido una trampa. Volví a la cárcel y hablé con los presos más curtidos. Me dijeron que la única forma de llevar mi caso era contratar a una abogada que tuviera a un juez de amante, ella haría que el tribunal del viejo se ocupara del caso y yo saldría más blanco que la nieve.

»Un veterano me advirtió: “No dejes que ningún abogado te cuelgue el marrón de otro”, pero no le hice caso. Le pagué una buena pasta a la abogada y durante tres meses estuve tirado en aquella cárcel de mierda cuando tendría que haber estado de juerga en Chicago. Entonces ella me dijo que lo mejor que podía hacer era pedir la condicional. Yo no tenía antecedentes, así que me la concederían sin problemas. La escuché y me declaré culpable de dos de los cargos de mierda, robos que alguien

había cometido y que necesitaban endilgárselos a alguien, y me puse en manos de la misericordia del tribunal como delincuente sin antecedentes. Y entonces se puso en pie mi abogada, justo a mi lado, y dijo: “Su Señoría, este hombre ha tenido su oportunidad, usted decide”... ¡Bum! Y su querido decidió, vaya si decidió, dos condenas a falta de una: una de cuatro años y medio y la otra de un año, y a cumplir consecutivamente.

»Y ahí estaba yo, con todas mis piedras en la bahía de Wilmington, limpio de mis robos, pero enchironado por los de otros dos tíos, y de camino a San Quintín.

»Me seguía riendo. Pero por alguna razón me atragantaba.

»No me importa que me lo hagan pasar mal, todo el mundo lo pasa mal. Todos, dentro y fuera de la cárcel, cargan con las culpas de otros. La espina que tengo clavada hasta hoy es que la única vez que era inocente fue la que tuve que pringar. ¿Has acabado con las viñetas del periódico, colega? Echémosles un vistazo. A lo mejor alguno de ellos se ha metido en problemas y tendré que echarle una mano.

*Country* Kline decía que fue por su buena conducta, aunque posiblemente se debió a un error contable, el caso es que lo pusieron en libertad de Leavenworth nueve días antes de que expirara oficialmente el plazo de su última sentencia. Cuando se enteró del error estaba en el sur y recorrió toda Louisiana y el Mississippi intentando que algún agente local lo encerrara esos nueve días en cualquier cárcel del condado y que luego le diera un justificante que saldara legalmente sus cuentas con la ley federal. No le hacía gracia entregarse directamente en Leavenworth por sí volvía a encontrarse con el juez que le había condenado.

—Podrían cruzársele los cables y cargarme un año más por desacato o lo que fuera. —Eso era lo que temía *Country*.

Había conducido su coche durante días, preguntando a los empleados de las gasolineras si les parecía un fugado, pero ningún agente local quiso encerrarlo.

—Aquí no tienes ninguna cuenta pendiente, hijo —le decían tanto *sheriffs* como ayudantes—. Los días se los debes a los federales, no a nosotros. Vuelve a Kansas, no te queremos por aquí. Son ellos los que tienen que encerrarte.

Ahora esperaba a los federales con una mezcla de miedo y esperanza, unas sensaciones que no podía distinguir bien; llevaba la gorra ladeada con chulería sobre la cabeza y un trozo de tabaco de mascar Red Seal en la mejilla. Dove estudió aquel careto filosófico arrugado como el guante de un jugador de béisbol y llegó a la conclusión de que difícilmente podría haberle tocado en suerte mejor compañero de celda.

Pasara lo que pasase, se consolaba *Country*, la verdad era que había burlado a los federales lo que había querido. De tener que cumplir condena por todos los delitos que había cometido aquí y allá, le quedaría tanto tiempo de cárcel, que incluso aunque las cumpliera simultáneamente, se moriría faltándole todavía cincuenta años.

Nunca podrían hacérselos pagar.

Descubría nuevas formas y métodos de burlar la ley hasta en los trucos que concebían los locos. Un día se presentó el Tarado con uno nuevo. Cuando un celador le advirtió:

—Si yo fuera tú, no lo haría.

El Tarado le replicó rápidamente:

—Si yo fuera tú, no lo haría.

Cuando el médico asomó la cabeza en su celda para preguntarle:

—¿Cómo te encuentras?

El Tarado se apresuró a responder:

—¿Cómo te encuentras?

Cualquier intento de entablar conversación con él, fuera sobre el tiempo, la muerte o la libertad condicional se marchitaba antes de brotar.

—Hablar contigo es como hablarle a la pared —le dijo, harto ya su propio compañero de celda, y para variar, el Tarado respondió:

—Hablar contigo es como hablarle a la pared.

—No está más perturbado que tú o que yo —a Country no le cabía duda—, lo único que quiere es un poco de intimidad, y no le culpo por ello. No quiero ni pensar de los problemas que me habría librado si se me hubiera ocurrido hacer algo tan simple como eso hace unos años.

Todos los presos de la Décima Penitenciaría eran blancos. Por la noche oían las risas de la galería de los negros, una planta por encima de la suya, donde la mayoría de los internos eran negros con condenas cortas. Murphy afirmaba que gracias a su influencia el pabellón se mantenía tan blanco como un lirio, pero Dove sospechaba que las autoridades tenían algo que ver.

No eran ellos grandes lobos grises de las llanuras nevadas y yermas, ni gatos de grandes colmillos que bufaban desde los árboles, sino tan sólo pequeños zorros desdentados que ya han sido cazados y encadenados y ahora se limitan a aullar cuando cambia el tiempo.

Los burlados, los mutilados, los atormentados y los pícaros, autores de pequeños delitos, moradores de la nación de las habitaciones de mala muerte, salían a las calles casi tan viejas como el mundo para comprar y vender un poco y correr aventuras en las galerías comerciales más baratas. Sus vidas estaban circunscritas por las ventanas donde se anunciaban: HABITACIONES PARA VIAJEROS. HABITACIONES SÓLO PARA DORMIR. FONDA SIN SERVICIO DE HABITACIONES, donde por encima de un libro de registro con mil nombres, el recepcionista que ofrece la pluma sugiere: «Escriba un nombre falso, señor. Así los dos estaremos más seguros».

Todo el mundo está más seguro de ese modo.

Salían de entre aquellas largas paredes verdes y vestíbulos espectrales en los que

proyectan sombras accesorios de otro tiempo. Ese verde húmedo y apagado que es el color propio de la desconfianza, donde cada cama que alquilas te convierte en cómplice del tenebroso pasado de algún otro inquilino.

Eran los que preferían echar una partida en la máquina del millón a presentar una solicitud en una agencia de colocación. Por encima de las cunetas por las que fluía una vida oscura y autónoma o por callejones de gatos y cubos de basura demasiado estrechos para que pasara un Chrysler, se escondían en esa sucia tierra de nadie que se extiende al otro lado de las promesas de los carteles publicitarios, eludiendo la competencia por la fortuna y la fama. Se llamaban a sí mismos «Cazatalentos desempleado» y «Cocinero a tiempo parcial», «Esteticista por horas» y «Solterona empedernida», «Instructor de esquí acuático» y «Profesora de baile». Y paseaban tranquilamente por sus pesadillas a tiempo parcial hasta que los despertaba una supuesta luz del día no menos espantosa que sus sueños. Sus nombres eran los de ciertas nociones melancólicas y raramente se concedían un descanso.

Sus delitos eran la enfermedad, la ociosidad, el exceso de confianza, el aburrimiento y la mala suerte. Eran los que no habían sabido tender cables a los tribunales, las fiscalías o la policía. Una diminuta piedra en su camino bastaba para que tropezaran y cuando caían, caían hasta el fondo.

Caían hasta el fondo y no volvían a levantarse. Si la vida es algo fácil si se encara pasito a pasito, ellos se empeñaban en apurarla a grandes saltos. Siempre se topaban con alguien llamado Doc con el que jugar a cartas. Se desviaban de su camino para comer en un local llamado Mamá. Sólo dormían con mujeres que tenían problemas más graves que los suyos. Tanto en la cárcel como afuera, siempre estaban comiéndose un marrón ajeno, declarándose culpables de los delitos de otro, cumpliendo su condena. No tenían ningún cable tendido con nada.

Amantes, sátiros, pirados en fuga, los burlados, los mutilados, los atormentados, los caídos sin remedio y los pícaros. Todos aquellos a los que nadie echaba un cable, y por los que nadie rezaba.

Aquellos a los que el abogado de oficio defiende diciendo:

—Su señoría, este hombre ya ha tenido su oportunidad, usted decide.

*Country* Kline se lió un cigarrillo con una sola mano, estiró del cordel del saquito de tabaco con los dientes y encendió el pitillo con un pedernal que sostenía cuidadosamente en la palma ahuecada de la otra mano, como si temiera que Dove descubriera su truco mágico y lo patentara; parecía que Dove saldría a la calle primero.

—Mi ruedecilla de chispa —explicó crípticamente y le pasó a Dove un cigarrillo ya encendido.

Dove le dio una larga calada.

—Cometí un grave error —reconoció—; pensé que funcionaría mejor la segunda

vez que la primera, sobre todo porque ya tenía un poco de práctica.

Y esperó a que Country preguntara «Práctica ¿en qué?».

—¿Práctica en qué? —le complació finalmente Country.

—Práctica en hacerme el muerto. Me pareció que era el método que seguiría un cobarde para salir de aquí, así que lo intenté. Contuve el aliento, miré fijamente hacia arriba y no moví ni un músculo. Lo único que se me olvidó es que no podía hablar. Así que cuando no tuvieron otra cosa mejor que hacer esa semana, me pusieron en una camilla, me llevaron en el furgón de los polis a otra comisaría, me bajaron y les dijeron a los otros policías: «Está muerto, así que no tenéis que alimentarle», y me dejaron allí. Cuando llegó la hora de comer, todos comieron salchichón salvo yo. «Quédate ahí tumbado, fantasma», me dijeron. Se suponía que no me tocaba ni un bocado porque estaba muerto, mira tú.

—Ya veo —le dijo Country—, continúa.

—Bueno, pues los demás detenidos se quedaron con la copla y me gritaban: «¿Qué hay, fantasma, cómo estamos hoy?». «Pues me siento como si el infierno estuviera a un paso y todas las vallas se hubieran caído», les respondí. Porque sentía que el infierno estaba a un paso y que nada impediría que me cayera dentro.

—¿Cuánto duró eso?

—Bueno, aquellos tipos se comportaban como si creyeran que nada podía matarme. La semana pasada me trasladaron cinco veces de comisaría. Al final les dije que si no me daban algo de comer, y pronto, me moriría de verdad, y entonces los que tendrían que soportar las burlas serían ellos. Así que me dieron algo, pero todavía no sé el qué. Supongo que la broma empezaba a aburrirles. Y ¿sabes una cosa graciosa?, de no comer durante tanto tiempo se me aflojaron todos los dientes, salvo el que ya tenía medio suelto.

Dove se meneó el diente que nunca acabaría de soltarse del todo.

En la pared, encima de su manta, alguien que había salido hacía ya mucho había garabateado: «Pobre John Mendoza. Se fue al este. Se fue al oeste. Fue por donde mejor le pareció. Amaba a su chica, pero nadie le creyó».

En las largas horas de las noches tristes de luna, Dove pensaba en el pobre John Mendoza y deseaba que su chica sí le hubiera creído.

Aprendió a sacarle una calada más al cigarrillo humedeciéndose los labios cuando la colilla era demasiado pequeña para sostenerla entre los dedos. Aprendió a partir una cerilla en cuatro. Y cada noche, antes de acostarse, cazaba piojos por su manta con cerillas encendidas. Cuando atrapaba un piojo lo quemaba en la llama hasta que moría.

Una mañana, Fantasmón se designó a sí mismo encargado del reparto del rancho. Aunque todos los platos de hojalata eran prácticamente idénticos, empezó a decir que cada uno estaba destinado a un preso concreto. No se sabe por qué, pero todos

aceptaron esa tontería, y Murphy pasó a diferenciar a cada uno a ojo cuando repartía las rebanadas de pan de maíz.

—*Yo tengo hambre, compañero\** —se quejó González cuando vio que disminuía su ración.

—Todos tenemos hambre, amigo —le dijo Murphy, que mantenía la mano izquierda cerrada—, y nadie recibe de menos.

—Entonces abre la mano —le dijo Dove a Murphy— para que veamos que nadie recibe de menos.

—No tengo que abrir la mano porque tú lo digas —replicó Murphy apretando los dedos con tal fuerza que las migas del pan se le escaparon del puño—, ¿o te crees tan fuerte como para obligarme?

—No tengo que obligarte —concedió Dove—, si no la abres, probará que le estás dando de menos.

Murphy abrió la mano despacio, como si esperara que una buena parte del pan hubiera saltado de su puño y que el reparto pareciera justo. Pero al menos la mitad de una rebanada de Vicente estaba allí, proclamando su culpabilidad. Dove la cogió de la mano y se la dio a Vicente.

Murphy se ruborizó, pero no dijo nada.

—Yo no me habría metido —le advirtió Country a Dove—, era un problema del mejicano, no tuyo. ¿Qué te dije de cargar con los marrones ajenos?

—Todos cargamos siempre con marrones ajenos, Country —respondió Dove.

Kline era el único de los presos al que no le importaba que le dieran o no le dieran pan de maíz.

—Cómete el mío —le decía a veces a Dove, acercándole el plato, y mientras Dove comía, entonaba un animado canto fúnebre:

Me gustaría irme a casa, pero qué más da,  
el carcelero no me deja salir.<sup>[72]</sup>

Unos grandes bultos que picaban empezaron a formarse bajo la piel de Dove, y se extendían tan rápido que hasta los veía moverse. Si se tocaba los bultos que le habían salido encima de la rodilla y luego se tocaba el tobillo, al instante éste también se le hinchaba y le escocía. Esperó a que pasara el celador y entonces se abrió la camisa:

—Estas ronchas me pican horrores, señor.

El celador miró los bultos nauseabundos y volvió con un pulverizador lleno de insecticida.

—Lo que tienes es urticaria —le dijo a Dove—, esto te quemará la piel, pero te curará.

Dove se negó.

—Prefiero tener la piel escrofulosa antes que quemada —optó por quedarse con la urticaria.

Esa noche soñó que dormía en una cama dos pisos por encima de una calle llena de murmullos. Las luces se apagaban y encendían como luciérnagas, un piano tocaba en un patio invisible. Y, por debajo de la música, mientras dormía y se veía dormir, Dove oía un chirrido metálico, como de unas diminutas ruedas sobre las piedras.

Y de lado, la mano sobre el muñón y el muñón sobre la mano, oyó el trabajoso ascenso del hombre sin piernas por una escalera iluminada con gas.

Acercándose, como había venido durante años, a la luz del bar, a la de las estrellas, a la luz brumosa de la escalera, respirando hondo a cada paso, pero convencido de que tenía que reclamar lo que era suyo por fin. Tenía el tiempo justo de cerrarle la puerta antes de que llegara. La llave estaba en la cerradura pero no tuvo fuerzas para girarla del todo. Vio la punta de caucho de la muleta corta, la que utilizaba el tullido para ayudarse a subir las escaleras, atravesando la madera de la puerta como si fuera de polvo, y se despertó de golpe deseando no haber soñado.

El aire viciado y los hinchazones, pero a veces también un día tan melancólico que oprimía el corazón con una sensación de pérdida... Todos aquellos días tristes, todos perdidos. Si los días de lluvia eran melancólicos, los soleados eran aún peores. Cuando llovía fuera, podía sumirse en un sopor adormilado en el que nada le afectaba. Pero los días claros recordaba todas sus locuras y se decía: «¡Cuánto tiempo he perdido! ¡Qué poco me queda! ¡Apenas el que necesita un joven para prosperar!».

Murphy estaba sentado en su celda, inclinado sobre una pequeña revista llamada *Guidance*, que explicaba, por un dólar al año, cómo hacerse rico mediante la oración.

—A nadie le sirve de nada prosperar, hijo —era la curiosa filosofía de *Country Kline*—, porque ya no se puede, a no ser que se pise a los demás. Y cuando se hace así, no produce ninguna satisfacción. Hijo, espero que no te moleste que te lo diga, pero llevas escrito en la cara que eres un chulo, y ése es el modo más lamentable de prosperar, y voy a explicarte por qué: si Dios ha creado algo mejor que una chica de la calle, se lo ha guardado para sí. No es difícil evitar caer por el desagüe si no vives en el fregadero. Pero tomáis a una mujer que se gana la vida donde el agua se traga a los tirados más débiles, y ella no sólo no se hunde, se convierte en una mujer el doble de fuerte que otra que nunca ha tenido que luchar por su alma.

Un día, la galería se sumió en un silencio inaudito. Murphy se acercó a su celda y se apoyó despreocupadamente en el umbral. Dove y él no se hablaban desde hacía una semana.

—¿Hasta qué curso estudiaste? —le preguntó a Dove de buenas a primeras.

—Hasta ninguno, no he ido a la escuela —reconoció Dove.

—¿Qué excusa tienes para estar aquí? —insistió Murphy.

—Bebía mucho —dijo Dove.

—Como la mayoría de los indios.

Aparentemente, Murphy había estado pensando sobre él.

—No tengo ni gota de sangre india —dijo Dove.

—Entonces, ¿por qué te acuclillas como ellos?



Dove, en cuclillas, con una manta sobre la cabeza, dejó que los hilillos de humo del tabaco salieran por la nariz antes de responder, sabedor de que cualquier respuesta que diera sería equivocada.

—En mi familia todos se sentaban así. Me he fijado que tú también te sientas de esta manera. —Y tiró el cigarrillo a través de los barrotes.

Eso bastó.

—Levántate y apaga esa colilla —ordenó Murphy—, ¿es que quieres quemar la cárcel con todos nosotros dentro?

—No voy por ahí provocando incendios. Esa colilla estaba apagada.

—Apágala otra vez.

—Eh, oye —Dove llamó al ladrón de violetas africanas que recorría el pasillo como si le hubieran nombrado hombre de confianza de los funcionarios—, ¿te importaría apagar esa colilla por mí?

—No se lo he dicho a él —le interrumpió Murphy—, la orden te la he dado a ti.

—Entonces apágala tú, tío.

—¡Agente! —Murphy llamó a alguien invisible—, ¡lleve al preso ante el tribunal!

Alguien hizo girar a Dove, le sacó a empujones por la puerta y lo llevó por el pasillo hasta otra celda llena de presos. Dove nunca había visto a todos los inquilinos de la Décima Penitenciaría reunidos, y deseó que no hubiera llegado ese momento hasta que se hubiera sentido más fuerte.

Parecían bulldogs o coyotes, auténticos malos bichos. El guiñapo humano de pelo y cejas tan descoloridos que más parecía un trapo puesto a secar que un ser vivo; su leal lobo gris al lado, sosteniendo una cuchara por si el guiñapo quería que se la lavara, se la abriantara o le diera un poco de caldo. El Colgado, sin un diente en la boca, junto al Enterado, que tenía dientes por los dos. Wren, que sostenía la fiambarrera de Dundee para que el Plumero no pusiera un huevo en ella, y el propio Azotagallinas, con pinta de querer picar a alguien. Y también González, sin su pala, pero no por eso menos dispuesto a cruzarse.

Ni siquiera Murphy pudo ocultar su decepción.

—Fíjate en lo que me mandan. ¿Qué voy a hacer con semejante pandilla? ¡Sátiro!

El Gabardinas llegó tarde, no se había enterado de que se había convocado al jurado. Se apresuró a disculparse por el modo en que venía vestido. Sólo faltaba Cross-Country y Dove lo agradeció.

—¡Sátiro! —gritó Murphy—, dime, ¿quién es el juez de este tribunal?

Algunos lanzaron miradas sin ver a su alrededor: a las paredes, a los barrotes, a las ventanas, a las puertas, a las caras bajo la corriente de aire, porque nadie sabía a qué sátiro se refería Murphy.

—¡Gabardina, coño! —aclaró lo más que pudo el juez Murphy—, ¡el tribunal le ha hecho una pregunta!

—¿Qué pregunta, señoría?

Su señoría la había olvidado.

—No importa —improvisó con inteligencia—, simplemente, cuénteles al tribunal quién dijo que podría darle una paliza si quisiera y usted respondió que sí que podría.

—Usted podría darme una paliza siempre que su señoría quisiera pegarme, su señoría. —El Lobo gris siempre quería ser el primero en todo.

—Y a mí también. —Todos captaron la idea al instante, con envidia, y algunos fingiendo que eran los elegidos de Murphy.

—Usted me dio una paliza de espanto —mintió el Guiñapo.

—Pues a mí más —el Lobo no podía permitirse ser menos.

—Pues a mí más —saltó el eco del Tarado.

—Saquen a ese tipo de aquí —ordenó el juez Murphy.

—A ese tipo de aquí —tuvo tiempo de repetir el Tarado antes de que lo llevaran de vuelta a su celda y le mandaran que se quedara allí. Ya le contarían el veredicto más tarde.

—Ya te contaremos el veredicto más tarde —convino él, pues era el tarado más fácil de contentar.

—¿Y con qué os pegué, mis fuertes colegas? —preguntó Murphy.

—Con tus grandes puños —gritó Sátiro como si sólo en ese momento empezaran a dolerle los golpes.

—Con mis grandes puños, justamente —coincidió Murphy y le puso un puño a Dove justo debajo de la nariz—. ¿Qué te parece? —quiso saber—, ¿es el puño de un hombre de verdad o no?

—No me sorprendería que no fuese lo que parece —dijo Dove encogiéndose de hombros con indiferencia.

Murphy dio un paso atrás, se sacó una arrugada hoja de cuaderno del bolsillo y leyó mientras los demás escuchaban con reverencia:

—Éstas son las reglas del tribunal extraoficial. Todo hombre considerado culpable de irrumpir en esta cárcel sin el consentimiento de los internos será multado con dos dólares o, en su defecto, permanecerá cuarenta días en el suelo, a razón de cinco centavos por día. O bien, si el jurado pidiera clemencia para él, tendría que cargar tres veces con su señoría por el pasillo.

»Todo hombre que entre en esta galería debe mantenerse limpio y apropiadamente vestido. Todos los días de la semana, salvo los domingos, se hace limpieza. Todo hombre debe lavarse la cara y las manos antes de tocar la comida, aunque se la vaya a comer él. Todo hombre declarado culpable de escupir en el cenicero o por la ventana meterá la cabeza en el cubo de la basura, voluntariamente o por la fuerza. Todo hombre, sin excepción, que use el retrete verterá un cubo de agua inmediatamente después. El que no lo haga y sea declarado culpable por un jurado de sus iguales meterá la cabeza en el cubo, o si no, se le obligará a meterla.

»Todos los papeles se tirarán a la tubería del carbón. No se harán dibujos guarros en las paredes, por si viene de visita la hermana de alguno. Si se usan trapos, se mantendrán limpios. Todo hombre que sea sorprendido robando a otro delincuente, se

las verá con William *Pacificador* Murphy.

»Todo hombre que llegue a esta galería con enfermedades venéreas, piojos, bubones, ladillas o ronchas de muermo informará inmediatamente de ello. Todo hombre que infrinja cualquiera de estas normas será castigado según determine el tribunal, el jurado de sus iguales y William *Pacificador* Murphy, que también es el tesorero.

William *Pacificador* Murphy parpadeó mirando hacia Dove, orgulloso como una rana cazando moscas.

—Cada vez que abras la boca a partir de este momento se utilizará cuanto digas contra ti. El lema de este tribunal es: sin piedad.

—Entonces nada diré.

—¡Desacato del preso! —exclamó con satisfacción el Guiñapo—, chico, la has cagado.

—Tiene razón —el juez respaldó a su igual—, has cometido un desacato espantoso.

—¿Por qué? —preguntó Dove.

—Porque lo digo yo, por eso, chaval. —Murphy adoptó un tono conciliador—: Yo quiero ayudarte, pero tú no te dejas. Si fuera tú, confesaría todos los sucios crímenes que has cometido y me acogería a la clemencia del tribunal. Me parece que así te sentirías mejor espiritualmente.

—Pero acabas de decir que el lema del tribunal era que no tenía piedad.

—Con esa evasiva legal te has ganado otro desacato. Ahora has cometido desacato por partida doble.

—¡Cojonudo, juez! —le vitoreó el Guiñapo—, le has obligado a cagarla otra vez. ¡Ahora tendrá que confesar todos sus delitos!

—Pero si yo no he cometido ningún delito de verdad —tuvo que defenderse Dove.

—Ya, claro que no, porque eres un angelito —le felicitó Murphy—, pero no sé dónde te has dejado las alas.

El ingenioso comentario hizo que la celda casi se viniera abajo.

—¿Dónde tienes las alas, angelito?

—A ver si se te ocurre un chistecito ahora.

Dove tuvo que esperar un minuto a que el tribunal se calmara un poco.

—Me refería a que no he incumplido ninguna de las normas que has leído —explicó.

—¿Que no has incumplido ninguna?, dices. Vaya, eso quiere decir que no eres culpable de nada. A ver cómo lo niegas.

—Claro que no soy culpable de nada —Dove empezaba a irritarse tanto como a sentirse confundido.

—Entonces, naturalmente, si *no* eres culpable de nada, *sí* eres culpable de todo.

—¡Culpable de todo! —baló el Guiñapo, gritó aún más alto el Lobo gris, el Sátiro

se rió entre dientes y el Plumas cacareó—. ¡Culpable! ¡Todo el mundo es culpable de todo!

—Parece que has vuelto a cagarla —se lamentó Murphy por él—. Si confesaras, el tribunal podría ser más comprensivo. Es lo que llamamos circunstancias *antenuantes*.

—Me haré el mudo —decidió Dove de repente.

—Demasiado tarde —dijo Murphy todavía conciliador—, ya has confesado.

—No he confesado nada —se quejó Dove—, ¡nada de nada!

—Has dicho que culpable de nada no eras, si eso no es confesar ya me dirás...

—¡Inocente de nada! ¡Culpable de todo!

—Ya has escuchado el veredicto —le informó Murphy—. ¿Qué haces ahí parado? El cubo de la basura está en el rincón.

—No voy a meter la cabeza en ningún cubo. —Dove tomó una decisión en firme. Country Kline apareció en ese momento y se apoyó en la puerta.

—Les sugiero que concedan clemencia, caballeros —dijo sin dirigirse a ningún caballero en concreto.

—¡Seis vueltas con el juez a costas! ¡Eso es clemencia! —dijo el Guiñapo.

Su señoría esperó a ver si el preso aceptaba la conmutación de pena. Dove miró a Country. Country asintió.

Dove se encorvó, apoyó las manos en las rodillas como si fuera a jugar a la pídola y su señoría se le subió a la espalda. Entonces caminó arriba y abajo dando vueltas, Dove se doblaba casi por la mitad bajo el peso del largirucho, mientras los miembros del jurado de iguales corría de celda en celda, contando las vueltas.

Cuando cumplió el castigo y Murphy hubo desmontado le dijo despreocupadamente a Dove:

—No te haría ningún daño gastar un poco de tabaco en los chicos para demostrarles que no les guardas rencor.

Dove dio sus Picayunes al tribunal. Satisfechos sus celos, el propio Murphy le encendió uno a Dove.

La paz volvió a reinar en la Décima Penitenciaria.

Y los pirados volvieron a sus camas.

A la mañana siguiente, el celador se presentó mucho antes de la hora de comer.

—¡Kline! ¡Vístete! El *sheriff* te está esperando. No sé más.

Pero en la galería sí se sabía algo más: los federales habían venido a buscar finalmente a Country. Pero éste se tomó su tiempo en prepararse, como si todavía dudara de la decisión del juez.

—Necesito tiempo para pensarlo —le dijo al celador que esperaba, como si sus deseos importaran algo.

Al final, estrechó las manos a todos, el último a Dove.

—Nos vemos dentro de cien condenas —le prometió y a Dove le apenó verlo marchar.

Se fue bajo una lluvia tenaz, cuando ya había pasado el Mardi Gras, pero todavía seguían encendidas las bombillas nocturnas.

La bombilla nocturna que solían apagar a las seis, esa mañana siguió encendida hasta que las campanas del juzgado tocaron las nueve. Un minuto después, la bombilla empezó a apagarse. Pero poco a poco, como si se consumiera. Y las celdas se cubrieron de las sombras de una noche que ya había pasado.

Una hora oscura y perdida, la primera que Dove había pasado solo en una celda. Cuando un tren pitó en la lejanía, alejándose cada vez más, pensó: «El maquinista debe de sentirse muy solo».

Más tarde, al asomarse a la ventana del pasillo, vio que los del Reino Animal habían vuelto al trabajo. Pero se le habían pasado las ganas de llevar la cuenta. Alguien intentó organizar un concurso de escupitajos por una bolsita de Bull Durham, pero nadie quiso jugar. Un Lincoln verde dio una vuelta por el patio, balanceándose un poco sobre el callejón sin asfaltar, y su sirena empezó a sonar en cuanto llegó a la calle mientras los faros combatían la niebla.

—¡Ahí se van los polis! —anunció a la galería, pero cuando llegaron todos, ya se habían ido.

Aun así, la sirena siguió resonando débilmente sobre el hierro y él sintió nostalgia de su casa.

Durante toda aquella ventosa tarde no paró la lluvia del sur. En el pasillo los presos se reunieron inquietos cuando empezaba a anochecer, para leer las reglas del tribunal extraoficial, como náufragos que leyeran el Génesis en una balsa perdida en el mar. Al anochecer, la lluvia dio una tregua, y en la tregua oyeron unas botas que subían por las escaleras como si fueran cargadas.

El *sheriff* siempre tardaba más en abrir la puerta de la Décima Penitenciaría que las puertas exteriores porque aquella funcionaba con un dispositivo de aire comprimido instalado en una caja cerrada en el muro exterior y siempre le costaba encontrar la llave de la caja, más pequeña que las demás.

Los hombres escuchaban atentos mientras él buscaba la llave.

—Trae a alguien. —Todos lo notaron.

El *sheriff* entró con un ayudante que llevaba una insignia en la gorra y, entre ambos, *Country* Kline, doblado; los tres venían empapados. El preso parecía haber empequeñecido y las puntas de los pies rozaban el suelo mientras lo arrastraban.

Bajo la presumida gorra roja, su cara estaba tan exangüe que carecía de expresión. Alguien dobló una manta y la pasó entre los barrotes. *Country* se encorvó, con la boca abierta.

Cuando lo dejaron tumbado en el suelo, se apretó la gorra contra el estómago y bebió el agua que le caía por los cabellos. Con los dedos buscó cautelosamente la herida.

—Supe que lo tenía cuando le vi vomitar —explicó el ayudante. Dove jamás había visto una cara tan gris como la de Country en un ser vivo y los ojos se le dilataban por la conmoción.

—No deberías haberte resistido, viejo —le recriminó el *sheriff* mientras el médico le limpiaba la herida del vientre con algodón.

—Se tiró del coche —parecía que el ayudante creía deberles una explicación a los hombres que miraban a través de los barrotes—, le grité, pero se agachó y empezó a correr zigzagueando. No soy yo quien para criticarle. Noventa y nueve años son muchos años.

La garganta de Country tenía el mismo color gris mortecino que sus dedos, el color del cemento sobre el que había pasado tanto tiempo, el color de su único hogar, y también el de aquella playa desconocida y que jamás había hollado a la que llevaba deseando ir desde hacía mucho.

—Tendremos que operarte, viejo. Anda, di «vale» —le dijo el *sheriff*.

Atrapado en la decepcionante disyuntiva de morir demasiado pronto o seguir viviendo para nada, volvió la mirada hacia su interior para tomar una decisión, sin saber que alguien ya la había tomado por él. Detrás de aquellos ojos, Dove vio al hombre corriendo en círculos cada vez más pequeños. Si difícil era irse, difícil era quedarse, todo era difícil. Los dedos, húmedos por la lluvia o el sudor, se retorcián débilmente sobre la gorra, intentando que no se le cayera; los ojos se esforzaban por comprender.

El *sheriff* acercó la oreja a los labios para oír el susurro de su consentimiento legal. Si hubiera disparado él, pensó, habría apuntado a las rodillas.

—Di que te podemos operar, viejo —le pidió—, ahora tengo que coserte.

Afuera, dejó de llover por un momento, como si la lluvia también quisiera escuchar el susurro. El médico alzó la mirada hacia el *sheriff* y éste la bajó hacia el médico, con una máscara impasible en el rostro. Le habían demandado una vez, no habría una segunda. El olor a yodo empezó a inundar la galería.

—Di que sí —le apremió Dove—, di que sí, Country.

Se presentó el celador, con prisas pero a la vez sin querer hacer ruido.

—Abajo hay una chica. Dice que era su chica. Tiene papeles que lo demuestran, pero no los revisé a fondo. No, no la registré, me daba miedo pensar lo que podría encontrar. A lo mejor ella dará el consentimiento.

—«Era» su chica no nos sirve. —El *sheriff* negó con la cabeza como un mastín cansado—. Tal como yo lo veo, mientras esté consciente tiene que decirlo él mismo. Si pierde la consciencia, se requiere un parentesco legal, de no haberlo, soy yo el responsable. Y la ley sólo me da derecho a imponer que se le presten primeros auxilios, nada más.

Afuera empezó a llover otra vez. Dove oyó el viento que, soplando entre el agua, decía: «Sí, sí, sí».

Pero nadie hizo caso a la estúpida lluvia y nadie oyó lo que el viento intentaba

decir. Porque llover, llovía todos los días, y también hacía viento, y ambos susurraban como abogados de oficio durante toda la noche, intentando decidir qué quería escuchar todo el mundo al día siguiente.

«Cuando pasa algo así es horroroso», pensó Dove, «y está pasando ahora mismo.»

Por el rabillo del ojo sintió que le estaban mirando, pero no volvió la cabeza. Algo se movió en un rincón... ¡aquella gata! ¡La gata berrenda de Hallie! Recorrió toda la sala y, antes de doblar la esquina, le invitó, meneando el rabo, a que la siguiera. Y la siguió a otra sala donde una Virgen ardía tenuemente iluminada en lo alto y, más cerca, una estufa de leña proyectaba una llama en forma de corazón con los matices rojizos de la sangre. Una combinación de encaje negro de una mujer y unos vaqueros de hombre estaban enrollados en el suelo, y él no sabía a dónde había ido la gata. Una capa de polvo cubría, desde hacía mucho, el suelo y las paredes. La combinación y los vaqueros que habían sido, hasta hacía un momento, ropa, no eran ya más que un montón de polvo. Los cristales, los cuadros, las puertas, las cortinas... todo era polvo.

Se llevó una mota a los labios, y no era polvo sino sal. Cuando la luz de la virgen que estaba en lo alto se intensificó, él se despertó, con la bombilla de noche iluminándole directamente los ojos.

Y el gusto a sal en la punta de la lengua.

—¿Qué se sabe de Kline? —preguntó.

—Hace media hora que volvió la cara hacia la pared —le respondió el celador.

Y escuchó el lamento de González:

*Toda la noche estoy, ay, niña  
pensando en ti. Yo, de amores  
me muero, desde que te vi,  
morena salada, desde que te vi.\**

«Tengo la sensación de haber estado en todos los lugares que el Señor creó», pensó Dove, «pero lo único que he encontrado es gente con vidas muy duras. Lo único que he encontrado son desdichas y degradación. Lo único que he encontrado es que aquellos que lo tenían más difícil para salir adelante se afanaban más en ayudar a los demás que los que lo tenían más fácil. Lo único que he encontrado eran dos clases de personas: las que prefieren vivir en el lado de la calle de los perdedores y no quieren salir adelante, y los que quieren ser de los ganadores, aunque el único camino que les quede para ganar sea pasar por encima de los que ya han caído.

»Lo único que he encontrado son hombres y mujeres, y todas las mujeres habían caído ya. Juguetes de todos, pobres derrotadas, pobres furcias, que para lo único que servían era para atraer moscas, me dijeron. Uno siempre podía tratarlas demasiado bien, se decía, pero nunca demasiado mal. Aun así, no cambiaría a la peor de ellas por la mejor de la otra clase. Creo que esas mujeres eran la verdadera sal de la tierra.»

Y su corazón recorrió las calles de las furcias hasta que llegó a una carretera sin asfaltar y llena de baches al final de un pequeño pueblo perdido. Un pueblo en el que, con el paso del tiempo, habían quedado grandes planchas de asfalto desgastadas por el viento y la arena. Y sintió el viento que todavía soplaba a través del mezquital, hasta donde una solitaria farola de gas al final del todo era la única luz. A medianoche, su débil resplandor parpadeante iluminaba un letrero a través de un cristal oscuro:

## LA FE EN DIOS

*Bien venidos, todos ustedes\**

«Terasina», el chico, con una vocecita asustada, preguntó por la mujer que en el pasado se había apiadado allí de su ignorancia, «¿estás ahí?, ¿estás ahí, en tu cama, en el fin del mundo mientras yo estoy aquí, en la mía, en mi fin del mundo?»

Por la mañana, en cuanto repartieron siete cazos de rancho en lugar de ocho, se alzó un clamor. Un preso no desayunaba el día que lo ponían en libertad. Todos estaban deseando pasar hambre una mañana.

—¿Quién se va, señor Foster? —quisieron saber—, ¿quién sale por la puerta grande?

Dove, acuclillado y con la manta echada sobre los hombros, respondió en lugar del señor Foster.

—Podéis dejar de preocuparos, todos. Linkhorn se larga hoy. —Había llevado la cuenta de los días.

El Guiñapo, el Lobo gris, el Sátiro, el Tarado, el Colgado y el Enterado, el Azotagallinas y su señoría William *Pacificador* Murphy se arremolinaron en torno a él para desearle lo peor.

—¡Mañana estarás otra vez aquí! —le prometió el Colgado.

—Y una mierda, ¡lo traerán de vuelta esta misma noche! —al Enterado no le cabía la menor duda.

—Mientras tanto, a ver si te dura esto el tiempo que estés fuera —dijo Murphy, y le dio a Dove una bolsa de Bull Durham, atada con tanto esmero como un regalo.

Dove vaciló. Recogidas las hebras de tabaco una por una de siete bolsas vacías, casi estaba llena.

—Y el papel de fumar —añadió Murphy con orgullo, extendiendo el irrisorio regalo.

Dove lo aceptó.

—Nos vemos —se despidió de ellos y, dicha la mentira, les estrechó las manos, sabedor de que jamás volvería a ver a ninguno de ellos.

En el revuelto abril de 1932, el número de parados ascendió a ocho millones; doscientos mil obreros del metal aceptaron un recorte salarial del quince por ciento y



tuvo que ser un cardenal el que se diera cuenta de que el desmoronamiento económico del país era un maravilloso golpe de suerte, pues acercaba a miles de personas a la pobreza de Cristo, al que no se había visto tan de cerca hasta entonces. Para miles de ellas era una oportunidad, como no tendrían otra en sus vidas, afirmaba el cardenal, de llevar la sencillez de Jesús a sus propios hogares. A lo largo y ancho del país, hombres, mujeres e incluso niños pequeños empezaron a aprovechar esa promisorio oportunidad espiritual. Toda clase de pequeñas promesas como ésta se hacían por el país en el revuelto abril de 1932.

Las filantrópicas Hijas de la Revolución Americana pidieron que se deportara a los parados de origen extranjero; una muchedumbre linchó a un hombre en Atwood, en Kansas; un destacamento de la Guardia Nacional Nicaragüense mató a su comandante norteamericano; se percibía inminente el hundimiento del sistema de protección de los desempleados; alguien disparó contra el presidente francés; el precio del algodón subió ligeramente, siguiendo al del trigo, y el gobernador Huey Long declaró que había llegado el momento de redistribuir la riqueza. Russ Columbo seguía cantando «Please».

Se decía que el azúcar cubano estaba hundiendo el nuestro; el alcalde Walker anunció que Nueva York no había perdido la fe. La búsqueda del hijo desaparecido de Lindbergh se extendió a Inglaterra; Al Capone iba de camino a Atlanta. El alcalde Walker criticó las reducciones salariales y Huey Long dijo que prefería votar al Partido Laborista y Campesino antes que a demócratas como «Baruch, Morgan y Rockefeller». El precio del algodón volvió a bajar, siguiendo al del trigo, pero el Congreso decidió que tampoco había por qué redistribuir la riqueza.

En el peculiar abril de 1932, Mussolini escribió una obra de teatro y el ex presidente Calvin Collidge tuvo que presentar disculpas públicamente y pagar a un agente de seguros de San Luis veinticinco mil dólares por haber llamado «estafadores» a los tasadores de seguros en un discurso radiado. Max Schmeling se tomaba su próximo combate con Sharkey muy en serio; en California se le negó el indulto a Tom Mooney y la gente todavía cantaba «I Surrender Dear». El senador Borah pidió una reducción del armamento, y los átomos de hidrógeno se transmutaron en átomos de helio. El rector de la Universidad de Wisconsin anunció que ya no había grandes estadistas; a Herbert Hoover le estaban pintando su retrato; se le pidió al Congreso que le quitara el escaño al senador Bankhead y la crisis en la cobertura del desempleo era más inminente que nunca.

En el peculiar y ya remoto año 1932, tanta gente afirmaba que la prohibición era un fracaso que la Cámara de Comercio de Nueva York lo dijo oficialmente. El precio del algodón volvió a subir, siguiendo al del trigo, y los viticultores nacionales pidieron que se legalizara el vino nacional. Se pensó que un fragmento de una mandíbula humana hallado cerca del lago Victoria pertenecía al primer hombre. El Congreso se negó a quitarle el escaño a nadie. Kansas era el último estado en mantener la Ley Seca, pero incluso allí faltaban pocos votos para que se

*humedeciera*. Sharkey se tomaba su próximo combate con Schmeling en serio y una nube de polvo y ceniza oscureció el sol sobre Buenos Aires durante cuarenta y ocho horas.

—Cuanto más se oscurezca el valle, más resplandecerá el espíritu de la caridad cristiana —dijo el mismo cardenal en aquella primavera extrañamente breve, y Nueva Orleans empezó a organizar un desfile de la cerveza.

Y en la Dockery's Dollhouse, mientras en la *jukebox* sonaba:

Chinatown, mi Chinatown,  
cuando las luces se apagan...<sup>[73]</sup>

Una furcia de pelo y pecho lisos y mirada dura llamada Kitty *la Dura* intentaba que le fiaran sólo una cerveza más.

Pero el dueño, que se comportaba de una manera tan extraña como Hoover, no parecía oírla.

—¿Es que mi marido te ha dejado a deber algo o qué? —preguntó ella—. ¿Es eso lo que te fastidia tanto que ni me fías una mísera cerveza?

—Si te refieres a un tipo llamado Finnerty —le respondió Doc—, pues sí, porque se ha ido y nunca volverá.

—Mientras yo ande por aquí, ten claro que tarde o temprano aparecerá —juró Kitty *la Dura*—. Me quiere demasiado para dejarme tirada y sin un céntimo.

—Si tanto te quiere —preguntó en voz baja el viejo—, ¿dónde está ahora?

—No puedo decirlo —respondió la chica antes de que él acabara la pregunta.

—Y yo no puedo fiarte cervezas —replicó Doc casi tan rápido.

Entonces ella sacó del bolsillo de sus desteñidos vaqueros azules un pequeño monedero y lo vació sobre la barra: doce monedas de centavo y una de cinco.

—Tengo bastante para una cerveza —contó—, pero no para emborracharme. —Y pareció que se aislaba de todo.

El viejo le sirvió la cerveza y recogió la mitad de los centavos.

—Tengo un poco de dinero ahorrado —comentó distraídamente—, y me gustaría invertirlo en una granja de pollos. ¿Sabes dónde podrían aconsejarme?

—Pues mira, eso es precisamente lo que mi Oliver... —se interrumpió de golpe: la chica dura y astuta resultaba ser tan crédula como las demás. Y el viejo volvió con sus muñecas.

Las muñecas nunca se emborrachaban.

En ese momento alguien llamó al timbre y, al asomarse, vio a aquel perdonavidas, que hacía muchos días que no se presentaba por allí, que se hacía llamar Stingaree.

En cuanto entró se hizo evidente que Dove acababa de salir o del hospital o de la cárcel. Pero eran tantos los que habían entrado y salido desde la última vez que el viejo había visto a éste que ya no sabía quién estaba dentro y quién fuera. Y tampoco le importaba.

—Quédate mientras tengas algo que gastar —advirtió al joven— y luego vete. Que no te vea gorronear a otros las copas.

—Yo he invitado a beber a otros a manos llenas, y nunca pareció preocuparte mucho, viejo —le recordó Dove.

—Y no me preocupa ahora tampoco —le aseguró Doc—, paga tantas copas como quieras. ¿Qué vas a tomar tú?

—Whisky y cerveza —le dijo Dove. El viejo esperó a que Dove pusiera el dinero en la barra.

Dove vació el whisky en la cerveza, tomándose su tiempo. Luego se lo llevó a una mesa, sin saludar a nadie. En aquella luz lóbrega, los macarras y sus mujeres se movían como si anduvieran bajo el agua. Por encima de sus cabezas, los ventiladores batían como si siguieran el mismo compás de las hélices de un barco oído desde el fondo del mar. Aunque hacía tan sólo cinco meses conocía a todos los parroquianos por su nombre, ahora le parecían gente de otra vida remota, casi completos extraños. Cuando le preguntó a una mujer si había visto a Hallie, sólo obtuvo como respuesta un encogimiento de hombros. O la mujer no lo sabía o prefería andarse con cuidado y no decírselo. Nadie dejaba mucha huella en la memoria en la vieja Perdido Street.

La única cuyo recuerdo parecía intacto era precisamente la que él hubiera preferido que no se acordara de nada, con su sonrisa de chica lista de siempre en la comisura de los labios. Kitty se le acercó, pero antes de que pudiera pedirle que le pagara una copa o invitarle ella, él negó con la cabeza. No. No quería trato con ella.

Era una tarde tranquila. Dockery se limitó a echar un vistazo un par de veces, por si a alguien se le ocurría birlarle su propia botella. Por supuesto, aquellos dejados estaban sembrando el suelo de basura un día más, pero eso le producía una especie de alegría tonta, porque le aseguraba el goce posterior de dejar el bar como los chorros del oro otra vez. Era uno de los pocos placeres de los que todavía podía disfrutar el viejo.

Dockery vio la plataforma de Schmidt *el Sin Piernas* apoyada en una pared y a su dueño sentado a una mesa, con los muñones sobresaliendo por delante, frente a Kitty *la Dura*. Al viejo le gustó lo que veía: ella no estaría sentada con él si el tullido no estuviera gastando. Incluso pensó en llevarles un par de copas, regalo de la casa, para que entraran en calor, pero se lo pensó mejor. Y así se puso a quitarle el polvo a las muñecas, dedicando especial atención a la harapienta Ann.

No llegó a oír la primera amenaza. Al principio, sólo resonaba una especie de murmullo ahogado que acalló por un instante el ronroneo sordo de los ventiladores, pero luego se fue apagando extrañamente. Cuando el viejo levantó la mirada, el pelirrojo de palidez hospitalaria estaba contra la pared y Schmidt se había puesto delante, arrinconándole, con los muñones separados y la palma de una mano apoyada en el suelo como si se preparara para la pelea.

—No tengo nada contra usted, señor —Doc oyó que decía el chulo.

—¿Niegas que te escapaste con ella? ¿Niegas que viviste con ella?

—Me escapé con ella y vivimos juntos, es verdad. Eso no lo niego, señor. Y si supiera dónde está, se lo diría. Pero he estado fuera.

—No me vengas con tonterías. Tú sabes dónde está, ella te ha mandado aquí para que averigües qué estoy haciendo. Dios sabe que has venido porque ella te envió. — Parecía extrañamente seguro de sí mismo. Kitty Twist se situó tras él—. Vas a decirme dónde está, y vas a llevarme con ella. O bien sabe Dios que tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Hacedles sitio, muchachos. —Los proscritos y los desechos humanos adoptaron ahora el aire de hombres responsables preocupados por el bien común.

—Si es lo que quieren los dos, dejadles que se den —afirmó entonces Dockery—, y no os metáis, que sea una pelea limpia.

—Que se den la mano, Doc, eso demostrará que son buenos tipos.

—Que gane el mejor —Kitty no pudo dejar de meter baza.

Los macarras empujaron a las mujeres hacia atrás y éstas, al instante, volvieron a ponerse en primera fila de malos modos.

Entonces el murmullo se fue acallando.

—¡Atrás! —Dove blandía una escupidera de hierro—, no quiero problemas. — Dio un paso hacia Schmidt.

Schmidt se quedó donde estaba, sin retroceder un milímetro, evaluando a su rival. Luego se dio la vuelta y los hombres y mujeres le abrieron un pasillo cuando se encaminó de rodillas hacia su plataforma, a la que se subió y se sujetó las correas.

—¿Te vas tan pronto a casa, Big Dad? —preguntó alguien, pero el tullido no respondió. Su plataforma era a la vez su arma y su armadura, todos lo sabían.

Dove empezó a deslizarse lentamente hacia donde se filtraba la luz tardía del callejón por una puerta entreabierta. Si llegaba a un salto de esa puerta saldría por piernas y nunca volvería.

Pero Schmidt se movía, tan despacio como él, un monstruo sobre ruedas con las manos en los cojinetes, preparado para girar, cargar o darse la vuelta. Sin acabar de cerrarle el paso a su rival, la plataforma tampoco se detenía. A sus espaldas, rostros de hombres y mujeres empalidecidos por un complacido terror, seguían sus movimientos al ritmo que marcaba el tullido. En el local, no se oía nada, salvo el ruido sordo de los ventiladores y la respiración acelerada, como la de una liebre atrapada, del que estaba a punto de ser cazado.

Dockery vio que los labios de Schmidt se movían en silencio, como un hombre que repasara mentalmente la combinación de una caja fuerte antes de probarla. Rodeaba a Dove primero por la derecha, luego por la izquierda, y a cada movimiento, éste se cambiaba la escupidera de mano, de derecha a izquierda.

—No sé dónde está su esposa.

Al oír la palabra «esposa», Schmidt dio un impulso rápido y seco a las ruedas y arremetió contra Dove protegiéndose los ojos con el antebrazo.

Dove giró la pesada escupidera como un disco y soltó un golpe por debajo del

brazo del tullido. Schmidt se tambaleó como un tocón arrancado bajo una tormenta, pero la plataforma no se detuvo. Dove volvió a golpear.

La fuerza del segundo golpe giró las ruedas de Schmidt, que chocó a ciegas contra la pared y salió rebotado, con las ruedas ya fuera de control.

—Dale —oía Dove que le susurraban desde todas partes—. Ahora, ahora, ahora. Pártele la crisma ahora que no ve. —Schmidt había agachado tanto la cabeza que le ofrecía a Dove toda su calva.

—Ahora. Ahora. Ahora.

Pero Dove se quedó en pie con su arma, jadeando ante la desprotegida cabeza, y se sintió incapaz de levantar la mano otra vez.

La cara del tullido, cuando por fin la descubrió, estaba cubierta de sangre por todo el lado izquierdo, donde el filo de la escupidera le había desgarrado por encima y por debajo del ojo. Dove le tendió su propio pañuelo, pues nadie más le ofreció ayuda a Schmidt. Y se quedó mirando mientras el medio gigante se enjugaba la sangre hasta que pudo ver.

Luego dobló el pañuelo como si se disculpara por haberlo ensuciado y se lo devolvió a Dove.

—Gracias, hijo.

Tal vez el tono en que lo dijo le hizo pensar a Dove que ya había acabado. Se abrió paso entre los congregados y dijo:

—La pelea terminó.

Pero los presentes cerraron filas y le impidieron el paso.

—La pelea no ha hecho más que empezar —oyó que decía Schmidt a sus espaldas—. Prepárate, hijo.

Y fue a por él.

Dove se subió de un salto a la mesita que había al final de la barra y se agazapó encima; las piernas le temblaban como a un cachorrillo presa del pánico. Schmidt tiró la mesa de un solo golpe, lanzando a Dove por los aires como un personaje de cómic, con las piernas y brazos abiertos, mientras la escupidera repiqueteaba metálicamente por el suelo como un reloj enloquecido. El tullido retuvo a Dove boca abajo, con firmeza, mientras el chico braceaba con impotencia. Luego lo alzó con sus manos inmensas y le retorció las muñecas como si fueran un muelle. Dove cayó al suelo de costado, con un brazo extendido y el otro cubriéndose los ojos. Schmidt colocó la plataforma sobre el brazo extendido, sin pisarlo, y apartó el otro de los ojos de Dove. Cuando lo soltó, cayó flácido, como si no estuviera sujeto, un brazo sin hueso.

—Ya ha tenido bastante —dijo alguien.

Era verdad y los reunidos se acercaron para comprobarlo. Fuera porque la caída lo había aturdido o porque el miedo lo paralizaba, el chico yacía inmóvil como un animal cuya única defensa fuera ya su completo desamparo, los ojos le brillaban cegados, indefensos antes los golpes que quisieran propinarle.

Schmidt bajó la mirada hacia aquel rostro que de repente parecía el de un niño.

Luego echó el brazo derecho atrás hasta que tocó el suelo con los nudillos. Dos de los hombres que estaban de pie a sus espaldas podrían habérselo pisado. Uno de ellos se fijó en cómo los nudillos estiraban la piel bronceada de la mano, y el otro se limitó a decir:

—Está frío como un fiambre.

—Finge —fue la respuesta de Schmidt y alzó el brazo en una curva amplia... para descargarlo con toda su fuerza.

El golpe resonó con un ruido apagado y húmedo, como si los huesos mismos se quejaran: uf.

—Me gusta ver de cerca los accidentes. —Kitty Twist se abrió paso y acercó el oído a la boca partida de Dove, que intentaba hablar entre la sangre que le atragantaba.

—Si me deja ir... —le oyó decir Kitty, que lo repitió para los que no tenían la suerte de estar tan cerca como ella:

—Dice que si lo dejas ir...

—Rezaré una oración por usted.

—... rezará una oración por ti.

—Dile que se ahorre sus oraciones —le dijo Schmidt—. Lo único que quiero saber es dónde está mi esposa. —Miró a Dove—. No creas que me vas a aplacar con un poco de sangre —añadió.

La cabeza de Dove osciló flácida de un lado a otro, negándolo todo.

Por eso, cuando el puño de Schmidt volvió a levantarse de nuevo, todos — macarras, lisiados y mujeres caídas— pensaron «ten piedad», pero cuando se abatió sobre Dove sintieron una alegría desgarradora. Como si cada nuevo golpe redimiera el golpe que la vida había sido para él.

Más tarde, una mujer que vio que la cara del suelo ya no era una cara sino una masa informe de cartílagos y sangre a través de la cual asomaba siniestramente y sin ver un único ojo, recordaría:

—Cuando lo vi en el suelo, incapaz de levantarse y devolver los golpes, me pasó por la cabeza: esto es un asesinato, un asesinato. ¿Por qué darle una oportunidad?

Y cuando todo hubo acabado, Schmidt miró a su alrededor como un hombre que saliera de una bruma que sólo entonces se fuera disipando. Miró a quienes lo rodeaban como si ellos supieran algo que él no sabía. Como si no comprendiese por qué tenía las manos ensangrentadas.

Kitty Twist se arrodilló y le rodeó el cuello con los brazos, y sus labios casi rozaban ya los del tullido cuando él la apartó de un empujón, con una mirada teñida de asco.

—Socorred a este hombre y abrid las puertas —ordenó, y las puertas se abrieron justo a tiempo para que entrara la última luz del día.

Schmidt vio la luz y la puerta abierta; pero permaneció inmóvil sobre su plataforma hasta que Dockery dijo:

—Echadlo de aquí.

Y entonces, con ganas, aliviada la tensión y revivido el desprecio, los presentes se abalanzaron sobre el medio gigante como si no fuera un hombre, sólo una cosa. Uno le empujó por la espalda. Otro le tiró con fuerza del pelo mientras un tercero pateaba las ruedecillas que hacía sólo un instante había temido, pero que ahora ya no se movían con la rapidez requerida. Hasta aquella pobre víctima embrutecida, Kitty Twist, le escupió en la nuca.

Y él lo aguantó, Schmidt lo aguantó, todo. Como una estatua del dolor con un rictus de aflicción, como si no hubiera hecho más que el trabajo que le correspondía a los demás: un santo de los amputados.

Fuera del bar clandestino que había sobrevivido a su época, traspasada la última puerta de una década muerta, empujaron sobre las ruedas al héroe caído que en sus buenos tiempos había sido un hombre. Lo llevaron hasta una calle de pronunciada pendiente.

Alguien empujó la plataforma. Y esperó un momento, junto a los demás que también esperaban, para ver cómo la carretilla rodaba dando bandazos de un lado al otro de la calle, cogiendo velocidad fuera de control, obligando a los viandantes que subían penosamente colina arriba a esquivarlo como se esquivo a un conductor borracho que va en contra dirección, hasta que chocó contra un poste telefónico; pero nadie rió. Simplemente se quedaron mirando para ver, desde la lejanía, si se movía aquel trozo de carne aplastado, la mitad sobre la acera y la otra mitad sobre la calle. Pero no detectaron el menor movimiento.

Dentro, la *jukebox* empezó a sonar:

Ganaste mucho dinero en el veintidós,  
pero el whisky y las mujeres te hicieron perder la cabeza.

Y todos volvieron dentro, con el aire resuelto de hombres dispuestos, de ser necesario, a pelearse con cualquiera por el bienestar público.

Las noches de los sábados, los colonos del interior iban a Arroyo en Modelos T o en carretas, aunque la mayoría llegaba a pie. Algunos calzados y otros descalzos; pero tanto unos como otros arrastraban los pies, y las mujeres les seguían un paso por detrás todo el camino. Todas se tapaban la boca con el chal para protegerse de la peligrosa humedad nocturna, mientras que ellos respiraban detrás de un pañuelo grande o pequeño, al estilo mejicano.

Pero cuando llegaban a la ciudad había tanto de que hablar que se olvidaban del peligroso aire, o puede que el aire dentro de los límites urbanos fuera más sano. Las mujeres charlaban por todas las tiendas, señalándose cosas en los escaparates unas a otras o bien iban al cine a ver una película de Rod La Roque. Todas intentaban que fuera también su marido, quisiera o no: era una oportunidad menos que tendría para

emborracharse.

Ellos pocas veces las acompañaban. Las dejaban en el cine y se encaminaban a la escalinata del juzgado a escuchar si el predicador decía algo que no hubiera dicho otros mil sábados.

Últimamente corría el inquietante rumor de que el anciano ya no era tan vehemente contra el papa como lo había sido. En realidad, ya no parecía tan vehemente contra nada como en el pasado. La ira y el fuego que habían incendiado sus discursos con la fuerza de un buen trago de tequila parecían haber abandonado a Fitz.

¿Era el whisky o el cansancio lo que había podido con él? ¿O acaso se debía a que, desde que había enterrado a su hijo Byron, no quedaba nadie que le incordiará? Fuera como fuese, cuando él los conducía ahora hasta el borde mismo de la condenación y les obligaba a mirar por el filo espantoso, la caída que veían ya no era más que de medio metro, a un patio de carbón cuyas cenizas había mojado la lluvia, con unas cuantas latas de cerveza esparcidas por el suelo. Las botellas rotas de ginebra yacían entre una escoria apagada que ya no prometía ni llamas ni fuego. Los presentes olisqueaban buscando algún rastro de azufre en el aire y no olían más que las caléndulas que crecen en los viejos vertederos.

El aroma de las caléndulas se mezclaba con el del polvo levantado por el viento, que, ellos bien lo sabían, no olía a nada, como el aire. El viejo ya no los llevaba a ningún sitio.

Pero, por cortesía y porque no tenían ningún otro sitio al que ir, seguían escuchando las amenazas de su pasión apagada.

—La maternidad ha perdido su gloria —les decía—. Las mujeres que beben, fuman y se ponen pantalones no sirven para ser madres de hombres. ¡Qué monstruosidad es una madre que blasfema, bebe, fuma, se pinta y se corta el pelo! Cuando el papa dice que la mujer moderna es un insulto para su creador demuestra más agallas que nuestros predicadores protestantes. ¿Acaso no dice el Señor que el cabello largo es una gloria para la mujer?

»En estos tiempos, las mujeres llevan por la calle ropas más vergonzosas de las que vestían en los burdeles hace sólo unos años —seguía sin parar el viejo. Y nadie le preguntaba cómo sabía él lo que se vestía en los burdeles hacía unos años.

—Hasta nuestras jovencitas salen a las calles casi desnudas, ¡buscándose el castigo de Dios ante pecado tan negro como Sodoma! ¿Estamos dispuestos a pagar ese precio? —preguntaba, y se respondía él mismo—: Porque cuando Dios pide cuentas del pecado de una nación, no hay dinero que valga. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio?

Los presentes le miraban con indiferencia. Si tuvieran dinero con el que pagar algo, estarían en el cine o en el burdel, decían sus miradas.

Bajo aquella luz polvorienta, pocos repararon en el hombre con traje de ciudad y una pluma rota en el sombrero que se apoyaba en un árbol entre las sombras.



Aquellos días, muchos foráneos pasaban por el pueblo a todas horas.

«Ya no escucha la voz», se dio cuenta Dove, y pasó la mano por el cañón hasta donde éste empezaba a estrecharse. Luego, su bastón tocó un árbol que quedaba a su izquierda, y fue tanteando el camino hasta la calle. «Todavía no la han asfaltado», pensó cuando el bastón rozó el polvo que tan bien conocía.

Bajo la farola que había delante del salón de juegos, dos mejicanos le observaron acercarse por la acera. Uno dio un paso hacia él para ayudarle a cruzar la calle, pero el otro le retuvo.

—Si necesita ayuda, ya la pediré —le dijo a su amigo.

El hombre, al parecer, no la necesitaba. Esperó a que pasara un carro, y luego avanzó sin prisas pero sin vacilaciones por el viejo camino que antes llevaba al oeste.

Eso ocurría a la hora en que empieza a oírse a las ranas, cuando el olor a miel que desprende el mezquital es más intenso.

En lo más espeso del chaparral se oía el clamor de las ranas. A medida que él se acercaba se fueron acallando, guardaron silencio cuando pasó por delante y luego volvieron a croar con fuerza. Era esa hora en que empieza a oírse a las ranas, cuando el olor a miel que desprende el mezquital es más intenso.

A su espalda se acercó un coche, que sonaba más como un Chevie que como un Ford, lo adelantó y unos metros más adelante frenó.

—¿Quieres que te lleve, amigo? —preguntó una voz de hombre. Al aproximarse al coche, Dove captó el olor de ropa de mujer.

—¿Voy bien por aquí al local donde sirven chile? —preguntó.

—Ahora mismo estás a quince metros —le dijo una voz de chica.

—¿Veis si tiene las luces encendidas?

Sintió el roce del brazo desnudo de la chica cuando ésta se inclinó a mirar.

—Hay luz en el piso de arriba —le dijo—, ¿quieres que les llame para que bajen a buscarte?

—No, muy agradecido. Ya sabré llegar solo —le dijo él. Oyó cómo se alejaba ruidosamente el pequeño vehículo y se sintió solo en la noche del gran Río.

Y se apoderó de él un extraño gozo.

«Si Dios creó algo mejor que una chica», pensó Dove, «seguro que se lo guardó para sí.»

Eso sucedió hace ya mucho, durante una breve primavera perdida, en un lugar que ya no existe. A esa hora en que empieza a oírse a las ranas y el olor que desprende el mezquital es más intenso.



NELSON ALGREN Nació en Detroit en 1909 y vivió gran parte de su vida en Chicago. Después de estudiar periodismo, desempeñó todo tipo de empleos. Empezó a escribir en 1933, mientras trabajaba en una gasolinera en Texas. Desde muy joven, se identificó con los perdedores y los marginados que luego poblaron sus libros. Su radicalismo político le puso en el punto de mira del macartismo y del FBI. En 1935 publicó su primera novela, *Somebody in Boots*, dedicada a «todos los sin hogar de Estados Unidos». El reconocimiento le llegó con la concesión del primer National Book Award en 1950 a su novela *The Man with a Golden Arm* la historia del morfinómano y veterano de la Segunda Guerra Mundial Frankie Machine que inspiró la célebre película homónima de Otto Preminger. Tras publicar *Un paseo por el lado salvaje* en 1956, intentó suicidarse. Su última novela, *The Devil's Stocking*, fue publicada póstumamente.

Casado en dos ocasiones, vivió una apasionada relación con Simone de Beauvoir, con quien viajó por Latinoamérica y España. Cuando Beauvoir murió en 1986, fue enterrada llevando el anillo que le regaló Algren. En sus últimos años, enseñó escritura creativa, escribió regularmente para *Chicago Free Press* y continuó su vida de bebedor y jugador. Se trasladó a Long Island donde murió de un ataque al corazón en 1981. La ciudad de Chicago puso su nombre a una calle, aunque tras las quejas de los residentes, lo retiraron.

# NOTAS

[1] John C. Calhoun y Andrew Jackson (vicepresidente [1829-1832] y presidente [1829-1837] estadounidenses), Jesse James (el legendario forajido, 1847-1882), Jefferson Davis (presidente de la Confederación, 1861-1865) y Lincoln (1861-1865) compartían altura y delgadez, a diferencia de Herbert Hoover —que da nombre a la metafórica Hooverville—, presidente republicano durante la Depresión (1929-1933), de complexión más oronda y rubicunda. <<

[2] Robert Burns (1759-1796), poeta nacional escocés, exaltado y popular antecesor del Romanticismo. <<

[3] Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Acto III, Escena I. <<

[4] La batalla de Appomattox, en la que el confederado Lee acabó rindiéndose a Grant, se libró en abril de 1865. <<

[5] Juan, 2:3. <<



[6] En 1928, el candidato demócrata a la presidencia fue Al Smith, el primer católico de uno de los dos grandes partidos que se presentaba a las elecciones. Las ganó Herbert Hoover. <<

[7] «*O lovely appearance of death / No sight upon earth is so fair; / Not all the gay pageants that breathe / Can with a dead body compare*», «On the sight of the corpse of a believer» [«Ante el cadáver de un creyente»], himno compuesto por Charles Wesley (1707-1788); una exaltación tan morbosa de la muerte cristiana que raya la necrofilia. <<

[8] «*Just as I am though tossed about / With many a conflict many a doubt / Fightings and fears within, without / O lamb of God, I come! I come! Just as I am! Just as I am!*», «Just As I Am», himno de la poeta inglesa Charlotte Elliott (1789-1871). <<

[9] «*Take her by the lily-white hand / And lead her like a pigeon / Make her dance the weevily-wheat / Till she loses her religion*», balada popular anónima, conocida como «Weevily Wheat». <<

[10] Deuteronomio, 29:24. <<

[11] *Ibíd.*, 28:67. <<

[12] «*I didn't raise my boy to be a soldier / I brought him up to be my pride and joy*», canción antibelicista de Alfred Bryan de 1915, en la que una madre llora a su hijo perdido en la guerra. <<

[13] En español, en el original. Los numerosos términos y expresiones en español que aparecen en la novela se distinguirán como tales marcándolos con un asterisco, sin remitir a nota al pie. En algunos casos se han conservado las peculiaridades y errores ortográficos del original. <<



[14] «*Sometimes I live in the country / Sometimes I live in town...*», «*Sometimes I have a great notion / To jump in the river an drown*», «Goodbye Irene», *blues* sobre un amante desesperado que acaricia la idea de suicidarse. <<

[15] El «Sterno» —marca comercial cuyo nombre se ha convertido en un término genérico en Estados Unidos— es un combustible compuesto de etanol y alcohol gelatinoso que se presentaba enlatado y preparado para arder en la propia lata como fuente de calor y para cocinar. <<

[16] «Me gustaría vivir en el país de los sueños / con una chica como tú.»; popular canción con aire de vals de 1909, que tendría versiones posteriores aún más populares como la de Judy Garland. Estos dos versos concretos no reproducen la letra original sino el deseo de los personajes. <<

[17] Recopilación de los cuentos de Andersen. Si en este fragmento se refiere a «El soldadito de plomo» unas páginas más adelante citará «El jardín del paraíso». <<

[18] «Todo lo que soy / por qué no me tomas toda», estándar de *jazz* de los años treinta, que tendría numerosas versiones, entre ellas una de Billie Holiday. <<

[19] «*In solemn delight I survey / A corpse, when the spirit has fled; / In love with the beautiful clay / And longing to lie in its stead*»; «*This is afflicted no more / With sickness - or shaken with pain; / The war in the member is o' ver / And never will vex him again.*» Se trata del mismo himno de Charles Wesley, «On the sight of the corpse of a believer», ya citado. <<

[20] La American Federation of Labour, primera (1886) federación sindical estadounidense, la más numerosa e influyente durante la primera mitad del siglo XX, pero no la más radical. <<

[21] «*The cross! The cross! / The bloodstained cross! / The hallowed cross I see / O the blood! The precious blood / That Jesus shed for me! Upon that cross in crimson blood / Just now by faith I see*», «The Precious Love», del poeta y compositor metodista John Hart Stockton (1813-1877). <<



[22] «*Out where the smile's a little longer / Out where the handclasp's a little stronger / That's where the West begins*», «Out Where the West Begins», poema de Arthur Chapman (1873-1935), uno de los más notorios representantes de la denominada «cowboy poetry». <<

[23] «*Well, hush, O hush, / Somebody's callin' me. / Well, hush, O, hush, / Somebody's callin' me.*», espiritual negro clásico. <<

[24] «*Just as I am! Just as I am!*» <<

[25] «*O hush, one mornin' / Death come creepin' in the room.*» <<

[26] Estereotipo de joven chicano aparecido en el sur en la década de los veinte, que asumía como identidad una versión híbrida de la cultura estadounidense en sus gustos musicales y llamativa forma de vestir; chulesco y pendenciero, se le considera un antecedente de los pandilleros. <<

[27] Apocalipsis, 7:1. <<

[28] «*To mourn and to suffer is mine / While bound to this prison I breathe*», versos del himno citado de Charles Wesley. <<

[29] «Bold brave and undaunted stood / Young Brennan on the moor...», «Brennan on the Moor», balada popular sobre el salteador de caminos Willy Brennan, que acabó sus días ahorcado en Cork en 1804. <<



[30] El *poor boy* o *po' boy* es un sándwich típico de Nueva Orleans. Se cree que se originó durante una larga huelga de tranviarios en 1929, cuando los vecinos ofrecían bocadillos con restos de carne y salsa a los huelguistas, los «pobres muchachos». Más tarde el relleno pasó a ser variado, básicamente de mariscos fritos. <<

[31] «*Daddy I don't want your Money / I just want your stingaree.*» «I Just Want Your Stingaree», estándar de *blues*, con explícita carga sexual, popularizado en los años 30 por Georgia Jones. <<

[32] «*Early in the morning before day / That's when my blues come fallin' down.*» <<

[33] «*Didn't have nobody to teach me right from wrong / Tol' me 'Girl, you're good for nothin' / Now my Mama's gone.*» <<

[34] Referencia a los miembros de las fraternidades y organizaciones más o menos secretas, más o menos filantrópicas, que proliferaron en Estados Unidos a principios del siglo XX y que solían llevar nombres pintorescos como «Benevolent and Protective Order of Elks» (alces), «Lions» (leones), «Moose Lodge» (más alces), «Modern Woodmen of America» (hombres de los bosques), etc. Las intenciones filantrópicas de estos grupos bien pensantes no solían estar exentas de una fuerte carga ideológica y/o religiosa de tintes redentoristas. <<

[35] «Say Not The Struggle Naught Avaieth», título de un poema del inglés Arthur Hugh Clough (1819-1861) que proclamaba la necesidad de no rendirse pese a los dudosos resultados del combate. <<

[36] Las referencias de estas páginas —el «Viejo Dominio» (el estado de Virginia, el primero en separarse de la Unión en 1861); los colores de la bandera confederada; el general y héroe confederado *Jeb* Stuart, la batalla de Chancellorsville (1863)— se remiten a la condición de sureños orgullosos, irredentos o espurios, de los personajes.

<<

[37] Levítico, 11:3. <<



[38] «*When you're on some distant shore / Think on your absent friend / And when the wind blows high and clear / a letter to pray send*», canción tradicional de nostalgia por la separación. <<

[39] «*De Lord Give Noah de rainbow sign / Wont be by water but by fire next time.*»  
Versos de un espiritual negro clásico que se recogen en diferentes versiones a lo largo del siglo XX. <<

[40]«*You made a lot of Money back in '22 / But whiskey and women made a fool of you / Why don't you do right / Get me some Money too.*» Una de las primeras versiones (al menos de la letra) del estándar «Why Don't You Do Right?», de Joe McCoy, también conocido como «The Weed Smoker's Dream». En su origen, arquetípico *blues* de los años inmediatamente posteriores a la Depresión. <<

[41] Las referencias de los tres párrafos anteriores recorren los años veinte de principio a fin: desde el candidato demócrata a la presidencia en 1920, James M. Cox —derrotado por el republicano Harding—, hasta la muerte «en extrañas circunstancias» de la *socialite* Starr Faithful, en 1931, pasando por boxeadores — Harry Greb, Jack Dempsey o el negro Harry Wills, que no llegó a disputarle el título mundial de los pesados a Dempsey por razones raciales y económicas—, actores — Wallace Reid, «el más perfecto amante de la pantalla», fallecido en 1923— o la matanza mafiosa del Día de San Valentín de 1928. La «harapienta» Ann (*Raggedy Ann*) era una muñeca de trapo y cabellera de lana roja, muy popular en la época que lucía un vestido blanco y azul. <<

[42] «*I'm forever blowing bubbles*», «*Pretty bubbles in the air*», número del musical de Broadway *The Passing Show* de 1918. La canción suena en *El enemigo público* (1931), la película de William Wellman con James Cagney. <<

[43] «*Soon one mornin', death come creepin' in the room / Well, soon, one mornin', death come creepin' in the room.*» <<

[44] Los nombres de los condones van del eufemismo ñoño —«Flechas de Cupido», *Cupid's Arrows*; «Caprichos del Amor», *Love's Fancies*—, a la insinuación procaz —«Teresitas que hacen cosquillas», *Ticklish Tessies*; «Margaritas que hacen reír», *Laughing Maggies*; *Ding-dong Darlings* o, unas páginas más adelante, «Meneos felices», *Flap-Happy*—, incluyendo alguna referencia irónica a la cultura popular. — Barney Google, personaje de ojos desorbitados de una tira cómica de la época, jugador empedernido y calzonazos dominado por su mujer; o, más adelante, el *King Tut*, por Tutankamon, cuya tumba había sido descubierta pocos años antes, y su nombre había sido comercialmente explotado en los más variopintos productos. <<

[45] «*It all seems wrong somehow / That you're nobody's baby now.*» Versión aproximada de «Nobody's Sweetheart», un clásico de *jazz* que por entonces interpretaba Cab Calloway. <<



[46] Barrio de Nueva Orleans en el que, entre 1897 y 1917, se toleró la prostitución. El nombre se debe a su impulsor, el concejal Sidney Story. En 1917 fue demolido por orden de las autoridades federales. <<

[47] Anna Q. Nilsson (1888-1974) y Ann Harding (1902-1981), dos estrellas menores del Hollywood de los años 20 y 30, cuyos peinados ‘marcaban tendencia’. <<

[48] General estadounidense (1741-1801) que, tras varias batallas victoriosas en la guerra de Independencia, se pasó a los británicos. Su nombre ha pasado a la historia como sinónimo de traición. <<

[49] Cantar de los Cantares, 4:12. <<

[50] «*The beast of the wild / Will be led by a child / And I'll be changed from the thing I am.*» Versión del gospel «Peace in the Valley», de Thomas A. Dorsey, que grabarían desde Mahalia Jackson a Johnny Cash. <<

[51] «*The son of God goes forth to war / A kingly crown to gain / His blood-red banner streams afar, / Who follows in His train.*» Himno compuesto por el obispo anglicano Reginald Hebert en 1812. <<

[52] «*What must I do to win a diadem? / When I reach that shining strand?*» «Lord, I want a shining diadem», himno compuesto por el pastor evangelista Merrill Dunlop.

<<

[53] Empresa creada en 1868 por J. R. Watkins para vender un linimento de fabricación casera. En los años veinte del siglo pasado, la tradicional distribución rural de sus productos, que por entonces ya incluían bálsamos, perfumes, jabones y pócimas más o menos naturales se amplió a los centros urbanos. <<



[54] «All of me / Why not take all of me.» <<

[55] «*Oh blow away the morning dew / How sweet the winds blow.*» «Blow Away the Morning Dew», también conocida como «The Baffled Knight», antigua balada *folk* inglesa. <<

[56] Un *stingaree* o *stingray* es una pastinaca, pez rayiforme con un aguijón en la cola. Era el apodo del protagonista de las películas mudas de la serie del mismo nombre (1915 y 1917), un británico de buena cuna que acaba como galante bandido en Australia. En 1934, William A. Wellman hizo una versión sonora con Richard Dix como Stingaree. <<

[57] «*Cat had a kitten, kitten had a pup / Say old man is your rhubarb up? / There's plenty of rhubarb all around the farm / And another little drink won't do us any harm.*» Cancioncilla infantil del siglo XIX, cuyo equívoco doble sentido sexual no dejaba lugar a dudas, salvo para el personaje de Floralee. <<

[58] «*They needed a songbird in Heaven / So God took Caruso away.*» Canción compuesta en 1921, el año de su muerte, en honor del tenor italiano. <<

[59] «*Ninety-nine year so jumpin' long / To be here rollin' an' caint go home / Oughta come on the river in 1910 / Dey was drivin' de women des like de men / Well I wonder what's the matter, somepin' must be wrong / I'm still here rollin' but everybody gone*», versión de una canción de presos, «Ain't no more cane on the Brazos», que cumplían trabajos forzados en los años treinta. <<

[60] «*Joy! Joy! Joy! / Since Jesus came to stay!*» <<

[61] «*Water now is turned to stone / Nurse and I can walk upon; / Still we find the flowing brooks / In the picture story-books / We may see how all things are, / Seas and cities, near and far / And the flying fairies' looks In the picture-story books / How I am to sing your praise / Happy chimney-corner days / Sitting safe in nursery nooks / Reading picture-story books?*», Versos del poema «Libros ilustrados en invierno» («*Picture-books in Winter*»), de R. L. Stevenson. <<



[62] I Corintios, 15:51-53. <<

[63] Shakespeare, *La Tempestad*, I, ii. <<

[64] Fragmento de *Los últimos días de Pompeya*, de E.G. Bulwer-Lytton. <<

[65] «*Every time the sun comes down / My love comes down for you / Every time the rain comes down / My love comes down for you / Every time the sun comes up / My love comes up for you.*» <<

[66] En Fort Sumter se libró la primera batalla de la guerra de Secesión en 1861. <<

[67] «*We'll have a bunch of Little by-gollies / And we'll put them in the Follies.*» «Oh By Jingo!», canción compuesta por Von Tihher y Brown en 1919, una de las más populares (por sus pegadizas rimas absurdas) en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. <<

[68] Shakespeare, *Otelo*, V, ii. <<

[69] Shakespeare, *Enrique IV*, Primera parte, I, i. <<



[70] Fragmento de la canción final de *Noche de reyes*, de Shakespeare. <<

[71] «*I'd feel bad if you'd kissed too many but I'd feel worse if you hadn't kissed any.*», compuesta en 1926 por Irving Berlin. <<

[72] «*Like to go home but it aint no use / Jailer-man won't turn me loose.*» <<

[73] «*Chinatown My Chinatown / When the lights are low.*» Popular estándar de *jazz* compuesto en 1910 por Jerome y Schwartz. <<